MANILA

Marcelino A. Foronda
Cornelio R. Bascara

COLECCIONES
MAPFRE

1492

Colección Ciudades de Iberoamérica

MANILA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Manuel Lucena
Traducción: Eliézer Gutman
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-476-3
Depósito legal: M. 27087-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

MARCELINO A. FORONDA, Jr.
CORNELIO R. BASCARA

MANILA



ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

EL PERÍODO HISPANO

TERCERA PARTE

MANILA EN EL SIGLO XX

INTRODUCCIÓN

MANILA: LA HISTORIA DE FILIPINAS EN UN MICROCOSMOS

En la actualidad, cuatro son las ciudades que conforman la Manila Metropolitana: Manila, Ciudad Quezón, Caloocán y Pasay, acompañadas de los trece municipios siguientes: Muntinglupa, Parañaque, Makati, Las Piñas, Pateros, Taguig, Mandaluyeng, Pasig, San Juan, Marikina, Malabón, Navotas y Venezuela.

Se trata de una ciudad en expansión que, de acuerdo con el censo nacional de 1990, posee una población global de 7.800.000, lo que representa el 13 % de la población total filipina, de, aproximadamente, 60.600.000 habitantes. Clasificada en 1985 entre las 23 ciudades más grandes del mundo, se calcula que para el año 2000 Manila tendrá una población de 11.100.000 habitantes, lo que la situaría en el puesto número 16, superando ciudades tan populosas como Los Ángeles, Londres y Moscú. Ya en la actualidad, Manila supera en población a países como Bahrein (483.000), El Salvador (5.500.000), Irlanda (3.700.000) y Nueva Zelanda (3.300.000).

Como cualquiera de las grandes metrópolis del mundo, Manila Metropolitana disfruta del bienestar y de las comodidades que acompañan al estilo de vida actual. En su interior se halla un complejo cultural que se sitúa entre los mejores del mundo, un área arquitectónicamente impresionante, perfectamente planificada y con lujosas subdivisiones de oficinas y edificios residenciales, hoteles escrupulosamente limpios, hospitales asépticos con los equipos más avanzados y un personal altamente cualificado, teatros, museos, galerías de arte, y centros comerciales modernos. Años después de la dictadura de Marcos, Manila se enorgullece de tener un sistema de gobierno democrático y una de las prensas más liberales del mundo, aunque a veces un tanto licenciosa.

Manila también comparte los problemas comunes a las grandes urbes de cualquier parte del globo, como son la polución de los ríos, de la tierra y del aire, los embotellamientos de tráfico, un índice muy alto de desempleo, barrios pobres, niños sucios y malolientes que vagan por las calles, el vicio, la drogadicción, la prostitución y un índice de criminalidad que, sin embargo, no es mucho mayor que el de Chicago o Nueva York.

Antiguamente, Manila fue testigo de cambios históricos que han dejado huellas tanto en su nacimiento como a lo largo de su crecimiento y posterior desarrollo, y que proyectaron y seguirán proyectando su sombra durante mucho tiempo.

Así, Manila ha sido espectadora de la llegada de invasores españoles, holandeses, americanos y japoneses que hollaron sus sagradas costas. Los holandeses, por ejemplo, no pudieron establecer rutas interiores para realizar sus incursiones y, después de muchos intentos fallidos, se retiraron a las vecinas tierras de la actual Indonesia, que dominaron durante cientos de años. De igual modo, los ingleses o los japoneses tampoco dieron lugar a una influencia permanente, si bien su ocupación duró sólo unos años.

En cambio, los españoles permanecieron allí y dominaron Filipinas durante más de 300 años (1565-1898) e hicieron de Manila el centro religioso, militar, político, cultural, económico y comercial de todo el archipiélago.

Los americanos, que siguieron a los españoles, gobernaron Filipinas durante más de 40 años (1898-1945) y también hicieron de Manila el centro de la cultura filipina: su sistema político, militar, educativo, cultural y comercial tenía su centro en la ciudad.

No obstante, los primeros orígenes del área de Manila se hallan enterrados en un pasado remoto y brumoso.

Los primeros asentamientos filipinos, entre los que se encuentra la actual Manila, se realizaron mucho antes de las invasiones extranjeras. Los restos de estos asentamientos han sido hallados a lo largo de las costas, en las riberas de los ríos y lagos.

Estas zonas no sólo proporcionaban alimentos y agua para la población e irrigación para las tierras de cultivo, sino que también proporcionaban los medios de transporte necesarios para ir de un poblado a otro, facilitando de este modo el intercambio de personas, objetos e ideas.

El primer asentamiento de lo que ahora se conoce como Manila se estableció en el río Pasig, dejando al sur la bahía de Manila y al norte, Tondo. Muy próximos se encontraban los poblados que finalmente llegarían a formar los arrabales o suburbios.

Desde tiempo inmemorial, por su situación estratégica, Manila, recibió a los primeros comerciantes chinos, japoneses, árabes y a los pobladores del suroeste de Asia, que llegaban en busca de productos autóctonos, que cambiaban por los suyos propios.

El próspero comercio de galeones entre Filipinas y Méjico, que fortalecía parcialmente el dominio colonial español, tenía su base en Manila. Asimismo, se levantaron en Manila las primeras fábricas del país, pudiéndose encontrar, hoy en día, todo tipo de fábricas (electrodomésticos, elaboración de alimentos, prendas de vestir, calzado, automóviles e industrias químicas, entre muchas otras). Desde Manila, muchas empresas multinacionales (americanas, japonesas, chinas, taiwanesas y coreanas, sobre todo) dirigen actualmente sus actividades por toda la nación.

Muchos de los comerciantes chinos y japoneses precoloniales, decidieron afincarse allí y se casaron con mujeres nativas, enriqueciendo los atributos raciales filipinos, así como la cultura naciente.

Con anterioridad a la irrupción china y japonesa, Manila ya había desarrollado su propia cultura y su infraestructura política, por básicas y sencillas que pudieran ser. Del mismo modo, desarrolló su propio arte y forma de vida, sus propias creencias religiosas, su propia economía y clases sociales. Así, en 1570, inmediatamente antes de la ocupación española, llegó a desarrollar la génesis de una institución real que, en esa época ya se había alineado y emparentado con la casa real de Borneo.

Más tarde, la cultura y la forma de vida se verían enriquecidas por otras culturas que llegaron al país. De este modo, la cultura filipina de hoy constituye una mezcla, con un sustrato malayo indígena y varios estratos de cultura china, india, musulmana, española, mejicana y, en menor medida, de cultura japonesa.

Estas influencias se podrían percibir mejor en el bagaje racial que ha resultado de los diversos contactos con otros pueblos, de tal forma que hoy es difícil encontrar un filipino, mucho menos un manileño, que no tenga sangre mezclada en sus venas. En Manila, esto es más evidente que en ninguna otra parte del archipiélago.

Sin embargo, hoy día, a pesar de ese barniz superficial de lo que parece ser una influencia americana predominante tal como la música americana, el cine, los programas de televisión, el pop, la comida rápida, las hamburguesas e incluso la jerga americana, la influencia más enraizada y que más ha pervivido es la hispana. La religión católica y su profunda influencia en la cultura y forma de vida filipina es una herencia española, que Filipinas y Manila comparten con países latinoamericanos y ciudades de origen español.

Como puede observarse claramente desde el exterior, Manila comparte algunas características arquitectónicas típicas de las viejas iglesias y catedrales, de los antiguos edificios, así como ciertas similitudes en cuanto a la existencia de clases sociales peninsulares, criollas, grupos mestizos, y población india nativa. Sin embargo, Manila posee un cierto carácter que la diferencia de ciudades hispanoamericanas como Buenos Aires, Lima o Méjico.

Obviamente, Manila comparte con esas ciudades hispanizadas cientos de años de dominación colonial, pero las diferencias geográficas y cambios históricos recientes han hecho tales diferencias inevitables. Por ejemplo, Manila por su especial relación con el mundo exterior, ha tenido más contactos con otros países que el que han tenido las ciudades anteriormente citadas. Todo esto hizo que la población de Manila posea una mayor variedad de mezclas raciales que la de los países hispanoamericanos.

El desarrollo histórico tanto de Filipinas como de Manila también es totalmente distinto. Exceptuando Puerto Rico que, al igual que Filipinas, pasó a depender del dominio americano después del dominio español, ninguno de los países de América del Sur, Central o incluso de América del Norte, pasó a depender de otro dominio extranjero después de la experiencia colonial española, sino que se independizaron poco después de las guerras revolucionarias contra España.

Situada prácticamente en el centro del archipiélago filipino, Manila ha proporcionado el vórtice alrededor del cual gravita la población del país.

De este modo se ha convertido en el centro político del país. Apenas se había disuelto el humo de la batalla entre los invasores españoles y los defensores nativos de Maynila y Tondo, que las autoridades españolas ya estaban estableciendo la infraestructura de una ciudad ibérica.

La ciudad de Manila fue fundada oficialmente el 24 de junio de 1571, con su propio *ayuntamiento, cabildo* y, posteriormente, su *audiencia real* (tribunal supremo que también tomaba las riendas del gobierno cuando el gobernador general dimitía, moría o era inhabilitado) y su concejo municipal, cuyos miembros dirigían los asuntos cotidianos de la ciudad.

Alrededor de este aparato oficial se encontraba el gobernador general, el capitán general, o el *adelantado* (un título honorífico que se dio únicamente a Miguel López de Legazpi, fundador de la ciudad española de Manila) quien constituía, de hecho, el representante del gobierno y el líder político más importante de la colonia.

Legazpi condujo tropas en campañas de pacificación no sólo en las zonas cercanas a Manila sino también en toda la isla de Luzón con la excepcional ayuda de su nieto Juan de Salcedo.

Su título de adelantado, junto con los nombramientos de los oficiales de más alto rango de Manila eran potestad del rey español. Sus sucesores serían mejor conocidos como capitán general y gobernador general, cargos más importantes del país. Como resultado de la gran distancia que separaba Manila de la metrópolis ibérica y del virreinato de Nueva España (Méjico), por el que estuvo dominada durante cientos de años —al igual que las otras colonias españolas—, el gobernador general español en Manila personificaba otros poderes aparte de los políticos.

Como representante del rey español en estas islas —posición imperial más lejana— disfrutaba de poderes militares, diplomáticos e incluso religiosos.

El gobernador general español de Manila también tenía capacidad de mando sobre el ejército español en las islas. Como comandante en jefe, planeaba campañas militares y llevaba a cabo las estrategias para reprimir levantamientos locales y repeler los ataques de invasiones extranjeras como la de holandeses y chinos, y de enemigos locales como los musulmanes del sur de Filipinas que atacaban esporádicamente poblados cristianos en las regiones de la costa.

Dotado con poderes religiosos, podía enviar misioneros a la cercana China y el Japón, no sólo como misioneros sino también como diplomáticos en calidad de embajadores, a establecer relaciones con estos países.

El gobernador general español presidía de esta forma los asuntos de la colonia. Al igual que él, otros oficiales de graduación de tropas inva-

soras posteriores, como las americanas y japonesas, residirían en Manila, en un primer momento con grandes poderes militares de acuerdo con sus graduaciones, y sólo después, cuando la paz había sido más o menos establecida, crearían formalmente estructuras políticas y nombrarían oficiales civiles y militares que les ayudaban a gobernar el país.

Manila (bajo la tutela española y también hasta cierto punto bajo la héjira americana, pero más aun con los españoles) mantuvieron un código muy estricto en lo que se refiere a la mezcla social de los distintos grupos de la colonia.

Al igual que en otras partes del imperio español, los españoles de la península ocupaban los escalafones más altos de la escala social de la colonia. De entre ellos se elegían a los dirigentes militares, políticos y religiosos de la colonia.

Inmediatamente por debajo de ellos se encontraban los españoles nacidos en Filipinas o criollos, quienes eran considerados filipinos originales o filipinos españoles y, aunque llevaban sangre española por parte de padre y madre, eran considerados de una casta inferior a los peninsulares, y por tanto, no podían ocupar los cargos más altos de la administración colonial.

Los mestizos españoles y chinos nacidos de padres españoles y chinos según el caso, y de madres nativas o mestizas tenían un status social más elevado que los indígenas malayos o indios.

No obstante, hacia 1870, cuando los padres Burgos, Gómez y Zamora fueron ejecutados, según se afirma, por su complicidad en el denominado Motín de Cavite de 1872, varios sectores de la sociedad habían comenzado a verse a sí mismos como filipinos y habían empezado a uniformizarse como grupos separados de los españoles peninsulares.

La unificación de estos grupos filipinos y la concienciación acerca de un destino común se hizo más evidente durante el movimiento propagandístico, cuando los criollos, los mestizos españoles y chinos y los grupos locales indígenas aunaron sus recursos para promocionar la causa filipina en Madrid y en otras capitales europeas como Londres y París y la más cercana, Hong Kong.

Mientras unos cuantos de estos propagandistas como Marcelo H. del Pilar y los hermanos Pardo de Tavera eran ya jóvenes profesionales, la mayoría de los propagandistas como Rizal y José M. Panganiban eran jóvenes estudiantes en España, quienes mantenían lazos con sus compatriotas en Filipinas, principalmente con los que vivían en Manila.

Procedían de la clase comerciante y terrateniente, resultado de la apertura de Filipinas al comercio exterior en el siglo XIX y el cultivo de cosechas para exportación tales como azúcar, cáñamo de Manila, añil y, en menor cantidad, café.

Esta clase, que se componía de criollos y familias mestizas ricas, no sólo construyó sólidas casas barrocas a prueba de terremotos en Manila y otras ciudades filipinas de la época como Vigan, Naga y Cebú, y se permitía el lujo de la vida contemporánea como carruajes importados desde Australia, muebles y candelabros, pianos, arpas y otros símbolos de prestigio del extranjero, sino que poseía libros y periódicos, algunos de los cuales estaban censurados por el régimen colonial por las ideas subversivas que supuestamente contenían.

Lo más importante es que estas clases podían enviar sus hijos a escuelas de Manila e incluso a algunas universidades extranjeras, en las que no sólo se verían instruidos para ejercer sus respectivas profesiones sino que, además, estaban expuestos a las ideas liberales que alimentarían el deseo de establecer la incipiente nación filipina.

No todos los propagandistas estudiaban en Europa o Manila, algunos se convertían en sacerdotes en los seminarios locales de Vigan, Naga y Cebú, las mejores instituciones de las provincias. Otros estudiaron en el Ateneo y en el Colegio de Letrán, siendo ambas instituciones que impartían clases para la obtención del título de *bachiller en artes* (el cual era, no obstante, de un nivel secundario, y no universitario), así como en la única universidad de la colonia, la Universidad de Santo Tomás.

El centro cultural de la colonia era, como cabría esperar, Manila, que no sólo preparaba a los profesionales, artistas, escritores y literatos del país, en suma, de los miembros más cultos de la sociedad. Manila también se convirtió en árbitro del gusto artístico y cultural de la capital y en consecuencia, de todo el archipiélago.

La escuela de arte fundada en Manila en el siglo XIX dio como fruto a los pintores y escultores del país. Sus graduados más afamados causarían sorpresa en España cuando los pintores Juan Luna y Félix Resurrección Hidalgo obtuvieron premios en los diferentes certámenes.

Sin embargo, antes de que pintores y escultores pudieran disponer de una preparación oficial en Manila, artistas y artesanos autodidactas de origen chino, chinos mestizos, y españoles mestizos, participaban en la decoración de las iglesias recientemente construidas en provincias e incluso en las de las casas de familias acaudaladas.

Partiendo de unos comienzos humildes, el arte filipino surgió y se fue desarrollando hasta alcanzar finalmente un vibrante y vigoroso renacimiento cultural, en tiempos más recientes.

También se cultivó la música en Manila. Tanto entonces como ahora, se celebraban conciertos públicos y privados en la ciudad, a pesar de que hasta más tarde no se crearon conservatorios en Manila. Los compositores eran formados por frailes músicos y más tarde por seglares que a su vez habían aprendido de los frailes.

Pero fue la *zarzuela* de producción propia, que era a la vez una parodia melodramática y una comedia musical representada en los teatros de la ciudad, la que cautivaba al público de Manila. En los comienzos del régimen americano, los autores de teatro se servían de la zarzuela para difundir sus creencias políticas y su fervor nacionalista y antiamericano y fueron considerados subversivos por el gobierno colonial americano, dando como resultado el que muchos autores de teatro fueran encarcelados. Cuando fueron puestos en libertad los mismos escritores continuaron sus actividades antiamericanas, para acabar en prisión de nuevo.

Sea como fuere, las artes eran prácticamente derecho exclusivo de la gente acaudalada y de los *cognoscenti*, tendencia que incluso hoy es muy manifiesta en Manila. La literatura tanto en español como en la lengua vernácula, el tagalo, fue la faceta artística que tuvo posiblemente un mayor impacto en Manila. En ningún período proliferaron, en la ciudad capital, los escritores en español y en tagalo como al final de la colonización española y, posteriormente, durante la colonización americana. Ser poeta constituía un signo distintivo de los filipinos educados y cultos en la ciudad y en otros lugares, de tal modo que un médico como Rizal, o entusiastas y militares como Antonio Luna, o periodistas como Isabelo de los Reyes escribían poesía durante sus estancias en Manila.

Mientras que gran parte de la poesía escrita en Manila en esta época, alababa la exquisita belleza de las mujeres filipinas mestizas e indígenas y de la igualmente cautivadora belleza del paisaje filipino, los poetas empezaron a celebrar el amor a su país, los sueños de recuperar la libertad perdida y los deseos de verse liberados de la dominación extranjera.

Ya en 1572, poco después de que Legazpi fundara Manila como ciudad cristiana, Agustín Legazpi (nieto de Lacandula, conocido por

este nombre cristiano después de recibir el bautismo) reunió a sus seguidores y se sublevó contra la recientemente impuesta dominación española que, lógicamente, retiró a su familia los privilegios de que disfrutaban como miembros de la clase dominante de la Maynila anterior a la colonización. La revuelta fue sofocada rápidamente y Agustín Legazpi ejecutado.

Pero el amor a la libertad no acabó con la muerte de Agustín Legazpi. Seguirían otras revueltas no sólo en Manila —aunque la más generalizada irrumpiría en Manila varios siglos después— sino también en otras partes del archipiélago. La carencia de un caudillaje importante, al igual que la escasez de armas y del apoyo de las masas o la coordinación con otros grupos de diferentes regiones sofocaron con facilidad la llama revolucionaria.

A pesar de todo, siglos después, un manileño, Andrés Bonifacio —quien fundara la organización revolucionaria *Katipunan,* con base en Manila en sus orígenes— lideró el primer levantamiento multitudinario, empezando por Manila y las provincias tagalas. Extendiéndose a continuación al resto de las regiones del país, originando, en un primer momento, escaramuzas que fueron resueltas con éxito contra los españoles.

Pero esto también parecía condenado al fracaso. Más tarde, una crisis en el liderazgo entre las principales facciones de Katipunan les llevó al fracaso. De igual modo, tal como cabía esperar de similares· movimientos en otras áreas dirigidos por líderes jóvenes e inexpertos, muchos de los primeros partidarios y combatientes de Katipunan no lograron ir más allá de su lealtad a su región y de su fidelidad a un caudillaje personal. Esto dividió las filas de su organización revolucionaria que inicialmente tuvo su base en Manila y que con el tiempo les llevó al fracaso.

Anteriormente, los distintos levantamientos de los pobladores chinos en Manila habían debilitado el dominio colonial español. Los españoles, con el apoyo y la ayuda de sus aliados filipinos, masacraron a un gran número de chinos durante diversos períodos de la historia de Manila. Pero los chinos sobrevivieron tanto a estas matanzas como a una serie de leyes españolas muy severas contra ellos (como por ejemplo, limitar su inmigración, obligarles a pagar más impuestos que a la población nativa, concentrarlos en varios asentamientos chinos —el *parián* y el *pariancillo*— para controlarles con más facilidad y la imposición

de grandes impuestos y otras restricciones onerosas). Aun así los chinos optaron por permanecer en Manila y en los suburbios, se ocuparon de diversas actividades comerciales y negocios que eran indispensables para la vida de la colonia. Sus descendientes formaron la élite de la ciudad, convirtiéndose después en los líderes sociales, culturales, económicos y políticos de la nación filipina que estaba surgiendo.

Con toda seguridad, el surgimiento de la ciudad, su crecimiento y desarrollo se debió en gran medida al manileño, ya fuera nativo o emigrante. Por lo que puede uno preguntarse si los filipinos hubieran evolucionado y crecido sin el esfuerzo de la población nativa de Manila. No cabe duda que Manila tiene su propio encanto que ha atraído gentes de las provincias e incluso de tierras extranjeras, muchos de los cuales acabaron siendo residentes permanentes de Manila y cuyos descendientes son manileños nativos.

Estos manileños se convirtieron, con el tiempo, en líderes de la nación. En un principio, muchos de ellos llegaron a Manila por las oportunidades educativas que la ciudad ofrecía a sus hijos. Un ejemplo clásico de familias que fueron atraídas a la ciudad desde otras partes del país fue la familia Luna. Pertenecían a una familia de la clase comerciante de la región de Ilocos, estableciéndose finalmente en Binondo, donde se dedicaron al comercio. Esto hizo posible que sus hijos estudiaran en escuelas de la ciudad de Manila. Al principio Juan estudió en la Escuela Naval, pero pronto dejó sus estudios de náutica para ir a España, donde estudió pintura en la Academia de San Fernando con una beca de España. Antonio, el general, primero estudió química, convirtiéndose en el químico de Manila, que era una de las posiciones más altas que podía ocupar un filipino en ese momento dentro del gobierno colonial español. José se dedicó al estudio de la música y después partió para España para estudiar en el conservatorio de Madrid y dio conciertos como violinista en España e Italia, siendo el primer filipino en hacerlo. Otro hijo estudió medicina en la Universidad de Santo Tomás, convirtiéndose, finalmente, en político en La Unión, la provincia de origen de los Luna.

En épocas posteriores de la historia filipina, otros personajes llegarían a Manila a probar suerte en la política, logrando grandes éxitos en la ciudad. Ejemplos de épocas posteriores son Manuel L. Quezón y Sergio Osmeña, quienes representaban oficialmente a sus provincias de origen, Tayabas y Cebú, y que pasaron la mayor parte de su vida po-

lítica en Manila. Otros ejemplos serían los de Ramón Batsing y Arsenio Lacson, que llegaron de sus provincias a Manila y fueron elegidos para el cargo más alto de la ciudad.

Pero no sólo sobresalieron en política los inmigrantes de Manila, a pesar de que se podrían multiplicar varias veces los ejemplos de políticos de Manila que se han mencionado anteriormente. Los llegados a Manila desde provincias también destacaron en el ámbito del comercio y la industria (Vicente Singson Encarnación y Vicente Madrigal); en el ámbito académico (Ignacio Villamor y Leopoldo Y. Yabes); en las artes y las letras (Guillermo Tolentino, Gregorio Brillantes y Francisco Sionil José); y como líderes religiosos (Gregorio Aglipay, los cardenales Jaime Sin y Rufino Santos); en momentos clave de la vida política nacional (Ramón Magsaysay y Diosdado Macapagal) por tomar ejemplos al azar.

En este momento no se dispone de estadísticas sobre el número de inmigrantes que llegaron a Manila, pero un cálculo aproximado mostraría que la mitad y probablemente más de la mitad de la numerosísima población de Manila son inmigrantes. Por supuesto estos inmigrantes pertenecen a varios estratos de la sociedad filipina: desde Malacañang, pasando por distritos más comunes como Quiapo, o suburbios residenciales más ricos como Forbes Park, Ayala y Alabang hasta los barrios bajos de Tondo.

A través de los años, los habitantes de Manila han visto la evolución de la historia desde su ciudad nativa o adoptiva. Han visto invasores chinos, españoles, americanos y japoneses descender sobre su ciudad uno tras otro, con frecuencia despojándola de sus tesoros, destruyendo edificios públicos y privados, iglesias y escuelas. Fueron asimismo testigos de los distintos desastres que causaron estragos en su entrañable ciudad, dejándola postrada y con muchas víctimas a su paso.

Las epidemias de cólera durante la dominación española brotaron en la ciudad cobrándose miles de víctimas. También los incendios arrasaron la ciudad en varias etapas de su historia, dejando a mucha gente sin hogar. También los tifones e inundaciones que visitaban la ciudad cada año causando daños valorados en millones de pesos.

Terremotos devastadores sacudieron la ciudad hasta sus cimientos, dejando víctimas a su paso que diezmaban los recursos de la ciudad.

Los residentes de la ciudad también vieron expuestas, aunque en realidad no participaron en las últimas revueltas de la población y en los golpes de estado, sus convicciones y preferencias políticas personales.

Pero, la población de Manila también vio a su querida ciudad, como al ave Fénix de la mitología elevándose una y otra vez de las cenizas y destrozos de las guerras, invasiones, calamidades y desastres traídos por el hombre y la naturaleza, orgullosa y floreciente, lista para atajar los desafíos que el futuro le pueda deparar.

La historia de Manila es la historia de Filipinas en miniatura. De los hechos, tendencias y evoluciones del país se pueden recoger las mismas características de la historia de Manila. Por lo tanto, al contar la historia de Manila, se narra la vida, los logros de los individuos que participaron de forma decisiva en la historia de su país, y por el mismo motivo en la de Manila. Después de todo, Manila no es otra cosa que el trabajo colectivo de toda una vida de quienes contribuyeron a su nacimiento, desarrollo y crecimiento, primero como el asentamiento prehistórico de Maynila de Suleimán, pasando por el Intramuros establecido por Legazpi, hasta la desarrollada megalópolis que hoy día es Manila Metropolitana.

PRIMERA PARTE

LA MANILA PRECOLONIAL

I

CONFIGURACIÓN TERRITORIAL

Geografía, topografía y geología

La historia de Manila se inicia en remotos tiempos geológicos, hace unos 130 a 70 millones de años, siendo durante el período Terciario cuando comenzó a perfilarse el archipiélago filipino. Los cataclismos cósmicos, las tensiones y esfuerzos sobre el planeta Tierra, causaron elevaciones en la superficie, surgiendo las masas terrestres que, posteriormente, se consolidaron creando las elevadas alturas que hoy conocemos como los Alpes, el Everest, las Rocosas y los Andes a lo largo y ancho del globo.

A su vez, Manila se estaba formando a partir de estos cataclismos geológicos que crearon cuatro unidades fisiográficas: la cadena de la Sierra Madre, a lo largo de la costa de Luzón; las Zambales, en la zona oeste; las tierras altas de las regiones actuales de Laguna y Batangas y, por último, el Valle Central o Planicies Centrales. Este valle fue originalmente una depresión entre tres montañas. Todas estas unidades se desarrollaron a partir de un hoya eugeosinclinal profunda y orientada de norte a sur [1].

Inocentes Paniza, geólogo del Museo Nacional, explica este hecho de otro modo, así, el levantamiento vertical de la Sierra Madre, al este de Manila, y una serie de plegamientos habrían creado el área u hoya de la bahía de Manila, que aparentemente se asentaba en la zona sur de la planicie central, hacia el noroeste llegando a la bahía de Subic y,

[1] J. Peralta y L. A. Salazar, *Pre-Spanish Manila*, Manila, 1974, pp. 8-15.

hacia el este, hasta la laguna de Bay. La península de Bataan probablemente era entonces una isla [2].

Durante el final del Cretácico (hace 60 millones de años), el fondo de la bahía de Manila se solidificó debido a los sedimentos volcánicos, tobas y calizas. Mientras tanto, la erosión y la sedimentación afectaron a las cadenas montañosas, que se asentaron gradualmente a medida que el océano retrocedía hacia el sur, proveniente del Valle Central, causando la deposición de sedimentos en el valle y transformándolo de «tipo marino fluvial a continental»; esto se produjo al principio del Cuaternario, después del Terciario, cuando el nivel del mar oscilaba entre los 80 y 100 metros por encima del nivel actual [3].

Las fluctuaciones del nivel del mar estuvieron acompañadas de violentos cataclismos, con la consiguiente elevación del área central de Luzón. En la cuarta fase de la elevación y disminución del nivel del mar se formó el delta del río Pasig. Este suceso es el de mayor interés para el lector, pues sobre este delta nació la ciudad de Manila.

Los párrafos que se exponen a continuación describen la formación de extraordinarias estructuras geológicas que forman un anillo alrededor de Manila Metropolitana, si bien se centrarán en el delta de Manila que se desarrolló a partir de los sedimentos deltaicos, entre los que se encuentran los granos de arena, el cieno, el barro y las sustancias arcillosas; a medida que la presión aumentaba, debido a la actividad volcánica interior, aparecían aberturas en la superficie. En Laguna todavía existen fuentes sulfurosas que permanecen como atracción turística y que, sin duda, son una muestra de los efectos remanentes de estos cataclismos geológicos. Los habitantes de la zona también se refieren a la «rojez» de la tierra, que se relaciona con su fertilidad por estar compuesta de marga volcánica. Según los geólogos, la topografía del área sur de la Manila Metropolitana se formó por las actividades volcánicas, especialmente las de Monte Banahaw, Makiling, el volcán Taal y las serranías de Tagaytay y Caliraya, en Cavite.

Luego vinieron los tres períodos glaciales, que hicieron retroceder el agua hacia las regiones polares, disminuyendo así el nivel global del

[2] E. Patanne, «Manila: A Cultural Geography»: *Intramuros and Beyond,* Manila, 1974, pp. 4-7.

[3] Peralta, *op. cit.,* p. 13.

mar. Después del primer período, hace aproximadamente un millón de años, el nivel del mar bajó casi 100 metros y las costas de Manila retrocedieron hacia el este, hasta más allá de San Mateo. Simultáneamente, se produjo una violenta e interminable actividad volcánica que produjo la falla Marikina, la capa de cenizas y de toba que se acumula desde Novaliches hasta Las Piñas.

En el segundo período glacial, hace 750.000 años, el nivel del mar bajó otros 50 metros; las llanuras costeras se ensancharon, y afloraron bancos anteriormente sumergidos. Los movimientos sísmicos y tectónicos que se producían constantemente dieron forma al valle de Marikina, mientras hundía, hasta una profundidad de 146 metros, la hoya de la Laguna de Bay; la acumulación posterior de sedimentos cerró la comunicación de la laguna con el mar.

En ese entonces, no existía el río Pasig. Cavite, al sur de Manila, se vio elevada y empujada desde abajo por las fuerzas volcánicas y de la corteza terrestre que produjeron desplazamientos de hasta 400 metros en los alrededores de Tagaytay. Esta «zona de desplazamiento diferencial» crearía el río Pasig. La serranía que iba desde Parañaque hasta Las Piñas canalizó las aguas de la Laguna de Bay separándolas de la hoya oriental y creando un embalse natural. En la vertiente oriental, las aguas fueron canalizadas o encajadas, aumentando el lecho del río Pasig y produciendo su desbordamiento violento, dando finalmente como resultado una sedimentación fluvial. Esta sedimentación, con el tiempo, se transformó en las llanuras del delta que se conocerían como Manila.

Durante los períodos interglaciales, con unas temperaturas relativamente más templadas, el hielo polar se derretía produciendo una elevación del nivel del mar. Áreas como las comprendidas entre Manila y el Fuerte Bonifacio en Makati quedaban sumergidas. Esta fusión de hielo se produjo cinco veces en el período comprendido entre hace tres millones y seis mil años, lo que explica el fenómeno de sedimentación y depósitos. Cuando los ríos Pasig, Parañaque y San Juan corrían juntos, el delta apareció con depósitos de variaban de verde a negro, que se superponían en capas verticales y horizontales que se aplastaron y nivelaron, en espesores que varían desde un metro en la bahía de Manila hasta los cinco metros en la zona interior, como en Santa Mesa, Mandaluyong y Makati [4].

[4] Patanne, *loc. cit.*, p. 6.

Este proceso más o menos confirma la idea de que del seno del Pasig nació la ciudad de Manila.

Esta historia explica cómo en un período de bajo nivel del mar, emergieron lenguas de tierra que unieron a Luzón con la tierra firme asiática. Éste fue el momento en el que se produjo la primera aparición del hombre en esta área; probablemente fue un hombre del paleolítico persiguiendo la caza, que a su vez era recolector de alimentos y fabricante de herramientas. Llegó hace 250.000 años, pero es probable que permaneciera en las tierras altas de Luzón; se han encontrado señales de su presencia en Baesa, Tanay y Baras, siendo estos dos últimos distritos lindantes de la provincia de Rizal. Se sabe que los elefantes y los estegodontes vagaban por Ciudad Quezón, mientras que los rinocerontes lo hacían por Guadalupe [5].

De acuerdo con información bibliográfica del siglo XIX sobre rocas, se han hallado rocas calcáreas y calizas en Morong, provincia de Rizal; granito en Binangonan, en la misma provincia; piedra blanca que es arenosa y se rompe fácilmente, pero que se endurece con el tiempo en Cavite; canteras de toba volcánica en Mandaluyon, Rizal y Tambobong (Malabón) y San Pedro Makati. Se han catalogado ladrillos y baldosas utilizados como material de construcción en todas estas zonas.

En San Juan y San Francisco del Monte se ha encontrado obsidiana o *daras*, que es una piedra volcánica dura y brillante. En el interior del país se han hallado restos de coral, fósiles, ostras, tortugas, ballenas, caballos de mar y peces espada. La fauna primitiva incluye criaturas del Pleistoceno como elefantes y rinocerontes, mientras la flora primitiva es de tipo tropical, de tierras bajas, pertenecientes al Eoceno y Oligoceno. Sin embargo, en este basamento se encuentran rocas de origen comparativamente «recientes» como anesitas y piroxeno, materiales procedentes de volcanes y otros depósitos orgánicos [6].

El Cuaternario también se caracteriza por ser el comienzo de la evolución cultural; es el último período geológico y se divide en las épocas del Pleistoceno y Holoceno, que acontecieron entre hace dos millones y diez mil años. El Pleistoceno, como hemos visto anterior-

[5] F. Landa Jocano, *Philippine Prehistory*, Diliman, Ciudad Quezón, 1975, pp. 21-22.
[6] *Ibidem*, pp. 22-26.

mente, se caracteriza por las eras glaciales alternándose con períodos templados; en esta época, la línea costera de Manila estaría más allá de la Isla de Corregidor, en su nivel más bajo, y con una elevación entre los 190 y 200 metros en su nivel más alto, por lo que no resulta sorprendente haber hallado dientes fosilizados de tiburón en Guadalupe y en Ciudad Quezón [7].

Los restos de fósiles descubiertos en los alrededores de Manila Metropolitana son: dientes de antílope en Pasig, restos de *Bubalus*, especie de carabao prehistórico hallados en San Juan y Rizal en 1920, un venado o *cervus* en San Juan, un *Stegodon luzoniniensis* hallado en el Fuerte Bonifacio (llamado también Fort McKinley en 1926) y un estegodon en los distritos de Movaliches-Marilao [8].

De 1.524 géneros y 8.120 especies hallados, 1.308 y 7.620 son indígenas, respectivamente, lo que apoya la teoría de que, geológicamente, el país tuvo una existencia independiente durante un período lo suficientemente prolongado como para permitir un alto porcentaje de «endemismo», pero no el suficiente como para que se desarrollaran géneros característicos [9]. Las lenguas de tierra, las que unían las islas con el continente asiático, desaparecieron probablemente mucho antes.

Los primeros habitantes de la Tierra aparecerían, con toda probabilidad, hace un millón de años, si bien algunos investigadores se aventuran a comentar que esto ocurriría hace tres millones de años. Es Manila, por lo tanto, un asentamiento relativamente joven. Como pueblo ribereño, sólo comenzó a ser habitado hace unos dos mil años durante la Edad de los Metales, llamada así por el uso de los metales, especialmente del hierro, así como por el uso de la tecnología del vidrio, el desarrollo de los tejidos y de la alfarería. Los metales eran fraguados de un modo autóctono que caracteriza a la civilización del continente y del área sureste de Asia. Se trata de una técnica llamada fragua malaya, que consiste en colocar dos troncos huecos de árbol, uno al lado del otro, como cilindros con pistones que permiten el fraguado. Los metales eran fundidos forzando el aire en tubos que se comunicaban directamente con el fuego.

[7] Patanne, *loc. cit.*, p. 9.
[8] Jocano, *op. cit.*, p. 47.
[9] *Ibidem*, pp. 41-42.

Flora y fauna

Hasta el siglo xx, determinadas áreas de Manila estaban cubiertas de una zona continua, de una exuberante y siempre verde selva tropical pluviosa; la selva tropical pluviosa es el resultado de un terreno volcánico y de abundante luz solar y lluvia. No existían extensos espacios abiertos como en Australia; las espléndidas especies botánicas de este área, así como en el resto del país, eran la *Narra ptorocarpus,* un robusto árbol que se desarrolla rápidamente; el molave o *Vitex parviflora* que es una planta indígena que se encuentra en las selvas primarias y cuyas flores tienen un matiz lavanda; el *apitong* o *Dipterocarpus grandiflorus,* que se cultiva hoy en día para emplearlo como postes eléctricos y pilotes de muelles; el *dao* o *Dracontomelos dao,* el *lauan* o caoba filipina; el *dungon, yakal, banaba, batikuling, malatumbaga, gugo* completan la lista de la flora desgraciadamente amenazada en este momento, ya que una tercera parte de la selva ha sido talada.

Hubo un tiempo en que los árboles de palmas, nipa, banaba y frutales, rodeaban las chozas de nipa y los arrozales, al tiempo que los numerosas arroyos proporcionaban a los hombres la oportunidad de pescar, navegar o comerciar con los juncos chinos, que normalmente recalaban a lo largo del río, no muy lejos de las casas de los nativos.

La flora de Manila es tan numerosa que es difícil enumerarla, pero podríamos mencionar las plantas hogareñas más típicas. Son las mismas que, no sólo refrescan y dan sombra para moderar el casi insoportable calor, sino que también producen alimentos y delicias naturales. Así, se encuentran las cebolletas, limas, menta y *yerba buena* para la cocina; algunas plantas medicinales como la manzanilla para la tos y dolores de estómago, algunas ornamentales como *Cactus savila y kabling,* que produce el crecimiento del cabello, sampaguitas y mil leguas para decoración y perfumes, las rosa elena de color rosado, las verbenas color azul cielo y la nocturnal y fragante dama de noche, las gloriosas buganvillas y la romántica cadena de amor, cuyas flores semejan un relicario en forma de corazón, y las coloridas gumamelas, rosas y crisantemos.

Muchas plantas fueron traídas de México, como es el caso del cacao, de donde se extrae el chocolate, llevado a Manila en 1670 y cultivado por los filipinos y no por los españoles. Desde México también llegaron el ajo, la nuez moscada, la cebolla, el repollo, los tomates, la

lechuga, las sandías, las calabazas, los pimientos y las hierbas medicinales. El viajero francés Le Gentil advirtió la superioridad de las frutas de Manila, comparándolas con las de la India.

Del África llegaron el *upo*, el café, el tamarindo; los pájaros martínez desde China, que ayudaron a eliminar la langosta; carabaos, patos y cisnes se trajeron del Este y de América Central la papaya, la guayaba, el nabo, la berenjena y la piña [10].

Los españoles también llevaron, desde México, los caballos, vacas, ovejas y cabras. El viajero francés también hizo interesantes descripciones, minuciosamente detalladas, sobre los hábitos y peculiaridades del kalaw, el manatí, el tuckoo o lagartija casera y los caimanes.

Clima

Numerosos libros de viaje han descrito el clima y la topografía de Manila, desde una perspectiva exterior y con diferentes reacciones. Quizás una buena descripción del clima, en relación con su efecto urbano sea la siguiente:

seis meses de polvo
seis meses de lodo
seis meses de todo [11].

Manila queda situada a 14° 36' de latitud norte y 124° 37' longitud este, en la costa oeste al sur de Luzón. Se producen fuertes lluvias, desde junio hasta mediados de septiembre, y no es extraño que llueva reciamente todos los días; en octubre, los vientos occidentales o *habagat* producen un tipo de monzones, siendo los nororientales o *amihan* los que duran hasta febrero-marzo.

A fines de marzo y en abril, el calor es especialmente extremo y agravado por la humedad, pero de noviembre a marzo es seco y agradable para aquellos que estén acostumbrados a las cuatro estaciones. La pluviosidad promedio es de 2.130 a 2.500 milímetros, valores que datan del siglo XIX. Muy rara vez se ha registrado la caída de granizo como sucedió en mayo de 1749 y febrero de 1803. Las lluvias mon-

[10] Le Gentil, *A Voyage to the Indian Seas*, Manila, 1964, pp. 65-68.

[11] G. Zaide, *Manila During the Revolutionary Period*, Manila, 1973, p. 16. La referencia a este libro, a partir de ahora, se hará como MDRP.

zónicas comienzan en junio y duran hasta noviembre en el área de Manila, en donde se han registrado lluvias de hasta 2.007 milímetros. La temperatura media es de 26,6° C o 79,9° F.

Durante los meses de abril, mayo y junio la temperatura de Manila, antes del amanecer, es de 23,8° C elevándose hasta alcanzar de 34,2 a 37,5° C, entre la una y las tres de la tarde, y a partir de ese momento disminuye gradualmente hasta el anochecer. Desde septiembre a marzo, la temperatura diurna es agradable, rondando los 23,3° C.

Los españoles llamaban tempestades, o terribles tifones, *bagyao* en tagalo, a las calamidades naturales que arrasan las zonas del norte y del centro del país desde tiempo inmemorial, provocando la destrucción de los campos de arroz y de su cosecha, comparándose su fuerza destructora a una pequeña explosión atómica, ya que tienen la potencia necesaria para desarraigar árboles centenarios, lanzar casas a kilómetros de distancia, producir lluvias torrenciales e inundaciones y hundir barcos en el mar, sin mencionar la destrucción anual que producen en la cosecha de palay (arroz con cáscara), ya que coinciden generalmente con la época de la cosecha. A este poder destructivo se le achaca, con mucha frecuencia, la pobreza crónica que asola las provincias propensas a sufrir estas tormentas. Manila, normalmente, es paso directo de los tifones, una o dos veces al año, pero las pérdidas que producen no se pueden comparar con el daño que dejan en el campo.

La fiera belleza de los tifones sojuzgó tanto el ánimo de Gironière que expresó, acerca de ellos, lo siguiente:

> el huracán, durante el cual se produce la chispa enceguecedora de los rayos que se suceden casi sin interrupción, y el eco prolongado y majestuoso de los truenos en las montañas y en lo profundo de la amplia selva virgen que las corona, completan el cuadro de los cambios atmosféricos del más bello, rico, encantador y pintoresco país en la tierra [12].

Manila posee actualmente una superficie de 38 kilómetros cuadrados con una población permanente de entre 1,9 y 2 millones. El río Pasig divide la ciudad. El área urbana es de un kilómetro dentro de los bancos del río que, como casi todos los ríos que han producido civi-

[12] De La Gironière, *Adventure of a Frenchman in the Philippines*, Manila, 1974, p. 29.

lizaciones deltaicas, oculta leyendas. Los cimientos de Manila no descansan sobre rocas, sino que más bien «flotan», como la poética *nilad* con cuyo nombre ha sido bautizada. La ciudad tiene 19 afluentes del Pasig y todos ellos desaguan en la famosa media luna de la bahía de Manila, que es otro lugar legendario. Turistas de todo el mundo recuerdan la bahía de Manila como el escenario de la puesta de sol más maravillosa que jamás hayan visto.

Desde hace cientos de años hasta hoy, Manila y sus suburbios han carecido de un sistema de alcantarillado adecuado, de modo tal que los actuales canales han acumulado grandes cantidades de lodo o, lo que es peor, han sido ocultados por estructuras de cemento o enterrados bajo precarias chozas. Los tifones y las fuertes lluvias, que producen daños perennes por las inundaciones, han logrado que Manila parezca una Venecia del Este y con buenas razones. Se dice que en las casas construidas por la élite de los siglos XVIII y XIX, la puerta trasera se comunicaba con un muelle donde permanecía amarrada una barca, o que se construían escaleras de piedra para unirlas a las otras partes de la ciudad durante la temporada de inundaciones.

En la década de 1970 se hizo un desembolso financiero enorme, teniendo como fuente de ingreso un impuesto aplicado a las entradas de cine y cuyo objetivo era el establecer un control de inundaciones en la ciudad. Posteriormente se observó que las inundaciones retroceden mucho más rápidamente tras las lluvias torrenciales, lo que constituye una evidencia de que el drenaje, de alguna forma, ha mejorado.

Existe una red de esteros o arroyos que parten del Pasig y que es el rasgo característico de los deltas. La mayoría de los esteros están situados en áreas específicas, a ambos lados del Pasig, en el área de Tondo-Santa Cruz, y en las áreas de Quiapo-San Miguel y de Paco-Pandacan. Algunos geólogos, como Noe Caayusan, afirman que los esteros indican el tamaño de los «probables antiguos pantanos». Hoy en día, muchas de las áreas de depresión económica, como las de Paco, Tondo, Makati y Pasay, son probablemente pantanos.

Manila fue en un tiempo ciudad y provincia, un honor que se ganó durante el dominio español. Como ciudad fundada el 24 de junio de 1571, era considerada la ciudad interior o la ciudad dentro de la ciudad, pero como provincia, hacia fines del siglo XIX, tenía jurisdicción sobre 28 municipios, de acuerdo al Decreto de Reforma Provincial del 26 de febrero de 1886; Manila tenía, además, autoridad sobre

pueblos como Binondo, Tondo, Santa Cruz, Quiapo, Sampaloc, San Miguel, Malate, Ermita, Paco, Pandacan y Santa Ana.

Bajo el dominio estadounidense, Manila se transformó de gran ciudad en bulliciosa metrópolis. La ciudad había sido símbolo del poderío del Imperio Español y, en opinión de Juan de Grau y Monfalcón, funcionario español en 1637, Intramuros era una maravilla durante el siglo XVII y se situaba a un nivel comparable al de las mayores y más célebres ciudades del mundo [13]. Intramuros fue construida con las ganancias obtenidas del comercio de galeones, pero hacia fines del siglo XIX se sucedieron las dificultades, a pesar de los esfuerzos tardíos de España por urbanizarla. Para José Rizal, héroe nacional filipino, Manila tenía la apariencia de «chica enfermiza» vestida con los descoloridos trajes de su abuela y, a comienzos del siglo XX, Manila necesitaba sin demora un plan urbanístico moderno que diese lugar a cambios profundos en su infraestructura.

El desarrollo de Manila bajo los norteamericanos coincidió con el gran desarrollo urbano en los estados Unidos; al mismo tiempo, los oficiales coloniales, visionarios y perspicaces, hicieron todo el esfuerzo para emplear los recursos disponibles y hacer de Manila parte de su cruzada «Movimiento para embellecer la ciudad».

De acuerdo con el Decreto Presidencial del 8 de junio de 1978, se creó el concepto de la Gran Manila, lo que ya se conocía con el mismo nombre. El Decreto Presidencial 1396 (PD) la establecía como sede de la Región de la Capital Nacional (NCR). Dicho decreto le otorgaba jurisdicción sobre las ciudades de Manila, Pasay, Caloocán, Makati y Ciudad Quezón además de otros trece pueblos. Las calles de Manila siguen un patrón rectangular o radial, y los sectores norte y sur de Manila quedan unidos por seis puentes principales. Posteriormente, se añadió una nueva infraestructura con la masiva construcción desarrollada después de la casi total ruina producida por la II Guerra Mundial.

[13] A. McCoy y A. Roces, *Philippine Cartoons*, Ciudad Quezón, 1983, p. 98.

II

ORÍGENES DE MANILA

La Maynila prehispánica y el origen del vocablo «Maynila»

Maynila, a la que los *conquistadores* españoles denominaron Intramuros, constituía, durante los tiempos precoloniales, un asentamiento a orillas del río Pasig. En sus orígenes era conocida como *May-nilad* que significa literalmente «que tiene plantas de *nilad*» o «lugar en donde abundan las plantas *nilad*» o, simplemente «pueblo de *nilad*».

La nilad es una planta conocida científicamente como *Sephiphira hydrophilacae Gaertner*[1]. Presenta una corteza oscura, carente de pelos, excepto dentro del tubo de la corola. Las hojas son lisas, coriáceas, redondeadas en la punta y angulares en la base con una longitud de 4 a 10 centímetros y de 2 a 5 centímetros de ancho.

Las flores son pequeñas, blancas, frecuentemente con matices rojizos y de grupos compactos. La planta crece abundantemente «a lo largo de la costa, en los manglares, y en los arroyos y corrientes periódicas sometidas a la influencia del agua salobre».

Estas plantas deben haber crecido en abundancia en las costas de la antigua Maynila para que el antiguo asentamiento, antes de la llegada de los españoles, fuese conocido como May-nilad. De hecho, existe la antigua costumbre malaya de bautizar los sitios o asentamientos con el nombre de la planta o del árbol más abundante en la zona.

[1] Tanto este párrafo como los siguientes se han obtenido, casi *verbatim* de I. Santos, «On the Origin of the Word Manila»: *Historical Bulletin*, XI, 2 (junio 1967), páginas 169-175.

Se ha dicho que cuando Matanda, rajá que gobernaba Maynila hacia 1570, se dio cuenta de la inutilidad de combatir a los españoles y de resistirse a su dominio, no solamente concertó la paz con ellos, sino que ofreció el pueblo como asentamiento para los españoles «con la condición de que mantuviera su nombre original de *May Nilad*» [2].

Sin embargo, para los españoles resultaba difícil pronunciar May Nilad, de forma que cambiaron rápidamente el nombre por Manila, eliminando la y de *May* y la d de *Nilad*. Desde entonces, a la Vieja Maynilad se la conoce como Manila [3].

Maynila en la remota antigüedad

Perdida en las brumas del tiempo, la primitiva historia de Maynila se remonta a la más lejana antigüedad, mucho antes de que los conquistadores llegaran desde lejanas costas.

La prehistoria de Maynila queda anclada en el pasado de sus primeros habitantes, que llevaron a cabo un largo viaje hasta las costas de Manila, siguiendo las lenguas de tierra que conectaban a las Filipinas con tierra firme asiática. No se sabe mucho de la prehistoria de Manila: un conocimiento fragmentado que se resume en unos cuantos restos fósiles y el descubrimiento de herramientas prehistóricas.

En realidad, debido al hallazgo de los utensilios primitivos encontrados junto a restos fosilizados, se especuló con la hipótesis de que el hombre había llegado a Filipinas hace 250.000 años, si bien no existe una evidencia concluyente al respecto. Sin embargo, el hombre primitivo no sólo llegó a Filipinas a lo largo de este período de tiempo, sino que también se asentó allí en el momento en que los elefantes y los estegodontes pastaban alrededor de la ubicación actual de Ciudad Quezón, y los rinocerontes se movían en el área que ahora ocupa Makati [4].

[2] Otras investigaciones al respecto llevadas a cabo por el autor principal del presente libro no han otorgado evidencias documentales para reforzar esta cuestión. Por lo tanto, debe tratarse simplemente de una tradición.

[3] *Ibidem*, de aquí en adelante, se emplea el término «Maynila» para referirse al asentamiento prehispánico, mientras que «Manila» se refiere a la ciudad cristianizada en todos sus períodos.

[4] J. T. Peralta y L. A. Salazar, *op. cit.*, p. 11 *et seq.* Los autores del presente libro poseen una gran deuda con Peralta y Salazar por los datos presentados, algunos de los cuales se citan casi al pie de la letra.

Lo que ha quedado de la prehistoria de Maynila han sido muestras de tecnología lítica, y todo lo que se puede aprender de la cultura prehistórica de Maynila proviene de estos restos. Se puede afirmar que los primitivos maynileños usaban herramientas y que, por lo tanto, desarrollarían con el tiempo el arte de fabricar las herramientas que necesitaban para cada circunstancia. La cultura primitiva de Manila puede inferirse, especialmente, a partir de las herramientas descubiertas en el área de Manila Metropolitana, como Novaliches en Ciudad Quezón, y a lo largo de las zonas limítrofes al este y noreste de Manila [5].

Es posible que el hombre primitivo se haya aventurado hasta el delta de Maynila, cuando se hallaba en proceso de formación, en busca de forraje y alimentos. Sus primitivos asentamientos son, así como sus enterramientos, completamente desconocidos y por lo tanto sólo se pueden hacer especulaciones basadas en los hallazgos en distintas partes del país, fechadas en períodos cercanos. Lo más probable es que los primitivos habitantes de Maynila vivieran limitados al círculo formado por sus más inmediatos familiares, y que se cobijaran en las cuevas de los alrededores. Llevaban a cabo la recolección y se asentaban cerca de las costas, ríos y arroyos, allí donde los alimentos eran más abundantes y quedaban al alcance de sus primitivos recursos y utensilios, si bien por ese entonces los maynileños conocían el uso del fuego [6].

No obstante se necesitan evidencias que procedan de otras fuentes para poder reconstruir la primitiva cultura no material de la Maynila primitiva, su estructura social, sus creencias y sus ritos.

Sea como fuere, el oscuro pasado precolonial de Maynila comienza a esclarecerse a partir —aunque parezca una paradoja— de los escritos de los religiosos españoles que describieron las instituciones, costumbres y tradiciones filipinas existentes al producirse los primeros contactos con los españoles y, por inferencia, de los tiempos prehispánicos, ya que no existe una documentación filipina autóctona.

De forma que, cuando se combina la escasa documentación elaborada por los españoles, se puede obtener una imagen, aunque borrosa, de cómo era la estructura social y política, y quiénes eran los líderes en la Maynila anterior a la colonia, su cultura material, sus casas, su

[5] *Ibidem*, pp. 14 *et seq.*

[6] *Ibidem*, p. 19.

vestimenta, las herramientas que utilizaban diariamente, el comercio e intercambio y el contacto con otros pueblos del sureste asiático.

Asimismo, es posible conjeturar acerca de su cultura no material, su religión, artes, literatura, música y danzas.

Maynila en tiempos de la llegada de los españoles: la introducción del Islam

Antes del contacto con los españoles, las familias dominantes en Maynila eran musulmanes emparentados con la aristocracia de Borneo. Pigafetta, cronista de Magallanes, anotaba que, mientras la flota de Magallanes quedó anclada cerca de la costa de Brunei, sus hombres capturaron al hijo del rey de Luzón (es decir de Maynila), que era capitán general del sultán de Borneo [7]. Dicho Príncipe llegó a ser más tarde, el rajá Matanda, a quien Legazpi conocería más tarde, en 1570 [8].

Se desconoce la fecha exacta de la implantación del islam o de la conversión de los maynileños. Lo que sí se sabe es que, al igual que en otras zonas del sureste asiático, el islam fue introducido en las Filipinas por los comerciantes árabes. Gowing cree que la islamización de Filipinas se produjo simultáneamente con la islamización, también por mercaderes árabes, de Borneo, las Célebes y las Molucas [9].

La islamización de Maynila

Los investigadores afirman que gentes de Borneo llegaron para establecerse, junto con los antiguos habitantes, en la desembocadura del río Pasig. Como se trataba de mercaderes, necesitaban un lugar estratégico donde poder controlar el comercio, que iba y venía desde y hacia las regiones cercanas al lago Laguna.

[7] *Vid.* la narración de Pigafetta en: E. Blair y J. Robertson, eds., *The Philippine Islands, 1493-1898*, vol. XXXIII, Mandaluyong, Rizal, 1973, p. 223.

[8] M. Matuan, «The Muslims of Manila: Then and Now», artículo leído en *Manila Studies Inaugural Lectures*, Manila, 28 de junio de 1989 (a partir de aquí citado como MSIL), p. 1.

[9] Matuan citando a P. Gowing, *Muslim Filipinos-Heritage and Horizon*, Ciudad Quezón, 1979, p. 17.

Esto concuerda con «la teoría de penetración pacífica del islam», que afirma que los mercaderes musulmanes vivían permanentemente en el área, se casaban con las mujeres nativas y que, posteriormente, atraían a la fe islámica a los no musulmanes [10].

Cuando llegaron los españoles el proceso de islamización ya había comenzado. De hecho, algunos habitantes de Maynila se habían trasladado a Borneo donde se vieron bajo la influencia de los dogmas del islam, religión que posteriormente abrazaron, aunque aquellos que vivían en Maynila se convirtieran allí mismo.

La conversión al islam hizo posible que los maynileños adoptaran otro tipo de vida diferente al que tenían en la llamada época «pagana», cuando profesaban una religión animista. En el momento en que se produce el contacto con los españoles, la estructura política y religiosa era lo suficientemente avanzada como para incluir el concepto de líder político y religioso con la corte en Maynila y Tondo, lugares que eran referidos como «reinos» en los antiguos documentos españoles.

En realidad, antes de que llegaran los españoles, Maynila era conocida ya como un «reino musulmán», que ocupaba la ribera sur del río Pasig, el cual se abría en su desembocadura formando una amplia bahía rodeada de fértiles campos sembrados de arroz y algodón. Había otros 40 asentamientos rodeando Maynila, los cuales se convirtieron posteriormente en sus arrabales y, mucho más tarde, en ciudades y pueblos que conforman el gran área de Manila Metropolitana. Tanto los musulmanes como los no musulmanes habitaban estas zonas, que se hallaban protegidas por soldados [11].

Maynila se hallaba defendida contra los invasores por medio de empalizadas, hechas con pilares de madera y bambú, que daban al mar. Los artilleros protegían el fuerte y a la población que se hallaba tras las empalizadas y a lo largo del río. La fortificación de Maynila estaba construida a base de troncos de palmeras apiladas sobre un estrecho montículo; las piezas de artillería sobresalían a través de aberturas realizadas en las paredes, que eran lo suficientemente anchas como para

[10] Matuan, *op. cit.*, p. 2.

[11] C. T. Aguilar, «The Muslims of Manila Prior to Colonial Control», en *Manila: History, People and Culture. Proceedings of Manila Studies Conference*, Manila, 11-12 de abril de 1986, ed. por W. V. Villacorta, I. R. Cruz y M. L. Brillantes, Manila, 1989, pp. 13-20. A partir de aquí se citará esta compilación como PMSC.

permitir el paso de un soldado. Había doce piezas de artillería emplazadas en el fuerte de Maynila [12].

A pesar de su aparente invulnerabilidad, la antigua Maynila estaba expuesta a los ataques, como demostraron las fuerzas españolas comandadas por Martín de Goiti.

La población

Las comunidades precoloniales filipinas —incluyendo la antigua Maynila— tenían una densidad de población muy variada; mientras que algunos asentamientos tenían millares de habitantes, otros, sin embargo, no pasaban de los diez habitantes. Aun así, las poblaciones a lo largo del archipiélago estaban densamente pobladas.

Maynila era uno de los asentamientos precoloniales con elevada densidad de población, como lo prueba el hecho de que los gobernantes de Maynila, y también los de Cebú y Panganisan, poseían ejércitos de hasta 2.000 efectivos, que se encontraban alerta para rechazar los ataques de las fuerzas invasoras [13].

Los gobernantes de Maynila

No es mucho lo que se sabe acerca de los líderes y ciudadanos más prominentes de la ciudad, si bien se especula con la posibilidad de que habían llegado del sultanato de Brunei. En cuanto a la población en general, el desconocimiento es aún mayor.

Sin embargo, algunos de estos gobernantes han sido identificados: el rajá Matanda, también llamado Laya; el joven sobrino de este rajá que fue llamado Rahang Mura (El Joven Rajá), que a su vez estaba emparentado políticamente con el Sultán de Brunei [14].

[12] *Loc. cit.*

[13] F. Landa Jocano, *op. cit.*, pp. 171-172.

[14] N. Zafra, «Background of the Spanish Occupation of Manila, 1571», en *Philippine Historical Review*, IV, 1971, p. 237. Para estudiar las genealogías de las familias de Lakandula, Matanda, Suleimán, así como las de otras familias dirigentes de Maynila, véase: L. P. R. Santiago, «The Houses of Lakandula, Matanda, and Soliman (1571-1898): Genealogy and Group Identity», en *Philippine Quarterly of Culture & Society*, 1990, pp. 39-73.

Lacandula (Lakandula), por su parte, regía los destinos del próspero asentamiento llamado Tondo, situado al otro lado del río Pasig.

Estos gobernantes guiaban a su propio pueblo, que con el tiempo se había convertido al islam y que, por lo tanto, comenzaban a adoptar nombres musulmanes y practicaban las costumbres relacionadas con esta religión, tales como la circuncisión, la prohibición de comer carne de cerdo o de beber alcohol.

No se sabe demasiado acerca de estos dos personajes ni de los restantes, aquellos que formaron parte de la larga historia de Maynila antes de la llegada de los españoles quienes, por fuerza, permanecen en el anonimato.

Sin embargo, se han podido identificar otros prominentes ciudadanos de la Maynila precolonial; Maguno, Marnalavay y Salilaxa, hombres que acompañaban a los rajás Matanda, Suleimán y Lacandula cuando se presentaron ante Legazpi el 18 de mayo de 1571 para aceptar «la soberanía española y convertirse en vasallos del Rey de España», y concederle el derecho «a establecerse en su pueblo y crear un asentamiento español» [15].

Después de que los españoles ocuparan Maynila, estos gobernantes fueron desapareciendo gradualmente. Se dice que algunos se trasladaron a vivir a Maalat (actualmente Malate), otros a Tondo o a distintas comunidades cercanas, y el resto regresaron a Borneo, su patria original.

Los maynileños como guerreros en la Maynila prehispánica

Los habitantes de Maynila eran conocidos como bravos guerreros. Empleaban contra sus enemigos arcos y lanzas, y poseían barcas impulsadas por remos, de unas dimensiones tales que podían llevar hasta 300 remeros además de los propios guerreros. Poseían artillería pesada y liviana, así como cañones que aprendieron a fabricar y que, si se encontraban a su alcance, llegaban a ser capaces de hundir las barcas del enemigo [16].

[15] Zafra, *op. cit.*, p. 239.
[16] Aguilar, PMSC, pp. 13-20.

Los primeros comerciantes maynileños

Los antiguos maynileños no sólo eran excelentes guerreros, sino que también eran un pueblo «entregado a la agricultura y al comercio». Tal como ha sido señalado, los maynileños

> ...realizaban un comercio regular con los chinos que llegaban dos veces al año trayendo mantos de algodón y seda, grandes jarras de cerámica, lustrosa porcelana, hilo de oro y otros artículos de gran interés.
>
> A cambio, los chinos obtenían, canela, pimienta, cera, hierro, cobre, bronce, acero, oro y perlas. Los comerciantes de Manila, incluso los de las casas reales, hacían frecuentes viajes a los puertos de Borneo, donde intercambiaban canela y productos manufacturados con latón.
>
> Los comerciantes de Maynila actuaban como intermediarios para las mercancías chinas que llegaban regularmente. Éstas eran a su vez cambiadas por otros bienes, incluido oro, en las islas vecinas y en las áreas del interior [17].

Estructuras sociopolíticas

Además de la familia, la otra organización social de la Maynila prehispánica era el *barangay*, que tenía características políticas, económicas y religiosas específicas [18].

Al vocablo *barangay* se le asignan tres significados.

1. Se refiere a la barca *barangay* (también conocida como *balangay)*, que transportaba a la gente de un lado a otro en busca de oportunidades de llevar a cabo transacciones económicas. La *barangay* era comandada por un anciano jefe llamado *datu* al que acompañaba su familia, sus asistentes, parientes, amigos y ayudantes.
2. Cuando éstos se asentaban en un lugar determinado, el vocablo *barangay* se refería al grupo o el *barangay* del nombre del jefe.
3. Dentro de la comunidad, la *cabarangay* correspondía a un grupo de personas unido mediante lazos de parentesco [19].

[17] *Ibidem*, p. 147.
[18] Landa Jocano, *op. cit.*, p. 172.
[19] *Ibidem*, pp. 172-173.

En ciertas áreas las *barangays* mantenían relaciones entre sí, en general pacíficas y amistosas. Este tipo de relaciones surgían para promover y proteger los intereses ajenos, y se materializaban mediante la consecución de matrimonios, pactos de sangre (o *sanduguan*: una sangre), convirtiéndose en parientes rituales.

Sin embargo, en otras ocasiones, se producía la enemistad y la beligerancia entre las *barangays*, llegándose al combate en caso de disputas sobre posesiones territoriales. Aun así, algo positivo emanaba de estos conflictos que establecían las «leyes de la costumbre», los cuales regían el comportamiento de la población. Estos códigos de conducta no escritos eran observados de manera estricta, ya que no solamente demostraban los valores del pueblo, sino también las normas de la religión local. Cualquier violación significaba el castigo por parte de los seres sobrenaturales y por los jefes de la comunidad [20].

La capacidad de dirección, el parentesco, el conocimiento de las costumbres, leyes o tradiciones locales y la edad, eran las bases sobre las que se asentaba la aptitud para el liderazgo. El más anciano —quien presumiblemente era el hombre más sabio del *barangay*—, asumía el papel de jefe, pero en los centros poblados más desarrollados, tales como Manila, Mindanao y Sulu, se inició una forma de jefatura más avanzada y elaborada debido a la influencia de la penetración islámica, anterior a la llegada de los españoles. En estos centros, el gobernante asumía un poder absoluto sobre el pueblo, castigando a los criminales y estableciendo leyes que debían obedecerse [21].

Clases sociales [22]

Los mandatarios de Manila presidían una sociedad con una estratificación bien definida, de acuerdo con los privilegios políticos y sociales que poseía cada individuo.

[20] *Ibidem*, p. 173.

[21] *Ibidem*.

[22] A menos que se indique de un modo diferente, la información para ésta y las siguientes secciones se han tomado de: J. R. Francisco, *Manila Tagalogs at the Spanish Contact*, MSIL, p. 5. Francisco cita su información como procedente de los primeros cronistas y observadores españoles que se hallaban en Manila o en sus alrededores durante

En primer lugar se encontraba la *clase datu* de la que salían los mandatarios, clase que regía las actividades económicas, militares, sociales y religiosas de la comunidad.

La segunda era la *clase maharlike* que fue considerada inicialmente como posible clase nobiliaria, pero que según Jocano resultaría dudoso aplicar este concepto al contexto filipino de un modo similar al de la Europa feudal; en su lugar, este autor sugiere considerar a los maharlika como la clase de «los hombres libres». Los miembros de esta clase acompañaban a los datu en la guerra, les ayudaban a construir sus casas, formaban los grupos de incursión en los territorios enemigos y otras actividades de la misma índole.

En tercer lugar estaban las clases denominadas *timagua* o *timmawa*, de gran importancia, que ocupaban un rango inferior a la maharlika; los miembros de esta clase simplemente se unían a ciertos datu, allí donde habitaban, y les servían de diversas formas, al tiempo que los datu, por su parte, se comprometían a defender al timmawa de los ataques de sus enemigos.

En el último nivel estaba la clase de los *alipin*, término que ha sido traducido como «esclavos», «peones», «deudores serviles» o «grupos dependientes». Un individuo ingresaba en la clase de los alipines por alguna de las siguientes razones: «adulterio, desobediencia al jefe, hurto, haber sido capturado durante una de las incursiones y por la imposibilidad de cancelar una deuda (incluso aunque ésta fuera para con un familiar)».

El jefe ejercía funciones ejecutivas, legislativas y judiciales. En aquellos poblados en donde existían varios jefes, el más rico se convertía en jefe supremo y era obedecido por todos.

Las mujeres podían también convertirse en jefes y miembros de la nobleza. A pesar de que los cargos eran hereditarios, la jefatura también podía alcanzarse con energía y fuerza, gracias a la riqueza derivada de las actividades industriales, de la agricultura y de la ganadería, por intercambio comercial e incluso por robo y tiranía, que era el método más común y la forma de ganarse la autoridad y la reputación y, cómo no, ejerciendo la violencia.

los primeros contactos. De este modo, sus observaciones pueden extenderse a aspectos de la cultura de Maynila incluso antes de que llegasen los españoles.

Movilidad social

Existía la posibilidad de la movilidad en la estructura social de Manila. Así, se podía pasar de las clases inferiores (alipin o esclava) hacia otras superiores (por ejemplo datu), o también en sentido inverso, movilidad que se obtenía por medios generalmente arbitrarios.

El paso de una clase inferior a una superior podía obtenerse en base al propio esfuerzo y habilidad, o por poseer una integridad y un carácter recio, o también de forma tiránica y violenta [23]. También podía lograrse el paso de la esclavitud a la libertad por medio de alianzas matrimoniales.

Sin embargo, la esclavitud no sólo afectaba a aquellos que ya eran esclavos, sino también a aquellos pertenecientes a la clase datu, derrotados y capturados en la batalla, quienes eran convertidos en esclavos por los vencedores, o que podían ser vendidos como esclavos a otros datus [24].

Vestimenta

Varios autores, entre ellos Peralta y Salazar, nos han hecho una descripción de cómo vestían los habitantes de Maynila en la época prehispánica.

Así, los hombres usaban camisas cortas y sin cuello, llamadas *chinanas*, con mangas cortas y de longitud escasa, hasta la cintura. Los colores más comunes eran el azul y el negro, aunque los jefes tenían preferencia por el rojo. Asimismo vestían el *bahas* o taparrabos, pero no se cubrían las piernas ni los pies. El pelo lo llevaban corto y el bigote largo.

Las mujeres, por su parte, lucían blusa y falda. La blusa, o *baro*, era ajustada y con mangas anchas; la falda, o *saya*, consistía en una tira de tela llamada *tapis* que llevaban enrollada al cuerpo, y el *alampay* que era una pieza de tela que colgaba de uno de los hombros. Llevaban el cabello normalmente formando un moño.

[23] *Ibidem*, p. 7.
[24] *Ibidem*.

Tenían mucho cuidado con la dentadura, considerándola como un elemento estético, hasta tal punto, que a los niños se les rellenaban los dientes para igualarlos. Este relleno lo realizaban con trozos de piedra o de hierro, pintándolos de color negro por considerar que este color los embellecía.

Ornamentos

Los hombres y mujeres de la Maynila prehispánica eran muy aficionados a los adornos. Los población de la Maynila primitiva utilizaba, entre otras cosas, cadenillas de latón o bronce entre la rodilla y la pantorrilla, aunque también trabajaban el oro para hacer estos adornos.

Tanto los hombres como las mujeres utilizaban cadenas de oro alrededor del cuello, ya que el oro era considerado un elemento que denotaba riqueza e indicaba que su dueño ocupaba una posición social importante dentro de la comunidad.

Algunos collares tenían eslabones de distinto tamaño. Los adornos de plata y oro eran trabajados primorosamente, lo cual demuestra el alto grado de destreza que poseían los filipinos de aquella época. Asimismo, utilizaban pendientes, unos de oro sólido y otros más sencillos, pero, en todo caso, bien pulidos.

Las mujeres llevaban tocados sobre el cabello suelto hechos de oro o de concha de tortuga. También llevaban pulseras, así como hileras de cuentas fabricadas con piedras preciosas o semipreciosas, que eran utilizadas por ambos sexos pertenecientes a las clases altas. También se trabajaba el vidrio, con el que se elaboraban brazaletes.

Asimismo, labraban conchas marinas para fabricar pendientes, brazaletes y otros ornamentos.

Armamento

Siempre existía la posibilidad de que estallaran conflictos entre individuos y sus parientes, pero la guerra, tal como es entendida para una mente occidental, no existía. En su lugar, estos conflictos se limitaban a determinados ataques al amanecer y emboscadas.

Durante estos ataques se empleaban armaduras, algunas fabricadas con cuernos de carabao y anillos de bronce para proteger el cuerpo, y otras, de cuero muy grueso, pero que se construían del modo más ligero posible para facilitar la libertad de movimientos.

También se usaban escudos para defenderse de los enemigos. Finalmente, las armas habituales eran flechas con puntas de hierro que alcanzaban una longitud de un palmo y tres cuartos. Espadas en forma de kris y dagas que llevaban en la cintura. Contaban con cañones, o *lantakas*, de hasta 17 pies de largo [25].

Cultura no material

Sistema de escritura

Los antiguos habitantes de Maynila y, por supuesto, los restantes pobladores de la región tagala, tenían su propio sistema de escritura llamado *alibata*, similar a un silabario que manejaba tres sonidos vocales A, E-I, y O-U, siendo el número de consonantes variable. Un guión o punto, colocado encima de la consonante, daría el sonido «EW» o I, si la marca iba debajo, entonces el sonido sería de O o U. Las palabras se separaban con una barra (/) y se escribían de derecha a izquierda [26].

Se escribía grabando el carácter con un punzón sobre cortezas o trozos de bambú. Esta forma de escritura no se utilizaba para registrar historias o eventos, sino para escribir mensajes y notas que los antiguos maynileños utilizaban para comunicarse entre ellos. Sin embargo, era usado de forma generalizada, ya que la mayor parte de la población, sabía leer y escribir.

Las inscripciones más antiguas en tagalo datan del siglo xiv, encontrándose un ejemplo en los caracteres inscritos en el borde de un recipiente de arcilla hallado en la excavación realizada por el Museo Nacional en 1962 [27].

[25] Tenemos una gran deuda con Peralta y Salazar, *op. cit.*, pp. 61 *et seq.* por la información empleada en esta sección.

[26] Peralta y Salazar, *op. cit.*, p. 75.

[27] *Ibidem*, pp. 73-74.

Literatura

A pesar del silabario y de las formas antiguas de escritura, que estaban bastante desarrolladas, las expresiones literarias de Maynila no se escribían sobre materiales durables como piedra o arcilla. Las muestras de literatura más primitivas estarían grabadas sobre material altamente perecedero como corteza de árbol y tubos de bambú.

Por lo tanto, la literatura primitiva se limitaba, principalmente, a la transmisión oral de generación en generación, con una serie de mitos, leyendas, proverbios, acertijos, poesía y narraciones populares. Más tarde, los primeros misioneros españoles la conservarían para la posteridad al transcribirlas al lenguaje escrito.

No sobrevive ninguna epopeya de los tagalos precoloniales, sin embargo, como cuenta Jocano, las formas literarias que han llegado hasta nuestros días proporcionaron los medios necesarios para que la herencia literaria fuera preservada, dando forma y significado a los ideales y aspiraciones de la raza [28].

Los mitos precoloniales fueron especialmente empleados por los antiguos filipinos para darle validez al orden social de su colectividad y explicar su contexto. Contribuyeron directamente a la creación de un mundo invisible, lleno de ideas e ideales, siendo a través de éstos como, los primitivos maynileños, explicaban sus sentimientos, definían su mundo, realizaban sus juicios, guiaban sus acciones y obtenían la seguridad de que, cualquier cosa que hicieran o pensaran, tendría su precedente en el pasado [29].

Música

Debido a la inexistencia de documentos en los que basarse, resulta extremadamente difícil determinar cuál era el tipo de música de los primitivos maynileños. Sin embargo, se puede presumir que los primeros instrumentos musicales (lo que también es cierto para todos los grupos étnicos del país) eran de percusión, entre los que se encontraba

[28] Jocano, *op. cit.*, p. 203.
[29] *Ibidem.*

posiblemente el gong. Debido al contacto que tenían con los musulmanes del sur, cabe la posibilidad de que el tipo de gong fuera similar al de estos pueblos.

Peralta y Salazar, en el trabajo que ha sido citado ya en numerosas ocasiones, señalan que el *kalutang* constaba de dos piezas de madera que se golpeaban rítmicamente. Usaban un cierto tipo de tambor llamado *gimbal*, un arpa de boca construida con bambú y que no era un instrumento de conjunto como los mencionados anteriormente. Es posible que la cítara, que todavía permanece en las Filipinas, fuese utilizada en la Maynila prehispánica. Es posible que la influencia continental del sureste asiático haya traído a las islas el *kutilang*, y con mayor posibilidad aún, el *kutyapi*, ambas guitarras ejecutaban sonidos monótonos que se iban sucediendo [30].

Religión

No se sabe con certeza si la música jugaba algún papel en los diferentes ritos, rituales y ceremonias, lo que sí se sabe es que la religión ha tenido siempre alguna profunda y penetrante influencia en la vida de los primitivos habitantes de Maynila. Esta influencia era tan importante que «incluso las casas, las barcas, los equipos agrícolas, los utensilios de cocina y demás artefactos no eran usados si no se bendecían primero y se observaban debidamente los ritos que la acompañaban. Los espíritus debían ser invocados antes de llevar a cabo las actividades diarias» [31].

Sin embargo, el concepto religioso dominante era la creencia en los *anitos* o antiguos espíritus, una deidad o grupo de deidades, objetos esculpidos, cuerpo de ideas y símbolos compartidos, y presentes en eventos relacionados con los fenómenos religiosos [32].

Los primitivos maynileños, como todos los antiguos tagalos, creían en Bathala como en una deidad que se invocaba en las ceremonias. Creador de todas las cosas, Bathala vivía en el *kaluwalhatian*, que era una especie de cielo. Justo y misericordioso, era

[30] *Ibidem*.
[31] Jocano, *op. cit.*, p. 215.
[32] *Ibidem*, p. 217.

el sostén, guardián, nutridor y protector de la raza humana. Se alegraba cuando los hombres obedecían sus leyes y le rendían homenaje, aunque se mostraba severo en el castigo de aquellos que transgredían sus reglas. No dudaba en enviar truenos y rayos que golpeaban a los que violaban sus leyes [33].

Otras deidades trabajaban conjuntamente bajo la esfera de Bathala. El dios del trabajo y el de las buenas acciones, de la buena cosecha, del mar, de la tierra y la agricultura, y la más bella divinidad del cielo que era guardiana de la luna.

Los primitivos maynileños también creían en la vida después de la muerte, quizás por esto sus posesiones eran enterradas junto a ellos en la creencia de que las necesitarían en su viaje al otro mundo. Durante el enterramiento se ofrecían ceremonias rituales y sacrificios.

Otra de las características dominantes del sistema de creencias primitivo, era que los buenos serían recompensados y los malos castigados. El alma de los buenos sería llevada a un lugar en donde descansaría, en donde gozaría de eterna paz y felicidad, mientras que el alma de los malvados sería llevada a otro lugar de pena y aflicción en donde sufriría las torturas eternas [34].

Los primitivos maynileños también creían en divinidades menores. Entre ellas estaba la causante —ya que ésta era una divinidad en forma de vieja mujer que podía convertirse en un animal que rondaba por los campos— de las enfermedades del mundo: cualquiera que levantase su ira, sería castigado con mala fortuna o con una prolongada enfermedad.

Otra era la deidad de los hogares desechos, que enfrentaba a los maridos con sus mujeres [35].

Las *simbahan* o *sambahan*, término traducido algunas veces como capilla o iglesia, eran en realidad estructuras provisorias instaladas para rezar, construidas por algún motivo específico, como por ejemplo el *nag-aanito* u ofrecimiento de sacrificios de animales durante las visiones divinas [36].

[33] *Ibidem.*
[34] *Ibidem.*
[35] *Ibidem.*
[36] Peralta y Salazar, *op. cit.*, p. 64.

El ritual del *nag-aanito* ha sido descrito de la siguiente forma:

> La manera de ofrecer un sacrificio era proclamar una fiesta y ofrendar a las deidades animales para dicha ocasión. La gente también compartía la comida. Los sacrificios se llevaban a cabo frente a las imágenes de las deidades. Las imágenes eran ungidas con perfumes fragantes... y ensalzadas con canciones poéticas por el sacerdote oficiante, hembra o varón.

La ofrenda de sacrificios y la adoración se efectuaban por motivos personales: la curación de una persona, una buena cosecha, un afortunado viaje por mar, el feliz nacimiento de un hijo o una vida matrimonial afortunada [37].

Uno de los cargos de más prestigio en la sociedad de la primitiva Maynila era la del *Katalona,* sacerdote o sacerdotisa que se mostraba como «brujo o hechicero de mucha experiencia». El katalona presidía las fiestas, ritos y ceremonias donde se hacían ofrendas de comida y vino, y se oraba por el bienestar del pueblo [38].

Las personas que asistían a la ceremonia estaban obligadas a llevar regalos al katalona, los cuales podían ser oro, algodón, gallos o cualquier otra cosa que desearan. Sin embargo, los sacerdotes y las sacerdotisas eran consideradas personas ociosas, por lo que no se les prestaba atención tras la ceremonia, rito o ritual, a menos que pertenecieran a la nobleza u ocuparan un cargo poderoso [39].

En cualquier caso, el cargo de katalona servía, a un mismo tiempo, para subir en la escala social y obtener poder o prestigio.

El cargo de katalona era hereditario, y los katalonas enseñaban a sus hijos favoritos, mujer u hombre, los secretos de la profesión.

Otros se convertían en katalonas al lado de sacerdotes o sacerdotisas famosos, aprendiendo rápidamente el oficio, o también se lograba sustituyendo a algún katalona cuando era necesario.

[37] *Ibidem.*
[38] Francisco, *op. cit.*, p. 13.
[39] *Ibidem.*

Las casas

Las casas eran fabricadas con madera y bambú sobre postes que las elevaban del suelo, y poseían una sola habitación de uso múltiple. Separada de ésta, existía un área para cocinar y un *batalan,* que era una estructura abierta generalmente situada detrás de la casa, utilizada para bañarse, lavar y almacenar agua. Los suelos se fabricaban con cañas de bambú partidas, las paredes, de tejido de hojas de bambú o de nipa, mientras los techos se realizaban con hojas de nipa; las diferentes partes que conformaban la casa eran unidas con tiras de ratán o de bambú.

La parte inferior de la casa permanecía cerrada y se utilizaba para la cría de animales domésticos o como depósito de las herramientas que necesitaban. Para ascender a la casa se empleaban escaleras móviles, que se izaban de noche para evitar que los animales penetraran mientras los habitantes dormían, y que se devolvían a su sitio durante el día.

Las casas se construían cerca de los arrozales, de los cocotales o de los huertos, por lo que estaban distribuidas de acuerdo con el tipo de actividad económica que practicaban sus moradores.

Cultos ancestrales

Los primitivos maynileños practicaban algún tipo de culto ancestral. Los antepasados fallecidos (por ejemplo, los abuelos) eran divinizados y se creía que protegían eternamente a sus descendientes. Los ancestros eran recordados en forma de ídolos llamados *larauan,* hechos de piedra, madera, hueso, marfil, dientes de cocodrilo o de oro. Los ancestros merecían las ofrendas en oro, vino y ornamentos hechos de oro, así como las invocaciones. Asumían el papel de anitos y se convertían en intermediarios de sus descendientes ante Bathala [40].

Intercambio y comercio

Poco tiempo antes de la conquista española, Maynila se había convertido en un almacén para Asia, incluso en épocas más remotas

[40] *Ibidem,* p. 13.

ya tenía relaciones comerciales con China, Japón, Cochinchina, India y Camboya.

Los primeros comerciantes chinos que llegaron a Filipinas pertenecían a la dinastía T'ang (618-906 dC). Si bien sus rutas comerciales no han sido definitivamente señaladas, el descubrimiento de géneros T'ang en Filipinas indica un contacto intenso entre chinos y filipinos, es decir, con maynileños, hacia el siglo IX. Sin embargo, fueron los mercaderes árabes los primeros en llevar géneros T'ang a Filipinas, ya que para entonces los árabes tenían un activo intercambio comercial con el pueblo chino [41].

A través de este intercambio, la cultura filipina entró en contacto con nuevas ideas y formas de vida. Las excavaciones arqueológicas de Manila y las áreas adyacentes han puesto al descubierto géneros T'ang. Estos yacimientos fueron localizados cerca de la costa y de las riberas de los ríos (como es el caso del yacimiento de Santa Ana en Manila), y corresponden a asentamientos cuyo medio de vida era el comercio [42].

Después del declive de la dinastía T'ang, llegaron comerciantes del período Sung (960-1279 DC) que continuaron el intercambio con los filipinos, trayendo miles de piezas de porcelana Sung que los filipinos usaron con propósitos funerarios. Esta porcelana hallada en diversos yacimientos arqueológicos (incluyendo Santa Ana) pertenecen al inicio y al final del período Sung y era elaborada en el sur de China, especialmente en la provincia de Fookien [43].

Es evidente que la mayoría de los mercaderes chinos venían de esa región de China, pero es posible que los artículos de uso doméstico fueran llevados por comerciantes árabes que participaban activamente en el comercio asiático, especialmente con el sur de China [44].

El análisis del material arqueológico recuperado en los diversos yacimientos filipinos, según Jocano, da una idea de la naturaleza del intercambio comercial con los mercaderes Sung.

> Inicialmente, el intercambio se realizaba al por mayor. Los artículos se embarcaban en los juncos que fácilmente se desplazaban de una

[41] F. Landa Jocano, *op. cit.*, p. 149.
[42] *Ibidem.*
[43] *Ibidem.*
[44] *Ibidem.*

comunidad costera a otra. No se conocía ningún gran centro comercial durante el Período Emergente excepto, posiblemente, Manila, que entonces se conocía como Tondo. Debido a su situación estratégica en relación al río Pasig como medio principal de transporte, permitió que los comerciantes de Tondo se transformaran en un grupo poderoso. Al controlar el flujo de comercio entre el lago y la bahía, recibían la mercancía de los comerciantes extranjeros y posteriormente la intercambiaban con los habitantes de Laguna.

Jocano continúa diciendo que «el comercio interno, especialmente con las comunidades que no estaban situadas en la línea directa del comercio, continuaban con las negociaciones al por mayor». Esto se concluye del hecho de que muchos grupos culturales contemporáneos en las montañas más remotas y los de las áreas costeras todavía poseen magníficas piezas Sung, sobre todo jarras que siguen utilizando por motivos rituales [45].

Pero los mercaderes Sung no sólo comerciaban con porcelana con los primitivos maynileños, sino también con objetos tales como espejos, monedas y jade, que posteriormente fueron hallados en las zonas excavadas.

Jocano también manifiesta que fue durante el período Sung cuando las grandes piezas de porcelana llegaron a Filipinas. Estas jarras serían utilizadas posteriormente como féretros en enterramientos y los materiales usados en las ceremonias mágico-religiosas, y continúan siendo utilizados, hoy en día como tales, entre las minorías culturales filipinas.

Así fue como floreció, antiguamente, el comercio entre los mercaderes de Maynila y los de China, continuándose hasta la conquista española.

Es un hecho, que la expedición española en su travesía para conquistar y posteriormente colonizar Maynila se encontró en Mindoro con juncos chinos cargados de porcelana, adornos de oro, metales, espejos y tejidos de seda que se hallaban allí para comerciar con los filipinos.

Aunque el comercio filipino con los chinos comenzó alrededor del siglo IX, no fue sino hasta mediados del siglo XI, al ser expulsados hacia el sur del río Yangtzé los emperadores Sung, cuando el comercio chino-filipino se intensificó, siendo éste el momento en que la influen-

[45] *Ibidem*, pp. 150-151.

cia china sobre la cultura filipina comienza a hacerse sentir con más fuerza [46].

Influencia de los comerciantes asiáticos en la Maynila primitiva

La influencia básica fue de tipo económico, y se tradujo en el intercambio de porcelana, seda, cuentas de vidrio y otros ornamentos por productos autóctonos. Algunos de los mercaderes chinos se casaron con mujeres nativas, estableciéndose la familia en las comunidades locales y asegurando su intercambio en detrimento de otros mercaderes extranjeros. Su influencia no sólo se dejó sentir en lo que al intercambio comercial se refiere, sino que más tarde también se dejó sentir en las instituciones sociales, en el idioma y en la alimentación de los nativos. Durante un tiempo, la cerámica china influyó en la local, pero esta influencia no fue muy grande, ya que se reducía a la fabricación de los *payalok* o *banga* (ollas) [47].

Por otra parte, la influencia de la India se hizo patente en la vida filipina a partir del siglo x. El ascenso de Shri-Vijaya en el siglo XII y el Imperio Madjapahit que le siguió, produjo este contacto aunque de manera indirecta. Como señalan Peralta y Salazar, la cultura india causó gran impacto en la filipina, influyendo en la religión (por ejemplo, el concepto de Bathala, se originó a partir del concepto indio de Battara-gurú), también se dejó sentir en el idioma (presencia de palabras del sánscrito en el tagalo), y en el arte y la literatura (por ejemplo las epopeyas de Indarapatra y Suleimán), todo esto con mayor fuerza al sur de las Filipinas [48].

Todo esto demuestra que ya en tiempos remotos Maynila se había convertido en un almacén, esto fue debido, como explican Peralta y Salazar, a que muchos ríos

> convergen sobre esta extensa área, además del río Pasig sobre el que vierte sus aguas el río Marikina. Están también los ríos Malbón, Bulacán y Parañaque y muchos arroyos que desembocan en la bahía. En

[46] Salazar, *op. cit.*, p. 42.
[47] *Ibidem.*
[48] *Ibidem*, p. 43.

esos tiempos, el agua, en vez de impedir las travesías, servía más bien de ayuda, facilitando la creación de una red de comunicación entre los pueblos [49].

Peralta y Salazar continúan su narración explicando que las comunidades primitivas se alineaban en el área de la laguna y el río Pasig, y el río Pasig se convertía en el principal eslabón de unión entre el área de la bahía y el mar, de tal modo que algunos maynileños se convirtieron en empresarios y el aumento del comercio se reflejó en el asentamiento de los mercaderes extranjeros en esa misma área. Es cierto que la gente que vivía en el delta de Maynila y sus alrededores no eran nativos del lugar, sino colonos venidos de otros sitios, desde Malasia y desde otras provincias del país. Todo ello debido al hecho de que el lugar ya era conocido como un gran centro comercial [50].

El comercio tailandés-filipino

Otro país con el que Maynila tuvo relaciones comerciales durante el período anterior a la colonia era Tailandia. Esta relación existió entre Ayudhya, antigua capital del Reino de Siam (Tailandia) y Maynila desde el siglo XIV hasta el siglo XVIII.

De hecho, antes de que los españoles desembarcaran en Filipinas, los dos centros comerciales más importantes y más conocidos en el Asia suroriental eran Maynila y Ayudhya. Siam exportaba vasos de porcelana y perlas, mientras que Filipinas los productos de la selva. Además se efectuó y llevaba a cabo un intercambio de cerámicas que se mantuvo desde el siglo XIII hasta mediados del siglo XVI [51].

Sin embargo, la mayoría de los productos siameses fueron transportados por mercaderes chinos, árabes o indios. Después de la ascensión de Ayudhya, los tailandeses asumieron un papel más directo en el comercio con Ultramar.

[49] *Ibidem*, p. 44.
[50] *Ibidem*.
[51] P. Duke, «Ayudhya and Manila», *Philippine Historical Review*, IV (1971), páginas 119-131.

Comercio filipino con otras naciones del sureste asiático

Los comerciantes japoneses, por su parte, comenzaron un comercio activo con Maynila hacia el final del período Ming, trayendo cargamentos muy importantes de géneros siameses.

También se ha demostrado que Filipinas tenía relaciones comerciales con otros países del sureste asiático, como Borneo y Malaca. Por ejemplo, Tome Pires, escritor portugués, señala en su libro sobre los años 1512 y 1515, que antes de la llegada de los europeos los comerciantes filipinos vendían sus mercancías en Cantón, Borneo y Malaca, señalando además que en Malaca había una colonia de 150 filipinos [52].

Es evidente, por tanto, que los filipinos iban a Malasia no sólo a intercambiar productos, sino que muchos prefirieron establecerse allí, al igual que muchos borneanos y malayos que iban a comerciar a Filipinas en tiempos precoloniales, optaban por permanecer allí.

Expediciones españolas a las Filipinas y el asentamiento de los españoles en Cebú y Manila

Cuando Magallanes cayó gravemente herido en la pierna por el machete de un guerrero filipino en aguas de Mactan, el valeroso navegante portugués sólo contaba 41 años, lo que significa que para los baremos actuales, todavía era un hombre joven, apenas entrando en la mediana edad. Su corta vida había sido emocionante, como debía serlo para un hombre de su época, etapa que había proporcionado a las gentes europeas emotivas narraciones acerca de maravillas geográficas y grandes descubrimientos, aparte del hecho de que el punto de vista del europeo hacia el mundo era capitalista, mercantilista y expansionista. Anteriormente, la época medieval había ofrecido una suerte de contraste, con puntos de vista que hacían un especial énfasis en la religión y en la vida en el más allá, y que iba desapareciendo en la distancia, para perderse finalmente en la memoria.

Magallanes tenía doce años cuando Colón llegó a la isla de San Salvador y a La Española. El genovés había escrito a sus amigos sobre

[52] T. Pire, *Suna Oriental*, London, 1944, I, pp. 121, 133-135.

las hermosas y ricas sierras, las praderas y las tierras de cultivo de las Bahamas. El descubrimiento de las Américas había hecho que los europeos no solamente se imaginaran la posibilidad de establecer nuevos puertos y fuentes para un animado comercio de oro y especias, sino también de asentamientos coloniales bajo la guía de su Dios Cristiano.

El joven Fernando de Magallanes se contagió de la imaginación fervorosa y del calor de estos exploradores. Ya había experimentado las actividades exploratorias junto a amigos como Francisco Serrano a quien acompañó en 1514 y 1515.

En 1511 Serrano había llegado a las islas, pero su nave quedó varada, permaneciendo en las Molucas donde estableció un negocio y escribió cartas a su amigo Magallanes contándole que las Molucas tenían una vegetación exuberante, pero también le advertía que su opinión era que estas islas no parecían pertenecer al territorio portugués señalado por el Papa Alejandro VI en su bula «Inter Caetera» [53].

De acuerdo con los términos de esta bula papal emitida el 3 ó 4 de mayo de 1493, las tierras que quedaban para la exploración de los europeos se dividirían entre los rivales principales, Portugal y España; los territorios al este de una línea imaginaria de demarcación que iba de un polo a otro pasando a cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, que por esa época eran completamente desconocidas, fueron asignadas a los portugueses que posteriormente reclamaron sus derechos con feroz tenacidad y los territorios al oeste hacia el Atlántico se reservaban para su exploración por parte española.

Sin embargo, la bula papal, lejos de solucionar algo, se convirtió en fuente de competencias que se transformaron en disputas sangrientas. El Tratado de Tordesillas de 1494 modificó los términos del acuerdo desplazando la línea 270 leguas más al oeste. Este tratado no sirvió para aclarar con exactitud los límites territoriales, ya que lo que para nosotros es algo muy conocido, que el mundo era redondo como una naranja, era entonces vagamente insinuado, de tal manera que los exploradores que partían hacia el oeste, al final terminaban por reclamar los territorios ajenos.

[53] Carmen Nakpil, *The Philippines and the Filipinos*, vol. I, Manila, 1974, pp. 42-43. Decretada el 3 y el 4 de mayo de 1493, el Papa de Roma trazó una línea imaginaria de polo a polo, que pasaba a 100 leguas al este de las Azores y de las islas Cabo Verde. Todas las tierras halladas al este de la línea pertenecían a Portugal, mientras que las que estuviesen al oeste pertenecían a España.

Además, la bula papal decretó la concesión de derechos de travesía y asentamiento en los nuevos territorios, siempre y cuando los hombres que realizaran los descubrimientos «cuidasen bien» de la gente y de la tarea de desarrollar dichas tierras. «Cuidar bien» significaba su evangelización, que sólo podía llevarse a cabo si la Iglesia y el Estado trabajaban juntos; este sistema se conoció como patronato, gracias al cual el gobierno podía asumir los poderes de la Iglesia colonial cristiana [54].

Sin embargo, a Magallanes le excitaba la idea, que compartía con otros, de encontrar una vía hacia el oeste que lo llevase a las islas de las Especias, y había decidido conseguir la ayuda del Rey de España en el mismo momento que cayó en desgracia con el Rey Juan de Portugal. Su propuesta de llegar a las Molucas debía ser aprobada por los españoles, ya que ésta quedaba en el área de España de acuerdo con la bula del Papa Alejandro. Afortunadamente para él, ya las había visitado en 1512 y se aferró a la idea de que podía llegar a ellas navegando hacia el oeste, aunque fuese con un costo enorme.

Elevó su propuesta al Rey de Portugal quien la recibió con indiferencia. Al no conseguir su ayuda, Magallanes cruzó la frontera, se trasladó a España y viajó a Sevilla acompañado de un cosmógrafo. Magallanes renunció a su nacionalidad portuguesa en 1517 y se convirtió en súbdito español. Fue recibido por su compatriota portugués Don Juan de Barbosa, quien a su vez le presento al comisionado de la Casa de Contratación, que era el organismo central de aprobación de todas las empresas de navegación o expediciones. La propuesta de Magallanes entusiasmó a Juan de Anda que pensó que la empresa era digna de la atención real, se comunicó con el Rey Carlos I y le habló de un personaje «que podía hacer un gran servicio a Su Majestad».

En 1518, en Valladolid, que era entonces la capital de España, Magallanes, Faleiro y Juan de Anda fueron recibidos en audiencia por el Rey Carlos I que se sintió entusiasmado por la propuesta y, muy pronto, se firmaron las capitulaciones del acuerdo, que básicamente especificaba la financiación de cinco navíos y establecía el reparto de las ganancias, las recompensas y los beneficios. La expedición sería comandada por el mismo Magallanes y Ruy de Faleiro.

[54] N. Cushner, *Spain in the Philippines from Conquest to Revolution*, Ciudad Quezón, 1971, p. 31.

Hasta ese momento, el proyecto parecía desarrollarse sin obstáculos, sin embargo, en el lado portugués se estaban creando agitaciones. El Rey portugués Juan se había dado cuenta tardíamente del valor de la empresa y, para bloquear la empresa, escribió cartas a Carlos I, que no se sintió dispuesto a creer que Magallanes y su amigo Álvaro da Costa eran «dos malcontentos» [55].

Finalmente llegó desde el Nuevo Mundo un cargamento de oro, que sirvió para que la Fuggers, famoso establecimiento financiero, proporcionara los fondos para la empresa, comenzándose a efectuar su preparación de manera inmediata. Las instrucciones de Carlos I a Magallanes eran muy detalladas hasta el punto de incluir la forma en que debían ser tratados los portugueses que encontrara en territorio español, y también que no debían desembarcar en territorio portugués para no incurrir en la ira de la nación rival.

Faleiro sufrió una enfermedad mental, de manera que el viaje fue pospuesto temporalmente, al tiempo que se nombraba como sustituto a un hombre llamado Cartagena, que era el consejero confidencial del Rey y su obligación era informar detalladamente del tratamiento recibido por los nativos que encontraran.

Aunque recibió la severa advertencia de evitar recalar en territorio portugués, Magallanes sabía que en 1511 Malaca era un puerto portugués de mucha importancia después de Goa, ya que Albuquerque había tomado el lugar en la lucha por las especias. Magallanes había explorado el área anteriormente y había llegado hasta un lugar a 11 grados al norte de las Molucas, que probablemente eran, como estiman algunos, las Calamiares, cerca de Mindoro.

Era un navegante maduro que tomaba en consideración la seguridad de la travesía y de la tripulación por lo que, inteligentemente, escogió muchos portugueses en cuya lealtad podía confiar, a pesar de lo cual tuvo que enfrentarse a un cierto número de motines y deserciones. Sin embargo, Magallanes contaba con que la expedición iba a afrontar muchas dificultades, ya que la tripulación estaba formada por 235 efectivos portugueses, italianos, flamencos, alemanes y un tal Master Andrew de Bristol, y por lo tanto se encontraba predispuesto para ello.

[55] *Op. cit.*, p. 12.

Finalmente, se convocó a la tripulación para cumplir con los solemnes ritos en la iglesia de Santa María de la Victoria, en Sevilla, donde los oficiales debían pronunciar el juramento de fidelidad y lealtad al Rey. Los cinco navíos llevaban provisiones para dos años que incluían galletas, judías, vino, 200 capas de color, 10.000 anzuelos, 20.000 campanillas, vidrios de color y espejos pensando en la necesidad de regalos diplomáticos que pudieran ser intercambiados en los países que les esperaban [56].

La histórica e imponente flotilla de Magallanes, anclada inicialmente en Sevilla, zarpó el 22 de setiembre de 1519, navegó majestuosamente por el Guadalquivir y estaba formada por las siguientes naves: *Concepción, Victoria, San Antonio, Trinidad y Santiago.* De ellas sólo volvería, en 1522, la *Victoria.* La *San Antonio* pilotada por Gómez desertó al llegar a los estrechos. *La Trinidad,* que tenía tripulación portuguesa, como la *Santiago,* fue la más desafortunada, ya que desapareció el 22 de mayo del siguiente año.

La flota se dirigió hacia el suroeste, en dirección a la tierra prometida de las especias. Durante la travesía visitaron algunas islas conocidas y desconocidas, fue un viaje en el que se afrontaron numerosos riesgos, motines, hambre y desesperanza y, durante todo el viaje, Magallanes fue el espejo, el guía y la inspiración. La primera recalada se realizó en Tenerife, en Canarias, islas del Atlántico que proporcionaban refugio temporal, para proveerse de madera y agua.

Pero como probarían las circunstancias, se produjo un enfrentamiento personal entre Juan de Cartagena y el jefe de la expedición y que, posteriormente, el 9 de abril de 1520, se convertiría en un verdadero motín, ya que debe recordarse que la tripulación era una mezcla explosiva de portugueses y españoles, rivales tradicionales en las lides comerciales. Magallanes se hizo con el dominio de la situación, apresó a Cartagena y lo abandonó en una isla que posteriormente se identificó como la Patagonia.

El 21 de octubre de 1520, se avistaron dos canales y un mes más tarde tan sólo quedaban intactas tres naves: la *Concepción* capitaneada por Serrano, la *Victoria* por Diego Barbosa y la *Trinidad,* cuyo capitán era Magallanes; todas ellas portuguesas, lo que se convirtió en un gol-

[56] *Ibidem,* p. 13.

pe de suerte extraordinario, además de servir de freno para cualquier actividad en su contra. Se habían perdido dos navíos: uno, por deserción y, el otro, por naufragio. Rodearon el Cabo Deseado, bautizado así por el deseo ferviente de alcanzar el este, navegando hacia el oeste; en aquel momento, Magallanes lloró de alegría al comprobar que su sospecha se hacía realidad.

Uno de los hombres que se haría famoso navegaba con Magallanes en la *Trinidad*. Se trata de su cronista, Antonio Pigafetta, proveniente de una antigua familia de la Toscana, originaria de Florencia, aunque se había trasladado a Vicenzia, situada a unas cien millas al oeste de Venecia, en el siglo XIII.

Pigafetta nació en 1490, por lo tanto era diez años menor que Magallanes. Como el portugués, había leído el *Poeisi Novamente Retrovati* de Montalbaddo, en 1507, y en donde se detallaba una descripción de los descubrimientos de Colón. La familia de Pigafetta era culta e influyente y su tío político, Chiericanti, era a su vez familia del enviado papal en España.

Después de adquirir un yelmo y un peto, Antonio se incorporó a las filas españolas con sus navegantes. Partió hacia Barcelona y Málaga y, posteriormente, hacia Sevilla, donde, como a Magallanes, se le llevó a la Casa de Contratación, donde finalmente alcanzó el rango de supernumerario o sobresaliente, siendo su obligación la de defender a las tripulaciones [57].

MAGALLANES AVISTA LAS FILIPINAS

Después de un descanso invernal en el puerto de San Julián, la flota tomó el rumbo oeste-noroeste, giró luego hacia el noroeste, cruzó el Ecuador y viró con rumbo oeste-noroeste. A principios de 1521, la tripulación se encontraba al borde de la inanición. Pigafetta señala que las galletas se convirtieron en polvo infestado de gusanos, de manera que la tripulación no tuvo más remedio que alimentarse de virutas y ratas.

Finalmente, el 16 de marzo, se avistó la isla de Samar. La cansada tripulación desembarcó en la isla de Suluan, a la que bautizaron con

[57] C. Quirino *et al.*, *Italians in the Philippines*, Manila, 1980, p. 7.

el nombre de *Aguada de las Buenas Señales*, dándole a toda la región el nombre de *San Lázaro* al haber arribado allí durante la fiesta religiosa de San Lázaro [58].

El 25 de marzo, la agotada tripulación arribó a Limasawa, donde celebraron el Domingo de Resurrección, fiesta que Magallanes planificó para que resultara lo más impresionante que jamás se hubiera visto. La primera misa la ofició fray Pedro de Valderrama y, al finalizar el día, treparon a una colina para erigir la cruz de Magallanes. Al día siguiente estaban preparados para partir, pero retrasaron el viaje por ayudar a los nativos en la recolección de la cosecha. El rajá Colambu les ofreció ayuda para que pudieran llegar a Cebú, que estaba en ese momento gobernado por un reyezuelo llamado rajá Humabon.

De este modo llegaron a Cebú, que por entonces era un activo puerto comercial, el 7 de abril de 1521, lugar donde el reyezuelo exigió el pago de tributos, hecho que les causó una gran sorpresa. Se ha dejado constancia de la impresión que les causó la porcelana, la cerámica, y también la agradable música de los isleños, tomando nota de sus cuerpos pintados, de sus taparrabos, su largo pelo y pendientes de oro.

Colambu aceptó ser bautizado con el nombre cristiano de *Carlos*, el 14 de abril, y su mujer lo fue con el nombre de *Doña Juana*. Pigafetta le regaló a Doña Juana una imagen del Santo Niño. La conversión al cristianismo consistía, realmente, en supeditarse al vasallaje de los españoles, medida «feudal» por medio de la cual Magallanes daría protección a Colambu, así como la ayuda necesaria para que pudiera dominar a los arrogantes reyezuelos de las zonas que rodeaban su reinado. Los 800 hombres que acompañaban a Magallanes eran, en realidad, representantes nominales del Soberano español.

Magallanes en Cebú

Zula, caudillo Mactan, sugirió a Magallanes la idea de someter a Lapulapu, que hasta entonces se manifestaba como el más intransigente de los caudillos locales y el más fiero de los soberanos independientes. Magallanes creía que, con sesenta de sus hombres y un número igual de cebuanos como aliados, derrotaría a Lapulapu.

[58] Cushner, *op. cit.*, p. 17.

Los hombres de Magallanes fueron desplegados alrededor de las tres de la mañana del fatídico día 27 de abril. Antes del amanecer, Magallanes apuntó nuevas ofertas de paz, que fueron rechazadas por Lapulapu. Se enfrentaron con un ejército de 1.500 efectivos, que aparentaban estar organizados «disciplinadamente» al atacar lanzando sus armas, lanzas y estacas, siendo tantas que oscurecieron el cielo durante su vuelo. Los europeos respondieron con andanada de mosquetes y cañones. Magallanes ordenó que incendiaran las casas, lo que enfureció a Lapulapu aún más. Magallanes fue herido en la pierna y, con la lanza clavada, sus hombres intentaron salvarlo, pero tuvieron que dejarlo en tierra acompañado de unos ocho hombres [59]. A los demás les pareció inútil tratar de salvarlo, tan preocupados como estaban por salvar sus propias vidas. Inevitablemente, Magallanes cayó boca abajo en el agua, muriendo posteriormente. Dos de los miembros de la tripulación, Juan Serrano y Diego Barbosa, quedaron como prisioneros.

De acuerdo con otros relatos, Humabon y sus hombres asesinaron a traición a 27 españoles, entre los que se hallaba Serrano, mientras sobrevivía Juan de Carvalho. Es posible que fueran atacados también por los Boholanos.

Los tres navíos que aún quedaban recibieron una mejor recepción en Leyte, que se tomó como punto de partida hacia Tirode, que era su puerto de destino en las islas de las Especias, adonde arribaron el 8 de noviembre. Debido a la escasez de tripulación, hundieron deliberadamente a la *Concepción.*

La *Trinidad* siguió a duras penas hacia el norte, regresando posteriormente a Tidore. Solamente la *Victoria,* con 18 ó 22 hombres, comandada por Sebastián el Cano, llegó a Sanlúcar de Barrameda el 8 de septiembre de 1522; el funesto regreso había puesto fin a una navegación de tres años. Este evento confirió a la *Victoria* el honor de haber sido la primera nave en circunnavegar el globo terrestre. Tristemente, la tripulación había quedado reducida de 270 a 28 hombres [60].

Pigafetta, entregó posteriormente su diario a la Madre Regente de Francisco I, y luego al Emperador Carlos. El cronista del viaje murió en 1536, pero se ha mencionado la posibilidad de que partiera hacia Malta.

[59] C. Quirino, *Filipinos at War,* Manila, 1981, pp. 10-15.
[60] *Op. cit.,* p. 20.

De acuerdo con el diario del italiano, tardaron alrededor de trece meses y medio en llegar al estrecho, y otros cinco para llegar a Samar. La empresa de Magallanes tuvo como resultado el descubrimiento del estrecho que se bautizó con su nombre, una ruta hacia occidente que llevaba al Pacífico y al lejano este, el descubrimiento de Mindanao como fuente de especias, y futura base comercial, y el origen de disputas posteriores sobre la posesión de las Molucas. Más tarde, Carlos V decidió vender sus derechos sobre las Molucas sin perder el control sobre el comercio de las especias.

Los sucesores de Magallanes

La expedición de Magallanes fue seguida por otras cinco: Joao Jofre de Loaisa en 1525, Sebastián Caboto en 1526, Saavedra en 1527, Villalobos en 1542 y Legazpi en 1546. La más exitosa de ellas se materializó cuarenta años después de Magallanes, cuya muerte permaneció como un amargo recuerdo en la mente de los orgullosos españoles. Mientras tanto, la contrariedad del monarca español, Carlos V, era la disputa, con Juan III de Portugal, por la posesión de las Molucas [61].

Las expediciones, como las de Loaisa y Caboto que terminaron fracasando, se transformaron en exploraciones de dos océanos, Atlántico y Pacífico, y habían sido impulsadas básicamente por motivos mercantiles y políticos.

Si España no podía asegurarse la posesión de las Molucas, sí albergaban la esperanza de poseer el archipiélago de San Lázaro, también llamado Islas de Poniente. A pesar de la muerte de Magallanes, que acabó con la imagen que conservaban los indígenas de la invulnerabilidad del hombre blanco, los colonizadores creían que el oro y las especias podían hallarse en tierras donde los nativos fueran mas fáciles de pacificar, por lo que pensaban organizar proyectos de navegación más costosos.

Loaisa

Carlos V nombró a Juan García Jofre de Loaisa capitán general de las islas, partiendo de La Coruña hacia el estrecho de Magallanes. Le

[61] *Ibidem.*

acompañaba un hombre que, como Pigafetta con Magallanes, registraría los acontecimientos de la expedición de Loaisa. Quien narrará las vicisitudes del viaje iniciado el 24 de julio de 1525 se llamaba Andrés de Urdaneta. Su relato narra la pérdida de cinco naves por deserción, tormentas, vías de agua, congestión y muerte por escorbuto. Las bajas durante estas expediciones eran inevitables, de manera que siempre existieron órdenes secretas al respecto. Otro hombre, llamado Hernando de la Torre, también llevó un diario detallado de los sucesos de este viaje.

Loaisa murió envenenado por los alimentos ingeridos el 30 de julio de 1526, mientras su sustituto, Sebastián el Cano, murió el 21 de agosto de 1526, quedando al mando el capitán Salazar, quien se preocupó de volver a aprovisionarse de alimentos en las islas que visitaban. Entraron al Pacífico y posteriormente arribaron a las islas conocidas hoy con el nombre de las Marianas. Aquí hallaron un superviviente de la tripulación de Magallanes, Gonzalo de Vigo, y también forzaron a once indios a permanecer bajo su servicio, aunque fueron posteriormente liberados.

Al morir el capitán Salazar, fue sustituido por Martín Íñiguez de Carquizano quien trató de poner rumbo al norte, pero los vientos no les fueron favorables; finalmente arribaron a Maluco, donde fueron recibidos amigablemente por los nativos. Los habitantes de esta zona conocían la crueldad de los portugueses y esto preocupaba a los españoles, además de que continuamente debían encararse con las dificultades que les oponían sus rivales portugueses quienes, celosa, posesiva y frenéticamente defendían sus avanzadas coloniales. Viendo que estaban casi muertos de hambre, los portugueses les sometieron a más humillaciones, no quedando a los españoles sino dos alternativas: o rendirse y caer prisioneros o seguir una nueva ruta, desconocida y muy peligrosa, que los llevara a la Nueva España [62].

Saavedra

En virtud de una cédula emitida por el Emperador Carlos V el 20 de junio de 1526 en Granada, se autorizaba a Hernán Cortés, el explo-

[62] *Ibidem*, pp. 21-24.

rador de México, a ir en la búsqueda de los posibles supervivientes de una de la naves de Magallanes que había naufragado, la *Trinidad,* teniendo además como objetivo investigar las consecuencias de las fallidas expediciones de Caboto y Loaisa. Hernán Cortés escogió como jefe de la expedición a su primo, Alvaro de Saavedra Cerón, en quien tenía puesta la esperanza de que llegaría a ser un exitoso conquistador debido a su ambición y perspicacia. Finalmente, fueron equipados tres navíos: la *Florida,* la *Santiago* y la *Espíritu Santo* con una tripulación de 115 hombres.

Su misión era la de obtener información sobre Juan Serrano que fue abandonado en Mactan, donde había muerto Magallanes, e investigar si Cebú podía ser pacificada con la ayuda de tropas de caballería, cargar el navío con especias en el viaje de retorno a Nueva España y buscar un asentamiento para establecer una colonia española. La expedición se encontró con los obstáculos y frenos comunes, tales como vías de agua, tormentas y naufragios (de la *Santiago* y la *Espíritu Santo)* en los arrecifes de Río Gaspar. El 1 de febrero la tripulación avistó la isla de Surigao (isla de Mindanao) en las cercanías de las actuales poblaciones de Bucas, Lanajosa y Anajuan.

La población sólo se mostró amistosa al comienzo, reconociendo a los españoles como pertenecientes al mismo grupo con quienes ya habían traficado, incluso uno de los nativos llevaba una capa de colores que le había regalado Magallanes y fueron recibidos al grito de «Castilla, Castilla». Aparentemente, sabían de la crueldad y malas maneras de los portugueses, y el destino los hizo hallar al largamente perdido Sebastián de Puerta de Santa María del Parral, miembro de la tripulación de Loaisa. Sánchez y Romay, así como Sebastián de Puerta, habían sido hecho prisioneros por los filipinos. La nave encalló e, impulsada a la costa, la tripulación fue apresada y maniatada por los nativos. Saavedra los liberó, tratándoles de manera humana a pesar de que habían asesinado al capitán de su navío.

A Saavedra le pareció poco amistoso el lugar, de manera que partió hacia las Molucas donde supo de otros compatriotas que estaban en prisión, y que eran tratados cruelmente en Tidore. Así, zarpó en junio de 1528 con un cargamento de nuevas provisiones. Desgraciadamente, Saavedra murió de fiebres no sin antes haber nombrado a su sustituto, Pedro Laso, quien también murió poco tiempo después. Estas muertes acabaron con el poco espíritu que le quedaba a la tripula-

ción, quienes podían haber regresado a Méjico siguiendo la ruta del nordeste, pero decidieron rendirse a los portugueses pensando, quizás, que sería beneficioso afrontar un enemigo conocido que correr el peligro de los ignotos mares que llevaban a Nuevo Méjico [63].

Villalobos

El conquistador Álvaro de Saavedra murió antes de completar otro proyecto iniciado por el Virrey de Méjico, quien contrató los servicios de Ruy López de Villalobos; hombre «alto, delgado, con una poblada barba negra con hebras grises; un caballero, educado y afable». Se le nombró capitán general de la más ambiciosa expedición de las organizadas hasta entonces, que incluía la preparación de diez naves, entre ellas las *Santiago, San Jorge, San Antonio, San Juan de Letrán, San Cristóbal y San Martín,* con provisiones para tres años.

Se dieron instrucciones muy rígidas, relacionadas con la conducta moral que debía seguirse con los nativos de los lugares que se visitaran, así como otras referidas al nombramiento de un inspector que supervisara las actividades comerciales, y se le exigió a cada tripulante presentar un certificado de haber recibido los sacramentos dobles de penitencia y la eucaristía.

La flota que zarpó del Puerto de Navidad, el 1 de noviembre de 1542, fue impulsada hacia las islas del Pacífico ayudada por los frescos vientos alisios que soplaban desde el este. Tres meses después arribaban a la isla de Mindanao, desde donde, con rumbo norte, recalaron en Limasawa en el extremo sur de Leyte, pero los vientos del sudeste los forzaron a navegar en dirección sur, hacia Sarangani.

Los marineros españoles se veían frenados continuamente por problemas de diversa índole. Entre ellos, la dificultad de mantener un fuerte liderazgo al encarar obstáculos físicos que parecían insuperables, como la escasez de alimento y los vientos adversos. Villalobos trató de obtener la cooperación de sus hombres, exigiéndoles sembrar y recoger sus propias cosechas, pero no los halló dispuestos a llevarlo a cabo, de manera que, en última instancia, les dijo «que cada hombre se provee-

[63] *Ibidem,* pp. 24-29.

ría a sí mismo». Villalobos nunca se despreocupó de su misión de hallar un lugar de asentamiento y de descubrir una ruta práctica para regresar a México.

Al llegar a Limasawa se vieron empujados hacia el sur por los fuertes vientos, como les sucedió a sus predecesores. El hambre les obligó a rogar a los isleños un poco de comida y, aunque la pedían de un modo pacífico, los nativos naturalmente se negaban a compartir con ellos el arroz, los granos, los cocos y las bananas.

En agosto, los vientos impulsaron a la *San Cristóbal* hasta Samar, a la que llamaron *Filipinas,* regresando posteriormente a Sarangai. Sin saberlo los españoles, los portugueses habían estado observando cada uno de sus movimientos y, como aves de presa, estaban simplemente esperando el momento apropiado para el ataque. Además, habían pedido la ayuda de los musulmanes, a quienes alistaron como espías en los mares del sur. Los portugueses también incitaron a los nativos a acosar a la tripulación española. A pesar del hambre y la carestía, Villalobos y su tripulación resistieron hasta que, como último movimiento, el navío llegó al alcance de sus mortales enemigos, los depredadores portugueses, y al requerir ayuda para poder sobrevivir fueron hechos prisioneros y llevados a las Molucas.

Mientras tanto, la *San Juan,* pilotada por Alonso Hernández y comandada por Bernardo de la Torre, debía regresar a Nueva España siguiendo la que, en el futuro, sería la famosa ruta del comercio de galeones (Manila-Acapulco), que habría de ser seguida durante trescientos años. Pero las cosas se tornaron amargas y adversas, ya que la *San Juan* había quedado separada de Villalobos. Finalmente, la idea de colonizar las Filipinas se tornó tan desalentadora y remota que se abandonó totalmente, a pesar de que habían vuelto a visitar Leyte. Al mismo tiempo Villalobos abandonaba sus especias, su artillería y sus estandartes en manos de los portugueses, permitiendo también que algunos hombres regresaran a España a través de Goa y Lisboa. Saavedra murió de fiebres tropicales y el resto de la tripulación se vio obligada a llevar, al mismo Emperador Carlos V, el relato de una aventura fallida y aparentemente impracticable que terminó por aburrir al Rey.

Los españoles comprendieron entonces que la búsqueda de las especias, aunque sólo fuera una tajada de aquel comercio, tenía un elevado costo. Muchos hombres morirían, a pesar de su devoción y su coraje, siendo su único deseo el cumplimiento de su misión. Estos

errores permitieron que los futuros expedicionarios y conquistadores aprendieran lecciones en extremo valiosas, entre ellas, la intrepidez. Los problemas surgían principalmente por los portugueses, o bien por culpa de la naturaleza, vientos contrarios, carencia de alimentos, de su propia ignorancia hacia la conquista y las hostilidades de los indígenas filipinos.

La expedición Legazpi-Urdaneta

El nuevo Rey de España, Felipe II, planificó una nueva expedición a las «Islas del Poniente», escogiendo al fraile agustino Andrés de Urdaneta y al Virrey de la Nueva España, Luis de Velasco para organizarla. El Rey especificó, sin embargo, que debía descubrirse una nueva ruta, traer muestras de las especias desde Filipinas y que la expedición no debía tocar las Molucas.

Urdaneta escogió a su paisano guipuzcoano Miguel López de Legazpi para que lo acompañara durante el viaje. Como siempre se dieron instrucciones detalladas a los 300 ó 350 soldados y navegantes para su encuentro y posterior salida desde el puerto Navidad.

El proyecto fue objeto de una muy cuidadosa preparación, que incluía a la capitana *San Pedro,* la almirante *San Pablo* y la elección de dos pinazas, la *San Juan* y la *San Lucas.* Serían acompañados por frailes misioneros agustinos con el expreso propósito de propagar el catolicismo y así iniciar una poderosa empresa espiritual y política. Los frailes fueron embarcados en las naves más resistentes la *San Pedro* y la *San Pablo.*

De esta manera se reconocía la motivación evangélica de la expedición, pero se les instruyó para que descubrieran la nueva ruta que hasta el momento les había eludido. La expedición señaló a la tripulación la necesidad de dar un vigoroso ejemplo de conducta cristiana y justicia a la gente que pudieran encontrar y, además, estipulaba un cierto margen en las ganancias. Asimismo, se le ordenó a Legazpi construir dos casas dentro de las murallas de la fortaleza y, por supuesto, una iglesia. Fray Andrés de Urdaneta era el consejero espiritual, siempre listo para ofrecer su consejo en las decisiones importantes.

Es necesario señalar aquí que fray Urdaneta, sabedor de que las Filipinas y las Molucas quedaban del lado portugués de la línea de de-

marcación trazada por el Tratado de Zaragoza, quería colonizar Nueva Guinea, que quedaba del lado español. Sin embargo, Legazpi había recibido un sobre lacrado que no debía abrir hasta hallarse en alta mar y, cuando lo hizo, el mensaje en la carta le ordenaba dirigirse a Filipinas. Legazpi no tuvo más remedio que obedecer la orden recibida.

Se señaló como día de embarque el 20 de noviembre de 1564. Al partir, siguieron la dirección oeste-sudoeste hasta que Legazpi descubrió que la *San Lucas,* pilotada por Alonso Arellano, había desaparecido. En la ruta hallaron algunas islas, pero no desembarcaron en ninguna. Urdaneta, que antes que fraile había sido explorador, le había advertido a Legazpi que las islas a las cuales se dirigían se encontraban más lejos de lo que ellos esperaban, mucho más allá de las Ladrones, ahora conocidas como islas Guam. Luego se encontraron con «embarcaciones con velas latinas». Anteriormente, los españoles habían pensado que los nativos eran ladrones, ya que perdieron algunos enseres mientras se encontraban anclados en las islas. En esta ocasión, perdieron algunos clavos y les robaron algo de arroz.

Legazpi tomó posesión de Guam y celebró misa en presencia de ocho personas. Sin embargo, el lugar era hostil, como descubrirían muy pronto. Un joven aprendiz fue asesinado y su cuerpo mutilado por treinta lanzazos, atravesándole uno de ellos desde la boca hasta la nuca. En venganza, los españoles ahorcaron a cuatro nativos de la isla, y como consideraron a la isla una fuente muy pobre de provisiones, zarparon hacia el este en dirección a Filipinas.

El 13 de febrero de 1565, desembarcaron en la bahía de Gamay y encontraron que, esta vez, los filipinos se portaban amistosamente y con cautelosa generosidad. La tripulación se desplazó en dirección sur hacia Leyte donde sí encontraron cierta hostilidad, así es que Legazpi, actuando con inteligencia para evitar la guerra, se retiró. Visitaron otro lugar llamado Cabalian donde hallaron evidencias de que se trataba de una próspera comunidad.

Legazpi posteriormente escribiría: «recibimos toda la amistad que deseábamos, pero nada de comida». Tanto en la isla de Limasawa como en la de Camiguin, la tripulación española se sintió desalentada ante la recepción recibida, pero, más tarde, sabrían la razón: los portugueses habían engañado y maltratado severamente a los nativos que se quedaron con la idea de que los portugueses también eran castellanos, ya que se parecían mucho.

El capitán Juan de Isla tuvo más éxito con el rajá de Burtuan, en la isla de Mindanao, y trató de convencerlo de que se uniera en el lucrativo comercio de las especias, para lo que contó con la ayuda de Jerónimo Pacheco como intérprete. Los españoles tenían todo el conocimiento necesario para el comercio de las especias, y sólo necesitaban una base operativa para llevarlo a cabo. Se encontraron con comerciantes musulmanes que intercambiaron su oro y cera por tostones (monedas de plata). El capitán tenía dificultades para refrenar a sus hombres, a esta altura habían sido endurecidos por decenas de fallidas expediciones que les enseñaron lecciones muy amargas.

Esteban Rodríguez, piloto mayor de la *San Juan*, fue enviado a explorar el lugar, según señalaba la misión, y a dar un informe detallado al Rey sobre lo que descubriera. Tenían la intención de volver a Cebú donde habían encontrado jefes amistosos y, como nota añadida de oportunismo, estuvieron tentados con la idea del tráfico de esclavos nativos; en vez de desembarcar en Cebú, la expedición rodeó la vecina isla de Negros.

A pesar de todo, sus informes reforzaron el deseo de Legazpi de asentarse en Cebú, que para entonces era ya un próspero centro de intercambio. Además, tenía entre su población gente que ya había sido bautizada. Tupas, jefe del pueblo e hijo de Saripari (este último había rechazado a los hombres de Magallanes), se preparó para el combate retirándose inicialmente hacia las colinas. Para el conquistador eran los «corredores más altos y rápidos», pero se hizo dueño de la isla sin hallar demasiada oposición [64].

La colonización de Cebú

El milagroso hallazgo de la antigua imagen del Santo Niño, la misma que había sido regalada a la reina, marcó el favorable comienzo de la colonización de Cebú por los castellanos. La imagen fue hallada por Juan de Camuz y bendeciría la primera iglesia (ahora catedral) que se construiría en el sitio. Las primeras piedras se pusieron el 8 de mayo de 1565, construyéndose, en primer lugar, un fuerte triangular y pos-

[64] *Ibidem*, pp. 40-54.

teriormente la iglesia. A la población se le dio el nombre de «villa de San Miguel». Al mismo tiempo, los colonos blancos rechazaban las continuas incursiones de los cebuanos, hasta que el propio Tupas pidió la paz y Legazpi, en un gesto sorprendente de magnanimidad, les perdonó, especialmente por su «apostasía», firmándose un tratado en el que se estipulaba un cierto tipo de «señorío» de los hombres blancos sobre la población de Cebú.

Una vez que el proceso de pacificación hubo terminado, Urdaneta y Andrés Aguirre regresaron a bordo de la *San Pablo*, con el encargo, por parte de Legazpi, de enviar más misioneros. En aquel momento, había una tendencia hacia la evangelización apoyada por las armas colonizadoras. A partir de entonces, Legazpi gozó de libertad plena para exigir privilegios de encomienda y exención de impuestos. En sus cartas e informes señala que los musulmanes eran los principales escollos, no sólo para el comercio sino para la empresa religiosa que se les había encomendado a él y a sus hombres.

El conquistador sabía perfectamente lo que quería para sí mismo: un mandato real y tres títulos. El primero, de Adelantado, Capitán General y de Alguacil Mayor de los territorios ya descubiertos y los que descubriera, así como de las haciendas que serían establecidas. Además, deseaba ser llamado «Adelantado de las Ladrones».

La nave *San Pablo* zarpó de Cebú el 1 de junio de 1565 y puso rumbo al estrecho de San Bernardino y las Marianas, luego, proa al norte y siguió la ruta del Pacífico Norte virando luego al sur hacia Acapulco, donde recaló el 8 de septiembre de 1565. Poco se imaginaba la tripulación que ésta sería la famosa ruta seguida por cientos de galeones en los siglos venideros.

Cebú se convirtió en una colonia española entre 1565 y 1568, seguida de conversiones e intercambios amistosos de regalo como recompensa. La conversión al cristianismo era vista como una «empresa» provechosa, tanto es así que la sobrina del rajá Tupas, una joven de nombre Isabel (su nombre cristiano), se casó con un europeo, un griego llamado Andrés, siendo éste el primer matrimonio registrado entre un europeo y una nativa de Filipinas.

Los conquistadores Martín de Goiti y Mateo Saz, se adentraron en las islas en busca de comida, ya que la dotación siempre necesitaba suministros. Hubo quejas contra la voracidad de los hombres de Legazpi que fueron desatendidas por los conquistadores. De acuerdo con

las declaraciones de Diego de Herrera, no pasaba por la mente de Legazpi el condenar a sus hombres a la horca. Otros conquistadores trataron de iniciar sus propias empresas, tal como hizo Pablo Hernández en Butuan, a la búsqueda de especias. Esta vez Legazpi se vio forzado a establecer la disciplina ordenando la ejecución en la horca de uno de los hombres, a pesar de la intervención de los frailes agustinos. Para muchos era un hombre despiadado en sus dictámenes.

Los hidalgos que acompañaban al adelantado eran tan enemigos del trabajo físico que ni aun estando muertos de hambre se hallaban dispuestos a hacerlo. Los embaucadores musulmanes vieron en ello la oportunidad de llevar a cabo negocios con grandes ganancias. Mientras tanto, a lo largo de la costa de Cebú, los merodeadores portugueses atacaban a los españoles, quienes habían usurpado territorio portugués. También era difícil para Legazpi y sus hombres obtener comida, ya que los filipinos del interior guardaban los suministros alimenticios para su propio uso.

Para establecer las defensas de los civiles que se hallaban dentro del fuerte, Legazpi ordenó el ataque de dos fustas portuguesas, lo que aumentó la tensión entre ellos, aunque al final, los portugueses, comandados por Pereira, desaparecieron mientras los españoles escribían al continente pidiendo refuerzos. Pasados varios meses arribaron dos galeones. A Martín de Goiti, que figuraría como un personaje importante en la fundación de Manila, se le pidió que hiciera un reconocimiento de Mamburao, aunque su base estaba en Cebú.

Como resultado de sus esfuerzos de colonización, Legazpi había acumulado una cantidad apreciable de oro recogido en Leyte, Bohol y Jolo, así como de canela traída de Cavite. Sin embargo, trataba de encontrar medios de subsistencia más duraderos en vez de contar solamente con los beneficios comerciales. De este modo estudió la posibilidad de dedicarse a la minería, como medio de vida para la comunidad, y escribió a la corte manifestando su optimismo, ya que sabía que de esta forma influiría en la decisión de la corte para que enviara más colonos.

Mientras tanto, continuaba la preocupación de los españoles por el constante hostigamiento de las costas de Cebú, por parte de los portugueses comandados por Pereira, que además había desafiado a Legazpi a abandonar la zona. Se habían perdido muchas vidas durante los tres meses de asedio a Cebú, aunque no españolas sino nativas. Felipe II le

ordenó a Diego Artieda, que se encontraba en Santander en busca de corregidores, que se desplazara al norte de España y reclutase carpinteros para que se trasladaran al Pacífico para construir galeones.

Por su parte, Legazpi, se mudó a Panay, pues ésta ofrecía mejores fuentes de alimento y una mayor protección. El 20 de mayo, Juan de la Isla se hizo cargo del asentamiento de 50 parejas para las encomiendas, sin embargo, Cebú seguía siendo considerada su capital, ya que había recibido el mandato de fundarla, con Guido de Lavezares como ayudante. Legazpi, además, estaba obsesionado por descubrir una base de operaciones que quedara más próxima a los puertos de China [65].

La fundación de Manila

Se calcula que la fecha del asentamiento efectuado por los españoles en Manila se remonta al 8 de mayo de 1570, un año antes de su fundación oficial. Ese día, el joven de 18 años, Juan de Salcedo, nieto de Legazpi partía de Panay hacia Mindoro donde quedó retenido durante cinco días, junto con el alguacil Martín de Goiti (quien había sustituido al temible Mateo de Saz) y junto con los frailes agustinos. Su misión era el descubrir lugares hospitalarios con un adecuado suministro de alimentos, ya que Cebú y Panay, que habían sufrido la plaga de la langosta, tenían pocas posibilidades de suministrar alimentos.

Las fuerzas españolas fueron divididas en dos grupos: el grupo de Martín de Goiti, al que se le asignó la exploración de Balayan (área de Mindoro), y el grupo de Salcedo que reconocería los alrededores de Bonbon (Taal). Ambos grupos se reunieron posteriormente y continuaron hacia Manila, anclando en Kawit, a la que llamaron Cavite.

El historiador Carlos Quirino narra [66] que su llegada causó terror entre los habitantes, ya que el comandante De Goiti estaba al mando de un gran junco de 50 toneladas *(San Miguel)*, una fragata *(La Tortuga)* y 15 *paraos* (nombre tagalo de las *paraus* malayas). La *San Miguel* contaba con tres poderosas piezas de artillería, 90 arcabuceros, 20 marineros y alrededor de 400 ó 500 guerreros de Panay y Cebú, nuevos

[65] *Ibidem*, pp. 55-65.
[66] C. Quirino, *op. cit.*, pp. 21-29.

vasallos de España. La temible flotilla llegó a la vista de los habitantes a mediados de junio.

Desde Cavite, De Goiti envió un intérprete musulmán, llamado Mahomete, quien llevaba una petición de paz y amistad al rey del lugar. Mientras tanto, envió a dos filipinos para que sondearan la profundidad del río Pasig y examinaran el lugar. Un cronista escribe que «el puerto de Manila era realmente maravilloso. Parecía labrado y cultivado. Las laderas eran suaves y tenían pocas hierbas; en realidad, no se habían visto en este país mejores indicaciones que las encontradas aquí».

Mahomete regresó tres días más tarde con el emisario de Suleimán, quien declaró pomposamente su orgullo y la magnificencia de su jefe «después de un gran despliegue de autoridad y muchas pausas», pero añadió que este rey de Manila deseaba ser amigo de los castellanos, y que estaría satisfecho de que se asentaran en su tierra como lo habían hecho en Panay y Cebú.

De Goiti contestó: «Siento un gran placer en considerar al rey de Manila como nuestro amigo... pero para ello es necesario que nos veamos». Le comunicó al emisario que zarparían hacia Tondo, donde vivía Suleimán. Durante el regreso a casa, varias barcas, tripuladas por reyezuelos de la costa sur de la bahía, se acercaron a la *San Miguel* para pedir audiencia, quejándose del supuesto pillaje y asesinato de sus hombres por parte de Suleimán. De Goiti les escuchó, pero sin detenerse en su misión, llegó a una angosta playa que separaba el mar de la empalizada que defendía el asentamiento de Suleimán, que se llenó de gente. Las puertas de la ciudadela estaban defendidas por piezas de artillería manejadas por nativos con botafuegos en la mano. A una distancia de un disparo de culebrina de la *San Miguel*, aproximadamente 100 metros, y cerca de las casas de nipa, había cuatro juncos o *sampanes* chinos detenidos en la desembocadura del río, cuyos timones y velas habían sido retirados a la fuerza por el monarca de Maynilad. De este hecho se puede inferir el poderío de las fuerzas de Suleimán, ya que su autoridad incluía el control de los mercaderes chinos que trataban de burlarse de los hombres blancos, llevándole a Suleimán regalos, vino, gallinas, licor de arroz y «baratijas de poco valor».

Goiti fue recibido por un anciano, quizás de 70 años, seguido de una gran corte. Se trataba del rajá Laya, a quien De Goiti tomó inicialmente por Suleimán, aunque ya habían oído que era joven (su otro nombre era «Ranhang Mura» que significa «joven rey»).

El anciano era tío de Suleimán, quien (se supone) era el joven príncipe de Luzón apresado por los hombres de Magallanes, al sur de Palawan, hacía ya cincuenta años, y que había sido liberado tras pagar un rescate principesco. Sus relaciones con la realeza de Brunei, su sigilo, producido por la sabiduría que dan los años, había atemperado la pasión y la arrogancia de su sobrino, el rajá Suleimán, que no podía siquiera considerar la idea de pagar tributo a los españoles. El rajá Laya había sido testigo del superior poderío de la artillería española.

Al llegar, el rajá Suleimán manifestó: «Me siento satisfecho de ser amigo de los españoles, pero usted debe comprender que no somos como los tatuados visayas. No toleraremos ningún abuso y, por el contrario, haremos pagar con la muerte cualquier cosa que hiera nuestro orgullo». Se abrazaron y se separaron. Los dos rajás volvieron a su *kuta* o fuerte, y De Goiti a la *San Miguel*, dejando los botes de remo y 30 hombres a 30 pasos del poblado bajo el mando del Sargento Mayor Juan de Moro. Esta entrevista tuvo lugar aproximadamente a las diez de la mañana [67]

Mientras tanto, Juan de Salcedo, que había sido herido en Bonbon, provincia de Batangas, permanecía a bordo del junco. De Goiti prepara sus hombres para el combate, ya que era batallador y no confiaba en Suleimán. Por su parte, los gobernantes nativos eran precavidos y desconfiaban de los españoles. Por la tarde, los hombres de Suleimán se desplazaron por la playa para «inspeccionar» a los españoles, a los que se les ordenó contener su orgullo y no provocar ninguna hostilidad por parte de los nativos. Al caer la tarde, los españoles regresaron a la nave a descansar.

Al día siguiente, Suleimán envió un emisario para averiguar si los españoles tenían la intención de exigir tributos, lo que él consideraba como conducta poco amistosa, y le obligaría a expulsar a los españoles de la boca del río. De Goiti pidió otra entrevista, pero sin esperar, y, acompañado de sus intérpretes, invadió la *kuta* de Suleimán con la intención de observar personalmente el poderío de las defensas de Suleimán. Sus penetrantes ojos observaron una docena de piezas de artillería y calculó la población en 2.000 almas, incluyendo mujeres y niños. También descubrió una fundición situada en la esquina sureste, y supo más tarde que su dueño era *Panday Pira*.

[67] *Ibidem*, pp. 25-27.

Los hombres de Suleimán le condujeron pacíficamente a una gran casa donde conversaciones amistosas dieron como resultado el *sandugan*. Ambas partes convinieron que, a cambio de una ayuda en forma de provisiones de alimento para los blancos y sus asentamientos, los nativos no tendrían que pagar ningún tributo. A pesar de este intercambio diplomático, ambos lados eran hostiles y estaban en pie de guerra. El notario Hernando Riquel advirtió que no era fácil engañar a los nativos, ya que al tratar de cambiar tres tostones de plata por una pepita de oro éstos rechazaron el ofrecimiento. Sin embargo, Riquel regresó trayendo un mensaje de Suleimán en el que se decía que, para celebrar el acuerdo de paz, se realizaría una parada por tierra y mar durante la cual, las *lantakas* de Suleimán, dispararían, pero sólo como ceremonia y que no debería ser considerado como un acto hostil.

Mientras tanto, algunos remeros nativos, descontentos con Suleimán, que se habían acercado a la *San Miguel* y a la nave *La Tortuga*, narraron una historia diferente. Suleimán planeaba atacar al llegar las lluvias, cosa que sucedería muy pronto, ya que se encontraban a mediados de junio (época de los *habagat* o monzones del sureste, precursores de los tifones), lo que imposibilitaría que los españoles pudieran utilizar sus arcabuces y mosquetones. Mahomete, el emisario, llegó a bordo con el mensaje de que el rajá Lakandula de Tondo, líder de la región colindante hacia el norte, se había aliado con Suleimán para atacar a los blancos, pero Suleimán les dijo que pensaba combatir del lado de los españoles. De Goiti consideró el mensaje como una treta y lo rechazó.

De Goiti ordenó entonces que sus hombres y sus aliados visayos se prepararan para el combate, y realizar un ataque por tierra mientras la *San Miguel* y *La Tortuga* bombardearían desde el mar. Sin embargo, los españoles eran cautos en cuanto a su confianza con los aliados visayos, y por ello tomaron sus precauciones por si los visayos se volvían contra ellos. A partir de aquí tomamos el hilo de la narración del historiador Carlos Quirino sobre la parte más emocionante de esta historia:

> A las 10 de la mañana siguiente, los españoles observaron algunas velas en la bahía. De Goiti, pensando que eran embarcaciones enemigas de Lakandula, envió algunos de los paraos a hacer un reconocimiento. Los paraos las reconocieron como *tapaques*, es decir, pequeñas

> barcas o piraguas con arboladura de bambú utilizadas por pescadores costeros. Temiendo que los paraos causaran daño a los pescadores, los llamó disparando un cañón hacia mar abierto. La explosión hizo pensar a los defensores de Maynila que los españoles habían iniciado la batalla —porque, ¿cómo podían saber ellos que el cañón del junco apuntaba hacia mar abierto? [68]

La artillería de Suleimán respondió, pero no todos los proyectiles podían alcanzar las dos naves. Dos de ellos pasaron por encima, un tercero destruyó la sala de fundición. Los españoles devolvieron el fuego con ayuda de los soldados de a pie y sus aliados visayas, que disparaban por entre las aberturas de los troncos que formaban la empalizada. Según el fraile Martínez de Zúñiga, la artillería parecía ser de fabricación europea. Las defensas nativas no podían compararse con las de los españoles; no habían aprendido a utilizar trapos mojados para enfriar las ánimas de los cañones después de disparar, además, la empalizada tenía brechas que la hacían vulnerable a los ataques.

Cientos de hombres sufrieron quemaduras, fueron heridos o muertos. Los demás escaparon hacia los arrozales. Ochenta fueron capturados, pero Suleimán y su batallador anciano tío habían escapado mucho antes. Mientras tanto, los refuerzos venidos de los distritos cercanos llegaron demasiado tarde. Estaban formados por un enorme parao impulsado por remos planos, ocupado por 300 ó 400 guerreros armados y con *lantakas*, y un centenar de embarcaciones pequeñas ocupadas por espadachines, arqueros y lanceros, pero las andanadas disparadas desde la *San Miguel* los rechazaron.

De Goiti se dirigió a la casa de Suleimán, donde encontró a sus soldados saqueándola, cogiendo el oro, joyas, lingotes de hierro y cobre, porcelana, mantas de algodón, jarras de vino, todo por un valor de miles de ducados. Los españoles ordenaron arrasar Manila hasta las cenizas temiendo un contraataque. Hacia el atardecer se desató un torrencial aguacero que apagó los incendios del fuerte de Suleimán. Los españoles habían tomado Manila, aunque el comandante supremo no podía quedarse para tomar posesión de ella. Los vientos del noreste comenzaron a soplar, así que izó las velas y puso rumbo a Panay sobre la misma ruta que había seguido anteriormente. Se dice que cuatro

[68] *Ibidem*, p. 28.

juncos chinos, que habían estado prisioneros, navegaron junto a ellos, ya que los mercaderes chinos temían la ira de Suleimán.

Legazpi, que había permanecido en Panay –país hambriento debido a la plaga de langostas–, recibió la información de su grupo de avanzada, comandado por De Goiti, en la que se le comunicaba sobre el rico asentamiento llamado Maynilad y de su proximidad con China, además le informaba acerca del fuerte pobremente defendido por empalizadas de bambú y madera que había ocupado en nombre suyo. Sin duda le informó que este fuerte estuvo una vez comandado por un rey con un talante arrogante que tenía la intención de morir en su defensa.

Legazpi quedó impresionado, principalmente, debido a su situación en el corredor de las vías marítimas hacia China. El día 20 de abril de 1571 partió con 230 arcabuceros, 500 aliados *pintados* o visayos y una flotilla de 26 ó 27 barcos. Lo acompañaban De Goiti, Salcedo y Fray Diego de Herrera. El Provincial agustino para la Iglesia y los conquistadores trabajaban en equipo.

Arribó a un pueblo costero en Kawit y lo llamó Cavite. Un poco más tarde, llegó una barca que llevaba al rajá Lakandula, rey de Tondo, manifestando que venía como portavoz de otros dos reyes, Suleimán y Matanda; Lakandula ofreció amistad y vasallaje, siempre que los españoles los recompensaran con su protección. La entrevista se realizó con ayuda de intérpretes, Lakandula incluso llegó a pedir «perdón» por la intransigencia de Suleimán durante el año anterior.

Legazpi manifestó que no tenía ningún resentimiento contra los jefes locales, pero que lamentaba las acciones que habían realizado. Entonces les ofreció un nuevo acuerdo: podían vivir en paz, ya que los españoles sólo querían un sitio donde asentarse en la orilla izquierda del río Pasig. Legazpi continuó hacia Maynila, donde desembarcó con la protección de su artillería.

La mayor parte de la nobleza del lugar aceptó de inmediato la propuesta de cambiar protección por tierras. Muchos aceptaron también convertirse a la nueva fe tan pronto como se firmó el tratado. Suleimán, nuevamente, prendió fuego a algunas de las casas, ya que aún dudaba de la sinceridad de los hombres blancos, aunque algunos historiadores dicen que Lakandula, Suleimán y Matanda no tenían ninguna autoridad para hablar en nombre de los otros reyezuelos de la zona.

Durante cuatro días, Legazpi y sus hombres permanecieron en tierra, con lo cual el conquistador, siguiendo las costumbres de la época,

tomó posesión de la «lengua de tierra» entre el Pasig y la bahía; el 28 de abril la dividió en *repartimientos.* No sólo reclamó el puerto sino toda la isla de Luzón, lo que ocurrió el 16 de mayo de 1571 en el día de Santa Prudenciada, que fue una virgen y mártir romana a la que se le declaró patrona de la ciudad. Más tarde se celebraría una solemne fiesta.

El 3 de junio de 1571, mientras los españoles se preparaban para establecerse, ocurrió un incidente, llamado Batalla de Bankusay, y que revela que los reyezuelos locales veían lo que estaba ocurriendo con alarma y mucha hostilidad. Uno de ellos, el feroz y orgulloso datu Macabebe, que se mofaba de Lakandula y Suleimán por doblegarse ante el hombre blanco a quienes desdeñosamente llamaba *puting muka* (caras-pálidas).

Pero Lakandula estaba determinado a evitar las luchas a toda costa, y le lanzó estas palabras al datu: «Mata 50 de ellos primero». Pero el datu (cuyo nombre hemos olvidado completamente) le respondió: «Que el sol parta mi cuerpo en dos, y que caiga yo en desgracia ante mis mujeres y sea odiado por ellas, si alguna vez me hago amigo del el Kastila». Con estas palabras saltó por la ventana, impaciente por llegar a su *parao.* Le seguía una flota de 20 ó 30 *paraos* y su grito de despedida fue: «Nos veremos en Bankusay» [69].

Bankusay es una canal ancho y de poca profundidad, al norte de Navota, a través del cual vierten a la bahía de Manila las aguas del interior del país. De Goiti, el aguerrido comandante superior desmontó las arboladuras de bambú de los paraos y arribó al canal de Bankusay, al mediodía del 3 de junio. Los hombres de Macabebe y su datu, el rajá Suleimán y Lakandula trataron de alcanzar este canal.

Mientras tanto se disparaban las *lantakas* o cañones nativos, pero los aliados de los españoles (los pintados) se lanzaron al agua. El orgulloso datu, sentado en la proa, resultó muerto por los cañones españoles. Se dice que Suleimán también fue muerto, pero esto no se sabe con certeza. Los dos sobrinos de Lakandula fueron hechos prisioneros por Agustín de Legazpi y Gerónimo Basi, pero, para impedir cualquier «irritación» posterior en las relaciones malayo-españolas, De Goiti ordenó liberarles. Diecisiete años más tarde, se levantaron en armas con Magat Salamat. Éste fue el primer incidente sangriento en los anales de la guerra con Manila y su colonización.

[69] *Ibidem.*

Legazpi bautizaría su nuevo fuerte, construido sobre las bases del palacio de Suleimán, como *La Fuerza y Castillo de Santiago.* Cuando los españoles llegaron no quedaba nada del fuerte, ni piedras, ni argamasa, ni siquiera un muro de tierra, solamente desolación. Por orden de la Real Audiencia de Méjico, se escogió una ubicación para el monasterio y la iglesia de los agustinos con una plaza pública enfrente. Un grandioso plan de calles cuadriculadas y plazas, del mismo modo en que habían sido concebidas para las ciudades mejicanas. España dominó Manila a través de Méjico durante 200 años, después de los cuales la colonia declararía su independencia en 1849.

El 3 de junio de 1571, día de Pentecostés, Manila recibió la categoría de ciudad española. El 24 del mismo mes, día de San Juan Bautista, Legazpi nombró al siguiente grupo de funcionarios como encargados para gobernar la ciudad, posteriormente llamado *Cabildo: dos alcaldes ordinarios, un alguacil mayor* o jefe de policía *y 12 regidores.* Recientemente se conmemora el Día de Manila (o *Araw ag Maynila)* como celebración de su fundación. En 1971 se celebró el festival del cuarto centenario de la llegada de los españoles.

Algunos meses más tarde ordenó talar árboles en Bucalan y Pampanga y, gracias a la corriente del Río Grande de Pampanga, estos troncos que flotaron por el Pasig fueron utilizados para construir el fuerte, las iglesias y las casas.

Cuatro años más tarde, el 24 de junio de 1574, un decreto real le concedió a la ciudad el grandilocuente título de: *Insigne y Siempre Leal Ciudad de Manila.* Se concibió un estandarte como escudo de armas, que incluía un león en la parte superior de un castillo sobre un campo rojo y, en la parte inferior, un león coronado que sostiene un sable con su garra derecha. La parte inferior del cuerpo del león es el de un delfín nadando en aguas marinas.

La *principalía* o nobleza nativa se trasladó del fuerte de Suleimán y ocupó un nuevo asentamiento llamado *Bagumbayan,* que hoy en día es el asiento de Luneta. Se presume que se ofrecieron voluntariamente como vasallos, pensando que los extranjeros no se quedarían mucho tiempo. Los blancos atribuyeron erróneamente su religión a Mahoma, pero estos manileños no estaban realmente islamizados, a pesar de sus lazos fraternales con los habitantes de Borneo.

A Legazpi le impresionaron mucho los cañones, los almacenes que contenían hierro y cobre, culebrinas fundidas y moldes de cera y, por

lo tanto, ordenó la búsqueda del legendario forjador *Panday Pira*, cuya fama se había extendido hasta las Ilocos. Se le localizó en Apalit, una provincia cercana y fue puesto al servicio de Legazpi. Más tarde, el mecanismo artillero de Panday Pira mejoró considerablemente el armamento defensivo de los españoles. Como recompensa, él y sus hijos fueron eximidos del *polo y los servicios* o trabajos forzados y también del pago de los impuestos, al igual que ocurría con otros miembros de la *principalía*. Panday Pira ayudó al resto de los habitantes fabricando arados y cuchillos que se usaban frecuentemente en Luzón, tanto en el norte como en el sur. Afirmaba que había aprendido su oficio de los Tausug, pero que en 1488 había abandonado Mindanao para trasladarse a Maynila [70].

Muy pronto, los colonos españoles trataban, en primer término, de convertir a los filipinos, y posteriormente se dedicaban a colonizar y gobernar. Mientras tanto llevaban una vida ordenada que, en cierta medida, se parecía a la que habían llevado en su país de origen. Las 17 calles de esta ciudad constituían un proyecto que habría de realizarse en las siguientes décadas. Mientras tanto, los primeros «manileños», originarios de la Península Ibérica, no cesaban de escribir cartas pidiendo barcos que trajeran compatriotas a fin de poblar esta solitaria avanzadilla del Imperio Español.

[70] Ayala Museum Dioramas, *A Visual History of the Philippines*, Makati, 1978, pp. 16-17.

SEGUNDA PARTE

EL PERÍODO HISPANO

III

LA MANILA ESPAÑOLA: CIUDAD COLONIAL

LA COMUNIDAD DE LOS CONQUISTADORES DE MANILA

La reducida comunidad «insular» española de la Manila de 1571 estaba compuesta por un núcleo de 600 casas a lo largo de 17 calles de reducida longitud. Esta población tendría que oponerse, tres años después, a Li Mahong y a sus merodeadores.

En 1581, los jesuitas partieron de Méjico a bordo del galeón de 400 toneladas *San Martín,* poniendo rumbo a Manila, donde arribaron el 17 de septiembre de 1581, encontrándose con 100 casas de madera, sus techos de hojas de palmera, y con una población de 300-400 españoles, 50 de ellos casados con españolas y otros 30 con nativas. El resto de la población estaba formada por religiosos y soldados.

El censo de 1584 incluía únicamente a 80 viviendas y, en 1588, 80 *vecinos* y 200 soldados, no todos de raza blanca llegados de América latina. A su alrededor se asentaron 7.500 filipinos y unos 30.000 chinos. La ciudad se semejaba a una pequeña población europea, viviendo de forma precaria y rechazando situaciones peligrosas como el ataque de Li Mahong llevado a cabo cuando la ciudad sólo tenía 500 habitantes [1].

Los españoles se vieron obligados a escoger entre mantenerse apartados de la población, la no española, o mezclarse con las otras razas y correr el riesgo de perder su identidad. Aparentemente escogieron man-

[1] En 1591, Manila poseía un total de 30.000 colonos frente a los 74.000 pampanganes y 48.000 lagunenses. Desde 1576 hasta 1600, la ciudad contó con cuatro españoles, un filipino, cinco japoneses, cuatro indios y tres mejicanos, además de una población compuesta principalmente por sacerdotes y soldados.

tenerse alejados de los otros y mantener su identidad. Se radicaron en una zona exclusiva, zona que los otros habitantes veían desde el exterior de los muros prohibidos que aislaban la Ciudad Amurallada.

Además, los funcionarios escribían continuamente a los funcionarios y familiares de España y Méjico rogando la venida de colonos blancos para reducir la rápida merma de la población. Estas peticiones continuaron llegando hasta 1638 a la Madre Patria, de un modo tan insistente que el Rey ordenó al Virrey de Méjico que enviara más gente. Estos hechos nos hacen sonreír ahora que el problema es la superpoblación. Parecería que durante el siglo XVI, Manila estaba desesperada por multiplicar e incrementar su población. Así, 131 años después de la fundación de Manila, es decir, en 1702, solamente permanecían 400 familias españolas dentro del fortín, número que aumentó sólo a 882 en 1772 [2].

La población disminuía debido a las guerras, las enfermedades y las epidemias de cólera. Una población compuesta principalmente por gente itinerante, con un núcleo principal formado por soldados y recién llegados. La primera Manila colonial, sin embargo, era decididamente cosmopolita y comerciaba libremente con japoneses, chinos, camboyanos, malayos, molucos y borneos.

Otro método para aumentar la población de la ciudad fue la política de *reducción*, el traslado de gente del campo a las ciudades instalándolos lo más cerca posible del centro para formar comunidades compactas; éstas, a su vez, se transformarían posteriormente en centros urbanos «bajo la campana» [3]. La población estaría supeditada a la administración de un cuerpo de soldados y frailes. La reducción, tal como su nombre indica, cambiaba la forma de vida de la población nativa transformándola de una cultura ribereña a una cultura rural, aunque la idea principal fuera la de convertirlos en «ciudadanos debidamente cristianos».

La comunidad musulmana, con la que Legazpi había hecho contacto, estaba emparentada, a través de matrimonios, con la realeza de Borneo. Este agrupamiento se basaba en las relaciones familiares debido a la propiedad de la tierra que incluía la tenencia de granjas. Eran gobernados por un consejo de ancianos, llamándose al mayor de ellos

[2] M. Bernad, *The Western Community of Manila: A Profile*, Manila, 1974, p. 11.
[3] M. Foronda, *Insigne y Siempre Leal: Essays on Spanish*, Manila, 1986, pp. 76-80.

rajá o *datu*, practicando la comunidad una cierta forma de democracia consensualizada. Posteriormente, esta actitud demostraría ser incompatible con el autoritarismo de los castellanos.

Fray Juan Aduarte narraría que los indígenas vivían en granjas y que resultaba difícil enseñarles, aunque generalmente eran dóciles. Los sacerdotes de comienzos del siglo XVII levantaron escuelas e iglesias, llevando a cabo procesiones, celebrando misas muy llamativas acompañadas de guitarras y violines que permitían a los nativos mostrar sus bellos ropajes, cosa que les encantaba [4].

Sería Legazpi, sin embargo, quien estudiaría la pacificación española acompañándola de una descripción del carácter y de la disposición de los filipinos. Legazpi notó que daba mejor resultado el trato delicado que la coacción. Y observó, ya entonces, cómo se dividían por lealtad al clan de un reyezuelo, y que difícilmente mantenían sus promesas, pero que eran dóciles e individualistas, alegres y animosos.

El sacerdote franciscano Ribadeneira [5] observó la costumbre tagala del respeto hacia los mayores. Su elevado sentido del honor y de qué modo se sentían insultados al ser considerados ignorantes en actividades tales como la agricultura y la carpintería. El fraile los consideró como de naturaleza belicosa. Es el padre Chirinos quien nos habla de su piedad y de su aseo, con tendencia a tomar un baño a la puesta del sol. El tagalo era educado y cortés y normalmente se despojaba de su sombrero colocándolo sobre el hombro izquierdo en señal de respeto.

Nicolás Cushner [6], famoso educador jesuita, se refiere a las técnicas de proselitismo como una forma agresiva y «teatral» de evangelización católica, que no se detenía ante ningún medio con tal de convertir a las poblaciones paganas. Estos métodos incluían ceremonias sensuales muy llamativas para los malayos (a cuyo tronco racial se dice pertenecen los tagalos), siendo éstos receptivos al colorido, a la pompa de los coros, bandas militares, arcabuces, iconos y demostraciones emocionales.

Como la instrucción religiosa se realizaba en los dialectos, los sacerdotes inculcaban el evangelio, martilleándoselo en los oídos, mediante un catecismo repetitivo y salmodioso que, por supuesto, consistía en

[4] Nakpil, *op. cit.*, pp. 13-16.
[5] Foronda, *op. cit.*, pp. 33-34.
[6] N. Cushner, *op. cit.*, pp. 65-67.

preguntas y respuestas. El padre Juan Torres, de acuerdo con lo que dice Cushner, preparaba un fuego con mucho humo que se encendía en el momento apropiado, para así dramatizar sus sermones sobre el infierno, incluso Magallanes se tomó todo el trabajo posible para hacer que la misa del Domingo de Pascua fuese lo más impresionante posible [7].

Los lugares de culto debían ser fastuosos. Inicialmente, la catedral de Manila era «un cobertizo largo y de baja altura con paredes y techos de nipa» y sin sacristía. El jesuita padre Sedeno, escribe que Santa Ana fue construida siguiendo el modelo de la iglesia de los jesuitas en Roma, pero el tabernáculo fue hecho con la mejor madera disponible, «molave», que es prácticamente incorruptible.

Ciertas descripciones de los jesuitas nos hablan de disciplinas no solamente durante la cuaresma sino también en días ordinarios; descripciones de penitencias voluntarias para los seglares, mercaderes, soldados y capitanes «flameaban» durante la confesión de sus maldades, ya que la experiencia religiosa hacía de sus observancias un asunto espectacular.

Sin embargo, de acuerdo con Morga, los primeros colonos españoles no se podían considerar como un buen ejemplo de su raza, vinieran del nuevo o del viejo mundo, donde eran considerados como indeseables, «la basura humana de Méjico» [8], aunque, empujados por un cierto sentido de aventura, se jugaron su suerte junto con los conquistadores.

Eran perezosos, frecuentemente adictos al juego y renuentes a cultivar el suelo, considerando que habían llegado para conquistar y no para cultivar. Como los españoles habían combatido a los moros durante cientos de años, el país acabó con la energía y la vida de muchos hombres. Tal actitud corrompió la raza de los conquistadores que hubieran podido ahogar esa postura, reforzada por la política de la empresa religiosa. Este grupo de íberos, por lo tanto, creía firmemente que tenía derecho al saqueo de la riqueza de los nuevos territorios que se abrían antes sus ojos.

También sentían tal nostalgia que su existencia colonial era ocasionalmente suavizada por los ritos religiosos pomposos y solemnes. Se fueron convirtiendo en adictos al colorido y a la alegría de las fiestas y

[7] Dioramas, *op. cit.*, p. 8.
[8] Nakpil, *op. cit.*, p. 47.

festividades, algunas veces seculares y con frecuencia religiosas y políticas que se celebraban con cierta regularidad dentro de la Ciudad Amurallada. Como «tenían que tomarse en serio a ellos mismos», vivían pródigamente, y tan enamorados estaban del fausto de su Madre Patria, que buscaron revalidar todos estos ritos y rituales solemnes en su afán de transplantarse, ellos y su cultura, a ese apacible y hospitalario país.

Los ritos y rituales eran manifestaciones externas de una necesidad profunda. El 4 de enero de 1623, se celebró una fiesta con cuatro justas y con 12 toros en una corrida celebrada a las tres de la tarde. La plaza se adornó profusamente con galanes de la talla de Don Fernando de Aranda y Don Gerónimo de Silva, que recorrían la arena. En medio de un pueblo ajeno y frecuentemente hostil, los peninsulares manifestaban su adhesión a un Rey del que lo separaban no uno, sino dos océanos y por un recorrido que requería un año. Méjico quedaba a seis meses.

Exhibiendo orgullosamente su escudo, siempre se referían a Manila como la *Muy Noble y Siempre Leal Ciudad*, en tiempos donde casi todo se apellidaba real. Los visitantes extranjeros hacían comentarios sobre el aire de arrogancia somnolienta de los peninsulares y su sentido de rango social y distinción como única razón para la existencia de diferencias entre el colonizador y el colonizado a partir de 1588. En sus comienzos, Manila sólo fue «un pequeño villorrio de techos de paja»; la ciudad apenas poseía empalizadas de madera que fueron destruidas y rápidamente reconstruidas después de las incursiones de Li Mahong. La ciudad se vanagloriaba de una organización muy elaborada, demasiado extravagante para su tamaño, aunque sólo fuera para convencer a los vecinos estados, como China o Japón, de que eran realmente los representantes del Rey de España en esta solitaria avanzada del grandioso Imperio Español.

Estilo de vida en el inicio de la colonia

A Martín de Goiti, Manila le pareció un amplio y rico asentamiento con una población cercana a los 2.000 habitantes, y cuyos límites estaban rodeados por una empalizada, cercada por troncos, defendida por cañones y bombardas. Martín de Goiti fue el primer español que vio Manila. Sus casas eran de madera, y techadas con bambú y caña de nipa. El palacio de Suleimán tendría posiblemente

un área más espaciosa y estaba mejor defendida para la audiencia de las ceremonias. Se decía que sus pisos estaban cubiertos con «dinero, cobre, hierro y porcelana, mantas, cera, algodón y barricas de madera llenas de brandy» [9].

Sus súbditos no necesitaban cultivar la tierra debido a que obtenían suficientes ganancias de los tributos que recibían de los poblados vecinos, así como de los chinos. Suleimán cobraba impuestos a los chinos que comerciaban con los tagalos, los que vivían en los poblados de la ribera de la Laguna de Bay. Lo mismo hizo con los reyezuelos a los que combatió ferozmente, pero los españoles terminaron por reducirlo al vasallaje, convirtiendo el feudo de Suleimán, que era una ciudad viva con su diversidad de razas, en una ciudad capital que, posteriormente, se convertiría en la base del eje Manila-Acapulco del comercio de galeones. Cuando llegó De Goiti ya residían albañiles, carpinteros, médicos, escribas, herreros y cocineros viviendo en la ciudad. Estos habitantes construyeron los primeros *bahay kubo,* casas que descansaban sobre soportes hincados en las marismas, con las habitaciones en el piso superior, que estaban bien ventiladas y eran cómodas con su *batalan, paminggalan,* etc. Esta idea del *bahay kubo* se transformaría después en los *bahay na bato* que resultaban más sólidos y duraderos.

Cuando los españoles llegaron, descubrieron que no podían vivir sobre el suelo, ya que el clima era siempre húmedo. Las primeras iglesias se construyeron a base de madera, bambú y nipa. Sin embargo, la ciudad debía ser construida con materiales líticos, o no resistiría los ataques desde el exterior ni la erosión del tiempo y del clima. El primer obispo de Manila, Domingo de Salazar, O.P., junto con Antonio Sedeno, sacerdote jesuita, halló material para la construcción de su residencia en las canteras de toba volcánica de San Pedro Makati. Les enseñaron a los nativos el arte de la cantería, la cocción de la cal, la mezcla de argamasa y el uso de la plomada [10].

Los chinos mejoraron los métodos de Sedeno moliendo coral blanco y conchas de ostras grandes en vez de usar piedra para la cal, fortaleciendo tanto los ladrillos y las baldosas que fue innecesario seguir importándolas de Méjico, que se encontraba a seis meses de na-

[9] F. Zialcita y M. Tinio, *Philippine Ancestral Houses*, Ciudad Quezón, 1987, p. 12.
[10] *Ibidem*, pp. 25-27.

vegación. Los chinos, además, demostraron ser tan activos que seguían suministrando obreros baratos que recibían como pago un real por día. Cocinaban su propia comida y trabajaban con tal esfuerzo que no pasó mucho tiempo antes de que su trabajo produjera una ciudad de piedra, la zona Intramuros de Manila.

Las 600 casas construidas dentro de la Ciudad Amurallada, antes de 1645, eran ya muy caras y de proporciones palaciegas, tan bien construidas que rivalizaban con las de las ricas ciudades españolas, como Sevilla, o con las de Méjico. Carletti, viajero procedente de Méjico, escribía, hacia 1596 ó 1597, «la ciudad de Manila está construida como Méjico o Nueva España en lo que se refiere a las casas y la planificación urbana.» En 1621, el coronel De los Ríos informa que «no hay ninguna tan grande y de tan buena apariencia en España». Las habían construido con piedras talladas, argamasa y tejas curvas rojas, rejas y balcones de hierro, que recordaban a las calles sombreadas del sur de España, con *azoteas* y *patios* en el centro de la planta baja, así que realmente eran «palacios con galerías y torres, llenos de guirnaldas y molduras», probablemente con decoración plateresca en bajo relieve.

En Bagumbayan y sus suburbios quedaban unas 600 estructuras españolas adicionales construidas con madera y, a lo largo del Pasig, se hallaban las casas de veraneo con baños, huertos y jardines. La ciudad colonial no sólo era habitable sino que también era hermosa [11]. Entre sus habitantes había soldados de fortuna, funcionarios, mercaderes en busca de aventuras y riquezas, quienes también tenían en sus planes la posibilidad de regresar a España o a Méjico.

ESTILO DE VIDA A MEDIADOS DEL PERÍODO COLONIAL

La Ciudad Amurallada de Intramuros fue construida para defenderse de los merodeadores musulmanes, chinos, holandeses e ingleses. Fue comenzada en 1580 y se tardó 300 años para completarla y, para ese entonces, a pesar de las mejoras, necesitó reparaciones importantes. Construida originalmente siguiendo los planos de una ciudad renacentista europea, Manila se distribuyó siguiendo cuadrículas con la Plaza

[11] *Ibidem*, pp. 26-27.

Mayor frente a la catedral. Se planificaron 64 manzanas cortas, construidas de forma que un lado de la calle siempre estuviera a la sombra. El Intramuros se convirtió en un complejo de paredes, fosos, fortines, bastiones, terraplenes, puertas, torres de centinelas que incluía siete iglesias, edificios gubernamentales y casas. Las murallas de *adobe* macizo y almenas de madera, rodeaban el área en una longitud de 2,75 millas y en algunos lugares su espesor alcanzaba los cuatro metros. Las murallas incluían parapetos y pequeñas torretas a ciertos intervalos [12].

Un paseo por la Ciudad Amurallada comienza en la Puerta de Isabel, en honor a Isabel II, fue ésta la última puerta construida (1862), y se alza presidida por la estatua de la Reina realizada por Ponzano. Hoy en día mira hacia la Avenida de Magallanes y contiene una serie de cámaras abovedadas que guardan las municiones. Antiguamente se abría hacia la playa para facilitar la huida, en caso de necesidad.

El *bastión de San Gabriel,* ahora totalmente en ruinas, tenía torres pentagonales. Reconstruido por el ingeniero español Miguel Antonio Gómez, su principal característica es un terraplén bajo *(salzabraza)* que conectaba a San Gabriel con la Puerta de Parián, a su vez la Puerta de Parián (aunque existieron varios Parianes) conducía al *revellin de Parián,* obra exterior muy fortificada, en donde, en un patio interior, se realizaban los intercambios comerciales y las ferias. El *revellin* estaba recubierto de *piedras chinas* y de bloques de granito que se usaban para dar estabilidad a la construcción.

El *Hospital de San Juan de Dios* estaba formado entonces por edificios de poca altura con puertas y ventanas en arco, estas últimas con balcones salientes, persianas fabricadas con madera, y barandillas. El hospital fue construido en 1596 para los españoles pobres y sus familiares. Los padres de la orden de San Juan de Dios (1650-1865) cedieron posteriormente el cuidado del hospital a las Hermanas de la Caridad, y con el tiempo se extendió su servicio a todos los enfermos, indios o chinos; muchos recuerdan a los doctores ingleses y la excelente sopa preparada para los convalecientes [13].

Iniciada en 1739, la *iglesia de San Francisco* se encuentra en un solar de 17.432 metros cuadrados de terrenos pertenecientes a los francis-

[12] E. Gatbonton, *Intramuros: A Historical Guide*, Manila, 1980, pp. 16-17.
[13] *Ibidem*, p. 20.

canos. Fue destruida durante la Guerra del Pacífico, pero los ancianos recuerdan que tenía torres mellizas y una fachada que recordaba «...galerías de palacio...». La iglesia franciscana es la iglesia típica de una misión rural con una arquitectura más cercana al espíritu del barroco filipino. Los gruesos pilares que sobresalían a ambos lados de la iglesia le daban aquel aspecto sólido, mientras que las partes que penetraban le aportaba una apariencia elegante y ligera, realzada por las columnas decoradas y los portales y ventanas en arco.

Frente a la iglesia franciscana se encuentra el bastión de Dilao, que fue mejorado por el gobernador general Lara, a finales del siglo XVII, pero que fue demolido para dar paso a la calle de la Victoria. Adyacente a ella y frente al Cabildo se encontraba la iglesia de los Agustinos Descalzos. La iglesia recoleta guardaba una imagen famosa de Cristo en la columna o Cristo de la Paciencia que había sido traída de Méjico, resultó destruida en 1745 y, en el lugar donde fue instalada hoy se encuentra el edificio de oficinas del diario *Bulletin Today*. Muy cerca de allí, los guachinangos mejicanos de la guarnición española iniciarían la revuelta.

La escalera principal de la iglesia estaba fabricada con maderas gruesas de gran dureza y postes de molave tallado. Contaba, además, con elementos tan novedosos como agua corriente y jofainas de mármol con grifos que fueron instalados a finales del siglo XIX. Todas estas características hicieron de la iglesia un edificio famoso.

Frente a la iglesia de los Recoletos estaba el bastión de San Andrés, que hacia 1593 era sólo un parapeto, siendo en 1773 cuando se le construyó un polvorín acorazado al que se podía acceder a través de rampas y escaleras que terminaban en una estrecha puerta inferior. Existía una plancha de madera con el nombre del constructor, durante el período del gobernador general Fernando Valdez y Timón, quien mejoró considerablemente el Fuerte Santiago.

Un punto importante en el Intramuros es la torre de los centinelas, garita redonda del *bastión de San Andrés*. Dos calles, la del Palacio y la de la Fundición en donde estaba situada la fundición de la Pira de Panday, convergen en la Puerta Real, a través de la cual penetraba el gobernador general en ocasiones de pompa y ceremonial. A lo largo de la Puerta Real existe un canal que permitía el paso de botes de vela y juncos hasta el Pasig. La primera puerta verdadera de la ciudad amurallada quedaba frente a la calle Palacio.

Cerca de la Puerta Real se construyó el Colegio de San José de los jesuitas que incluye la pequeña Plaza de los Jesuitas, hallándose esta parte cerca de la Luneta y de Bagumbayan. El bastión de San Diego era el único que daba al mar, habiendo sido diseñado por fray Antonio Sedeño que era ingeniero militar. Se considera que este bastión posee influencias del trabajo realizado por el ingeniero Enrique de Navarra. Fue situado en una esquina con unos salientes en forma de orejas u orillones. Este bastión y la Puerta Real sufrieron los mayores ataques por parte de los británicos en 1762.

Otra *garita* lleva al bastión de San José, que se une al fortín de San Pedro por medio de un angosto puente de madera. El bastión posee un túnel con parapetos y mira hacia el Malecón, que ahora se llama Paseo de Bonifacio. Un terraplén permitía el transporte de las piezas de artillería y de los proyectiles hasta la parte superior, el lado izquierdo posee escalones elaborados con piedra china y, a ambos lados de la entrada, hay nichos para depositar los proyectiles de los cañones [14].

Los suelos del bastión están fabricados con adobe y tienen un canal de drenaje a un lado de la escalera que llega hasta el fortín de San Pedro.

El bastión de San José tiene una *alcantarilla,* canal de drenaje de cinco pies recubierto de bloques de adobe, que desagua en el foso y en el Beaterio de la Compañía. Tanto el bastión de San Eugenio como el de San Juan eran de reducido tamaño, quedando de ellos únicamente pequeños trazos de los contornos de sus salientes.

La Puerta de Santa Lucía tiene a ambos lados escalones que conducen a celdas tipo mazmorra, con una inscripción en latín en la parte superior indicando que era para «la conveniencia y el ornato de la ciudad». Paralela a ella queda la calle de Santa Lucía, construida en 1867, situada frente al convento y la Casa Provincial de los Agustinos. Las dos estructuras estaban conectadas por un puente techado, con ventanales y estructuras decorativas que recordaban el puente de los Suspiros de Venecia, según narra el historiador, especialista en Intramuros, Gatbonton [15].

[14] E. Laya y E. Gatbonton, *Intramuros of Memory,* Manila, 1981, pp. 21-25.
[15] *Ibidem,* pp. 30-32.

Una de las más hermosas iglesias del Intramuros es la iglesia de los Agustinos, construida por el indio de Papanga Juan Macías, que la dio por terminada en 1607. Sus puertas talladas están adornadas con ilustraciones y relieves de los símbolos y santos agustinos. La invasión inglesa de 1762 produjo daños y pérdidas irreparables para la que, una vez, resultó ser una magnífica iglesia tan rica en ornamentos y arte eclesiástico. Una callejuela frente al patio de la iglesia, que fue bautizada en honor a Andrés de Urdaneta, era conocida cariñosamente como la «calle de los Barberos», debido (probablemente imitando a los gremios medievales) a la costumbre de éstos de llamar a las puertas de las casas para recortar las tonsuras de los frailes y los cabellos de la población masculina en general, un negocio boyante en aquellos días.

Estilo de vida a finales de la colonia

Hacia finales del siglo XVIII los suburbios de Manila se convirtieron en un enorme conjunto de poblados que, a modo de media luna, rodeaban el Intramuros. Los habitantes de este extrarradio verían la manera de desplazar el poder y la influencia económica de la Ciudad Amurallada aunque, tanto política y militarmente, el poder emanara desde el interior de las murallas. La forma de vida a finales del período colonial se comentará detalladamente en capítulos posteriores.

Festividades

La Manila colonial se convertiría en el escenario de lo que parecía ser una interminable cadena de festividades religiosas y seculares a lo largo de todo el año, entre las que cabría señalar la de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre, la de Santa Prudenciana el 19 de mayo, que celebraba el día en que Legazpi ocupó Manila, y una tercera, el día de San Andrés que se celebraba el 30 de noviembre en conmemoración de la derrota de las fuerzas de Li Mahong por los habitantes de Manila.

Únicamente la fiesta de la Virgen Inmaculada, con gran despliegue de pompa, solemnidad y riqueza, superaba a todas ellas, ya que la Virgen era, y todavía es, la patrona del país.

Las fiestas seculares incluían el cumpleaños del Rey, como el de Carlos III, el aniversario de su coronación, el nacimiento de un heredero, la muerte de un soberano, el triunfo de los soldados sobre los enemigos y su regreso, siendo como era una época de guerra constante contra los enemigos foráneos y locales. También se conmemoraba la salida o la llegada de los galeones o de un nuevo gobernador general. Tradicionalmente estas fiestas se celebraban en la catedral, con un *Te Deum*, procesiones, paradas militares y ecuestres, torneos, corridas de toros por la tarde, mascaradas y fuegos artificiales. Todo ello contribuía a crear ritos espectaculares y costosos que frecuentemente duraban varios días. Los visitantes, frecuentemente, se preguntaban si la gente tenía tiempo para ocuparse de los asuntos mundanos de la vida. Parece increíble que Bowring y Jagor se hayan podido referir a Manila, después de visitarla, como una ciudad monótona y opaca [16].

Uno de estos días de fiesta ordinaria era el del onomástico del Rey Carlos III al que fue invitado el visitante francés Le Gentil. Después de una solemne Misa Mayor, se realizaba un desfile encabezado por el gobernador, seguido de los miembros de la Real Audiencia, los funcionarios de la ciudad, los oficiales reales y los miembros del departamento administrativo, así como el ejército. El funcionario de más alta jerarquía del país se sentaba en una plataforma elevada con el retrato del rey a sus espaldas. El gobernador era de hecho un rey que dominaba todo el país.

El día de San Andrés es una festividad de acción de gracias que conmemora el aniversario de la derrota de Li Mahong. En la víspera, los funcionarios de la ciudad y otros ciudadanos son recibidos por el regidor, llamado el *hermano mayor*, que es el encargado de la festividad. Más tarde se dirigen hacia el Ayuntamiento para entregar el *pendón* real al Alcalde, desde donde se desplazan hacia la Catedral para colocar el pendón al lado derecho del altar. A continuación se celebraban las *vísperas* y, posteriormente, se vuelven a llevar el pendón hasta el *Ayuntamiento*, siguiendo una ceremonia muy elaborada. Para finalizar, el alcalde era escoltado hasta su casa en donde se celebraba una opípara cena, que comenzaba a las diez, y era seguida de charangas y bailes que duraban el resto de la noche. Al día siguiente se repetían estas ceremonias ante los sumisos y entusiastas espectadores nativos.

[16] Bernad, *op. cit.*, p. 7.

La fiesta de la Inmaculada Concepción del 8 de diciembre, la más espléndida de todas, ha sido descrita por un jesuita del que no ha quedado su nombre. En primer lugar, y siguiendo un orden procesional perfecto, caminaban los arcabuceros y mosqueteros disparando a intervalos regulares, luego, éstos eran seguidos por la bandera de la Virgen, estandartes, cruces y cirios, con ocho grupos de bailarines filipinos que cantaban y bailaban hasta quedar exhaustos. La misma procesión se repetía en los días siguientes bajo la dirección de una orden religiosa distinta cada vez, aunque primero le correspondía a los agustinos, seguidos de los franciscanos, jesuitas y recoletos. Se celebraban misas por la mañana mientras se desarrollaban espectáculos dramáticos que representaban las vidas de la Virgen y de José.

Los jesuitas, para no ser menos, construyeron tres carrozas triunfales con carrillones, cantantes de motetes, guitarristas y arpistas que abrían el desfile. Los funcionarios seguían a continuación bajo ricas panoplias. Luego, estaban los estudiantes del Colegio de San José en parejas montadas a caballo, cubiertos con capas de seda marrón, solapas de tela fina color escarlata y cintas y lazos sobre los hombros, con gorros adornados de oro y piedras preciosas, y alrededor de sus cuellos gran cantidad de cadenas y joyas [17].

Seguían a la carroza de la Concepción, ocho niños vestidos de seda que parecían querubines, cantando loas a la Virgen y, como nota dramática, la personificación de «el Pecado Original» que iba encadenado... y que incitaba a los espectadores a que lo golpearan y pincharan.

El concepto de ciudad no sólo descansa en el centralismo comercial, hecho cumplido por Manila, sino también en el poder y el dominio político. El funcionario de más elevado rango, el gobernador general y sus subordinados más inmediatos, vivían en la ciudad. Todos estos actores claves de la política vivían y trabajaban dentro de la Ciudad Amurallada, mientras que los conserjes y funcionarios de inferior categoría vivían en los suburbios. Además, el gobernador general poseía poderes especiales que generalmente ejercía en unión con la Iglesia.

Todos los poderes políticos emanaban del Rey de España que ejercía su dominio a través de varios consejos. El Ministro de Ultramar o de asuntos coloniales era asesorado por el Consejo de Indias, el

[17] Foronda, *op. cit.*, pp. 16-25.

Consejo de Estado y el Consejo de Instrucción Pública. Después de 1837, los filipinos fueron regidos por las leyes de Madrid como producto de la liberalización y relajación del control político [18].

De este modo, España administraba el país por intermedio del Consejo de Indias que estaba investido de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Este Consejo comunicaba al gobernador general todos los decretos reales. Dichas leyes y órdenes formaban la base legal de la política colonial atemperando, en teoría, los excesos del poder colonial. En 1863, el Ministerio de Ultramar se hizo cargo de las funciones del Consejo de Indias.

El gobernador general, que inicialmente era nombrado por el virrey de México y posteriormente por el rey de España, ejercía el poder a su propia discreción; su autoridad ilimitada era supervisada solamente por la institución de la *residencia* y la *visita* al final de su posesión o durante su gobierno.

Como único representante de la Corona Española, el gobernador general era también capitán general o comandante en jefe y protector virreinal, es decir, que estaba a cargo de los asuntos eclesiásticos bajo la supervisión del arzobispo de Manila. También era presidente de la Audiencia Real o de la Corte Suprema y no sólo gozaba de esta serie de poderes ejecutivos, administrativos, legislativos y judiciales, sino que también estaba entre sus poderes el de redactar *leyes*, forzar el *cúmplase* o suspender el ejercicio de alguna orden real para la que, a su juicio, no existieran las condiciones necesarias para su cumplimiento. El puesto de gobernador general era en ocasiones comprado *(merced)* o conferido como un favor, y su duración no era en general suficiente como para asegurar una administración eficaz. Gozaba de un salario anual de 40.000 pesos, suma principesca para entonces, además de bonificaciones liberales.

El gobernador general era asesorado por los siguientes organismos: Consejo de Autoridades y Consejo de Administración creados en 1861, el Consejo de Instrucción Primaria, Consejo de Salud, Consejo de Agricultura y el Consejo de Privilegios. La Oficina del Secretario del Gobierno Central, a cuyo frente se encontraba el secretario general, se encargaba de las elecciones municipales y provinciales, de la política

[18] Cushner, *op. cit.*, p. 81.

interior y exterior, del patronazgo real, de justicia y de las instituciones penales [19].

La audiencia real

La Audiencia de Manila era el tribunal supremo, compuesto de tres *oidores* cuya función era la de asesorar y apoyar para que la justicia fuese administrada y aplicada debidamente. El reconocimiento de la fundación de la Audiencia se debe a Gabriel de Rivera, que representó a Manila en Madrid ante la oposición del Virrey y de la Audiencia de la Nueva España. Una ordenanza dictada el 5 de mayo de 1583, especificaba que este cuerpo serviría como Ministerio y Corte Suprema y estaría formado por el gobernador general, como presidente *ex-officio*, los tres jueces u oidores y un fiscal, todos ellos nombrados por el Rey, ayudados a su vez por un cuerpo de notarios, secretarios y alguaciles.

Durante los primeros años, el gobernador Santiago de Vera reconocía lo superfluo de una Audiencia Real en un país de 80 familias que tenían que mantener a 30 funcionarios de la Audiencia, además de los soldados que defendían la ciudad. El erario apenas contaba con 3.000 pesos en sus arcas, además de que los casos de litigio eran demasiado escasos e insignificantes. Por lo tanto, la Audiencia Real fue eliminada en 1589, pero los sucesos posteriores en los cuales se vio envuelto el gobernador general, y que estaban relacionados con las encomiendas, los impuestos, la acusación de favoritismo en la concesión de las *boletas* para el comercio de los galeones, necesitaban de un cuerpo que fiscalizase o proporcionase un sistema de inspección y contabilidad.

Madrid reaccionó a las quejas de los funcionarios que consideraban a De Vera como un soldado sin más capacidad que la de comandar tropas, por lo que fue enviada una audiencia para realizar las inspecciones necesarias y comprobar así nuevas quejas de las colonias. Finalmente, el 26 de noviembre de 1595, se restableció la Audiencia Real por orden de Felipe II bajo la dirección del obispo Domingo de Salazar para encargarse del caso. La historia es testigo del hecho de que existió un

[19] T. Agoncillo y M. Guerrero, *History of the Filipino People*, Ciudad Quezón, 1983, pp. 80-90.

cuerpo ininterrumpido, aunque con defectos, y cuya función principal fue la de asesorar al gobernador y a la administración de justicia [20].

La llegada del Sello de la Audiencia era esperada en medio de grandes festividades sólo comparables con las que estaban reservadas a los grandes plenipotenciarios. El decreto que restablecía la Audiencia Real llegó en mayo de 1598, a bordo de un galeón mexicano acompañado del arzobispo de Manila, también de fray Francisco Santibañes y del nuevo obispo de Cebú, fray Pedro Augusto. El gobernador y algunos de los oidores, entre ellos Antonio Moga, ya estaban en el país. El restablecimiento de la Audiencia Real simbolizaba el hecho de que las Filipinas dejaban de ser ya una colonia para convertirse en un reino separado del Imperio Español, igual que Méjico o igual que otro cualquiera de los otros estados o capitales iberoamericanas.

El traslado del Sello desde la iglesia de los Agustinos fue esperado y seguido con una espléndida procesión festiva, por la calle Real del Palacio hacia la Catedral, ahora Catedral Metropolitana, llegando finalmente a su lugar de destino, el edificio de la Audiencia. Fue una procesión solemne y de gran colorido que ocupó seis calles, sin precedente en los anales políticos y religiosos de Manila.

Guardado en una caja de terciopelo color oro, envuelto por un velo de brocado, el Sello fue llevado por el alguacil mayor, que cabalgaba sobre un caballo enjaezado en oro, mientras que el gobernador y los oidores resplandecían de oro al tiempo que caminaban juntos bajo un palio dorado mientras todos desfilaban junto a los acordes de la música de una banda seguida por detrás de varias columnas de soldados. Las calles, los balcones y los arcos triunfales adornados de tapices, colgaduras y cortinajes hicieron de la fiesta el suceso más memorable que se recuerda antes de los turbulentos años del siglo XVII, donde se sucedieron continuos ataques de tropas extranjeras e insurreccciones internas [21].

Con la abolición en 1589 de la Audiencia Real, se podría hipotetizar con que la pequeña colonia de residentes españoles y la población itinerante de mercaderes sólo necesitarían al alcalde mayor que actuaría como juez de los tribunales de primera instancia para resolver los casos

[20] Bernad, *op. cit.*, p. 25.
[21] *Ibidem*, pp. 26-29.

judiciales de menor importancia. El sistema de la Audiencia Real era demasiado caro para mantenerlo. El gobernador Pedro de Acuña informó que los miembros de la Audiencia se traían a sus familiares y amigos para que los «beneméritos», o descendientes de los conquistadores y primeros colonos se pudieran beneficiar económicamente.

Todos los demás funcionarios de la comùnidad se verían resentidos por la existencia de estos privilegios. Además, los oidores estaban tan mal pagados que aceptaban sobornos. Del mismo modo, la Audiencia servía como vehículo para frenar los excesos del gobernador, quien tendía siempre hacia el absolutismo, al gozar de los poderes virtuales de un monarca absoluto, como fueron los casos del gobernador general Sande y Ronquillo de Peñalosa.

Los archivos están repletos de intrigas, peleas y disputas sobre jurisdicciones y amargas críticas, tanto por parte del gobernador como de los oidores, de manera que la situación era un continuo antagonismo entre los distintos poderes. De este modo se descuidaba, con frecuencia, la administración de la justicia y el bienestar de los colonizados.

Para rehabilitar la Audiencia Real, se introdujeron dos inspecciones adicionales sobre las potestades del gobernador, la visita y la residencia. Se nombró al obispo de la provincia de Cagayan, Juan Rentería, quién no llegó a ejercer el cargo. La residencia, por otra parte, podía revisar todo lo ocurrido al terminar el mandato del funcionario saliente. La eficacia de la Audiencia Real, vista desde hoy, es discutible debido a las siguientes razones: primero, la inexistencia de un jurado, la ausencia de un sistema público o abierto para los procesos —como se ven en los sistemas judiciales de otros países— y, segundo, la odiosa realidad del lento movimiento de los engranajes judiciales, si es que se podía realmente esperar algún tipo de justicia, ya que en este caso la justicia no era ciega sino que favorecía a los ricos y poderosos. Este último razonamiento, como decía un perspicaz visitante británico, era debido a la falta de integridad personal de los oidores o de los jueces.

Los suburbios o arrabales de Manila

Durante el período colonial inicial, Manila se reducía virtualmente a la Ciudad Amurallada. Hacia la mitad del siglo XVII, se convirtió en una verdadera ciudadela del Imperio Español en el Lejano Oriente.

Sus muros parecían suficientemente inexpugnables, con sus cañones defendiendo la desembocadura del río y con los barcos que se hallaban atracados en los muelles bajo la vigilancia de los cañones.

Pero también existía *extramuros*, con su agrupación de asentamientos que rodeaban las márgenes del foso, que aislaban las murallas [22] y que se extendían hasta el actual Liwasang Bonifacio, cerca de la Oficina Central de Correos. Estos seis suburbios originales se llamaban Bagumbayan y Santiago (a lo largo de la ribera de la bahía, antiguo asentamiento de Luneta); San Juan (donde se encuentra actualmente el Parque Rizal), hasta alcanzar el Edificio del Congreso; San Fernando Dilao (hoy el Ayuntamiento y el Philippine Normal College); San Miguel (ahora Universidad Adamson y las Oficinas del Hipódromo a lo largo de San Marcelino) y el Parián Chino que ocupaba las tierras donde puede verse hoy en día la Oficina de Correos, Liwasang Bonifacio, el Teatro Metropolitano y el Jardín Botánico.

Durante el período colonial inicial, en 1565, el propio Antonio de Morga creía que existía más población en los suburbios que dentro de la propia ciudad amurallada.

El primero de estos asentamientos fue Bagumbayan, que había sido construido en tiempos de Legazpi, durante la fundación de Manila. Como los primitivos habitantes nativos cedieron el asiento de la fortaleza del rajá Suleimán a los colonos españoles, decidieron asentarse en la ribera de la bahía al sur del antiguo reino de Suleimán. Los Agustinos se hicieron cargo del cuidado de estas 1.200 almas, que eran devotas de la iglesia de San Agustín, mientras que los nuevos conversos atendían los oficios en el santuario de la Virgen de la Guía.

Esta poblado se extendía desde la muralla hasta la costa, donde actualmente existe el Bulevar Roxas incluyendo la Ermita; detrás y hacia el este se encontraban los pantanos. Sabemos de esta franja de terreno debido a que fue allí donde se llevaron a cabo las históricas batallas entre Sioco (lugarteniente japonés de Li Mahong) y los soldados españoles refugiados en el fuerte. Se cree que Martín de Goiti vivió aquí con su mujer, fuera de la Ciudad Amurallada.

El gobernador general Gómez Pérez Dasmariñas [23] también informó que el nuevo pueblo de Bagumbayan rodeaba la Ermita, o Malate,

[22] Foronda, *op. cit.*, pp. 135-136.
[23] N. Joaquín, *Intramuros*, Manila, 1988, p. 12.

hacia el suroeste hasta la Ermita de Nuestra Señora de la Guía, muy conocida por la imagen descubierta milagrosamente entre hojas de pandán durante los primeros días del gobierno de Legazpi. Malate y la Ermita, que eran adyacentes, ofrecieron un refugio para hospedar a los antiguos reyezuelos de Manila como el rajá Matanda y Suleimán.

Además, de acuerdo con la descripción de Morga, Bagumbayan era una pradera bellísima para «hacer *paseos*», una de las costumbres españolas más duraderas, junto con el montar a caballo o los paseos en calesas. La afabilidad de la vida en Bagumbayan perduraba todavía hacia 1606, cuando el gobernador Pedro de Acuña se hizo construir una casa con jardines y un estanque. También los recoletos adquirieron tierras en este lugar y construyeron el convento de San Nicolas de Tolentino, posteriormente bautizado como San Juan de Bagumbayan.

El pueblo de San Juan de Bagumbayan no sólo era un excelente emplazamiento para la casa de veraneo del gobernador general Pedro de Acuña, a «trescientos pasos de la muralla», sino que también fue el sitio en donde los recoletos establecieron un convento y una escuela [24].

Cerca está el pueblo de Dilao, que pertenecía a los franciscanos, y que albergaba la primera leprosería llamada entonces San Lázaro, donde los frailes administraban una casa misión bajo los auspicios de Nuestra Señora de la Candelaria. Dilao siempre ha estado asociada con los japoneses cristianos, alrededor de 500, quienes habían conocido a San Francisco Javier. La iglesia parroquial escogió a San Fernando el Rey como patrón. La devoción popular se mantenía con peregrinajes a la Candelaria.

El último pueblo del Extramuros fue llamado San Miguel, establecido originariamente en las vecindades de la muralla. La razón de que San Miguel Arcángel fuese escogido como patrón revelaría la historia del poblado, que es ahora una parte de la «Manila perdida». Los *samurai* japoneses y sus familiares, que se convirtieron al cristianismo, eran perseguidos con fuerza dentro de su propio país, por lo que huyeron del tirano Taycosama y navegaron hacia las hospitalarias costas de Manila. Los padres jesuitas les ayudaron en sus necesidades espirituales, en su propio idioma, el niponggo y, posteriormente, en 1622, el arzobispo de Manila escribía al Rey que entre los residentes japone-

[24] *Ibidem*, p. 64.

ses había 1.500 cristianos. La casa de un párroco de San Miguel se convirtió, en 1627, en «seminario para los mártires» debido a que los jesuitas que fueron perseguidos, posteriormente martirizados en el Japón debido a su fe, habían recibido allí sus enseñanzas [25].

Después de la desafortunada invasión británica de 1762 a 1764, la iglesia no pudo resistir por más tiempo la orden de abandonar el lado marítimo de la muralla, y las parroquias fueron trasladadas a diversos sitios: Dilao hacia el Estero de Paco, San Miguel hacia su ubicación actual de la Audiencia de Malacañang y Bagumbayan. Los restos de los poblados de Santiago y de San Juan son sólo el recuerdo de la presencia humana.

Los otros arrabales

Debido al rápido desarrollo del comercio, tanto interno como con el exterior, se fueron creando nuevos suburbios, especialmente Binondo que se transformó en el distrito comercial, así como también en un segundo ghetto para los chinos. En este barrio vivían los ricos sangleys cristianos y los chinos no cristianos. Todos aquellos que elegían no bautizarse no podían gozar de los mismos privilegios que los que sí lo hacían. Por ejemplo, cuando morían, se les excluía de los cementerios públicos. Únicamente La Loma (que entonces se llamaba *Paang Bundok)* les era accesible, siendo hoy el lugar donde reposa el cementerio chino, pudiéndose admirar espléndidos mausoleos. Inicialmente, un puente conectaba el Intramuros con Binondo, que se hallaba situado hacia el norte. El barrio se enorgullecía de poseer las mejores viviendas, por lo que, vivir en él confería automáticamente cierto status. Detrás de estas lujosas viviendas llenas de jarrones y sedas japonesas y chinas había plataformas de bambú que albergaban los baños.

Binondo tenía cuatro barrios: San Pascual, San José, San Lázaro y La Magdalena, su propio muelle de amarre, una aduana china y, posteriormente, una gran fábrica de cigarros como la del Muelle de la Industria en la calle Desmariñas y la calle Rosario. Esta última llegó a ganarse la fama de ser Picadilly o la Wall Street de otras capitales mun-

[25] Joaquín, *Intramuros*, *op. cit.*, p. 64.

diales. La Plaza Cervantes quedaba frente a la iglesia en la que se alzaba una torre octagonal. Un famoso punto de Binondo es el Hotel Oriente.

Un visitante ruso describía la fábrica de cigarros de Binondo de la siguiente manera:

> ...un enorme edificio cuadrado de dos plantas con varias alas y anexos en donde trabajaban seis o setecientas mujeres tagalas (que) se sentaban en largos bancos bajos. Sus edades iban desde los 15 años hasta una edad madura, cada una tenía a mano una piedra redonda y lisa. Junto a ellas en el piso había un montón de hojas de tabaco... [26].

El viajero ruso escribe con fascinación acerca del perfume del ajo, del sándalo y de los vegetales, de la mantequilla, del olor a jabón, especias, té... todo mezclado con el aroma del estiércol de los caballos en la calle. Aquí, disfrutaban de su vida elegante los ricos, hacían su vida los mestizos, celebraban banquetes en las *quadrilles, fandangos, boleros, cachuchas* y *bayaderes* y sin duda también florecían los salones de juego, los paseos, las *tertulias* y los teatros.

Otra zona elegante, centro también de la vida social de Manila, era la de Santa Cruz, que estaba orgullosa de su iglesia y su plaza ahora llamada Plaza Goiti. La iglesia fue bautizada en honor de la patrona de Zaragoza y Aragón, Nuestra Señora del Pilar.

Un poco más hacia el este quedaba Quiapo y el Echague. La primera era el sitio de residencia de los empleados administrativos del gobierno filipino, además de los artistas y comerciantes. Allí también se encontraba una iglesia románica con la imagen de Cristo Nazareno Negro traída desde México, imagen que llegó a convertirse en el centro de un bullicioso culto que se celebraba cada año el 9 de enero. Hoy en día sólo se ven varones en camiseta y con toallas alrededor del cuello que maniobran hábilmente para tocar la imagen, o que la conducen durante horas por la estrechas calles como parte de dicha costumbre religiosa; la fiesta está considerada como una de las más frenéticas devociones populares del rito católico del país.

A lo largo de la calle de Resurrección Hidalgo quedan hoy en día las casas más bellas del siglo XIX, las que son testigo del pasado de

[26] Foronda, *op. cit.*, pp. 143-144.

Quiapo. La Carriedo, bautizada en honor del benefactor que construyó el primer acueducto para Manila, era el paraíso de los libreros, mientras que una calle lateral, llamada de Platerías, atestigua la presencia de los joyeros y plateros en el área.

Ya hacia 1772, los suburbios comenzaron a estar más poblados que la Ciudad Amurallada. Al noreste de Paco, famoso debido a su cementerio y su *plaza de toros* quedaba Pandacan, pintoresco arrabal de casas encaladas que el Padre Bernard comparaba con palomares. Todo esto comenzaría a aparecer tras el auge económico del siglo XIX.

Los doscientos años de ocupación española no cambiaron realmente el paisaje, ya que la mayoría de los suburbios sólo eran un conglomerado de chozas de los nativos fabricadas con nipa, y junto a los arrozales cruzados de canales, Manila se convertía realmente en una ciudad rural.

Tondo, por ejemplo, era un «reinado» anterior a la época de Magallanes y, tradicionalmente, permanecía como zona de los obreros. Gagalangin cultivaba frutas, entre ellas naranjas, y plantas ornamentales y también caña de azúcar; en 1786, con una población de alrededor de 10.000 habitantes, Tondo era el paraíso de los artesanos, con un mercado de agricultores donde también podían verse herreros, carpinteros, albañiles, impresores, zapateros, sastres, fabricantes de carros, costureras, pasamaneras y bordadoras. En el Trozo podían conseguirse los productos necesarios para la creciente población: arroz, pollos, patos, pavos, leche de carabao, cacao, aceite, cera, azúcar, añil, trigo y madera.

Otra zona de obreros era Sampaloc, donde vivían las lavanderas, aunque también existía espacio para que los gentiles construyeran sus lujosas casas de veraneo, algunas de ellas fabricadas con piedra. Al este de Paco, en la curva del Pasig que corría hacia el noroeste respecto de su nacimiento, el Ba-i, se encontraba el elegante barrio de Santa Ana, el antiguo reino llamado de Namayan. Los mayores recuerdan todavía sus hermosas terrazas cubiertas de macetas repletas de flores. Namayan perteneció, al menos durante un tiempo, a la jurisdicción de Pasay la cual llevaba el nombre de «Palayang», durante 149 años, posteriormente, Namayan o Santa Ana de Sapa pasó a ser parte de Malate durante otros 137 años.

Los distritos de la Ermita y de Malate eran pueblos tranquilos donde prevalecía la religiosidad, de ahí su viejo nombre. Los mestizos de clase media y las laboriosas bordadoras hicieron famosa a la Ermita.

Otro barrio era San Miguel, zona de la élite social que hizo famoso el Malacañang, lugar donde estaba la casa de veraneo del potentado Sr. Rocha y que fue ofrecida como residencia del gobernador general tras el terremoto de 1880 [27]. Todavía más hacia el este quedaban Santa Mesa, famoso por sus árboles de acacia, *kakawati* e *ylanh-ylang*.

La mayor parte de la Manila que quedaba fuera de la Ciudad Amurallada tenía un aspecto rústico, aspecto que posteriormente fue recogido y repetido por muchos pintores filipinos que siguieron la pauta impuesta por Fernando Amorsolo, famoso pintor filipino de comienzos de la etapa americana. Estos pintores muestran pueblos agradables y horizontes amplios, llenos de verde y con una calina de azul profundo al fondo. Bowring la describía de la siguiente forma: «grupos de gráciles bambúes, altos cocoteros, plátanos de grandes hojas, caña de azúcar, papayas, y los extensos campos de arroz... y la gran variedad y esplendor de la vegetación tropical» [28].

El parián chino

La relación entre los filipinos y los chinos se remonta a la prehistoria y, a pesar de la persecución por parte de los conquistadores españoles durante los siglos XVI y XVII, la población china aumentó, lo que produjo cierta alarma en el gobierno colonial. Sin embargo, los chinos jugaban un papel muy importante ya que suministraban mano de obra cualificada y semicualificada para las fábricas, artesanías y granjas del país.

El primer encuentro comprobado entre chinos y españoles se llevó a cabo en mayo de 1570 cerca de las costas de Mindoro. En su navegación hacia Manila, Martín de Goiti y Salcedo se apoderaron de dos juncos chinos y de su cargamento compuesto de oro, sedas, hierro y almizcle, dejando, sin embargo, en libertad a las tripulaciones. En Batangas liberaron dos prisioneros chinos y capturaron otros cuatro juncos. Cuando llegó, De Goiti descubrió a 40 habitantes chinos en Manila.

[27] Malacañang: «A Guidebook», Ciudad Quezón, 1986, pp. 5-8.

[28] S. C. Liao, «How the Chinese Lived in the Philippines From 1570 to 1898», *Fil-Sino Journal*, vol. V, n.° 12 (April, 1958), pp. 1-2. Se trata de una reimpresión.

Los españoles tenían planes para conquistar China, según propuestas realizadas por Diego de Artieda y de Pacheco y, en 1576, el mismo gobernador Sande elaboró un plan para la conquista de China que fue ignorado por el soberano español que estaba más interesado en cultivar relaciones amistosas con Cathay (o China). En febrero de 1576, el embajador chino en Manila entregó una carta autorizando el uso de un área del puerto chino en el continente como lugar de comercio con los chinos. Probablemente dicho puerto fuera Amoy.

El Parián era el lugar donde se ubicaban las viviendas de los chinos, el ghetto original o barrio chino. Aquí tenían su pequeño centro administrativo, un gobierno chino, un alcalde mayor español, funcionarios de justicia y un notario público. Construyeron su propia cárcel, celebraban sus festividades particulares, especialmente las fiestas de Año Nuevo y del Dragón. Los accesos a la Puerta del Parián se cerraban al ponerse el sol, y únicamente se abrían durante el día para permitir la entrada de los compradores, quienes se admiraban de la destreza y habilidad de los artesanos «sangleys». El gobierno español, por su parte, trató de controlar de manera estricta la vida y las actividades comerciales de los chinos.

Sangley o *Xang Lai*, cuyo significado original era «hemos venido a comerciar», fue el término que aplicaron los españoles a los mercaderes japoneses y que, posteriormente, se extendió para pasar a denominar a todos los chinos con residencia permanente. Incluso los españoles protegían sus productos; los artesanos eran hábiles imitadores que elaboraban bordados y pintaban las imágenes de santos más bellas y baratas, aunque también se les conocían por sus trabajos en cuero, madera, piedra y su habilidad en la encuadernación.

Los chinos debieron añadir algunos toques de colorido al aspecto de Manila, con sus capas y trajes tan elaborados. Los personajes más ricos viajaban en sillas de mano, precedidos generalmente por seis guardias que llevaban insignias de porcelana, cayados y tablillas con inscripciones doradas. Los administradores de justicia lucían un elegante bastón laqueado y se acompañaban de bandas de tambores, sonando en redobles continuos, mientras se desplazaban por las calles.

La creación del Parián demuestra que los españoles recelaban de los chinos, y es una carta dirigida por el gobernador Juan Niño de Tabora al Rey Felipe V en 1628 la que confirma el prejuicio general que existía contra ellos e, irónicamente, una de las calles del barrio chino lleva hoy el nombre de Tabora.

A los chinos se les consideraba una amenaza para la seguridad, de manera que vivían sometidos a restricciones, lo que significaba, literalmente, vivir bajo la sombra de la artillería. El decreto del gobernador general Gonzalo Ronquillo les concentraba a la orilla sur del Pasig, cerca de la iglesia de Santo Domingo, ya que los padres dominicos eran sus consejeros espirituales, y es cierto que la religión y su conversión al catolicismo generalmente evitaban que los chinos fuesen perseguidos y expulsados periódicamente. Posteriormente se les asignó como área de residencia un sitio al norte del río frente a la antigua ciudad.

Hacia finales del siglo XVI ya había tres Parianes: el primero, formado por cuatro grandes edificios, fue erigido en 1581 en la orilla sur de la iglesia. En 1582, el gobernador general construyó un recinto cerrado en Pasig, mercado de sedas llamado Alcaicería. Otro Parián, cerca de la misma iglesia, fue construido con cuatro filas de edificios con techos de teja, elegantemente planificados formando calles que posteriormente se convertirían en un gran mercado, especialmente de sedas, aunque finalmente corrió la misma suerte que los anteriores y fue demolido hasta los cimientos; así es que se construyeron Parianes en 1588, 1597, 1603, 1629, 1639 y 1642 [29].

Cada vez que el gobierno español quería evitar un hundimiento económico, debido a la escasez de habitantes chinos, se reconstruía un Parián a partir de las cenizas. El segundo Parián se ubicó en los Arroceros, llamado así porque allí era donde se vendía el arroz y que permaneció hasta el levantamiento de los chinos en 1603, revuelta que produjo una masacre. Sin embargo, no fue sino hasta después de la construcción del noveno Parián, en 1860, cuando fueron finalmente abolidos por el gobernador Solano, aunque para entonces sus casas y comercios se hallaban dispersos por diferentes sitios de la ciudad y del país. El mayor de los Parianes alojaba unos 3 ó 4.000 mil chinos y otros 2.000, que eran itinerantes, y que vivían en otros lugares de la ciudad.

Aunque los impuestos eran exorbitantes, y a pesar de que el tratamiento por parte del gobierno produjo masacres e insurrecciones calamitosas, algunos españoles les consideraban mejores que «los bárbaros, pobres, malencarados» indígenas que «morían continuamente». Los

[29] *Ibidem*, pp. 4-5.

chinos tenían un aspecto más inteligente, más hábiles, a los que se describía como poseedores de cuerpos bien formados.

Sus tiendas y bazares vendían sedas, rayón, alfombras de algodón, sombrillas y alimentos chinos como *pansit, misua, pinsec, sotanhong, liempo, lumpia, sioapo, hopia, tajo y buche.* El Parián era también una fuente de mano de obra que suministraba pescadores, jardineros, cazadores, fabricantes de ladrillos, bordadores, herreros, sastres, panaderos, reposteros, veleros, pintores, zapateros y plateros.

El obispo Domingo Salazar le escribía al Rey Felipe II el 24 de junio de 1590:

> El Parián ha adornado de tal manera la ciudad que no dudo en afirmar a Su Majestad que ninguna ciudad conocida en España o en estas regiones posee tantas cosas dignas de admirar como ésta, ya que se pueden conseguir todas las mercancías y curiosidades que pueden traerse de ese país... [30].

Manila como núcleo de la cristianización de las Filipinas

Los curas y misioneros siempre acompañaban a las expediciones enviadas por España hacia aquellos mundos desconocidos, en donde debían ayudar a los soldados a llevar a las almas paganas hacia Dios. El hecho cierto es que, en la flota de Magallanes iban siete misioneros que formaban parte de la primera expedición española hacia el Oriente en 1520 y que, a uno de ellos, al padre Pedro de Valderrama, se le atribuye el honor de haber celebrado la primera misa en suelo filipino en marzo de 1521 [31].

Gracias a una serie de antiguos relatos se sabe de las consecuencias de estas conversiones. De este modo, se ha averiguado que los misioneros que sobrevivieron y que llegaron a Cebú en marzo de 1521, después de un viaje de más de tres años vía las Américas, convirtieron a Humabon, jefe de Cebú, a su mujer y a su familia. Puede uno preguntarse cuán efectiva fue esta conversión. Después de la muerte de

[30] *Ibidem*, p. 5.

[31] Para el testimonio de un testigo directo del viaje de Magallanes, *vid.* A. Pigafetta, *Primer Viaje en Torno del Globo*, Madrid, 1922, p. 203.

Magallanes, que sucedió tras ser derrotado por Lapu-Lapu y sus hombres, los supervivientes tuvieron que abandonar, ya que sus vidas peligraban, por lo que es fácil imaginarse que, tras partir los hombres de Magallanes, los conversos cebuanos volvieron a sus creencias y prácticas paganas.

Pero los españoles continuaron impertérritos, mientras el Rey gastaba enormes sumas de dinero para equipar otras expediciones, las cuales fracasaban. Por otro lado, los capellanes se tomaban muy en serio su trabajo de evangelización.

Es muy difícil asegurar cuántos de los habitantes nativos de Manila fueron convertidos al catolicismo durante los primeros años de régimen español ya que no existen datos al respecto, pero sí sabemos que algunos de los más conocidos residentes fueron convertidos. Por ejemplo, el sobrino de Lakandula se convirtió al cristianismo y fue bautizado como Agustín Legazpi, pero hasta dónde llegaba su sinceridad en la conversión es muy difícil de determinar, sin embargo, sí sabemos que Agustín Legazpi se alzó contra los españoles poco tiempo después como parte de un complot para derrocarlos. ¿Le daría también la espalda a su recientemente adquirida religión?

Los sacerdotes de la expedición de Legazpi prestaban su ayuda a los jefes, soldados y colonos españoles de Manila y probablemente evangelizaron también a los nativos, dando lugar a algunas conversiones, como fue el caso de Agustín Legazpi.

Manila se convierte en diócesis

El 6 de febrero de 1578, el Papa Gregorio XIII, por medio de una bula papal, estableció la diócesis de Manila que incluía todo el archipiélago y era dependiente de la archidiócesis de Méjico [32].

Sin embargo, Manila no fue la primera diócesis del Lejano Oriente. Con anterioridad se había creado la diócesis de Goa en 1533 y, en 1576, la de Macao, que sería la segunda diócesis del Oriente Asiático. Mucho antes, Juan de Monte Corvino fue consagrado como arzobispo de Khanbaliq, en la ciudad de Peking, en 1313, pero después de su

[32] P. Achutegui, «A Synod Within a Synod», *Philippine Studies*, 27 (1979), p. 349.

muerte la misión fue disminuyendo y desapareció prácticamente sin dejar rastro [33].

El fraile dominico Domingo de Salazar fue nombrado primer obispo de Manila; Salazar había trabajado anteriormente como misionero en La Florida durante 1558-1560, también trabajó en las misiones de las tribus indias de Colombia, regresando después a Méjico donde permanecería durante 40 años. Allí ocupó altos cargos eclesiásticos y del gobierno civil. Tenía más de 60 años, y se encontraba ya retirado, cuando fue llamado por el Rey de España a Madrid para defender la causa de los indios mejicanos ante el tribunal español, ya que para esa época gozaba de una reconocida reputación como defensor de los derechos de los aborígenes mejicanos ante los abusos de los españoles.

Salazar debió impresionar profundamente al Rey de España debido a esta defensa ya que, casi de inmediato y de acuerdo con sus privilegios reales, nombró a Salazar obispo de Manila. A mediados de 1579, Salazar, acompañado de 20 dominicos, partió a ocupar su nuevo cargo vía Méjico, pero una epidemia que se produjo a bordo de la nave lo dejó acompañado por tan sólo ocho maltrechos compañeros cuando llegaron a Méjico, donde permanecerían antes de continuar su viaje a Filipinas. Finalmente, sobrevivieron dos de los ocho, mientras que sólo uno, fray Cristóbal de Salvatierra, acompañaba al obispo al llegar a las Filipinas el 17 de septiembre de 1581. Con ellos iban tres jesuitas, cinco franciscanos y veinte agustinos [34].

El 21 de diciembre del mismo año, Salazar estableció oficialmente la catedral de Manila y la curia de la diócesis para ayudarlo en el gobierno de la iglesia, formado por los sacerdotes seculares que le habían acompañado a Manila.

Salazar sabía muy bien los problemas a que se enfrentaba aquella iglesia que surgía: continuaba la campaña de pacificación en muchos lugares del país que formaba su diócesis y, mano a mano con la paci-

[33] *Ibidem.*

[34] Para una breve biografía del primer obispo de Manila, *vid.* Mons. Domingo de Salazar, O.P., «1512-1594, First Bishop of the Philippines», *Unitas 34*, 4 (1961), pp. 86-90. D. Abella, en su libro *Bicol Annals: A collection of Vignettes of Philippine History*, vol. I, Manila, 1954, p. 8, afirma que el primer obispo de Manila: «el dominico Domingo de Salazar, llegó a Manila en 1581 junto con otros 30 dominicos, cuatro jesuitas y seis seglares, quienes tenían como misión llevar a cabo los deberes pastorales».

ficación se hallaba la evangelización, un trabajo que se asignó a las diferentes órdenes religiosas como la de los agustinos, llegados a Filipinas con Legazpi en 1570, a quienes posteriormente se unirían los franciscanos en 1578, y los jesuitas que llegaron acompañando a los conquistadores desde Méjico.

La campaña de pacificación para someter a los nativos a la Corona Española fue comenzada por los conquistadores de quienes se esperaba defendieran al pueblo que habían conquistado. Mientras algunos cumplían con lo que se esperaba de ellos, otros fueron acusados de exigir tributos excesivos y de otras conductas abusivas para con los nativos. En correspondencia con su reputación como defensor de los aborígenes americanos, entre los que había servido anteriormente como misionero, el obispo Salazar defendió la causa de los nativos de Filipinas; su preocupación era la justicia para con los filipinos, desde el primer día de su obispado, hasta que murió en 1594.

El obispo se opuso a los poderosos y a los ricos encomenderos contra quienes luchó hasta el final, en su defensa por los queridos filipinos, combatiendo realmente la esclavitud y la explotación de los aborígenes por parte de los colonizadores.

Puesto que todos estos problemas de carácter moral necesitaban algún tipo de solución, Salazar convocó el Primer Sínodo de Manila, en 1582, para sentar las normas que resolverían los problemas de injusticia que sufrían estos aborígenes: impuestos excesivos, esclavitud, explotación, trabajos forzados y otros abusos cometidos contra ellos por los señores. El sínodo, por supuesto, entendió que los abusos no siempre podían evitarse, pero que los clérigos no debían abandonar las denuncias.

Aunque no se les prestaba siempre la atención debida, las injusticias habrían aumentado si los sacerdotes no hubieran protestado basándose en el Sínodo de 1582. Realmente, como señala el historiador de la Iglesia filipina John N. Schumacher, el Sínodo creó «las sólidas bases de la cristiandad en este país, y proporcionó un brillante ejemplo para el futuro».

Efectivamente, fue un ejemplo brillante: otros sínodos se realizaron en Manila, incluso en nuestra propia época. Entre ellos podemos citar el Primer Consejo Provincial de Manila de 1907, el Primero y el Segundo Sínodos Archidiocesanos de Manila que tuvieron lugar en 1911 y 1925, respectivamente, y el Consejo Plenario de Manila en 1953. El Consejo Provincial de Manila de 1771, a pesar de su nombre, se llevó

a cabo en Calasiao, Pangansinan y, hablando debidamente, no fue un consejo válido ya que nunca se sometió a la aprobación de Roma.

Todos estos consejos discutieron los sucesos y problemas de la Iglesia local, presentando soluciones para todos ellos, incluso en lo que se refería a la violación de los derechos humanos y, en algunos casos, ayudaron a definir las relaciones Iglesia-Estado.

Relaciones Iglesia-Estado

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado durante la época colonial española eran diferentes a las que pueden observarse hoy en día. Durante la época española en las Filipinas estas relaciones se basaban en tratados especiales conocidos como patronazgos reales concedidos por la Santa Sede a España. Como resultado de este privilegio, el Monarca Español tenía el derecho de nombrar o de someter a Roma, para su aprobación, los nombres de los candidatos a los obispados. Este privilegio se le concedió a España en virtud de su contribución a la evangelización de los pueblos que vivían en regiones desconocidas del mundo.

La unión de la Iglesia y el Estado fue una realidad en Filipinas. No sólo eran eclesiásticos y trabajadores de la Iglesia, sino que había también funcionarios del gobierno que representaban tanto a la Iglesia como a la Corona Española. El clero, además de dispensar poderes políticos, dispensaba también poderes militares y diplomáticos, tales poderes no sólo eran visibles en Manila —aunque eran mucho más evidentes—, como el caso del arzobispo de Manila Manuel Rojo (1781-1782) que asumió el cargo de gobernador general en activo cuando éste quedó vacante. De hecho, los arzobispos eran miembros de varios de los consejos y juntas de gobierno.

En la mente del pueblo, sin embargo, tal unión entre la Iglesia y el Estado se hizo más visible en las pequeñas ciudades y pueblos. En ellos, el cura de la parroquia —normalmente el único individuo de raza blanca en la localidad, y en muchos kilómetros a la redonda— ostentaba a su vez el cargo de inspector de escuelas y recaudador de impuestos, presidente de las juntas de salud y prisiones, supervisor de las elecciones locales, y guardián de la paz y orden públicos.

Aun así, el arzobispo de Manila y los superiores de las órdenes misioneras residían en las casas centrales en Manila desde donde se en-

viaban los misioneros a distintos lugares del archipiélago, y donde se concentraba a los funcionarios poderosos. Algunos de ellos fueron nombrados embajadores del soberano español ante las cercanas cortes de China y Japón, debido más que nada a la inaccesibilidad de los funcionarios desde España o desde el Virreinato de Méjico, al que pertenecían las Filipinas, de ahí que los primeros embajadores en China, los frailes agustinos Martín de Rada y Gerónimo Marín fueran enviados por el gobernador general para negociar un tratado comercial con el Virrey de la provincia de Fukien en 1575.

El gobernador general español de Manila también envió al fraile franciscano Pedro Bautista como embajador ante la Corte Japonesa, en 1593, cuyo primer objetivo fue impedir la proyectada invasión de las Filipinas por Hideyoshi.

Dos años más tarde, el gobernador general envió a los frailes dominicos Diego Aduarte y Alonso Jiménez como embajadores en Cambodia. También fueron enviados embajadores jesuitas por el gobierno de Manila a Macao en 1580, cuya función principal era conseguir que la ciudad guardase lealtad hacia Felipe II que había anexado Portugal (dueño de Macao) a España.

Manila como centro educativo

Manila fue siempre el centro educativo de la Filipinas colonial. Ya desde 1585, es decir, sólo una década después de que Manila se convirtiera en una ciudad cristiana, el rey español ordenaba la construcción de una academia. Ésta, sin embargo, y siguiendo las costumbres de los dominios del rey, era únicamente para los hijos de los habitantes de nacionalidad española. Finalmente, el plan se hizo realidad cuando se fundó el Colegio de San José en 1601 bajo la dirección de los jesuitas.

La Universidad de Santo Tomás se creó en 1611 y su dirección fue encargada a los dominicos en 1619. El rey le otorgó su protección y, en 1623, una bula papal convertía el colegio en universidad. Hasta hoy, la Santo Tomás es llamada universidad «real» y «pontificia» [35].

[35] A menos que se indique lo contrario, esta sección es una versión abreviada de «Student Life in Old Manila,» cap. IV de M. Foronda, *Insigne y Siempre leal: Essays on Spanish Manila*, pp. 44-61.

Entre otras escuelas de la Manila española se encontraba el Colegio de San Juan de Letrán, dirigido por los dominicos (fundado en 1630), y la *escuela pía* posteriormente conocida como Ateneo de Manila, regida por los jesuitas y que fue creada en 1817.

Al principio, todas estas escuelas, con excepción del Ateneo, aceptaban sólo a los hijos de los españoles en la colonia, y sería mucho más tarde cuando se les concedió a los hijos de los mestizos y de los nativos el mismo privilegio. Hacia finales de la última década de 1700, no sólo San José y Letrán, sino también Santo Tomás, abrieron sus puertas a los filipinos, aunque, en la práctica, la distinción de razas no desapareció totalmente.

Los niños de ascendencia española venían del Intramuros y de los barrios como Binondo, Tondo, Ermita y Quiapo, pero ya hacia 1640 el gobernador general Corcuera ordenó que se les concedieran becas a los sirvientes que

> ...procedieran de familias influyentes de Papango, de forma que pudieran residenciarse en el Colegio de San José regentado por los jesuitas, donde se les enseñaría a leer y escribir en la lengua española y, tras esta enseñanza, y si mostraban aptitud para ello, se les entrenaría como escribientes.

La concesión de becas a los estudiantes de Papango pudo iniciar un eventual flujo de éstos desde las provincias hacia las ciudades. Así, para cuando José Rizal era estudiante del Ateneo, y de Santo Tomás, en las décadas de 1870 y 1880, llegaron a la ciudad muchos estudiantes de las provincias para aprovecharse de las ventajas de escolarización.

Sin embargo, en 1641, el mismo gobernador Corcuera estableció que, para ser un estudiante con todos los derechos en el San José, el aspirante «debía ser de raza pura española». Por lo que, hasta ese momento, la mayoría de los estudiantes eran de sangre española pura, muchos de ellos procedentes de familias pobres que gozaron de la concesión de las becas, no dejaban de ser estos los «niños pobres descendientes de aquellos que habían realizado los mayores servicios para la Corona en Filipinas».

Los estudiantes de pago, por otra parte, eran

> ...los hijos, nietos, descendientes de personas de mérito que sirvieron a Su Majestad en estas islas; se les daba preferencia a los hijos de los

auditores de la Audiencia Real, vivos o muertos, y a los de los jueces oficiales reales, y a todos aquellos de los oficiales de guerra.

Sin embargo, en ausencia de estos aspirantes no autorizados, «cualesquiera otros de estas islas que no posean la cualificación necesaria pueden aspirar al ingreso en estas escuelas».

Estas becas se obtenían de fondos de los pagos que realizaban los chinos para «obtener el permiso para permanecer en Manila». La beca anual cubría los gastos de residencia, comida y otros gastos.

Tanto los becarios como los estudiantes de pago cursaban estudios de arte, gramática y teología, que eran la oferta principal tanto de Santo Tomás como de San José.

El horario diario de los estudiantes era monótono, sin atractivos e inalterable, alegrado de manera ocasional por la participación en alguna actividad religiosa o civil. El intenso estudio —que duraba todo el día— y de manera más significativa, las prácticas religiosas rigurosas —atender la misa, recibir los sacramentos, los rezos a una hora predeterminada, vísperas, rezo del rosario e interminables novenas— eran la característica de la vida diaria de los estudiantes.

Posteriormente se crearon escuelas para niñas en el espacio limitado del Intramuros, creándose instituciones como el Colegio de Santa Potenciana (fundado en 1589 pero inaugurado en 1593); el colegio de Santa Isabel (1632) y el Beaterio de la Concordia que fue creado en la Ciudad Amurallada en 1869.

Es indiscutible que las escuelas ayudaron en el surgimiento, crecimiento y desarrollo de la nación Filipina. Muchos líderes de la nación estudiaron dentro de sus paredes; señalamos, para mencionar unos cuantos al azar, a José Rizal y a otros héroes como los hermanos Luna, Marcelo H. del Pilar y López Jaena y algunos líderes contemporáneos pertenecientes a la época americana o incluso más cercano a nuestros días, como Manuel Quezón, Sergio Osmeña, y los doctores, abogados, sacerdotes, maestros y otros profesionales del país que fueron distinguidos ex alumnos de estas escuelas.

Las artes

El arte occidental, tal como lo conocemos en las Filipinas de hoy, fue introducido durante el período colonial español como parte del es-

fuerzo inicial de los misioneros, de manera que todos los aspectos artísticos fueron en un primer lugar de orientación religiosa para, posteriormente, trabajar con temas seculares.

La pintura se desarrolló bajos los auspicios de la Iglesia, siendo los motivos principales la Virgen y los santos. Varios de los «viacrucis» de las iglesias de Manila fueron copiados de algunos de Méjico y España, aunque el que se alza en la iglesia de Tanay, en la provincia de Rizal, resultaba algo burdo y macizo, lo que revela la influencia filipina del escultor anónimo que lo realizó.

La primera escuela de pintura en Manila, y por supuesto de Filipinas, fue creada en Tondo por Damián Domingo. Así, el 2 de diciembre de 1823, se estableció la Escuela de Dibujo que impartió enseñanza a todos los pintores filipinos de la época. Dos de sus más famosos estudiantes, Juan Luna (1857-1899) y Félix Resurrección Hidalgo obtuvieron premios internacionales en España. Los pintores que estudiaron en esta escuela introdujeron la pintura civil, o pinturas con temas no religiosos, especialmente retratos, y las llamadas pinturas de *letras y figuras* que se hicieron muy populares durante las décadas del dominio español y casi hasta el comienzo del régimen americano.

Manila también se hizo famosa por la música que se desarrolló en la ciudad durante el período español. Como las otras variedades del arte, la música inicialmente fue fomentada por los misioneros y por lo tanto tenía una orientación religiosa. Los organistas indígenas practicaban bajo la tutela de los frailes que vieran en ellos posibilidades y, posteriormente, se les nombraba organistas de la catedral de Manila, San Agustín o de algunas de las otras iglesias de la Ciudad Amurallada. Se crearon coros, principalmente de voces masculinas y de *tiples* (coros infantiles), que cantaban las partes correspondientes a las soprano de las canciones litúrgicas que se cantaban durante las festividades mayores y solemnes.

Los organistas se hicieron célebres. Marcelo Adonay (1848-1928) organista, director, y maestro de música, compuso himnos religiosos y una misa mayor para orquesta completa, mientras que entre su trabajo secular se encuentran varias piezas conmemorativas y marchas.

Durante varios años, la música en Manila fue eclesiástica, tanto en su inspiración como en su orientación. Muchos compositores trataron de componer sus propias versiones del Ave María y de distintos himnos dedicados a otros santos.

Sería mucho más tarde cuando adquiriría importancia la música secular. En 1886 ó 1887 se organizó una compañía de ópera completa en el distrito manileño de Pandacan, bajo la dirección de Ladislao Bonus (1854-1908), compositor y director que es considerado por muchos como el «padre de la ópera filipina». La primera presentación de la compañía de Bonus fue *Lucrezia Borgia*, de Donizetti.

Sin embargo, la primera ópera indígena se presentó el 16 de agosto de 1902 en el Teatro Zorrilla. El poeta y novelista en español Pedro A. Paterno escribió la letra en tagalo para esta ópera que se tituló *Sandugong Panaginip* (Alianza Soñada).

Las óperas montadas por compañías visitantes, tanto españolas como italianas y las presentadas por Bonus, fueron, sin embargo, un placer muy raro en la ciudad. Más comunes eran los *moro-moro* o comedias (representaciones de escudo y espada acerca de los combates entre musulmanes y cristianos en un país imaginario, donde los musulmanes eran siempre los perdedores). La primera de estas representaciones en el país no tuvo lugar en Manila, sino en Paniqui, en la provincia de Tarlac, como parte de una celebración para conmemorar la conversión al cristianismo del rey musulmán de la provincia de Jolo, en 1750.

La representación del moro-moro en Paniqui era bien sencilla en su argumento, pero se hubiera desarrollado en Manila con una mayor complejidad al introducir, como señalaba el observador francés Le Gentil:

> ...intrigas, vestiduras deslumbrantes, música enérgica y marcial como acompañamiento para la lucha entre musulmanes y cristianos, elementos religiosos como la milagrosa ayuda de la Santísima Virgen y de los santos que al final arreglaban todo [36].

De igual modo, después de presenciar una representación de un moro-moro en Manila en 1768, Le Gentil volvía a escribir:

> ...era representado en el propio lenguaje tagalo (con este motivo), erigieron especialmente un teatro muy ingenioso... Habían conseguido construir columnas, cornisas y otros aditamentos, simplemente con

[36] Le Gentil, *Account of Manila and the Philippines in 1768*. Reimpreso en: A. T. Tiamson y R. Cañeda, eds. *Readings on the History of Manila*, Manila Studies Program (1989), pp. 609-610.

> bambú y esteras pintadas con cal mezclada con tierra (un cierto tipo de ocre), que producían un hermoso efecto, en cuanto al propio drama, que duró tres días... [37].
>
> El teatro estaba realmente a campo abierto, donde se reunía la comunidad; en Manila se utilizaba cualquiera de las calles principales o plazas de la ciudad o de cualquiera de los barrios... [38].

Los residentes de la ciudad, peninsulares o criollos, podrían haber gozado de estas representaciones en tagalo, pero se ha dicho que grupos de más experiencia venidos de España o del continente, representaban las obras en los salones de los grandes edificios.

Sin embargo, antes de 1846, se construyó el Teatro de Tondo, especialmente para representaciones teatrales, lo que duraría hasta 1872. Otros teatros fueron el Teatro de Binondo (1846-1848), Teatro del Príncipe Alfonso (1862-1878), el Circo-Teatro posteriormente Teatro-Circo de Bilibid y el Teatro de Novedades (ambos entre 1889-189?) y, por último, el Teatro Zorrilla (1893). Por mucho tiempo se admitían actuaciones nativas en el Teatro de Tondo, que era prácticamente un teatro temporal, mientras que el resto sólo admitía representaciones españolas.

Los moro-moro monopolizaron las representaciones dramáticas hasta que vino la zarzuela. Melodrama y, al mismo tiempo, opereta, conjunto de baile y canto y pasquín. El argumento se desenvolvía alrededor del tema chico-conoce-chica, quienes después de insuperables andanzas vivían felizmente para siempre. Las compañías de zarzuela crecieron como hongos en Manila puesto que los actores descubrieron que el oficio era tanto lucrativo como de prestigio. Mientras, las importantes ciudades provinciales tenían sus propias compañías de zarzuelas que realizaban representaciones ocasionales, especialmente durante las fiestas de la ciudad en las que los más conocidos grupos de zarzuela de Manila realizaban giras por las provincias.

La zarzuela se hizo extremadamente popular entre el pueblo y era considerada inofensiva por las autoridades. De la misma manera se consideraban inofensivos los trabajos literarios de los manileños y, por ello, las autoridades permitían su libre circulación por la ciudad y por todo el país.

[37] *Ibidem.*
[38] *Ibidem.*

LITERATURA

Sin lugar a duda la literatura en Manila siguió dos caminos: uno en tagalo para las masas y otro en español para la gente culta y la *intelligentsia*.

Los primeros pasos en la literatura tagala fueron los poemas escritos como parte de los libros de oraciones o de novenas, dirigidos a la Santísima Trinidad, a la Santísima Virgen y a los santos. Fueron escritos para ser recitados o también cantados y tenían como función específica enseñar e instruir a los primeros conversos en los dogmas de la fe.

Incluso el *awit* o el corrido, de metros romances, mientras narraban las aventuras de reyes, reinas, príncipes, princesas y de otros miembros de la realeza, tenían también el objetivo de enseñar e instruir. Basados principalmente en los romances españoles, estos corridos y awits, mostraban el poder de la Santa Virgen y de los santos para aquellos que solicitaban su ayuda.

La pasión, sufrimiento, muerte y resurrección de Cristo era otro de los hechos versificados que se cantaban durante la Semana Santa. La versión tagala de la Pasión, escrita por Gaspar Aquino de Belén, fue publicada en Manila en 1760, uno de los muchos libros religiosos impresos en Manila.

De hecho, las imprentas traídas desde Méjico a partir del siglo XVI fomentaron el crecimiento de la literatura tagala y también de la literatura filipina en español. Posiblemente, el trabajo más valioso y popular publicado por estos impresores fue la obra *Florante at Laura*, de Francisco Baltazar (1788-1862), trabajo bautizado por los críticos como romance o hasta épica literaria.

Publicado por la Universidad de Santo Tomás en 1836, *Florante at Laura* narra la historia de Florante, hijo del consejero del rey de Albania y de la hija del rey, Laura, enamorados que tuvieron que vencer muchos obstáculos antes de llegar a unirse. Al narrar esta historia de amores, como explica Teófilo del Castillo, historiador de la literatura filipina, Baltazar o Balagtas en realidad:

> ...denunciaba las fuerzas hostiles que estaban produciendo la ruina del país... (y por ello) ocultaba sus personajes bajo las máscaras de reyes, príncipes y caballeros extranjeros, cuando en realidad eran filipinos y españoles en carne y hueso... y situaba sus personajes en la lejana Albania, aunque realmente describía las condiciones en Filipinas.

Si esto es cierto, se puede decir que Balagtas inició el tema nacionalista en la literatura filipina, tema que tardaría en desarrollarse y no sería hasta la llegada de los propagandistas filipinos en 1880 cuando fructificaría. Pero, para entonces, serían escritos sobre todo en español, no en tagalo, con excepción de Marcelo H. del Pilar, quien escribió tanto en tagalo como en español.

El idioma español no se extendió tanto en las Filipinas como en las colonias españolas de América donde, para la mayoría de la población, el español era la lengua madre. En realidad, en las Filipinas, durante la dominación española, no más de un 10 % de la población hablaba español, y muy pocos españoles se atrevían a realizar el largo y peligroso viaje a través del Atlántico y del Pacífico para asentarse en Filipinas.

El sínodo de Manila de 1582 decretó que tanto el tagalo como las otras lenguas vernáculas filipinas debían utilizarse para la evangelización del país, ordenando a los misioneros que las estudiaran y utilizaran en sus obligaciones misioneras. De hecho, era más fácil para los misioneros aprender el idioma nativo, para enseñar los dogmas de fe, que para los frailes españoles enseñarle a toda una ciudad tanto el idioma español como los dogmas en el mismo idioma. El incesante mandato, por parte de los reyes de España, de que debía enseñarse el idioma español a los filipinos no se obedeció, no porque no hubiera interés por parte de los españoles, sino simplemente por la falta de maestros que pudieran llevar a cabo una tarea de este tipo. Así es que, durante toda la ocupación española en las Filipinas, el español fue lengua de unos pocos escogidos, la élite social. Aun así, existe una gran cantidad de literatura filipina en español: poesía, ensayos, ficción, representaciones y las novelas de Pedro Paterno y José Rizal.

El Dr. José Rizal es posiblemente el prototipo del escritor filipino en español. Al igual que otros escritores filipinos que escribían en este idioma en esa época, Rizal era un producto del Ateneo, de Santo Tomás y de la Universidad Central de Madrid. Cultivó todas las formas literarias: poesía, drama y ensayo, y sus dos novelas, *Noli Me Tangere* y *El Filibusterismo*, han sido aclamadas por sus méritos literarios y por su mensaje a los españoles en relación a las reformas que Rizal y los propagandistas de 1880 buscaban para su propio país.

Entre otros autores que escribieron en español, se pueden mencionar a Pedro A. Paterno (1858-1911), Marcelo H. del Pilar (1850-1896)

y Graciano López Jaena (1856-1896) que gozaron de enorme prestigio entre sus compatriotas. La mayor parte, como los antes mencionados, escribieron para el movimiento de reforma que llevó al surgimiento de la nación filipina, convirtiéndose posteriormente en héroes del país.

Otros se transformaron en una especie de héroes populares, líderes económicos, sociales políticos y culturales de su pueblo.

Algunos historiadores se aventuran a decir que, si no hubiese cesado el crecimiento de la literatura filipina escrita en español con la llegada de los americanos a finales del siglo, Filipinas hubiera producido escritores de renombre mundial como los premios Nobel Gabriela Mistral o Pablo Neruda. El florecimiento de la literatura filipina en español, presagiada por el triunfo de Rizal, se vio abortado.

Manila y la economía a comienzos del siglo

Desde sus hogares en Manila, los misioneros y religiosos se iban hacia las diferentes direcciones del archipiélago, mejorando con su labor la economía del país, introduciendo nuevos tipos de cosechas, plantas y animales. Traían de España y de América plantas como el maíz, el tabaco, el algodón, el trigo, el añil, el cacao, la batata, la berenjena, la papaya, la piña, el níspero, el tomate, los cacahuetes, calabazas, limas y muchas especies de plantas medicinales y decorativas [39].

Desde Europa, las Américas y otros lugares, trajeron pollos, patos, palomas, caballos y toros. Estos últimos, una vez aclimatados al trópico se utilizaron como animales de trabajo.

Los misioneros también ayudaron al desarrollo de la agricultura abriendo al cultivo territorios vírgenes, enseñando a los nativos cómo construir sistemas de riego y nuevos métodos agrícolas, así como a incrementar las cosechas para acelerar el desarrollo de las regiones estimulando la migración de las áreas más pobladas hacia las tierras y territorios vírgenes. También introdujeron la siembra de trigo y maíz, añil, tabaco y cacao e iniciaron la industria ganadera al llevar 220 cabezas de ganado a la provincia de Nueva Écija.

[39] G. F. Zaide, *Catholicism in the Philippines*, p. 71. La información utilizada en las secciones que siguen se ha tomado de esta misma referencia.

El comienzo de las industrias se debió al esfuerzo de los misioneros, que enseñaron a los filipinos los nuevos métodos industriales. Así, los conventos donde vivían los misioneros «fueron convertidos en talleres de carpintería y en herrerías, en telares donde se tejían sedas elegantes, y telas de piña, cáñamo y algodón».

Las primeras fábricas

La puesta en marcha de las primeras fábricas en el país se debió al esfuerzo realizado por funcionarios del gobierno civil. Fue después de que el gobernador general José Basco y Vargas decretase la creación del monopolio del tabaco en 1781, cuando se establecieron las primeras fábricas en Filipinas. Gracias a este sistema, el gobierno controlaba no solamente las plantaciones de tabaco sino también la manufactura de cigarros y cigarrillos a partir de las hojas, así como la venta del producto final [40].

Sin embargo, antes de esto, el gobierno controlaba otros monopolios como ejemplo el de la nuez de betel, el del vino y el del opio. Pero el monopolio del tabaco fue «el primero en necesitar el agrupamiento de centenares de obreros en un lugar central de trabajo. La innovación de Basco, por lo tanto, fue responsable de la primera aplicación de un sistema industrial en Filipinas», como narra De Jesús.

De igual modo, De Jesús señala que las «fábricas comienzan sin pretensiones:

> ...dos *camarines de nipa* en Binondo, cada uno capaz de alojar 200 trabajadores. Cuatro *camarines* de *piedra*,... quedaron listos en 1785, y las fábricas iniciaron su camino hacia su consolidación debido a su tamaño y al número de personas que empleaban... En 1834, el monopolio mantenía a más de 500 trabajadores. Cinco años más tarde, el monopolio contaba con más de 8.000 trabajadores en tres centros. El promedio de trabajadores en la década de 1840 era de aproximadamente 13.000. De 1850 a 1882 el promedio se elevó a 20.000. Esa

[40] Para la construcción de las fábricas en Manila, *vid.* E. C. de Jesús, «Manila's First Factories», *Philippine Historical Review*, IV (1971), pp. 97-109. Los datos para este párrafo y los que le siguen se han sacado del artículo de De Jesús.

fuerza laboral proporcionó a los administradores de las fábricas de tabaco un «ejército» superior al de las fuerzas armadas coloniales.

El monopolio comercializaba los cigarros bajo marcas distintas. La diferencia básica estribaba entre aquellos que eran productos para la exportación o para la clase alta colonial y los que se producían para el uso diario del pueblo.

El comercio de galeones

Con una esfera de acción y alcance mayores que los obtenidos por las fábricas de Manila, el comercio del galeón proporcionó a la colonia sangre vital desde el siglo dieciséis al diecinueve [41].

Estas naves llevaban mercancía española, mejicana, filipina y china, desde Manila hacia el puerto mejicano de Acapulco. Algunos de estos barcos eran los mayores de su época —los *Queen Elizabeth* del siglo XVIII— y formaban la única «línea de navegación en la historia del mundo que proporcionó servicios durante 250 años sin ninguna interrupción».

Como resultado del florecimiento del comercio de galeones, que no sólo era un eslabón comercial, sino también un eslabón cultural con Méjico y las otras colonias hispanoamericanas, Manila se convirtió en una gran metrópoli durante el siglo XVII.

De hecho, Manila era la ciudad clave en el comercio de galeones, por lo que obtuvo grandes beneficios de él. Así, durante los siglos XVII, XVIII y XIX, Manila fue una próspera ciudad amurallada muy superior a las conocidas ciudades europeas. Y está de más decir que, durante esa época, constituyó la ciudad más occidentalizada y desarrollada de todo el continente asiático.

Al lado de los españoles implicados en este comercio, los chinos también jugaron un papel muy significativo en la metamorfosis de Manila hasta convertirse en uno de los dos o tres puertos de Oriente para la época.

[41] *Vid.* «Manila: Key City of the Galleon Trade from the Sixteenth to the Nineteenth Centuries», cap. VI de M. Foronda, *op. cit.*, pp. 76-86. Este capítulo utiliza los trabajos más consensuados acerca del comercio de galeones en Manila (*i.e.*, W. L. Schurz, *Manila Galleon*, New York, 1962, entre otros). La información acerca del comercio de galeones para esta sección es una versión abreviada del libro de Foronda.

La mayoría de los productos transportados desde Manila a Acapulco eran de procedencia china, y la

> venta de piedras preciosas, marfil, porcelana, sedas, té y pimienta proporcionaron grandes ganancias a los chinos, beneficiándose también los españoles, ya que ellos a su vez vendían dichos productos en Méjico y Europa a precios muchas veces más elevados que los que llegaban a pagar; era fácil obtener ganancias de un 300 % y, con mucha frecuencia, éstas se elevaban a 1.000 % o 2.000 %.

El privilegio de embarque, sin embargo, estaba limitado al gobernador general, los jueces de la Audiencia, las órdenes religiosas, las asociaciones de caridad, los funcionarios subalternos y a sus amigos y favoritos.

Tales privilegios podían ser transferidos por la suma de 500 pesos (una suma realmente importante para la época).

Las valiosas mercancías transportadas por los galeones eran codiciadas por otros, de forma que existía el peligro de caer en manos de los piratas, que acechaban en el Pacífico y que, en algunas ocasiones, hasta mantenían a la tripulación y a los pasajeros como rehenes.

Además de los piratas, listos para apoderarse del espléndido botín, existían otros riesgos como el de las tormentas que hacían naufragar algunas naves, o los tifones, o los terribles huracanes que periódicamente azotaban los mares.

A pesar de todo, muchos corrían el riesgo y se embarcaban en el viaje desde Manila a Acapulco que era «una de las travesías oceánicas más largas y desagradables en esa época», siendo el comercio entre Manila y Acapulco una de las empresas comerciales más florecientes en aquellos momentos.

Sin embargo, a comienzos del 1800, el comercio de galeones comenzó a decaer, «las guerras napoleónicas y las revueltas hispanoamericanas reducían el potencial comercial de Manila», según cuenta el historiador chino Cheong.

El desarrollo de una economía de cultivo durante el siglo XVIII, garantizó que hacia 1804 las islas fuesen autosuficientes y socavó la *raison d'être* de la principal actividad comercial de Manila —los galeones— que fue abandonada de manera oficial en 1913 *(sic:* 1813). Después de un breve restablecimiento, entre 1815 y 1820, cesó la navega-

ción hacia Hispanoamérica y ya en 1826 había terminado el flujo de oro y plata hacia Manila [42].

Cheong continúa señalando que, a medida que

> ...el sistema se desintegraba, Manila perdía su importancia en la estructura comercial del sureste asiático, y el antiguo sistema era reemplazado por nuevas rutas. A partir de la segunda década las naves hacían la travesía directamente desde la India a Hispanoamérica, y lo mismo acontecía con las que partían de China. Otras líneas tradicionales de navegación heredaron parte del sistema de Manila. Cantón reemplazó a Manila y el comercio entre la India y Manila se convirtió en una línea auxiliar del ahora tráfico principal entre China y la India.

En 1810 se inició la guerra por la independencia en Méjico y las comunicaciones con España quedaron interrumpidas. Ya para esa época el comercio entre Acapulco y Manila dejaba de ser lucrativo debido a lo inestable de la situación.

Aunque las Cortes de Cádiz habían decretado en 1813 la suspensión del comercio Manila-Acapulco, autorizando a los filipinos a comerciar libremente con el resto del mundo utilizando naves privadas, este sistema no entró en actividad hasta dos años después.

Cheong señala:

> De tal manera que, en un día de marzo de 1815, el último galeón levó su herrumbrosa ancla, izó sus amarillas velas y lentamente zarpó de la bahía de Acapulco hacia donde se ponía el sol para nunca más volver.

Asimismo, narra Cheong certeramente que

> ...hacia 1826, la decadencia de Manila (como almacén) era total, síntoma del colapso del Imperio Español. Se trataba de una fase de transición en la restructuración del patrón tradicional del comercio de Asia suroriental.

Tanto para los filipinos como para los mejicanos, el comercio del galeón entre Manila y Acapulco proporcionó algo más que las fabulo-

[42] W. E. Cheong, «The Decline of Manila as a Spanish Entrepot», *Philippine Historical Review*, V (1972), pp. 205-224.

sas ganancias entre los que poseían la gallina de los huevos de oro. Así, fuertes lazos étnicos y culturales entre los filipinos y los mexicanos fueron creados debido a este intercambio comercial.

El historiador mejicano Almazán afirma lo siguiente:

> ...debido a las penurias del prolongado viaje era normal que la tripulación desertara en masa al arribar a su destino, de tal manera que miles de mejicanos se asentaron en Filipinas y miles de filipinos hicieron lo propio en Méjico hallando un nuevo hogar. Todavía hoy se pueden observar, a lo largo de *costa chica*, en el estado de Guerrero, importantes características físicas malayas en un elevado porcentaje de sus habitantes.

Aparte de las meras influencias étnicas y culturales que se filtraron en Filipinas, vía Méjico, durante los días del comercio de los galeones, como señala el mismo Almazán,

> se enviaban libros desde Méjico y más tarde imprentas que llevaron la cultura occidental hasta ese lejano rincón de Asia (es decir, Filipinas). El español que se hablaba en las Filipinas era el español mejicano, del cual todavía sobreviven muchas expresiones idiomáticas.

Ataques internos y del exterior sobre Manila

Los filipinos siempre se opusieron a la imposición de un gobierno español, pero aceptando lo que los historiadores han definido como un divisionismo perverso, débil liderato, y una habilidad muy pobre en el gobierno, los filipinos no podían competir con el ahinco político y religioso de los españoles. Como regla general, su reacción se caracterizaba por «un estado crónico en donde se alternaban el letargo y la insubordinación» producido por una de las siguientes cuatro razones señaladas por Renato Constantino: primera, agravio personal; segunda, oposición a los impuestos, al *polo* y al *servicio* o la *bandala*; tercera, razones religiosas, ya que los filipinos tenían una fuerte tradición jerárquica, debido a que los sacerdotes nativos, llamados *babaylan* y katalonas, se encontraban amenazados de extinción por la llegada de los religiosos españoles; y cuarta, demandas agrarias [43].

[43] R. Constantino, *The Philippines: A Past Revisited*, Ciudad Quezón, 1975, pp. 85-112.

Los gobernantes prehispánicos, que más tarde surgieron como la *principalía*, se sintieron agraviados por su pérdida de poder, posición e influencia. El agravio personal fue motivo del primer levantamiento de Lakandula y del rajá Suleimán en 1587 y 1588. Sólo la intervención oportuna de Juan de Salcedo abortó un alzamiento posterior liderado por Martín de Panga y Agustín de Legazpi, pariente de Lakandula. Ambos lideraron una conspiración en la que también participaron los jefes de Tondo, Polo, Pandacan, Navotas, Candaba, Cuyo y Calamianes. La ayuda de nativos de Borneo y de dos marineros evitaron que la conspiración o asonada tuviera éxito, ya que un espía llamado Antonio Surabao reveló sus planes y a los que fueron capturados se les envió al exilio.

Las otras actividades de resistencia contra el régimen español no comenzaron o finalizaron en Manila, lugar donde estaba radicado el poder militar de los españoles. En su lugar, se originaron en provincias alejadas como Romblón, Papanga, Binalatongan en Pangasinan, Ilocos, en el país de Ilonggot, Oton, Iloilo, Batangas, Laguna y en los distritos rurales musulmanes.

Li Mahong

Los chinos suponían una amenaza real para los primeros conquistadores. Un legendario corsario llamado Li Mahong era realmente temido por su desafío a la poderosa España, así como por haber descrito el modo tan pobre en que estaban construidas las fortalezas, formadas por chozas de nipa antes de convertirse en edificios de piedra maciza con paredes con un espesor que iba desde los dos hasta los cuatro metros. Li Mahong era un ming o señor de la guerra, conocido como pirata muy poderoso que arribó a Filipinas con 162 juncos de guerra, 2.000 soldados, 2.000 marineros, mujeres y artesanos junto con los correspondientes suministros.

Las fortificaciones primitivas de Manila eran muy débiles, ya que estaban construidas con tablones, estacas y cajones y barriles llenos de barro y arena y, como la lengua de tierra se adentraba en la bahía, era muy accesible a los merodeadores, lo que significa que todavía hacia 1574 la ciudad no tenía prácticamente ninguna defensa contra los invasores.

Li Mahong nació en Tonchu, China, y era hijo de padres nobles, razón por la que poseía una flota de 96 navíos con una comitiva formada por miles de personas, entre ellas 5.100 mujeres, y un número parecido de hombres. El 29 de noviembre de 1547 arribó a las costas con 62 juncos y 3.000 guerreros. Su lugarteniente era un japonés llamado Sioco que a su vez tenía 700 hombres. Desembarcaron al norte de la Ermita, conocida entonces como Bagumbayan, y realizaron el primer ataque en el que murió la mujer de Goiti y quemaron su casa, al mismo tiempo que el conquistador fue herido en la refriega, pero los defensores rechazaron la invasión y la llegada a tiempo del capitán Juan de Salcedo, que venía de una exploración de las costas del norte de la isla de Luzón, evitó que la ciudad fuese completamente destruida. Las fuerzas de Li Mahong desembarcaron en la víspera del día festivo de San Andrés, 29 de noviembre, pero las fuerzas lideradas por el japonés sólo atacaron por la mañana. Cuando el capitán Juan de Salcedo llegó era demasiado tarde para alertar a la ciudad de la presencia de Li Mahong. Sin embargo, la ciudad se salvó debido a un milagro según ha llegado a creer desde entonces la población manileña.

Li Mahong combatió ferozmente pensando que los españoles se rendirían con mucha facilidad, pero, según se dice, el corsario chino se dio cuenta de que se enfrentaba a un grupo de hombres de una raza especial; sólo murieron dos hombres blancos, mientras que las fuerzas de Li Mahong sufrían cientos de bajas y Sioco, el valiente lugarteniente japonés, moría durante la batalla. Li Mahong había ordenado a sus hombres, con anterioridad, retroceder hacia Cavite para enterrar a los muertos, luego se retiró a Pangasinan donde construyó un fuerte.

El 30 de marzo de 1575, el capitán Juan de Salcedo llegó a Pangasinan en persecución del corsario con 59 naves españolas, 250 soldados y 3.000 aliados. En este sitio, Li Mahong estableció una colonia en la desembocadura del río Agno, construyendo lo que parecía ser un «complejo agrícola», pero en los meses posteriores se vio forzado a bloquear el golfo de Lingayen para defenderse de Salcedo. El conquistador español destruyó su flota y trató de atacar a los que le seguían; durante el prolongado sitio, Li Mahong construyó, de forma secreta, un paso bajo el agua.

Finalmente escapó del país a través de este canal el día 3 de agosto de 1575, usando pequeños botes que proporcionaron a sus hombres; los que quedaron atrás intentaron escapar hacia el norte, pero con el tiem-

po se casaron con las mujeres nativas o se unieron a los igorrotes y tingguianos de las provincias montañosas [44].

La invasión de Li Mahong fue seguida de una serie de invasiones chinas. De ellas cinco son recordadas como las que más calamidades causaron tanto a los chinos como a los nativos y también a los españoles. La primera, en 1603, cuando tres mandarines llegaron buscando en Cavite la «Chi San», que para ellos era una montaña de oro y que, más tarde, partieron no sin antes crear una actitud de sospecha entre los españoles, que temían a los chinos, y a ello siguió una ola de persecuciones que hizo que los chinos se levantaran en armas. El 3 de octubre de 1603 fueron derrotados y retrocedieron hacia Laguna perseguidos muy de cerca por 2.000 españoles; para el 20 de octubre de 1603, el motín chino había sido aplastado y la población china reducida en 23.000 almas, quedando sólo 7.000 de la antigua población de 30.000. Con anterioridad, los chinos habían incendiado Quiapo y Tondo. La segunda invasión se produjo en 1639 en Manila y Laguna. El 19 de Noviembre de 1639 los chinos comenzaron una revuelta contra los abusos de los recaudadores de impuestos y el polo impuesto por el gobernador Corcuera, los chinos escaparon a Laguna, pero se rindieron en Pagsanján en noviembre de 1640; murieron 28.000 chinos y las pérdidas en propiedades sumaron millones.

El tercer incidente tuvo lugar cuando la exigencia de tributos por parte de Koxinga, natural de Formosa, hizo que el entonces gobernador, Manrique de Lara, se sintiera ultrajado; los habitantes chinos huyeron a Taytay y Antipolo y los españoles les obligaron a aceptar la rendición.

La oportunidad para la cuarta revuelta se presentó en agosto de 1696 cuando dos españoles fueron asesinados por un tal Tinco y sus hombres, asesinos que fueron capturados y ahorcados.

Finalmente, el último alzamiento se produjo en 1762, el día de Navidad, cuando 900 chinos se unieron a 5.000 chinos de Manila en una conspiración. Habían fijado la revuelta para el 24 de diciembre de 1762, pero su secreto fue revelado al fraile José Salas por una mujer, y la asonada fue reducida por Simón de Anda. Sólo 130 chinos sobrevivieron a esa pesadilla, ya que los demás fueron ahorcados como traidores en Bacolor, Pampanga [45].

[44] Liao, *op. cit.*, pp. 7-8.
[45] *Ibidem*, p. 7.

Durante tres años, entre 1606 y 1608, se produjeron levantamientos por parte de los japoneses residentes. El primero como protesta contra la rigurosa orden de deportación de japoneses, emanada de la Audiencia, que finalmente fue dispersada, y sus participantes exilados o ejecutados. Al año siguiente la revuelta se produjo debido al polo o servicio obligatorio. En 1608, una carta enviada por Hideyoshi, en donde se revelaba su intención de colonizar Filipinas, produjo violentas represalias contra la comunidad japonesa que protestó contra la rigurosa política colonial española en esta parte de Oriente. A pesar de todo, en la zona este de Manila, cerca de la Plaza Dilao en Paco, floreció una colonia japonesa.

Ataques holandeses sobre los alrededores de Manila

A lo largo del siglo XVI, la colonia española luchaba por sobrevivir y tenía que defenderse continuamente de los crueles ataques y de la insolencia de sus grandes rivales europeos. En primer lugar fueron los portugueses y, posteriormente, los holandeses. En los siguientes siglos, sucesos de profundas consecuencias tendrían lugar en Europa, en particular, la onda expansiva alcanzaría aguas filipinas, dando lugar a sangrientas secuelas. Era la época de la piratería en alta mar donde los más importantes papeles eran representados por Inglaterra, Portugal, Holanda y España.

En 1600, las naves holandesas *Mauritius* y *Concordia,* comandadas por Oliver Van Noort, recalaron en Manila. El buque insignia *Mauritius* estaba armado con 24 cañones y tenía una dotación de 100 marinos. Ya en esa época los holandeses habían sido expulsados del lucrativo comercio de las especias y, como sucediera con otras naciones europeas, fueron cercados por disputas económicas. Van Noort, sin embargo, logró bloquear la entrada de los juncos chinos a la Bahía de Manila.

A raíz de ello, Antonio de Morga envió dos naves con 150 españoles e igual número de filipinos. Después de una frenética batalla cuerpo a cuerpo, que duró cuatro horas, Morga, que estaba entre los combatientes, se enfrentó directamente con Van Noort en una prueba de valor. Los navíos españoles habían sido dañados por los cañones y se hundían rápidamente; Morga se despojó de su pesada armadura y se lanzó al agua, «colgado de un colchón de paja nadó hacia la isla de

Fortuna que estaba a seis millas». El *Mauritus* se alejó rápidamente, pero fue capturado y su tripulación ejecutada sin misericordia.

El segundo incidente estuvo relacionado con Wittert, uno de los hombres de Van Noort, quien aparentemente estaba motivado por la afrenta sufrida con la derrota. La batalla de 1609, entre los españoles, comandados por el gobernador Juan de Silva y los holandeses, se conoce como la Batalla de Playa Honda [46]; esta feroz batalla no ha sido descrita con gran detalle pero, según un inglés, Wittert fue muerto en el enfrentamiento, su buque insignia fue capturado y sus otros navíos destruidos.

En 1621 los holandeses y los ingleses firmaron una fuerte alianza contra los españoles. Más tarde capturarían los juncos chinos que comerciaban con los galeones, que en esa época surcaban sus rutas habituales. Uno de los más interesantes detalles del encuentro que se produjo con los chinos, el 4 de mayo de 1662, fue el hecho de cómo éstos vaciaron calderas de caramelo hirviendo sobre los holandeses, «enviaron 14 holandeses al fondo en forma de caramelo». Al final, los holandeses fueron expulsados de las aguas de la bahía de Manila.

Sin embargo, los españoles no pudieron desembarazarse tan fácilmente de los holandeses, quienes volvieron al ataque una vez más en lo que fue la ofensiva más ambiciosa tras el terremoto de 1645. Los españoles, a pesar de sus decrépitos barcos, llamados *Encarnación* y *Rosario*, se enfrentaron nuevamente a los holandeses, pero su grito de guerra y su confianza no estaban basados en la logística y el material bélico sino en su devoción a la Virgen María, ya que en 1571 la Virgen demostró su poder milagroso en la Batalla de Lepanto.

Los españoles decidieron acechar a las naves holandesas cerca de Ilocos a las dos de la tarde del 15 de Marzo de 1646. El encuentro naval sobrevino a la altura del Cabo Bolinao, después de seis horas los holandeses se retiraron con todas sus luces apagadas. Esta batalla naval se repetiría de nuevo seis meses más tarde, cerca de la costa de Marinduque, pero una vez más los holandeses no tuvieron suerte ya que, a pesar de la superioridad de fuego naval, no pudieron acabar con los dos destartalados navíos españoles. Los holandeses intentaron atacar otros dos barcos cargados de riquezas, pero éstos eludieron el acoso.

[46] Nakpil, *op. cit.*, p. 106.

Las dos escuadras holandesas rehusaban tercamente cesar la lucha y se refugiaron tras los arrecifes de Mindoro, esperando atacar al galeón *San Diego*. Llegó el momento en que los españoles emplazaran a los fatigados, aunque batalladores, *Encarnación* y *Rosario*, pero no sin que antes el comandante en jefe prometiera a la Santísima Virgen del Rosario, en Santo Domingo, que, de resultar vencedores los españoles en la Batalla de Playa Honda, se celebraría una gloriosa fiesta de acción de gracias en su honor [47].

Al avistarse una nueva escuadra de doce navíos holandeses, se produjo una batalla naval que duró diez horas, y que al final se convirtió en cinco encuentros. Las fuerzas españolas no sólo demostraron su fiera tenacidad sino su fe en lo sobrenatural. En el fondo, los malineños creían al pie de la letra en el papel de la fe y en los milagros frente al peligro abrumador. Atribuyeron al Divino y a la Reina del Santísimo Rosario los frutos de su grandiosa victoria. Posteriormente, se la denominaría Virgen de las Batallas Navales y Virgen de las Victorias Navales, y el día de su fiesta se convirtió en el rito religioso de mayor colorido en el Intramuros.

El 15 de marzo de 1646 aparecieron cinco navíos holandeses ante Manila, que era defendida por dos galeones españoles. Ambos grupos se persiguieron mutuamente hasta llegar a la bahía de Bolinao y entablaron una fiera batalla que duró cuatro horas y que terminó con la huida de los holandeses.

Un nuevo y violento encuentro se produciría el 29 de julio cuando siete navíos holandeses atacaron a los españoles desde las siete de la tarde hasta las cuatro de la mañana del siguiente día en Banton y Marinduque. Los españoles rechazaron a los holandeses y esta segunda victoria, como la primera, fue considerada como una especie de milagro; dos días más tarde la tercera batalla descabaló la flotilla holandesa.

Dos galeones volvieron a encontrar a los navíos holandeses cerca de Mariveles, teniendo lugar la cuarta batalla, que duraría diez horas, cerca de las islas de Lubang y Ambil. El buque insignia español fue dañado seriamente y casi encalló, sin embargo persiguió al enemigo envuelto en llamas. Los holandeses huyeron precipitadamente de aguas filipinas.

[47] Joaquín, *La Naval de Manila*, Manila, 1964, p. 3.

Una semana más tarde, el mismo vapuleado capitán y su incapacitado navío hermano, fueron amenazados por tres buques holandeses que regresaban con nuevos suministros, después de haber sido reparados. Sin embargo, no pudieron oponerse al coraje y tenacidad de los españoles quienes más tarde achacaron esta victoria a su fe en la Virgen. Los holandeses huyeron. Los españoles, por su parte, sólo tuvieron quince bajas en las cinco batallas y su victoria fue tan decisiva que los holandeses no volvieron a aparecer para retar el poderío español en sus bienaventuradas islas.

La invasión británica

La Guerra de los Siete Años, que comenzó en enero de 1762, hizo caer a España en la órbita de las hostilidades británicas en todas partes del mundo. Inglaterra le declaró la guerra a España, ya que ésta estaba del lado de los franceses. Anteriormente, los Borbones de España y Francia habían suscrito el Pacto de Familia como protección mutua ante los enemigos.

Los británicos, con bases en la India, tenían Manila a su alcance y el 14 de septiembre de 1762 13 navíos, comandados por el contraalmirante Samuel Cornish, arribaron a la bahía de Manila. Dos oficiales ingleses exigieron la rendición de una evidentemente vulnerable y pobremente defendida Manila. La ciudad no estaba equipada para presentar batalla a una superpotencia. Los ingleses rápidamente tomaron posesión de las iglesias en Malate, Ermita, San Juan de Bagumbayan, el fuerte Santiago y de las lujosas casas situadas fuera de la Ciudad Amurallada [48].

Las tropas inglesas estaban formadas por 1.500 soldados europeos y un regimiento de dos compañías de artillería, comandado por el general Draper, 3.000 marineros, 300 mercenarios sepoyes y 1.400 zapadores sepoyes, todos de la India, totalizando por lo tanto 6.830 hombres; una fuerza tan formidable que no permitía ninguna resistencia.

El general Draper escribiría:

> Entramos en Manila al asalto el seis de octubre de 1762 con un grupo de soldados algo superior a los dos mil, un abigarrado conjunto

[48] Foronda, *op. cit.*, pp. 119-125.

de marineros, soldados, sepoyes, cafres, lascares, topases y desertores franceses y alemanes.

Comenzaron el día 24 de septiembre un bombardeo de los muros de la ciudad que continuó durante diez días. Los planes de Cornish eran atacar Cavite primero, pero por alguna razón no lo hizo. Los españoles tenían dos morteros en el bastión de San Diego mientras el enemigo presentaba batalla en Malate. En octubre, al atardecer, los británicos abrieron fuego con sus cañones contra el bastión demoliendo los parapetos. Tres columnas de pampangueños comandadas por Manalastas atacaron a los británicos en Malate y la playa de Ermita; Manalastas había ordenado que las campanas repicaran cuando llegaran los ingleses, pero no pudo retroceder, la batalla causó 200 muertos.

Los británicos hicieron una brecha en una de las murallas de la esquina suroeste, desde cuyo extremo también lanzaron un ataque con 20.000 balas, 5.000 granadas e innumerables carcasas o granadas huecas llenas de combustible lanzadas desde un mortero para incendiar los edificios. Finalmente, el Sr. Fuller negoció la rendición, los españoles no tenían otra alternativa que capitular tras los imparables ataques, convocándose rápidamente un consejo de guerra para discutir las acciones a tomar[49].

El mayor Fell despejó la Calle Real de la población civil que trepaba por las paredes por miedo a perder la vida, abandonando sus hermosas casas en la confusión, escapando luego a bordo de pequeños botes que habían sido varados a la orilla del río desde el comienzo del bombardeo; mientras trataban de escapar, el enemigo disparó sobre ellos produciéndose un gran número de muertes.

El coronel Monsón y el arzobispo Rojo, quien era simultáneamente capitán general y gobernador, presentaron los términos de la rendición que incluían algunas concesiones para la población como la libertad del culto católico, la protección de la propiedad privada, la retención de poderes por parte de la Audiencia Real y el libre comercio. Desafortunadamente, el general de brigada Draper no pudo evitar el infame saqueo y robo que duró 40 horas, aunque negó haber permitido a sus tropas llevar a cabo cualquier tipo de acción.

[49] *Ibidem*, p. 119.

Manila quedó oficialmente bajo bandera británica, mientras el resto del país quedó en manos de Simón de Anda que estableció cuarteles, primero en Bulacan y luego en Apalit y en Pampanga, manteniendo un gobierno disidente durante los dos años que duró la ocupación británica.

En abril de 1764 la ciudad fue transferida nuevamente a España. Los sepoyes, que se quedaron después de la retirada de las tropas, se casaron con mujeres nativas y se establecieron en los pueblos de Cainta y Taytay en la provincia de Rizal, al este de Manila.

Martínez de Zúñiga declaró posteriormente que los británicos podían haber sido derrotados si los españoles se hubieran aprovechado de la marea alta y los fuertes ventarrones que volcaron los cañones el primer día de sitio. Pero el enemigo tuvo éxito al vencer la fiera resistencia de los filipinos.

Los batallones navales de Draper atacaron y consiguieron la victoria. Se ha conservado el diario de Draper describiendo los hechos. El 24, los españoles abandonaron el fuerte y «cañonearon nuestros cuarteles (los ingleses), que estaban situados mucho más cerca de las murallas de lo que prescribían las reglas ordinarias de guerra. Tuvo muy pocas bajas.

El mismo día los ingleses se enfrentaron a los españoles en el San Diego y en el San Andrés, y sufrieron sólo tres bajas. Draper creía que su flota era formidable ya que los 10.000 indígenas de Pampanga eran «feroces y bárbaros». Binondo, Tondo y Santa Cruz no pudieron ser tomados. El Parián fue inundado por todos lados.

El 26 de septiembre el sobrino de Rojo fue capturado y cuando era liberado, fue muerto y su cadáver posteriormente mutilado por los indígenas que también cercenaron la cabeza del inglés que lo acompañaba y que era el secretario del general Draper; luego, retrocedieron hacia la Puerta Real. Esta acción enfureció tanto a los ingleses que los mismos españoles se vieron obligados a aplacar a los británicos [50].

Draper se extiende aún más sobre el salvaje heroísmo de los nativos que, aunque armados sólo de arcos, flechas y lanzas, se acercaban tanto a los cañones de los fusiles que morían como bestias «mordiendo las bayonetas»; los supervivientes regresaban luego a sus casas.

[50] *Ibidem*, pp. 123-125.

Los españoles eran obstinados, aun cuando los cañones de San Andrés habían sido silenciados; Rojo convocó un consejo de guerra proponiendo que las mujeres, niños y ancianos fueran evacuados, pero el consejo, lo mismo que la ciudadanía, fueron presas de la confusión.

A las seis de la mañana del 5 de octubre, los ingleses formaron a ambos lados de la muralla y penetraron a través de la Puerta Real, los españoles ondearon entonces la bandera blanca para evitar más violencia, que incluía el pillaje de las iglesias y la violación de las mujeres. Los términos de la rendición, consignados en misivas escritas en latín e intercambiadas entre ellos, exigían el pago de cuatro millones de dólares, la mitad en efectivo tomado de los fondos públicos, de la Misericordia, de la Orden Tercera y provenientes del San Felipe. La ciudad se rindió a Cornish el 5 de octubre [51].

Las siguientes 40 horas son una pesadilla en nuestra historia, en las que los soldados ebrios en una orgía de violencia saquearon las casas, cercenaron la cabeza de la imagen de la Virgen del Rosario y quemaron archivos. El arzobispo exigió a los guardias británicos la protección de las monjas de Santa Clara y de los beaterios. Los soldados fueron instigados por los chinos y los criminales liberados.

Draper no pudo controlar a sus hombres; los españoles no habían mantenido la palabra empeñada con los británicos y había mucha tensión y ansiedad en el ambiente. Un agustino, refiriéndose a lo ocurrido, decía que los efectos de esta guerra tan salvaje nunca se habían experimentado. Los españoles «perdieron su credibilidad y el desorden sobrevino pero los conquistadores se hicieron cargo de los sospechosos de manera severa». Afortunadamente, la paz llegó después de dos años de la firma del armisticio por las naciones en guerra, en noviembre de 1762. El dominio británico catalizó, con el tiempo, los cambios políticos en el país.

[51] *Ibidem*, pp. 125-128.

IV

MANILA Y EL MOVIMIENTO DE INDEPENDENCIA

Los precursores del movimiento de independencia

El movimiento independentista de Filipinas comenzó mucho después que el de las colonias hispanoamericanas.

Pero al igual que sucediera con Latinoamérica, la dirección del movimiento filipino se circunscribía a la élite de su sociedad: insulares y mestizos que en 1880 habían asumido el liderazgo de las esferas económica, social y cultural del país.

En un principio, la élite de Manila estaba formada por los descendientes de reyes prehispánicos como Suleimán, Lakandula y Matanda, y ejercía gran poder e influencia.

Sin embargo, a lo largo del tiempo estas casas reales sufrieron una serie de reveses y contratiempos (por ejemplo, Agustín Legazpi, sobrino de Lakandula, se vio envuelto en un motín y por ello recibió su merecido castigo).

Hacia 1800 los descendientes de estas antiguas familias reinantes de Manila habían perdido el prestigio, las riquezas y la influencia política de sus antepasados y se habían mezclado con la gente del pueblo llano. Para ese entonces, una nueva élite estaba surgiendo: la de los terratenientes y la de familias de mestizos españoles y chinos dedicadas al comercio. Los peninsulares todavía ejercían los cargos directivos en el gobierno, la iglesia y el ejército, pero los insulares o los españoles nacidos en Filipinas empezaban a hacer sentir su influencia. No obstante, este grupo nunca fue muy numeroso en Filipinas, ni su poder tan grande como el de los criollos en otros lugares del imperio español.

De hecho, fueron los criollos quienes lideraron el movimiento independentista en Hispanoamérica, los cuales comenzaron a surgir en el siglo XVIII como resultado de las reformas iniciadas por los reyes de la familia Borbón y de los virreyes ilustrados. A esto hay que añadir la reforma del sistema educativo en las colonias que dio como resultado una ampliación de los horizontes intelectuales de los criollos.

Asimismo, comenzaron a dibujarse de un modo más nítido los sentimientos criollos hacia lo que era una política discriminatoria contra ellos por parte del gobierno y de la Iglesia, que les llevó a un estado de descontento con las estructuras existentes, dando lugar a la escisión entre los peninsulares y los criollos y, finalmente, a la creación del movimiento independentista sudamericano.

Aun así, el movimiento y la guerra de independencia sudamericana carecía de una dirección y estrategia unificadas debido a las enormes distancias de las colonias y también al aislamiento económico entre ellos.

A pesar de todo, líderes como Simón Bolívar inspiraron confianza, liderando batallas que llevarían a la liberación de Colombia y Venezuela en 1821. Aunque Argentina fue liberada en 1813, no fue sino hasta tres años más tarde, en 1816, cuando declaró su independencia.

En Méjico habían estallado revueltas esporádicas en la lucha por un gobierno independiente. La más importante estuvo capitaneada por el padre Miguel Hidalgo Castilla, párroco de la iglesia de Dolores en la provincia de Michoacán. El 16 de setiembre de 1810, Hidalgo, lanzando el «Grito de Dolores» pidió el fin de la dominación española, la igualdad de las razas, y la redistribución de las tierras. En ese día, celebran los mejicanos su independencia.

A pesar de que tenían en común costumbres, tradiciones e instituciones españolas como consecuencia de una evolución histórica compartida, Filipinas, debido a la inmensa distancia que la separaba del imperio español, nunca fue parte de la corriente hispanoamericana y por esa razón no se vio afectada directamente por esta evolución, sin embargo, la simiente de la rebelión ya había sido colocada en la conciencia filipina en tiempos de Magallanes, en 1520, cuando Lapilapi, el gran e intrépido cacique cebuano, luchó contra aquéllos, acabando con la vida del conquistador en la histórica batalla de la isla de Mactán.

Con la fundación de Cebú y Manila, el espíritu rebelde de los filipinos no disminuyó en absoluto. En 1574, los antiguos jefes de

Maynila, Lakandula y Suleimán dirigieron una revuelta contra los españoles provocada por el incumplimiento por parte de éstos de eximir a los líderes filipinos y a sus descendientes del pago de tributos. Acompañados de sus hombres, atacaron la ciudadela española de Manila. Juan de Salcedo, nieto de Legazpi, les garantizó que los españoles mantendrían sus promesas, lo que tranquilizó a los antiguos jefes y sofocó la rebelión.

Al igual que esta revuelta de Manila, los demás levantamientos filipinos eran de naturaleza local. Tendrían que pasar muchos años más antes de que surgiera el concepto de nacionalismo. Durante muchos años, a pesar de los elementos unificadores cristianos y del gobierno centralizado introducido por los españoles, los filipinos no llegaron a verse a sí mismos como un cuerpo político más amplio llamado nación, con su centro económico, social y cultural en Manila.

De hecho, la política española no iba encaminada a unificar las distintas regiones filipinas en una sola, sino a fragmentarlas y mantenerlas aisladas entre sí, muchas veces sembrando la discordia entre ellas.

El nacionalismo y la élite

El naciente concepto de nacionalismo aparecería casi inevitablemente como consecuencia del surgimiento de una élite social. La élite en Filipinas se estableció como una clase de «individuos que ocupan cargos que están en la cima de las estructuras sociales clave». Esto va determinado por la posesión de riquezas, educación, poder político y status o prestigio. Mientras que el elitismo no es un carácter esencialmente geográfico, la mayoría de las sociedades en desarrollo muestran este fenómeno donde los enclaves urbanos florecen rodeados de comunidades rurales. Estos crecientes enclaves urbanos se desarrollan como centro de las actividades económicas y políticas y con el tiempo evolucionan hasta convertirse en áreas donde residen las élites que controlan las actividades económicas y políticas [1].

Torres señala que «para integrarse en la élite de Manila había que hacerlo a través de la raza y la religión. Los españoles fueron los pri-

[1] C. E. Torres, *The Manila Elite* (MSIL). p. 1.

meros candidatos y a ellos les fue concedido el status social y el prestigio por la sociedad colonial que ellos mismos dominaban [2].

Torres continúa diciendo que mientras

> la crema de la sociedad de Manila estaba dominada por los españoles, unos pocos miembros de la principalía nativa consiguieron ganar su entrada en la élite.... (éstos) pertenecían a familias de los antiguos datu cuyo título cambió a jefe de barangay y a quienes se les asignó la tarea principal de recoger los tributos. Como compensación por su papel de intermediarios entre los amos coloniales y el pueblo, se les eximió del pago de tributo y de trabajos forzados [3].
>
> ...Su ambición era el integrarse dentro de la clase dirigente española y una forma de conseguirlo era a través del matrimonio... el mestizo, que era de una categoría inferior al español puro, era superior al nativo. La principalía no tomaba decisiones en la colonia, en su lugar se le asignaban tareas menores de la burocracia [4].

A raíz de los acontecimientos del siglo XIX surgió una nueva casta dentro de la élite filipina. Durante la primera parte e incluso hacia la mitad del dominio colonial español, el elitismo tenía su base en la religión. En torno al 1800, pasó a fundamentarse en las actividades comerciales. Cuando Filipinas se abrió al comercio exterior, los chinos del lugar comenzaron a asumir un papel importante en las actividades comerciales de la colonia, sin embargo, durante la primera parte del régimen colonial español, las actividades chinas se hallaban limitadas y controladas estrictamente por los funcionarios españoles. Mientras que eran ellos quienes traían los productos chinos vendidos por los galeones de Manila en Méjico, eran obligados a vivir en el Parián dentro de los cánones de la Ciudad Amurallada y a pagar un tributo exorbitante.

Aun así, los chinos

> empezaron a adquirir importancia cuando se crearon en Manila casas comerciales para comprar cosechas agrícolas... un número creciente de chinos empezó a convertirse al catolicismo por motivos prácticos y materiales... Llegaron a la conclusión que si Filipinas continuaba

[2] *Ibidem.*
[3] *Ibidem.*
[4] *Ibidem.*

como colonia española ellos debían identificarse con la religión dominante. Con su nueva religión era más fácil entrar a formar parte de la élite [5].

Los chinos insulares y sus descendientes, los mestizos chinos y españoles que encontraron rentable dedicarse a actividades comerciales y a los negocios, se convirtieron en la élite económica de la colonia. Con el tiempo llegaron a ser la élite social y cultural del país.

Sin lugar a dudas la mayoría de la élite pertenecía a la clase comerciante y a los terratenientes, ya que quienes tenían éxito en los negocios aumentaba su riqueza invirtiendo en tierras. Esta clase construyó sólidas casas de piedra con tejados de teja. Podían permitirse los medios y los materiales para llevar una vida llena de comodidades. Algunos tenían muebles, pianos, arpas y carruajes traídos desde Europa. También tenían acceso a libros, periódicos y revistas y lo que era aun más importante, enviaban a sus hijos a Santo Tomás, San Juan de Letrán y San José para hacer el *bachillerato* y a la Universidad de Santo Tomás para formarles en las profesiones de leyes, farmacia, teología y medicina.

Los precursores del nacionalismo filipino

Los precursores del nacionalismo filipino fueron educados en estas escuelas, y los que venían de las provincias que apenas podían permitirse ir a Manila para su educación, fueron educados en los seminarios conciliares de Bigan, Naga y Cebú que eran de hecho las instituciones regionales de estudios superiores del momento.

En estas instituciones se colocaron por primera vez las semillas del nacionalismo en la juventud en la colonia: los jóvenes insulares mestizos e indios del país.

Los precursores más célebres del nacionalismo filipino fueron los padres Pedro Peláez (1812-1863), José Burgos (1837-1872), Mariano Gómez (1799-1872), Jacinto Zamora (1835-1872, y el seglar Apolinario de la Cruz (1813-1841).

[5] *Ibidem.*



Armas de la insigne y siempre leal Ciudad de Manila, Cabeça de las Islas Filipinas, la mas principal dellas.

Vn escudo, en la mitad dél à la parte superior vn Castillo de oro en campo colorado, cerrado, puerta y ventanas de açul, y con vna Corona encima; y en la parte inferior en campo açul medio Leon, y el otro medio Delfin de plata, armado, y tan passado de guias, que es Vñas, y lengua de colorado, teniendo en su pata vna espada, con su guarnicion, y puño. ¶ Dieronsele por prouision fecha en Aranjuez à 30. de Mayo de 1596.

Escudo oficial de la ciudad de Manila durante el régimen español. (Fotografía cortesía del Instituto Nacional de Historia, NHI.)

Resulta significativo que todos estos patriotas tuvieran una orientación religiosa. Los cuatro sacerdotes habían cursado educación superior en Letrán y Santo Tomás. Todos poseían títulos eclesiásticos de Santo Tomás, de hecho, el padre Peláez tenía un doctorado en teología y el padre Burgos tenía tres doctorados, en filosofía, teología y derecho canónico. Los otros dos sacerdotes sólo habían cursado los estudios de licenciatura.

Parece obvio que éstos no eran sacerdotes normales y ciertamente formaban la élite de los intelectuales. Indudablemente estaban mucho mejor preparados que la mayoría de sus colegas sacerdotes españoles.

También habían ocupado altas posiciones en la Iglesia que habían obtenido a través de exámenes en competición con sacerdotes españoles. Aun así, a pesar de su brillantez y de toda su experiencia se sentían discriminados por la rígida atmósfera de la Iglesia.

El retorno de los jesuitas de su exilio en 1859, agravó la situación. Los recoletos que se habían hecho cargo de las misiones de los jesuitas en Mindanao durante su exilio, tenían ahora que devolvérselas. Los recoletos tenían que ser acomodados dentro de la estructura de la Iglesia y parte de esa acomodación consistía en asimilarles parroquias en la archidiócesis de Manila, que habían sido asignadas a los sacerdotes seculares filipinos durante el exilio de los jesuitas. Es comprensible que los sacerdotes filipinos fueran reacios a dejar sus parroquias, ya que éstas estaban entre las mejor dotadas y las más grandes de Manila.

Un movimiento de secularización de estas parroquias que había sido iniciado dentro de la Iglesia anteriormente volvió a salir a la luz. En Europa los frailes se hallaban confinados a actividades dentro del monasterio y la política de la Iglesia decretaba que ningún fraile debería trabajar como un sacerdote parroquial. Debido a que no había suficientes sacerdotes seculares en las Filipinas, la Iglesia tenía que asignar frailes como sacerdotes de parroquias.

En muchos casos, el fraile párroco español era el único español en muchas ciudades de provincia y ejercía una influencia considerable en la comunidad como padre confesor y educador. Tenía la posibilidad de controlar a la gente del lugar, al tiempo que permanecía alerta en caso de posibles levantamientos contra el dominio colonial español.

Es así como el gobierno central se valía de los frailes como un medio efectivo para perpetuar el dominio español en las Filipinas.

El éxito de los llamados precursores del nacionalismo debe ser visto dentro de este contexto.

Apolinario de la Cruz

El honor de estar entre los primeros precursores del nacionalismo filipino pertenece al secular Apolinario de la Cruz (1814-1841) [6].

Nacido en Lucban, Tayabas (en la provincia de Quezón), de padres acomodados y devotos católicos, De la Cruz había mostrado una inclinación por la vida religiosa desde su más tierna infancia.

Fue a Manila con la intención de hacer realidad su sueño de convertirse en religioso. Sin embargo, su deseo se vio frustrado, ya que ninguna orden religiosa aceptaba solicitantes nativos filipinos. Sin embargo, a finales del siglo XVI o principios del XVII unos pocos filipinos habían sido aceptados como hermanos secularizados en la orden de los agustinos en Manila.

De la Cruz fue aceptado, en cambio, como *donado* en el Hospital de San Juan de Dios. Más tarde volvió a Lucban donde organizó la *Cofradía de San José* cuando apenas tenía 18 años. La cofradía se dedicó a San José y a la Sagrada Virgen en cuyo honor se celebraba una misa el 19 de cada mes por el confesor de la cofradía, padre Ciriaco de los Santos.

Sólo los nativos filipinos eran aceptados en la organización, por lo que levantaron las sospechas de los españoles quienes pensaron que la cofradía era una asociación política que utilizaba la religión como tapadera.

Mientras tanto, los miembros de la cofradía aumentaron en número. Desde los primeros 19 miembros que se habían integrado a la organización, la cofradía creció hasta convertirse en una sociedad de 4.500 a 5.000 miembros que se extendían no solamente por Lucban y la provincia de Tayabas sino también por otras provincias.

Los frailes franciscanos en Tayabas sospechaban que la cofradía era de carácter cismático y herético y ordenaron al gobernadorcillo de Luc-

[6] La información sobre la vida de De la Cruz ha sido reunida a partir de E. A. Manuel, *The Dictionary of Philippine Biography*, vol. II, Ciudad Quezón, 1970, páginas 154-162.

ban arrestar a sus miembros. Más de 200 personas fueron encarceladas, pero el gobernador provincial desaprobó el arresto y ordenó que liberaran a los prisioneros. Sin embargo, los frailes les mantuvieron prisioneros, porque deseaban suprimir el movimiento.

Como se esperaba, De la Cruz cuestionó la intervención de los frailes afirmando que su sociedad nunca había sido anticatólica ni tampoco había estado en contra del gobierno. En realidad la cofradía no había tenido ideas políticas en un primer momento. A pesar de todo, el capitán general, convencido de que la organización era subversiva, ordenó su disolución y el confinamiento de sus miembros. Esto se llevó a cabo en Mayjay, Laguna, donde la asamblea se había trasladado. De la Cruz quien a la sazón se hallaba en Manila, también estaba bajo orden de arresto, pero consiguió huir a Tayabas. Las fuerzas del gobierno formadas por nativos principales, algunos frailes, cabezas de Barangay y otros hombres hasta un total de 300 fueron enviadas a arrestar a De la Cruz y sus seguidores.

Fuerzas mixtas de Manila y Laguna persiguieron a De la Cruz implacablemente. El 1 de noviembre de 1840, las fuerzas del gobierno vencieron a los hombres de De la Cruz y como resultado mataron a un millar de filipinos.

El propio De la Cruz fue capturado, juzgado y ejecutado. Como resultado de la revuelta, los otros líderes sospechosos fueron fusilados.

La revuelta de Tayabas precipitó un motín del regimiento de soldados nativos en Malate cerca de Manila al que se unieron sus camaradas del Fuerte de Santiago en contra de los españoles, el 20 de enero de 1843. El levantamiento duró dos días y las tropas del gobierno sofocaron y mataron a los amotinados. Al día siguiente, su líder, el sargento Samaniego y los insurgentes que aún quedaban, fueron fusilados en el campo de Bagunbayan.

La revuelta de De la Cruz fue significativa por diferentes motivos. No estaba reducida a un pequeño territorio: desde la ciudad de Lucban, poco a poco se extendió a otras provincias, e incluso llegó hasta Tondo en Manila. Sus seguidores ascendían a 5.000, lo que la convertía en la primera revuelta filipina cuyo número de participantes era tan amplio. Mientras que en un principio fue de naturaleza religiosa, más tarde asumió una cierta forma de nacionalismo, en definitiva, una tendencia política, con Apolinario de la Cruz apodado «Rey de los tagalos».

Contra toda probabilidad, De la Cruz dirigió la lucha contra las poderosas fuerzas españolas y su élite nativa de aliados. En cierto modo la revuelta de De la Cruz fue un movimiento basado en las masas, un prototipo del Katipunan proletario que se levantaría en armas contra las poderosas fuerzas españolas 50 años más tarde.

A pesar de ser solamente una revuelta local, demostró claramente el comienzo de un levantamiento regional y bajo circunstancias más propicias podría haberse extendido no solamente a Tayaba y Laguna sino también a otras provincias.

Es por esto que Apolinario de la Cruz es considerado precursor del nacionalismo filipino, su revuelta prefiguró la nación filipina que estaba a punto de nacer.

El padre Pedro Peláez

El padre Peláez (1812-1863) podría haber sido perfectamente contemporáneo de Apolinario de la Cruz [7]. Había mostrado inclinación por la vida religiosa incluso cuando era un niño. Nacido en Pagsanján, en la provincia de Laguna el 29 de junio de 1812, de padre peninsular, que en ese momento era el alcalde de la provincia de Laguna, y madre filipina, quedó huérfano de ambos padres a la temprana edad de 11 años.

No obstante Peláez fue aceptado como *agraciado* en un convento dominico en Manila en su condición de huérfano de un funcionario español. A cambio de sus servicios recibió alojamiento y enseñanza en el colegio de San Juan de Letrán y después en la Universidad de Santo Tomás.

Dotado con una mente brillante, pronto obtuvo el *bachillerato en Artes* de Letrán y después, en 1833, la licenciatura en Santo Tomás, en 1836 obtuvo el máster y el doctorado en 1834, todo en teología y todos con matrícula de honor.

Ordenado sacerdote en 1833, Peláez ejerció como diácono, predicador, prebendado, secretario, tesorero y juez apostólico en la catedral de Manila. Con la muerte del arzobispo de Manila el 18 de abril de 1862, fue elegido vicario capitular.

[7] La información sobre la vida de Pedro Peláez se cita de G. F. Zaide, *Great Filipinos in History: An Epic of Filipino in War and Peace*, Manila, 1970, pp. 394-397.

Pero el padre Peláez es más recordado como el infatigable y audaz defensor de los derechos y bienestar del clero filipino. Protestó contra la real orden del 10 de septiembre de 1861 que privaba a los sacerdotes seculares filipinos de sus parroquias, señalando que si el sacerdote filipino era privado de éstas la moral del clero secular estaría en peligro y la fe en el sacerdocio se desmoronaría.

Mantuvo, asimismo, que los sacerdotes seculares filipinos eran hombres de habilidad y educación y tan capaces como los frailes españoles.

El alegato de Peláez para que el decreto real fuera revocado fue desatendido. Ante esto capitaneó una campaña vigorosa con objeto de obtener el reconocimiento de los derechos del clero filipino. Hizo todo lo que pudo para combatir la discriminación racial contra los sacerdotes filipinos y apoyar sus aspiraciones para un tratamiento y privilegios igualitarios dentro de la Iglesia [8].

Esta cruzada, más conocida como «movimiento de secularización» ayudó a preparar el camino para la revolución filipina.

Sin embargo, el movimiento recibió un duro golpe cuando el padre Peláez pereció en el terremoto del 3 de junio de 1863 y sus restos quedaron enterrados bajo las ruinas de la catedral de Manila.

Pero su campaña no murió con él; se vería reanudada por sus sucesores como precursores del movimiento nacionalista filipino: los padres José Burgos, Mariano Gómez y Jacinto Zamora.

El padre José Burgos

Entre estos tres, el padre José Burgos (nacido el 9 de febrero de 1837 y muerto el 17 de febrero de 1872), fue el más popular, el más célebre, el más inteligente y el más prolífico [9].

El padre Burgos nació en la ciudad natal de su madre, Vigan, al sur de Ilocos. Su padre, español, había llegado de Manila como teniente de la milicia urbana acuartelada al norte de Luzón.

[8] *Ibidem.*

[9] La información sobre la vida del padre Burgos se cita de E. A. Manuel, *op. cit.*, vol. II, pp. 62-97.

Cuando contaba 10 años, José Burgos fue a Manila a estudiar en el colegio de San Juan de Letrán.

Mientras se hallaba en Letrán como estudiante auxiliar al cuidado de muchachos más jóvenes que estaban internos en el colegio, ocurrió un suceso que influiría en su vida profesional. En 1858, cuando recibió las órdenes menores tenían que designar un sustituto suyo y en vez de elegir estudiantes nativos como el ilocano Cosme Abaya o el tagalo Mariano Sevilla, el rector, en contra de la tradición y de las costumbres, designó a un criollo. Esto provocó una controversia y una huelga entre los estudiantes. Llamaron a la policía para que restableciera el orden. Con objeto de evitar mayores conflictos, a José Burgos se le impuso el permanecer como estudiante auxiliar hasta que la controversia desapareciera. Cuando descubrieron que había sido Burgos quien había iniciado la huelga, le pidieron que abandonara Letrán, por lo que se trasladó al colegio de San José.

Burgos había decidido estudiar leyes después de recibir el *Bachiller en Artes* en 1855. Sin embargo su madre que estaba en Manila en ese momento le persuadió para que tomara los hábitos.

De este modo, Burgos se inscribió en la Universidad de Santo Tomás donde recibió el *Bachiller en teología* (1859), el título de *Licenciado en artes* (1860), *de Licenciado en Teología* (1862), y el *Bachiller en Cánones* (1866).

Además de su afán académico, Burgos era un incansable erudito e investigador que escribía sobre diversas materias tales como prehistoria, sociología, derecho, música, superstición, arqueología, literatura, política, antropología, gobierno y, naturalmente, teología y religión.

Entre sus profesores en Santo Tomás quien ciertamente le influyó más fue el padre Pedro Peláez quien estuvo implicado en el movimiento de secularización.

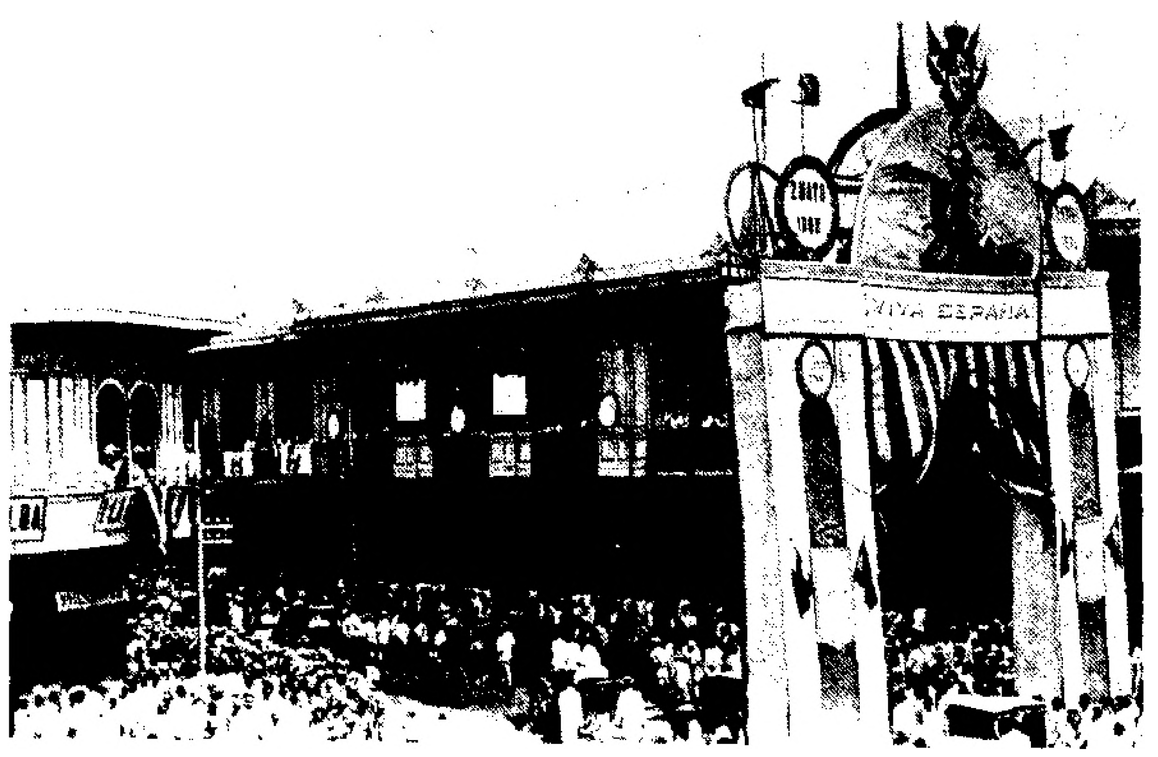
Burgos fue ordenado sacerdote en 1864. Cuando Peláez encontró su trágica muerte, Burgos fue designado párroco de la catedral de Manila en 1865, después de pasar los exámenes para cubrir la vacante.

El padre Burgos estaba comprometido en la lucha por los derechos de los sacerdotes seculares nativos y mestizos.

La campaña de secularización de las parroquias fue dirigida desde Madrid y Manila, campaña que encontraría una fuerte oposición por parte de los frailes. Un colaborador del órgano del movimiento de secularización *El Católico Filipino*, pidió el cumplimiento de las disposi-



Palacio de Malacañang. Residencia oficial del presidente de las Filipinas. (Fotografía por NHI.)



Festividad española durante el siglo XIX en Manila. (Fotografía por NHI.)

ciones hechas por el Concilio de Trento que prohibían a los frailes administrar parroquias.

En España el tema se mantuvo vivo en las páginas de *La Discusión*, publicada por Manuel Regidor en Madrid, que efectivamente se convirtió en el órgano oficial de los sacerdotes seculares nativos como Burgos. La revista, abogaba por «la secularización de las parroquias, una reforma en la administración de las islas, una representación en las Cortes españolas y una mejora en la educación pública, que debe ser dejada en manos de los seculares».

Como señala Manuel, el tema de la secularización «levantó la conciencia nacional a un nivel considerable a pesar de que la mayor parte de los protagonistas probablemente no se dieron cuenta de ello, ya que la secularización era sinónimo de filipinización en la práctica real».

El movimiento de secularización en Filipinas ganó el apoyo oficial con el derrocamiento de la Reina Isabel II en la revolución española de 1868, y un levantamiento del gobierno provisional que envió al gobernador general liberal Carlos de la Torre a Filipinas.

Inmediatamente después de asumir su cargo en junio de 1869, De la Torre inició las reformas para un gobierno demócrata. Abolió las palizas a los soldados nativos que desertaban y las sustituyó con un mes en prisión. De la Torre llegó a abrir el palacio de Malacañang a los liberales filipinos de la ciudad incluyendo al padre Burgos, un acto que habría sido impensable en épocas pasadas.

El gobernador De la Torre se hizo muy querido por los filipinos y su administración liberal inconscientemente elevó el nacionalismo filipino.

Sin embargo, el gobierno provisional liberal no duró mucho. En su lugar ocupó el puesto una monarquía constitucional y envió al conservador y reaccionario Rafael Izquierdo a reemplazar al liberal De la Torre. Asumió su cargo en abril de 1871, e Izquierdo empezó a deshacer todos los proyectos liberales de De la Torre. Asimismo comenzó la censura del correo que llegaba del extranjero dirigido a elementos liberales como el padre Burgos. También prohibió la circulación de periódicos liberales del extranjero. El *Comité de Reformadores* fundado anteriormente en 1871 por el padre Burgos y otros para iniciar las reformas fue reactivado en secreto para luchar contra la política reaccionaria de Izquierdo.

Burgos no olvidó su implicación en la secularización de las parroquias. Pero esta implicación le señalaba como enemigo de los frailes. Fue en este momento cuando surgió el llamado Motín de Cavite. Los trabajadores del arsenal de Cavite que anteriormente no tenían la obligación de pagar impuestos y trabajar en la construcción de caminos perdieron estos privilegios por orden de Izquierdo. La política discriminatoria contra los soldados nativos en favor de los españoles a quienes se les daba mejores raciones y mejores pagas les llevó a un estado de gran malestar.

Esta situación tensa desembocó en una revuelta el 20 de enero de 1872 cuando un batallón de unos 200 hombres dirigidos por el sargento Lamadrid junto con unos trabajadores de la marina ocuparon el arsenal. Pero las fuerzas españolas rápidamente aplastaron la revuelta.

Dos días más tarde, el gobernador general recibía un telegrama de Cavite pidiéndole que retuviera al padre Burgos. Después de esto, otros dos sacerdotes nativos, el padre Gómez y el padre Zamora entre muchos otros fueron arrestados. En un consejo de guerra en el Fuerte de Santiago se implicaba a los tres sacerdotes en el motín de Cavite, principalmente basado en un testimonio sin pruebas. Fueron juzgados, declarados culpables y ejecutados.

Los padres Mariano Gómez y Jacinto Zamora

Junto al padre Burgos [10], los padres Gómez y Zamora formaron el triunvirato implicado en el movimiento de secularización y desde entonces han sido considerados los precursores del nacionalismo filipino.

A diferencia de los padres Peláez y Burgos que procedían de provincias, los padres Gómez y Zamora habían nacido en Manila. Gómez en el distrito de Santa Cruz y Zamora en Pandakán. Pero al igual que el anterior, Gómez y Zamora habían sido educados en el colegio de San José, Letrán y Santo Tomás.

Gómez descendía de padres mestizos chinos, mientras que la ascendencia de Zamora no estaba del todo clara. Muchos piensan que era de linaje tagalo.

[10] Los datos acerca de las vidas de los padres Gómez y Zamora se han recogido de E. A. Manuel, *Dictionary of Philippine Biography*, vol. I, pp. 195-199 y 487-489 respectivamente, siendo además la base de la narración.

Cabe deducir que tanto Gómez como Zamora pertenecían a la clase media o a familias pudientes, ya que tuvieron la oportunidad de estudiar en San José, en Letrán y en Santo Tomás.

El padre Gómez obtuvo el bachillerato en teología en San José cuando tenía 15 años; a los 18, el bachillerato en cánones en Santo Tomás. Más tarde estudió derecho —también en Santo Tomás— cediendo a la presión de sus padres, pero lo abandonó más tarde para continuar sus estudios en teología hasta obtener su titulación.

Después de ordenarse sacerdote hizo un examen por el que obtuvo el cargo de *cura propietario* de Bacoor, en la provincia de Cavite. Fue un cargo que desempeñó durante 48 años y que abandonó sólo cuando fue arrestado y juzgado por su presunta complicidad en el Motín de Cavite.

Gómez no sólo cuidaba del alma de sus parroquianos, sino que también estaba preocupado por el desarrollo de la comunidad. Mejoró la red viaria de Bacoor que unía la ciudad con los barrios. Apoyó los proyectos agrícolas y comerciales de sus parroquianos. Colaboró con la supresión del bandidaje y otras lacras de su localidad. Gracias a todo esto, Bacoor progresó.

La implicación de Gómez en el movimiento de secularización resulta, en cierto medida, algo confusa aunque cabe recordar que, al igual que otros sacerdotes «se opuso a los frailes en el litigio sobre los *curatos* en la provincia (de Cavite)» y que él «gastaba una gran parte de sus ingresos en ayudar a los filipinos que viajaban al extranjero para trabajar con los liberales españoles en pos del reconocimiento de los derechos filipinos y la introducción de reformas».

A pesar de que él podría haber dado apoyo moral a los rebeldes, su participación directa en el motín no había sido probada. De todas maneras, Gómez fue ejecutado junto con Burgos y Zamora.

Jacinto Zamora, al igual que los otros sacerdotes, fue educado en Letrán y cursó estudios de teología y derecho canónico en Santo Tomás. Obtuvo el título de bachiller en teología en mayo de 1858.

Zamora sirvió en las parroquias de Mariquina y Pasig. Más tarde fue uno de los dos curas encargados del custodio del *Sagrario de Manila*, cargo que había desempeñado con anterioridad el padre Burgos.

Durante el régimen de De la Torre, Gómez comenzó a destacar por sus posiciones liberales y por su pertenencia al *Comité de Reformadores*. Zamora estuvo implicado en el Motín de Cavite. Fue declarado

culpable de sedición y junto con Burgos y Gómez fue ejecutado en Bagumbayán el 17 de febrero de 1872.

Entre los precursores del nacionalismo filipino, sólo Gómez y Zamora habían nacido y crecido en Manila, los otros tres, Apolinario de la Cruz, Peláez y Burgos, habían nacido en provincias. Sin embargo, Manila había jugado un papel fundamental en la formación de todos ellos, a excepción de De la Cruz. Pero incluso este último tuvo una breve experiencia en Manila y la ciudad alimentó su sueño de fundar la *Cofradía de San José*, siguiendo el patrón de la *Cofradía de San Juan de Dios*, una hermandad a la que se había unido como *donado* del hospital de San Juan de Dios.

La ciudad de Manila, al igual que un imán, atrajo a estos primeros nacionalistas a su regazo y les proporcionó las oportunidades que necesitaban para cultivar sus mentes, constituyendo un ingrediente importante en la tarea que habrían de desempeñar el resto de sus vidas.

El propio movimiento de secularización tenía su centro en Manila y la violenta controversia que se prolongó durante años tuvo a Manila como su principal campo de batalla. Fueron muchos los individuos que se vieron arrastrados a este conflicto: los frailes, los funcionarios civiles liberales, la alta curia eclesiástica y, por supuesto, los sacerdotes seculares. En sus orígenes, el movimiento de secularización tenía como objeto la lucha por los derechos y privilegios de la clase sacerdotal y no incluía los derechos de los filipinos en su totalidad. A pesar de eso, se puede ver en la lucha militante por los derechos del clero filipino la lucha por la filipinización, así como los principios del nacimiento de la nación filipina. Los reformistas se sirvieron de la secularización como grito de batalla en su lucha por la igualdad filipina en el gobierno y en la Iglesia.

El Motín de Cavite de 1872, supuso un impacto en los comienzos y en la expansión del nacionalismo filipino así como los reformistas que invirtieron tiempo, esfuerzo y recursos en producir los cambios. En una carta fechada en París el 18 de abril de 1889, dirigida al periódico reformista *La Solidaridad*, Rizal escribió:

> Sin 1872 no habrá ahora ni Plaridel, ni Jaena, ni Sanciangco, ni existirían las valientes y generosas colonias filipinas en Europa; sin 1872, Rizal sería ahora jesuita y en vez de escribir Noli Me Tangere, habría escrito lo contrario. A la vista de aquellas injusticias y crueldades,

niño aún, se despertó mi imaginación y juré dedicarme a vengar un día a tantas víctimas, con toda esta idea he ido estudiando y esto se puede leer en todos mis trabajos y escritos. Dios me dará ocasión algún día de llevar a cabo mi promesa. (N. del T.: en español en el original).

La primera élite y los reformistas ilustrados

Rizal no emprendió esta tarea en solitario. Otros reformistas —como Marcelo H. del Pilar, Graciano López Jaena, los hermanos Juan y Antonio Luna y José M.ª Panganibán, entre los más conocidos— dedicarían también su vida a tratar de cumplir este ideal.

Cabe hablar de un denominador común en las vidas de los reformistas.

Otros filipinos estaban comprometidos con el movimiento reformista o con la sección de propaganda pero los mencionados anteriormente pueden ser considerados los prototipos, los más populares y en cierto sentido, los que estaban implicados de forma más directa.

Aunque ninguno de los reformistas anteriormente citados habían nacido o crecido en Manila, la primera ciudad del país ejercía una fuerte fascinación sobre ellos. Como jóvenes llenos de ambición y entusiasmo que eran, provenían de diversas regiones del país queriendo cumplir sus sueños en la gran ciudad no sólo para ellos mismos, sino también para el conjunto de la nación.

Manila, por ser el centro económico, cultural, político y educativo del país, no dejaba de atraer a la flor y nata de la juventud del país y los reformistas eran la *crème de la crème.* Manila educó a estos jóvenes de forma muy significativa. El Ateneo, Letrán y Santo Tomás se encargaron de moldear sus jóvenes mentes y les preparó para la tarea que les esperaba. Resulta digno de señalar que los reformistas procedían de distintos grupos regionales: Juan Luna procedía de Ilocos, situada al norte de Filipinas, José Rizal y Marcelo H. del Pilar, de la región tagala cercana a Manila y Graciano López Jaena de la provincia de Iloilo, situada en la región de las Bisayas, en el centro de Filipinas.

A pesar de ello, estos hombres trascendieron el nacionalismo que caracterizó a muchos filipinos antes de la rebelión de 1872 y la ejecución de los tres sacerdotes.

Es cierto que ellos eran ilocanos, tagalos y visayas, pero primero y sobre todo, se veían a sí mismos como filipinos que trabajaban por el bienestar de la entidad política conocida como la nación filipina.

No sólo tenían una nacionalidad en común, sino que también representaban a la mezcla racial del país: la sangre malaya, china y española corría por sus venas.

Pertenecían a la clase adinerada y por consiguiente, a la aristocracia local y lo que es más importante, a la élite intelectual. Por esto mismo eran los más indicados para conseguir que las reformas se llevasen a cabo en su tierra nativa.

Los reformistas tenían distintos antecedentes familiares, económicos y sociales. La vida del ilocano Juan Luna y Graciano López Jaena, de la provincia de Iloilo y los tagalos Marcelo H. del Pilar y José Rizal, podrían servir perfectamente para ilustrar las vidas de los reformistas más representativos [11].

Graciano López Jaena

El ilongo López Jaena (1857-1896) nació en Jaro, en la ciudad de Iloilo, perteneciente a la región bisaya, de familia pobre y piadosa. Tras una breve estancia en el seminario conciliar de Jaro —en donde estudió filosofía y teología— se dirigió a Manila con la intención de estudiar medicina en Santo Tomás. Debido a que carecía del título del Bachiller en Artes que era obligatorio, López Jaena fue rechazado en Santo Tomás. Sin que esto supusiera ningún trauma, se dedicó a trabajar dos años en el hospital de San Juan de Dios.

De regreso a su ciudad natal, López Jaena se dedicó a curar a los enfermos en algunas ciudades y zonas rurales. Para él, esa fue la ocasión de observar las condiciones tan miserables y los abusos cometidos

[11] La información empleada en las biografías de los reformistas Graciano López Jaena, príncipe de los oradores; Marcelo H. del Pilar, el mejor peridodista de la propaganda y el doctor José Rizal, héroe nacional de las Filipinas, se han recogido de G. Zaide, *Great Filipinos in History*, pp. 254-262, pp. 404-408, y pp. 480-545, respectivamente. Los datos acerca de Juan Luna y Novicio han sido tomados de E. A. Manuel, *Dictionary of Philippine Biography*, vol. II, pp. 240-266. No se incluyen citas en el texto para que sea más fluido.

por los funcionarios desalmados. El fervor patriótico de López Jaena alimentó en su interior un intenso deseo de denunciar estas injusticias.

López Jaena escribió una sátira en contra de los frailes que circuló entre los ciudadanos y molestó sobremanera a los religiosos.

Acusado de ser un *filibustero*, huyó a España en 1879. Permaneció en Madrid, en donde se dedicó al periodismo y a la política y donde hizo amistad con Emilio Castelar, antiguo presidente de la república española, con Miguel Moraita, republicano y gran maestre de la masonería española y Manuel Ruiz Zorrilla, cabeza del partido republicano radical y otros líderes de la francomasonería, a la que él mismo entró a formar parte en 1882.

El 15 de febrero de 1899, López Jaena fundó *La Solidaridad*, que se convirtió en el órgano oficial del movimiento reformista. Editó el periódico hasta octubre de ese mismo año, en que fue transferido a Madrid con Marcelo H. del Pilar como editor.

En junio de 1891, bajo un nombre falso López Jaena visitó Manila para obtener fondos para la campaña reformista en España y para observar las condiciones actuales del país. Cuatro días más tarde, partió de Filipinas.

En octubre llegó a Barcelona y reanudó su carrera como periodista, escribiendo artículos para varios periódicos españoles e intercediendo por la causa de su país. También adquirió fama de orador vehemente.

En un discurso pronunciado el 12 de octubre de 1888, López Jaena dijo lo siguiente:

> Queremos franquicias comerciales para poder llevar a cabo nuestras actividades... Queremos un sufragio y la representación en las Cortes de modo que nuestras aspiraciones puedan ser conocidas por nuestra madre patria y por el gobierno. No queremos frailes, porque ellos son y representan la opresión, la intolerancia y el fanatismo.

De este modo López Jaena, fue capaz de sintetizar los objetivos del movimiento reformista.

López Jaena vivió en Barcelona en una extrema miseria. Muchas veces no tenía prácticamente nada que comer. Como resultado de todo ello contrajo la tuberculosis. A la edad relativamente temprana de 40 años, falleció el 20 de enero de 1896 en una sala de caridad de un hospital administrado por monjas católicas. Hasta el momento, sus restos mortales continúan sin ser hallados.

Marcelo H. del Pilar

Del Pilar (1850-1896), también conocido como Plaridel, nació en la ciudad de Bulacán de la provincia del mismo nombre, en el seno de una familia de clase acomodada. Después de obtener el título de bachiller en artes en Letrán, ingresó en la Facultad de Derecho en Santo Tomás y acabó sus estudios en 1880.

Ejerció el derecho en su provincia durante algún tiempo, pero observando los efectos de la tiranía y la iniquidad, sintió la necesidad de crear un movimiento de propaganda para desenmascarar a los culpables.

Sus esfuerzos iniciales fueron de carácter exclusivamente personal. Ridiculizó y satirizó a los funcionarios y a los frailes corruptos en las fiestas de las ciudades. Escribió artículos que propagaban sus ideas anticlericales. Cuando en 1887-1888 escribió anónimamente manifiestos en contra de los frailes que fueron distribuidos entre los parroquianos, se sospechó que Del Pilar andaba detrás de ello. Los propios frailes le denunciaron como rebelde y agitador.

Entonces, considerado como un enemigo del estado, Del Pilar tuvo que huir a España en 1887 para evitar el arresto. En Madrid se unió a los reformistas filipinos que estaban enfrascados en la elaboración de un programa de propaganda extensiva para la reforma. El 15 de noviembre de 1889 reemplazó a López Jaena como editor de *La Solidaridad*.

Del Pilar continuó pidiendo en sus escritos «por la igualdad de derechos entre españoles y filipinos, la reforma del gobierno local, el freno de los abusos y poderes de los frailes... la asimilación de las Filipinas como provincia española».

Todos los esfuerzos de los reformistas por conseguir estas reformas fracasaron. *La Solidaridad* cerró sus talleres en noviembre de 1895. La penuria, el trabajo incesante y una carencia de alimentación adecuada terminaron por debilitar a Del Pilar, quien al igual que López Jaena, contrajo la tuberculosis. Los amigos compraron su billete de regreso a Filipinas, pero Del Pilar dilataba su partida de Barcelona cuando, el 4 de julio de 1896, murió sin poder regresar a casa.

Juan Luna y Novicio

De todos los reformistas, el pintor filipino internacionalmente aclamado Juan Luna (1857-1899) era una figura irrepetible. Nació en Badoc

en la provincia de Ilocos Norte al norte de Luzón. Era el tercero de siete hijos, de una familia de padres humildes que fomentaron decididamente la educación de sus hijos. Con este fin, el matrimonio Luna trasladó a toda su familia a Manila en 1861 para proporcionarles mayores oportunidades educativas. Los Luna les proporcionaron las posibilidades para que desarrollaran sus propias inclinaciones y talentos.

De esta familia surgiría uno que sería un famoso general de la revolución filipina (Antonio), un concertista de violín formado en España (Manuel) y, por supuesto, el eminente pintor, Juan. Este último se inscribió en la Academia de Dibujo y Pintura y recibió lecciones de dibujo del pintor filipino Lorenzo Guerrero quien aconsejaría a los padres de Luna enviar a Juan a España para que realizara estudios superiores.

Juan y su hermano Manuel se embarcaron para España hacia finales de 1877, Manuel iba a estudiar música y violín y Juan, pintura. Juan estudió en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, bajo la dirección de un pintor español, el profesor Alejo Vera. Cuando Vera recibió el encargo de hacer una pintura monumental en Roma, Luna le pidió que le llevara con él como asistente. Los dos se alojaron juntos en la ciudad de las siete colinas y Luna ayudó al maestro a pintar dos monumentales cuadros, *El Entierro de San Lorenzo* y *Los Últimos Momentos de Numancia.* La estancia de Luna en Roma le preparó para llevar a cabo lienzos similares por sí mismo. Manuel afirma que Luna se familiarizó con los trabajos de Miguel Ángel y Rafael y la grandeza de los monumentos romanos y los imponentes restos de un imperio en ruinas. Esto saldría a la luz más tarde en sus cuadros alegóricos de gran tamaño.

La temprana pintura de Luna en Roma no era tan monumental pero constituía el preludio del gigantesco *El Spoliarium*, que medía 4,22 metros de altura y 7,675 de largo. Uno de ellos, el alegórico *La muerte de Cleopatra*, ganó una medalla de plata en la Exposición General de Bellas Artes en Madrid que se celebró en 1881. Fue comprado por el gobierno español y ahora está en el Museo Moderno de Barcelona. Esto le permitió ganar una beca del ayuntamiento de Manila de cuatro años de duración con la obligación de pintar una pieza histórica sobre las Filipinas para dicho ayuntamiento.

Gracias a esta beca, Luna pintó *El Pacto de Sangre* (1886) que tardó un año en acabar. Este cuadro representa el momento de la historia filipina en que el adelantado español Miguel López de Legazpi se unió

al caudillo bohol Sikatuna (Rizal sirvió de modelo) en una ceremonia en la que se bebía sangre mezclada con vino para simbolizar la amistad.

Los siete años de permanencia en Europa de Luna —principalmente en Madrid y posteriormente en París— fueron realmente productivos. Pintó numerosos cuadros y ganó premios prestigiosos. Hizo amistad con los poderosos y los influyentes «incluyendo al rey y la reina españoles» artistas conocidos, periodistas, políticos y literatos. El propio rey felicitó a Luna por *El Spoliarium* con el que ganó una medalla de oro en una competición internacional. Más tarde, su magnífico lienzo *La Batalla de Lepanto*, que había sido encargado por el senado español, fue descubierto en noviembre de 1887 en el salón de conferencias del senado en presencia de la propia reina María Cristina.

Sin embargo, de entre todos sus cuadros *El Spoliarium* fue el que causó mayor sensación. Lo acabó en Roma, en donde se exhibió por vez primera en el Palazzo delle Exposizione de Roma, junto con otros cuadros que la reina italiana en persona visitó antes de la inauguración. El cuadro de Luna fue muy aclamado.

Más tarde, cuando el enorme cuadro entró en la prestigiosa Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid, ganó una medalla de oro. «Al ganar Luna el primer honor» señala Manuel «el movimiento de propaganda fue estimulado y los líderes filipinos obtuvieron una resonancia sin precedentes en su historia y, por tanto, Luna puede ser considerado como uno de los propagandistas filipinos más destacado».

Los años que vivió en Europa supusieron también otra clase de acontecimientos en la vida personal de Luna. El 8 de diciembre de 1886, contrajo matrimonio con María de la Paz Pardo de Tavera miembro de una distinguida familia criolla de Manila, que por entonces residía en París. De esta unión nació un hijo, Andrés.

Estos fueron años felices y gratificantes hasta que la tragedia se abatió sobre ellos. El 23 de septiembre de 1892 en un instante de violenta furia producida por los celos, Luna mató a su mujer y a su suegra. El 2 de enero de 1893 fue absuelto por un juzgado francés, pero Luna nunca volvió a ser el mismo. Reanudó su carrera de pintor, pero la intensa imaginación, el fuego compulsivo y la fuerza masculina de sus creaciones artísticas anteriores habían desaparecido.

Partió de Europa con su hijo Andrés hacia Manila el 27 de abril de 1894 y llegó en mayo. Inevitablemente se vio atraído por los acontecimientos del país. Junto a su hermano Antonio y otras personas, Luna

fue arrestado el 16 de septiembre de 1896 por la supuesta participación en la revolución que se extendía por Manila y el resto del país.

Luna fue indultado y puesto en libertad el 27 de mayo de 1897 con ocasión del cumpleaños del rey.

Más tarde sirvió como emisario de la naciente nación filipina, que recientemente había sido proclamada independiente por Aguinaldo. Partió para Europa vía Hong Kong, donde fue nombrado miembro del comité revolucionario y del comité diplomático. Continuó viaje hacia Londres y más tarde a Washington —después de la firma del Tratado de París que cedía Filipinas a los Estados Unidos— para trabajar por el reconocimiento por parte de gobiernos extranjeros de la Filipinas independiente. Estos esfuerzos fallaron y decidió volver a Londres y de ahí continuó hasta Hong Kong adonde llegó en diciembre de 1899. En Hong Kong sufrió dos ataques al corazón que acabaron con su vida el 7 de diciembre.

La fama de Luna como pintor internacionalmente aclamado y sus luchas por su tierra nativa siempre quedarán en la conciencia colectiva de sus agradecidos compatriotas. Pero él será más recordado por su monumental *Spoliarium*. Por sus magníficos cuadros «obtuvo más atención y simpatía para la causa de la libertad nacional del pueblo filipino, especialmente en el mundo europeo que todos los escritos políticos juntos de los propagandistas».

José P. Rizal

Rizal (19 de junio de 1861-30 de diciembre de 1896) es uno de los reformistas más brillantes y más prolíficos. Fue el séptimo de once hijos y vino al mundo en el seno de una familia adinerada y educada. Nació en Calamba, provincia de Laguna.

Hombre de gran brillantez, Rizal fue científico, poeta, novelista, ensayista, historiador, pintor, escultor, médico, políglota, folclorista, bibliófilo, etnólogo y filólogo. Después de su muerte fue proclamado héroe nacional por su pueblo agradecido.

En 1877, Rizal obtuvo el título de bachiller en artes en el Ateneo con los más altos honores. Con posterioridad, estudió filosofía y letras y medicina en Santo Tomás.

Más tarde fue a España a continuar sus estudios (1882-1885) y obtuvo la licenciatura en medicina (1884) y en filosofía y letras (1885).

En España escribió folletos sociológicos y políticos para los reformistas en la revista quincenal La solidaridad, dos novelas y una serie de poemas. Al mismo tiempo, fue un reformista importante.

Rizal fue un erudito y viajero infatigable. En los años que siguieron a 1886 viajó a Francia, Alemania y Austria para estudiar junto a los oftalmólogos más célebres de su tiempo y para estar en contacto y entablar amistad con los eruditos europeos interesados en Filipinas. Entre estos se hallaban un pionero filipinólogo, el profesor austríaco Ferdinand Blumentritt, con quien tuvo una amistad íntima y con quien compartió ideas relativas a cuestiones filipinas.

Mientras se hallaba en Berlín vio impresa su primera novela *Noli me Tangere*, en marzo de 1887, en la cual exponía el cáncer social que roía los intestinos de su país causado por los abusos de los funcionarios civiles y eclesiásticos coloniales, con la esperanza de que podría encontrar una cura para ese mal.

A la publicación de su obra siguió una controversia en las Filipinas en la que los frailes condenaron la novela como antiespañola y herética. Por el contrario, los reformistas aclamaron la novela como un retrato real de lo que estaba ocurriendo en Filipinas.

El Noli creó enemigos a Rizal, principalmente entre los frailes, tanto en España como en Filipinas. A pesar de todo, volvió a Filipinas después de su permanencia en Europa llegando a Manila el 4 de agosto de 1887 y viajando a su ciudad natal de Calamba.

En Calamba practicó la medicina —especialmente su especialidad en oftalmología. Sus pacientes no sólo venían de la ciudad sino también de lugares lejanos.

Pero no permaneció mucho tiempo en Calamba, pues sus enemigos conspiraban contra él y su vida estaba en peligro.

Siguiendo el consejo de su familia y del gobernador general liberal de dejar el país, Rizal partió de Calamba hacia Manila y el 3 de febrero de 1888 viajó de Manila a Hong Kong. Este segundo viaje de Rizal al extranjero le llevaría a Japón, en donde permaneció durante un mes en Tokio y, posteriormente, a los Estados Unidos en donde recorrió el país en tren de costa a costa.

Desde San Francisco a Nueva York observó la vida americana a lo largo de la ruta, impresionado por la apresurada vida de las grandes

ciudades americanas, la vitalidad de sus habitantes y la belleza del paisaje. Sin embargo, se horrorizó ante la evidencia de la existencia de prejuicios contra los negros y otras gentes de color.

Cruzó el Atlántico y llegó a Inglaterra el 24 de mayo. Durante cuatro meses se instaló en Londres y revisó para su publicación los *Sucesos de las Islas Filipinas de Morga* (publicado anteriormente en Méjico en 1698 y que constituía una excelente descripción de los antiguos filipinos).

Este escrito fue publicado más tarde en París, cuando Rizal se traslado allí el 1 de marzo de 1889. También fue en París donde tomó parte en actividades de la comunidad de expatriados filipinos junto con el pintor Juan Luna, Pardo de Tavera y otros.

Posteriormente, se dirigió a Gante, ciudad belga en donde escribió su segunda novela *El Filibusterismo*, una secuela del Noli. Esta misma novela fue publicada en Berlín el 18 de septiembre de 1891. Dos semanas más tarde, Rizal partió hacia Marsella, en donde tomó un barco con dirección a Hong Kong. Una vez allí, se dedicó a practicar la medicina.

A pesar de todo, volvió a Filipinas en junio de 1892 aunque sólo para probar a sus amigos reformistas en España que él no temía dirigir el movimiento en Filipinas.

Mientras se hallaba en Filipinas formó la *Liga Filipina*, que pretendía unificar al país.

Se sospechó que la liga tenía un carácter subversivo y la organización fue disuelta cuando Rizal fue desterrado por las autoridades españolas a Dapitán, en la isla Basilán, Mindanao, donde hubo de permanecer hasta el 31 de julio de 1886.

Mientras tanto, Rizal inició proyectos de desarrollo de la comunidad en Dapitán, tales como la creación de una escuela en la que él mismo enseñaba cómo construir un sistema de aguas y de alumbrado público.

En Dapitán se enamoró de Josephine Bracken, una joven de sangre irlandesa y china que acompañaba a su padre adoptivo ciego a Dapitán para que éste fuese tratado por Rizal. Cuando su padre adoptivo volvió a Hong Kong, Josephine decidió quedarse a vivir con Rizal. De la unión nació un niño, pero el bebé murió poco después.

Rizal ofreció voluntariamente sus servicios como médico para acudir a Cuba, en donde se estaba extendiendo la guerra y una epidemia

de fiebre amarilla. El gobierno español aceptó la oferta de Rizal y éste partió de Dapitán a Manila el 31 de julio de 1896, poniendo punto final a su exilio. Más tarde abordó en un barco de guerra español, en espera de otro barco que debía llevarle a España. Rizal estaba a bordo del barco de guerra cuando Bonifacio y otros miembros del Katipunán se alzaron en armas. El 26 de agosto de 1896, la revolución se extendió como un reguero de pólvora por la región tagala. Empero, Rizal pudo partir hacia España en el barco de guerra *Isla de Panay*. Antes de que pudiera llegar a Barcelona, el barco recibió la orden por cablegrama de arrestar a Rizal.

El 3 de octubre el barco llegó a Barcelona. Rizal fue encarcelado en el Castillo de Montjuich, pero esa misma tarde fue trasladado a un barco que se dirigía a Manila.

Rizal fue encarcelado en el Fuerte de Santiago tan pronto como llegó a Manila el 9 de noviembre. Fue juzgado en una corte marcial el 26 de diciembre, acusado de sedición y de formar organizaciones ilegales. Se le encontró culpable de cargos inventados y fue sentenciado a muerte. La sentencia de muerte fue confirmada por el gobernador general y se ejecutó el 30 de diciembre de 1896 en el campo de Bagumbayán.

Rizal dejó muchos legados a su gente, pero se le recordará por siempre debido a su defensa a ultranza del nacionalismo filipino.

Como señala Manuel, Rizal fue el primer filipino que expuso el concepto de Filipinas como patria de todos los filipinos, el primero en concebir la idea de una nación. Siempre se refería a su pueblo como «filipinos» y no los consideraba «indios», como era costumbre de los amos coloniales. Para él, tagalos, bisayas, ilocanos, bicolanos kapampanganos y otros, eran filipinos indistintamente, con independencia de su ascendencia malaya, china, española o mixta.

Como ya se ha visto, los propagandistas trabajaron por conseguir reformas que ellos consideraban necesarias para el progreso del país, para su crecimiento y su desarrollo al compás de los tiempos. Fundamentalmente a través de sus escritos, los reformistas centraron su atención en las condiciones obtenidas en su país, con la esperanza de que las reformas no tardarían en llegar.

Pronto se hizo evidente que sus esfuerzos estaban condenados al fracaso y así fue. Pero España, asediada por las luchas internas y los problemas de sus últimas colonias, apenas si tenía tiempo y recursos para afrontar los problemas planteados por los reformistas filipinos.

Desalentados y muy frustrados, los reformistas desistieron de la lucha. Pronto comprendieron que sólo quedaba una opción: un levantamiento armado contra España.

Y el lugar de la acción se trasladó de Europa a Filipinas.

Manila durante la revolución contra España

Mientras tanto, Manila había dejado de ser la ciudad amurallada de Intramuros. Lo que entonces se conocía como Manila, era tanto la *ciudad* de Manila como la *provincia* de Manila, creada por decreto provincial del 26 de febrero de 1886.

La ciudad de Manila estaba conformada por Intramuros y los arrabales de Binondo, Tondo, Santa Cruz, Quiapo, Sampaloc, San Miguel, Santa Mesa, Pandacán, Santa Ana, Paco, Ermita y Malate. Por otro lado, la provincia de Manila estaba compuesta por las ciudades de Caloocán, Las Piñas, Malibay, Mariquina, Novaliches, Muntinlupa, Navotas, Pasi, Pateros, Pineda, San Felipe Neri, San Juan del Monte, San Mateo, San Pedro Makati, Santa Ana, Taguig y Tambobo.

La población de la ciudad amurallada de Intramuros y las 28 municipalidades que formaban Manila en la noche de la revolución alcanzaba un total de 340.000 habitantes, clasificados como sigue [12]:

Nativos	68,00 %
Mestizos chinos	16,65 %
Chinos	12,.65 %
Españoles y criollos	11,65 %
Mestizos españoles	1,39 %
Otros extranjeros	0,15 %

Estos manileños, ya fueran nativos, oriundos o nacidos en el extranjero, llevaban una vida rutinaria aparentemente indiferentes al calor, a los caminos polvorientos y llenos de baches, al pobre sistema de alcantarillado que causaba inundaciones en las calles cuando llovía y otras inconveniencias que presentaba la ciudad, que ahora se extendía hacia los suburbios.

[12] La información para esta sección ha sido recogida de G. F. Zaide, *op. cit.*, MDRP.

Las interminables fiestas en honor de la Virgen y de los Santos, así como las fiestas cívicas para conmemorar algún hecho histórico, desviaban el pensamiento de los manileños de las incomodidades de su ciudad, aunque sólo fuera de forma momentánea. Había otras diversiones. Los manileños eran espectadores incondicionales de las carreras de caballos en el Jockey Club de Manila o de las corridas de toros ocasionales para celebrar acontecimientos especiales. Las representaciones de teatro ya no eran tratamiento especial para la población nativa: la comedia o el moro-moro y más tarde la zarzuela, tenían una clientela fija entre el populacho.

Jóvenes amantes, ancianos e incluso niños paseaban por la Luneta, en donde podía escucharse la música de las bandas.

La Escolta, situada al otro lado del Pasig, se había transformado en el centro comercial de la ciudad. Allí estaban también las tiendas y bazares de moda que vendían artículos para las clases acomodadas.

Para informar a los manileños de lo que ocurría en al archipiélago, en España y en el extranjero en general, en Manila se publicaban periódicos tales como el *Diario de Manila, La Oceanía Española, El Comercio, La Voz de Manila, La Correspondencia* y el único semanario, *La Opinión.*

Entre los bancos, destacan el *Banco Español Filipino* fundado en 1851 y después rebautizado como *Banco de las Islas Filipinas,* el *Chartered Bank of India, Australia y China,* fundado en (1873) y los *bancos de Hong Kong* y *Shangai,* fundados en (1892).

El Hotel de Oriente y el Hotel de Europa, ambos en Binondo, ofrecían un excelente servicio de alojamiento para los viajeros locales y extranjeros que visitaban Manila.

Los manileños se habían vuelto muy señoritos. Los barcos de vapor unían semanalmente Manila y Hong Kong, al tiempo que los barcos de vapor unían Manila con Barcelona y Europa mensualmente. En el puerto de Manila atracaban barcos de Oriente y Europa con cierta frecuencia. El viaje entre islas estaba cubierto por barcos de vapor que unían Luzón, las Bisayas y Mindanao.

Dentro de Luzón se podía utilizar el ferrocarril Manila-Dagipán. Una vez en la ciudad, la gente era transportada de un lugar a otro en vehículos tirados por caballos como los carromatos, carretelas y tranvías de caballos, que hacían la ruta desde Intramuros a los suburbios.

Los modernos medios de comunicación estaban al alcance de los manileños. Un sistema telefónico que operaba desde 1890, una red te-

legráfica que empezó a unir las islas desde 1873 y los servicios cablegráficos entre Manila y el mundo exterior que empezaron a funcionar en 1880, ya estaban en funcionamiento en vísperas de la revolución.

En el aire había signos amenazadores de una revuelta inmediata y los observadores más intuitivos los percibieron. El 19 de agosto de 1895 —un año antes de que estallara la revolución— un observador extranjero comentaba:

> de algún modo hay una serie de problemas en el aire y algunos de los antiguos residentes dicen que ellos no se sorprenderían de ver cómo estalla una revolución entre los nativos... La agitación entre los nativos continúa y esto es difícil de comprobar, porque en realidad ellos no se levantan contra los perseguidores, los recaudadores de impuestos y la *guardia civil*[13]

El manileño Andrés Bonifacio dirigió a los miembros del katipunán, la organización revolucionaria que él había fundado en el histórico *Grito de Pugadlawin*, rasgando sus cédulas o certificados de residencia en un acto simbólico y desafiante que significaba su separación de España.

Este hito de la historia filipina tenía semejanzas con los primeros levantamientos independentistas de Hispanoamérica. Fue encabezada por indígenas malayos filipinos.

Para cuando la revolución filipina estalló el término «filipino» había evolucionado para incluir a los pocos *insulares* o españoles nacidos en Filipinas, los españoles y los chinos mestizos y la gran masa de malayos nativos o de los llamados indios.

A pesar de que algunos informes españoles contemporáneos afirman que Bonifacio era un español mestizo y de este modo presuponen que provenía de la clase adinerada, en realidad era un obrero que trabajaba en una firma alemana y sus seguidores en el katipunán eran campesinos pobres, obreros y ciudadanos ordinarios.

En realidad, Bonifacio había nacido en el seno de una familia humilde en el suburbio manileño de Tondo. Huérfano a los 14 años de ambos padres, tuvo que cuidar de otros cinco hermanos y hermanas más jóvenes y les mantenía realizando diversos trabajos.

[13] Zaide, citando a un observador extranjero, *ibidem*, p. 31.

A diferencia de los reformistas, Bonifacio apenas estaba instruido, pero un afán de superarse a sí mismo le convirtió en autodidacta. Era un lector voraz y también aprendió a escribir versos patrióticos en tagalo. Bonifacio se unió a la masonería y a la liga filipina anteriormente establecida por Rizal, pero cuando vio que éstos eran movimientos ineficaces para provocar las reformas, formó el katipunán, en Tondo, el 7 de julio de 1892. Era una organización secreta que debe algunos de sus rituales y símbolos a la masonería. Su principal objetivo consistía en obtener la independencia filipina por medio de la revolución.

El inoportuno descubrimiento del katipunán, el 19 de agosto de 1896, evitó que Bonifacio y sus hombres se prepararan para la batalla contra los españoles. Escaparon de la trampa tendida por los españoles y huyeron a las colinas de Balintawac, en donde proclamaron la independencia del país [14].

Bajo el liderazgo de Bonifacio y, posteriormente, de Aguinaldo, la revolución se extendió por todo el país. De las ocho provincias iniciales donde empezó: Manila, Bulacán, Cavite, Laguna, Pampanga, Nueva Ecija y Tarlac, se extendió como el fuego a través de las provincias del norte y el sur de Luzón, las Bisayas e incluso Mindanao.

El encuentro inicial de los katipuneros con los españoles tuvo lugar en San Juan del Monte (en la actualidad San Juan, la provincia de Rizal) en 1896. Aproximadamente un millar de hombres armados escasamente y con una preparación inadecuada asaltaron el *polvorín* defendido por unos cien españoles y tropas nativas. El comandante español pereció en la batalla y sus hombres se retiraron al viejo embalse de la central de Carriedo, a esperar que llegaran refuerzos de Manila.

Con los refuerzos se salvó el *polvorín*, aunque se produjeron abundantes bajas en ambos lados.

Las fuerzas revolucionarias en las ocho provincias se adherían a la causa de la libertad, portando armas inadecuadas capturadas fundamentalmente al enemigo, bolos y palos puntiagudos, lucharon en un combate desigual. Los inexpertos revolucionarios –muchos de ellos apenas tenían más de 10 años– perdieron su vida en la batalla.

[14] T. A. Agoncillo, *The Revolt of the Masses: The Story of Bonifacio and the katipunan*, Ciudad Quezón, 1956, es un buen estudio sobre la vida, el trabajo y los logros de Bonifacio.

Mientras tanto, el 30 de agosto de 1896 se declaró la ley marcial en Manila y en las ocho provincias donde había estallado la revolución. Al mismo tiempo, el gobernador general prometió conceder el perdón a aquellos que se rindieran en un plazo de 48 horas. Algunos, incluyendo el Dr. Pío Valenzuela, el emisario de Bonifacio que había sido enviado a obtener la aprobación de Rizal cuando éste estaba exilado en Dapitán, se rindieron, pero en vez de ser perdonados fueron encarcelados y torturados.

Éste fue el preludio del reino del terror. Los katipuneros que ya estaban en la cárcel fueron torturados y forzados a dar los nombres de simpatizantes de la revolución, quienes fueron capturados y arrojados al atestado Fuerte de Santiago, la prisión de Bilibid y las mazmorras bajo las murallas de Intramuros.

Unos 4.000 prisioneros fueron confinados en estas lóbregas prisiones. Entre éstos se hallaban hombres de negocios, médicos, abogados y otros profesionales ricos y prominentes, además de la gente del pueblo. Otros fueron ejecutados o marcharon al exilio en Guam, Jolo, África y Palawan.

Cuatro meses después de la revolución, las familias criollas y españolas y unos 5.000 chinos adinerados huyeron a Hong Kong.

De España y Zamboanga llegaron refuerzos para las tropas de Manila, pero de los 6.000 hombres, dos tercios eran soldados nativos de las islas.

El gobernador general Blanco, en su intento de acabar con la revolución propuso una política de conciliación. Entre otras cosas, decretó que las tropas españolas deberían dejar de hacer arrestos masivos a menos de que hubiera una fuerte evidencia de culpabilidad y que deberían usar todos los medios para hacer ver que España era una madre patria indulgente y generosa. Pero sus enemigos acusaron a Blanco de ineptitud y cobardía, añadiendo a esto su derrota militar en Binakayán y Noveleta en la provincia de Cavite, el 9 y el 19 de noviembre de 1896, lo cual aceleró su caída.

Blanco fue reemplazado por el general Camilo de Polavieja, cuyos cinco meses de gobierno —de diciembre de 1896 a abril de 1897— fueron realmente sangrientos. Desde su primer día en el puesto hasta que fue reemplazado por Primo de Rivera, la ejecución de revolucionarios constituyó un hecho cotidiano.

Polavieja fue reemplazado a su vez por Primo de Rivera, quien continuó la ofensiva en Cavite. Consiguió volver a capturar Cavite pero no pudo reprimir la revolución.

Mientras tanto, Aguinaldo, que había asumido el liderazgo de la revolución tras la muerte de Bonifacio, transfirió su cuartel general a Biak-na-bato en San Miguel, provincia de Bulacán, desde cuya base dirigió las operaciones contra el enemigo.

Primo de Rivera lanzó su ataque contra los patriotas filipinos desde todos los frentes, pero los revolucionarios se defendieron utilizando tácticas guerrilleras para atacar al enemigo. Comprendiendo que el uso de la fuerza no conseguía reprimir la revolución, el gobernador optó por la diplomacia. Fue en este momento en el que aceptó la oferta del abogado y patriota manileño Pedro Paterno, para actuar como negociador entre los españoles representados por Primo de Rivera y Emilio Aguinaldo. Las negociaciones fueron largas y laboriosas. Paterno tuvo que ser llevado a Biak-na-bato en una litera por 20 hombres fuertes que se turnaban para transportarlo a través de los pueblos en la provincia de Bulacán. El viaje inicial supuso un total de cuatro días, desde el 4 al 8 de agosto.

En realidad, las negociaciones habían comenzado un mes antes —en julio de 1897— cuando Paterno conferenció con el gobernador general Primo de Rivera sobre las condiciones del acuerdo que debían ser firmadas por el gobernador general y Aguinaldo.

Paterno hizo varios viajes entre Manila y Biak-na-bato hablando con De Rivera y Aguinaldo y los generales al mando de las tropas revolucionarias en sus campamentos. Cinco meses después, el tratado estaba listo para ser firmado. Esto ocurrió en Manila el 14 y el 15 de diciembre de 1897, firmando Primo de Rivera por España y Pedro Paterno por los revolucionarios. En realidad, el pacto de Biak-na-bato consistía en tres documentos diferentes y los dos primeros se firmaron el 14 y el tercero el 15.

Extrañamente, ninguho de los documentos incluía estipulaciones referentes a las reformas que los filipinos deseaban. Entre las términos del tratado, cabe destacar los siguientes: 1) gran amnistía para los filipinos rebeldes que habían depuesto las armas; 2) el general Aguinaldo y sus hombres vivirían en el exilio en Hong Kong; 3) España pagaría a Aguinaldo y a los revolucionarios la suma de 800.000 pesos en tres plazos: 400.000 pesos a la salida de Aguinaldo hacia Hong Kong,

200.000 pesos cuando las armas entregadas por los revolucionarios superaran las 700 y 200.000 cuando se proclamara la paz; 4) España debería pagar 900.000 pesos adicionales a los civiles filipinos que sufrían a causa de la guerra.

En la firma del pacto, Aguinaldo acompañado por 40 líderes revolucionarios partió el 27 de diciembre hacia Hong Kong y llegó dos días más tarde.

En Biak-na-bato el general Martínez Ricarte supervisó la entrega de las armas y dispersó a las tropas revolucionarias.

Para conmemorar este hecho se celebraron fiestas en Manila: las campanas de las iglesias repicaron y las bandas de música tocaron marchas militares, las iglesias estaban llenas de gentes bien ataviadas. Se celebraron regatas, carreras de caballos, desfiles por el río, fuegos artificiales y representaciones teatrales. El palacio de Malacañáng fue el escenario de lujosos bailes y recepciones.

Era la calma que precedía a la tormenta.

De aquí en adelante, una serie de sucesos significativos que afectan a la historia filipina se trasladan —si bien temporalmente— de Manila a Hong Kong y Singapur y sólo más tarde volverán a las Filipinas.

Por otra parte, el liderazgo cambió de manos y pasó de Bonifacio a Emilio Aguinaldo, tras los desafortunados sucesos de Cavite que llevaron a Bonifacio y a su hermano Procopio ante la corte marcial, bajo acusaciones inventadas y que supuso su encarcelamiento y su posterior ejecución por los hombres de Aguinaldo el 10 de mayo de 1897.

Los partidarios de Aguinaldo le habían hecho saber a éste que para ganar las revoluciones debía existir un mando unificado en la persona de un líder único. Poco después, Aguinaldo se encargó de proporcionarles un liderazgo unificado e indiscutido.

Esta clase de liderazgo habría ido más allá del período revolucionario de la historia de Filipinas; aun así, en los últimos momentos del siglo XIX, dio lugar a una serie de hechos significativos. En un primer momento, Aguinaldo parecía no estar predestinado para asumirlo. Nacido en Kawit, provincia de Cavite, el 22 de marzo de 1869, el séptimo de ocho hijos de una familia de mestizos chinos, asistió durante los primeros años de su vida a la escuela de Cavite. Su madre, que había enviudado, le envió a Manila para que continuase sus estudios en Letrán. Al no tener grandes inclinaciones hacia el estudio, volvió a

su pueblo natal antes de terminar el tercer año del bachillerato [15]. Ayudó a su madre en las tareas de la granja familiar y a los 17 años de edad, fue nombrado *cabeza de barangay*. Más tarde, el 1 de junio de 1895, fue designado *capitán municipal*, cargo que había ostentado su padre antes que él.

Se convirtió en miembro de la masonería prácticamente por esa misma época y tres meses después, en marzo de 1895, tomó juramento como miembro del katipunán de la mano del propio Andrés Bonifacio en San Nicolás, Manila.

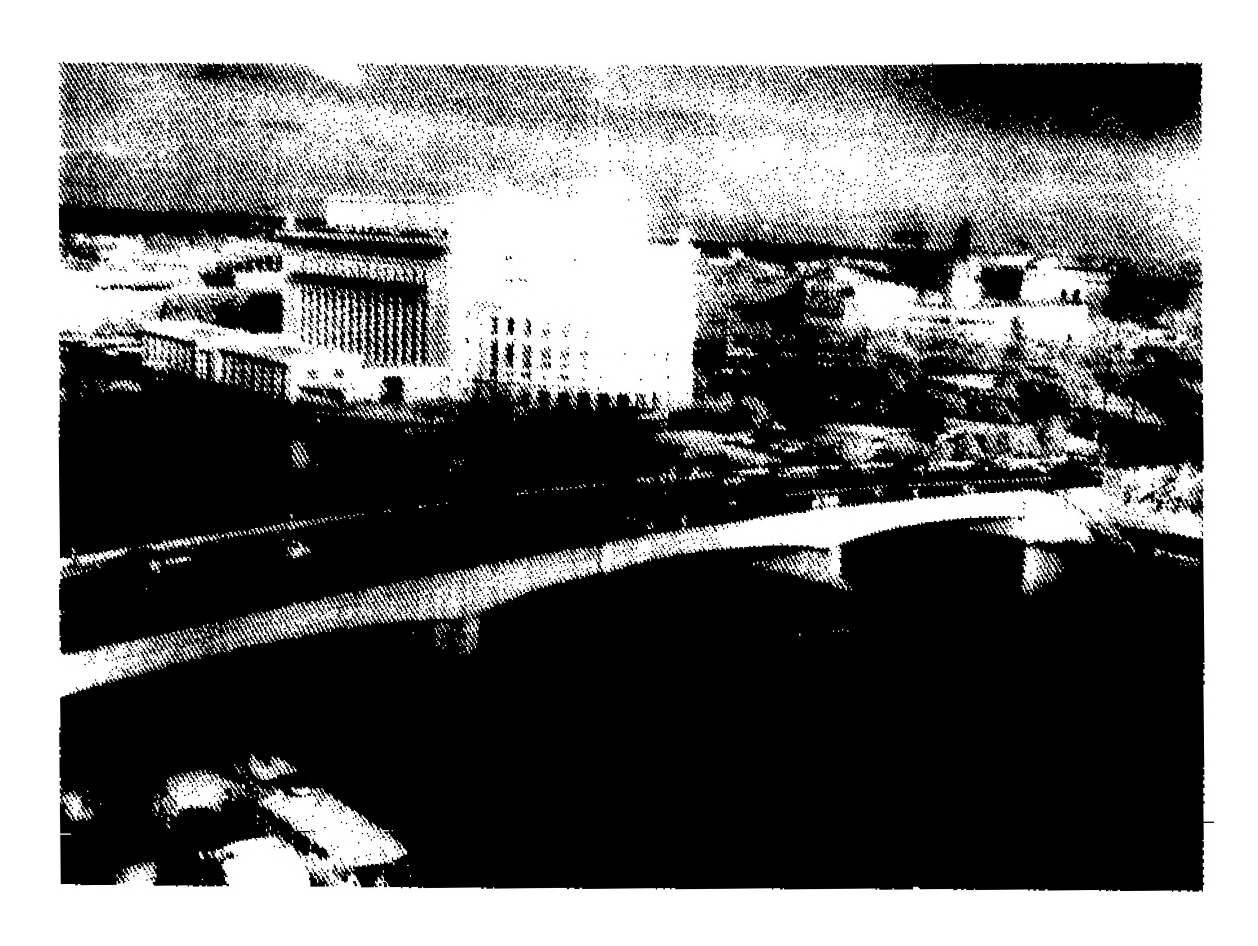
El 31 de agosto de 1985, Aguinaldo y los demás katipuneros se levantaron en armas en Cavite. Al día siguiente atacaron y capturaron Imus. Seguidamente, aplastaron la guarnición española en Bacoor en donde capturaron algunas armas. Inmediatamente después de la batalla de Imus, Aguinaldo se convirtió en general y aumentó su reputación y prestigio como jefe en el combate.

Mientras Aguinaldo ganaba batallas en Cavite, Bonifacio perdía terreno en los suburbios de Manila. Pero el gran momento de gloria de Aguinaldo llegó cuando pudo repeler el ataque de las fuerzas españolas dirigidas personalmente por el gobernador general Blanco en la batalla de Binakayán, el 10 de noviembre de 1898. Previamente, Aguinaldo había animado a su gente a que luchara por su propia independencia.

Como se ha visto anteriormente, las hostilidades hispano-filipinas cesaron como resultado del pacto de Biak-na-bato. Aguinaldo y unos 40 de sus líderes fueron enviados al exilio en Hong Kong. Pero no tenían intenciones de permanecer allí y realmente emplearon el tiempo en prepararse para la segunda fase de la revolución. Por su parte, los españoles tampoco mantuvieron su parte del acuerdo de Biak-na-bato: no concedieron la amnistía como habían prometido y tampoco las reformas que según Aguinaldo había prometido Blanco verbalmente. Además, los españoles pagaron a los filipinos solamente 600.000 pesos de los 1.700.000 pesos prometidos.

Pero entonces, en Hong Kong se estaban desarrollando otros acontecimientos históricos que tendrían una gran repercusión en Filipinas.

[15] Para una buena y desapasionada biografía de Aguinaldo, *vide* A. S. Saulo, *Emilio Aguinaldo: Generalissimo and President of the First Philipine Republic, First Republic in Asia*, Ciudad Quezón, 1983.



El puente Jones (anteriormente puente de España) que une el Barrio Chino con el sur de Manila. (Fotografía por NHI.)



El bulevar Roxan y la bahía de Manila. (Fotografía por NHI.)

En Hong Kong, Aguinaldo depositó los 400.000 pesos en un banco y gastó solamente los intereses en los gastos de manutención de los revolucionarios.

Cuando la guerra hispanoamericana se declaró, y después de haber hablado y llegado a un acuerdo con el cónsul americano en Singapur para unir las fuerzas militares filipinas y americanas contra los españoles, Aguinaldo estaba ansioso de volver a Filipinas. Pero antes de hacerlo confió 50.000 pesos al cónsul americano en Hong Kong, Rounseville Wildman, para la compra de armas y posteriormente, otra partida de 67.000 pesos para adquirir un nuevo cargamento de armas. El primer cargamento fue entregado, pero el segundo no llegó a puerto porque Wildman desapareció con el dinero.

Aguinaldo volvió a Cavite el 19 de mayo de 1898 con el convencimiento de que los americanos llegarían a las Filipinas como los salvadores como le habían hecho creer Wildman y Spencer Pratt, cónsul de los Estados Unidos en Singapur. Anunció inmediatamente la reanudación de las hostilidades contra España y ayudó a los americanos en la guerra.

Las tropas americanas y filipinas se unieron y lucharon contra los españoles en todos los frentes y de forma encarnizada. Los civiles españoles, las mujeres, los niños, los heridos y los sacerdotes no combatientes refugiados en Intramuros, sufrieron las peores consecuencias de la batalla. Se mostraban poco dispuestos a abandonar Intramuros porque

> en terreno abierto se encontraban con las bayonetas filipinas y en el mar se hallaban cercados por la marina americana [16].

Los españoles fortificaron Manila, profundizaron el foso y destruyeron los arbustos en los que se podía cubrir el enemigo. Asimismo, intentaron refugiarse en la vieja fortaleza como si pudieran encontrar alguna seguridad en ella, a pesar de que la ciudad podía ser arrasada por las bombas de 250 milímetros que arrojaba la flota de Dewey desde la bahía de Manila.

[16] *Intramuros: During the Revolution (1896-1898)* (MSPIL), 3p., se trata de un artículo sin firmar presentado en Manila Studies Program Inaugural Lectures, 23-25 junio de 1989. No obstante, este artículo ofrece algunas ideas sobre Manila (Intramuros) durante la guerra hispano-filipina.

Construyeron trincheras a lo largo de todo el frente de la costa y se montó artillería pesada. Los conventos y las sacristías de las iglesias en el interior de las murallas estaban repletos de mujeres y niños que rezaban constantemente el *Ave María* y el *Padre Nuestro* [17].

Mientras tanto, toda Manila compraba productos en un estado de pánico. Los precios se elevaron rápidamente. Combatientes y no combatientes sufrieron terriblemente debido a la extrema escasez de comestibles y agua potable. Muchos tuvieron que comer carne de caballo, perros, gatos y ratas para aplacar su hambre [18].

La entrada del escuadrón de Dewey en Manila sin oposición alguna sorprendió a los manileños. Las mujeres y los niños fueron conducidos a los suburbios de la ciudad. Residentes peninsulares de toda condición, tropas españolas e incluso auxiliares nativos que aún eran leales a España corrieron a asegurar al gobernador general que el enemigo entraría en Manila sólo sobre sus cadáveres. Pero según se sucedieron los hechos, estos juramentos tan pomposos demostraron ser meras palabras [19].

Desde las murallas de la ciudad, las terrazas y las casas, las torres de las iglesias y cualquier lugar alto disponible, miles de curiosos pudieron contemplar la valiente defensa y la total derrota de los españoles.

Ciertamente, después de la absurda batalla en la bahía de Manila, los españoles se rindieron a los americanos el 13 de agosto de 1898. Las tropas filipinas lideradas por Aguinaldo se hallaban ya a las puertas de la ciudad, dispuestas a aceptar la rendición de los españoles, pero temiendo represalias por parte de sus antiguos súbditos, los españoles se rindieron a los americanos.

Los españoles acordaron rendirse a las tropas americanas y a los voluntarios filipinos que se encontraban dentro de Intramuros. Por su parte, los americanos acordaron proteger todos los edificios públicos y privados en Manila, los habitantes, las iglesias y el culto religioso.

La cesión oficial de las islas Filipinas a los Estados Unidos por parte de España se oficializaría con el Tratado de París, que se firmó cinco meses después, el 10 de diciembre de 1898.

[17] *Ibidem.*
[18] *Ibidem.*
[19] *Ibidem.*

Los Estados Unidos pagarían a España 20 millones de dólares por las mejoras implementadas en la colonia. Cuando después de la firma del Tratado de París, el presidente americano William MacKinley insistió en imponer la soberanía americana sobre Filipinas, Aguinaldo y los otros líderes filipinos se resistieron a reconocer el dominio americano y no rindieron su recién adquirida independencia.

De hecho, Aguinaldo desafió la proclamación de MacKinley de la soberanía americana sobre Filipinas y proclamó la independencia filipina el 12 de junio de 1898 en una ceremonia que tuvo lugar en Kawit, provincia de Cavite, leyendo la declaración de independencia filipina, haciendo flamear la bandera nacional, mientras una orquesta tocaba las primeras estrofas del himno nacional de Filipinas por vez primera.

La capital de la república fue traslada de Bacoor a Malolos donde se instituyó la Primera República Filipina el 20 de enero de 1899, con Emilio Aguinaldo como presidente. Se convocó un congreso para ratificar la independencia filipina y para aprobar la constitución redactada por Felipe Calderón.

Para entonces, las relaciones filipino-americanas se habían deteriorado. Con el incidente del puente de San Juan, aún empeoraron más. En la noche del 4 de febrero de 1899 un centinela americano disparó y mató a un soldado filipino en el puente de San Juan que unía los suburbios de San Juan con Manila. Esto encendió el fuego de la guerra filipino-americana, que se extendió por todo el archipiélago y ardió durante más de tres años (1899-1902).

A pesar de que los soldados filipinos eran de complexión débil, se hallaban pobremente armados y entrenados y no suponían contrincantes para los gigantescos y enormes soldados americanos, mejor entrenados y armados, las tropas filipinas continuaron luchando sin importarles el hecho de perder las batallas en todos los frentes. Con el asesinato del general Antonio Luna el 5 de junio de 1899 en Cabanatuán, que era el único general filipino que tenía conocimientos acerca de la táctica y la disciplina militar, la suerte de los rebeldes filipinos estaba echada. Aguinaldo tuvo que huir de los americanos. Durante un tiempo, los americanos fueron contenidos en el paso de Tirad en la provincia de Ilocos Sur, en donde el joven general de 24 años Gregorio del Pilar y sus hombres, ofrecieron sus vidas para cubrir la retirada de Aguinaldo.

El 23 de marzo de 1901, los americanos, encabezados por un general y asistidos por mercenarios pampango, capturaron a Aguinaldo en Palanán, provincia de Isabela, en donde había establecido su último puesto de combate. Aguinaldo se rindió a los americanos y fue llevado como prisionero de guerra a Malacañang, en donde el general Arthur McArthur le recibió de forma respetuosa. Una semana más tarde, el 1 de abril de 1901, Aguinaldo juró su lealtad a los Estados Unidos, dando por finalizada la Primera República Filipina.

La profesión de lealtad de Aguinaldo a los Estados Unidos no terminó con la oposición al gobierno americano. Existían focos de resistencia en diversas partes del país. Con el empleo de tácticas guerrilleras, asaltaban guarniciones desprevenidas matando soldados americanos.

Con la rendición del general Miguel Malvar, el 16 de abril de 1902 en Lipa provincia de Batangas, la guerra filipino-americana acabó definitivamente después de tres años de luchas que supusieron la destrucción de propiedades por valor de varios millones de dólares y la pérdida de millones de vidas filipinas y americanas.

V

MANILA EN EL TRANSCURSO DEL SIGLO XIX

Cambios económicos en Manila durante el siglo xix

Las guerras napoleónicas y las luchas desencadenadas por el proceso de independencia de Méjico hicieron que finalmente desapareciese el entusiasmo por el comercio de galeones, de manera que en 1815, el último galeón español realizó su postrera travesía, después de casi 250 años de intercambios comerciales entre los continentes de Asia y América. Las redes de comercio exterior que el gobierno español había puesto en marcha suponían una serie de beneficios para las compañías multinacionales británicas, americanas y francesas, en lugar de revertir sobre el propio gobierno colonial.

Con el acelerado crecimiento de la economía llegaron muchos extranjeros a Manila, se abrieron nuevos consulados y la vida social se animó rápidamente. Se permitió a los extranjeros moverse libremente, especialmente en Zamboanga, Iloilo, Cebú, Legazpi y Tacloban, regiones en las que estos futuros inversores fueron bien recibidos y que terminaron finalmente por abrir sus puertos.

A los adelantos tecnológicos aplicados al cultivo del tabaco siguieron el desarrollo de métodos científicos para la cosecha del azúcar, el abacá (plátano de las islas filipinas) y el índigo. Las propiedades de las órdenes religiosas se arrendaron a *inquilinos.* La era industrial había alcanzado por fin a Manila, una lejana ciudad del imperio colonial español. La calidad de vida aumentó considerablemente.

La edad de oro de la Filipinas hispánica —especialmente en lo que se refiere a la Manila hispánica— se extendió a lo largo de un siglo a partir de 1785, justo después del tratado que terminó con la invasión

británica, hasta 1880 con la creación de la *Real Compañía de Filipinas.* Asimismo, durante esta época se produjo un renacimiento cultural. La Real Compañía favoreció a las industrias, especialmente la del cultivo de la seda, el algodón, las especies, el índigo, y fomentó la fabricación de tintes y la creación de empresas textiles. Hubo un aumento en la producción de tabaco y de índigo en Ilocos, de arroz en las planicies centrales, así como un incremento en el número de graneros de arroz. Al mismo tiempo se produjeron significativos progresos en la industria azucarera de Pampanga y las Bisayas, así como en la producción cafetera en Batangas y la de copra en Laguna y Bicol.

La industria del índigo se creó a mediados de la década de 1780 y en unos pocos años, ya se exportaban a España 14.000 kilos de este producto. Dicho número se duplicó al cabo de dos años. El azúcar se embarcaba a razón de 30.000 piculs por año (N. del T.: el picul es una medida de peso utilizada en China y el sudeste de Asia, que equivale a 60,47 kilogramos), pero a mediados del siglo XIX, este cantidad llegó a cuadruplicarse. La exportación de cáñamo de 83.790 piculs en 1840, se quintuplicó en 1858. Iloilo envió 12 cargamentos de arroz a las naciones asiáticas vecinas y en 1860 se enviaron 60 cargamentos a España. En lo que respecta a los cargamentos enviados a Manila, éstos ascendían a 172 [1].

El aumento generalizado de los beneficios de la agricultura cayó en manos de los criollos y los indios en grado tal, que el hecho alarmó a los sacerdotes que pretendían competir con ellos y que despectivamente se referían a los ricos nativos utilizando la expresión *bestias cargadas de oro.* La economía local cambió su carácter, pasando de una dependencia del comercio y el embarque de productos con destino a otros países, al cultivo de productos agrícolas en el territorio nacional. Tal prosperidad fomentó una conciencia nueva, alcanzando en algunos casos lo que el escritor Nick Joaquín llamó la «insolencia de la grandeza». El cultivo de la seda y el algodón aseguraron materia prima para las fábricas textiles que exportaban productos manufacturados. Las exportaciones filipinas alcanzaron valores superiores al millón (2.674.220, frente a los valores anteriores, que no sobrepasaban el medio millón) antes de la mitad del siglo XIX [2].

[1] E. Alip, *Philippine History*, Manila, 1958, pp. 201-203.
[2] *Ibidem*, p. 204.

El origen del florecimiento económico

La historia del fabuloso «boom económico» del siglo XIX tuvo su origen en Europa. Como resultado de la ocupación británica que se produjo entre los años 1762 y 1764, el país despertó a nuevas posibilidades de relaciones comerciales, gracias a la disminución del autoritarismo que siempre caracterizó a la administración española en las islas. El país aprovechó las oportunidades que, como consecuencia directa de la revolución francesa, traían los vientos liberalizadores que soplaban en Europa a principios del siglo XVIII. España tenía a un Borbón por monarca. Los fisiócratas promovieron políticas de economía liberal, en el convencimiento de que el hombre está capacitado para crear riqueza por sí mismo y que, asimismo, puede disfrutar de sus ganancias. La doctrina del *laissez faire* del doctor François Quesnay y las teorías de Adam Smith en *La riqueza de las naciones* fueron acogidas con los brazos abiertos, puesto que sostenían que el comercio y la industria constituían actividades esenciales para el progreso nacional.

Carlos III, el monarca español de la dinastía borbónica, intentó construir nuevos caminos y canales, introducir un sistema científico de explotación agrícola, crear un ejército y una marina poderosa y, en términos generales, puso en vigor una serie de medidas coloniales de carácter ilustrado con el propósito de catalizar los avances tanto en su país como en sus colonias.

Al mismo tiempo, el monarca Borbón ordenó la expulsión de los jesuitas y se enfrentó a la nefasta Inquisición.

Los reformadores económicos

Francisco Leandro de Viana, Simón de Anda y Jorge Basco y Vargas —tres españoles bienintencionados— llevaron a la práctica los deseos del rey Borbón, quien, a pesar de ser un déspota ilustrado, continuaba siendo un déspota. En este sentido, Aranda llevó a cabo la reforma del ejército y para contribuir a ocupar el espacio vacante provocado por la expulsión de los chinos no cristianos, creó las sociedades anónimas compuestas por españoles residentes en Filipinas.

Sin embargo, el funcionario que llevó a cabo una política con mayor visión de futuro fue el fiscal Francisco Leandro de Viana, quien

junto a Pedro Enríquez trató de crear una compañía española de comercio similar a la británica o a la holandesa.

En el *Memorial* de Viana, fechado en 1765, el autor imagina la existencia de relaciones comerciales muy estrechas entre España y las Filipinas, utilizando la ruta del cabo de Buena Esperanza y eventualmente a través del istmo de Panamá. En este ensayo, Viana menciona el cultivo de especias, así como de café, cacao, azúcar y tabaco. Del mismo modo, hace mención al desarrollo de la minería, de los astilleros y de las industrias textiles. Consecuentemente, se envió el *Buenconsejo* a las Filipinas, con el propósito de crear una ruta directa entre España y las Filipinas. Llevaba un cargamento de mercancías europeas para cambiar por productos orientales. En un principio, algunos funcionarios españoles y el clero de Manila se alarmaron y desdeñosamente se referían a ello con el nombre de *Mal consejo*.

Aun así, esto significó el comienzo del comercio entre las Filipinas y la Madre Patria durante aproximadamente veinte años, hasta 1783. Ofrecía mejores alternativas que la azarosa incertidumbre que suponían los galeones que cubrían la ruta comercial entre Manila y Acapulco [3].

El gobernador Simón de Anda (1770-1776) declaraba la necesidad de no poner límites al comercio extranjero en el *Memorial* que envió en 1768 al gobernador español en funciones, con el propósito de examinar las leyes existentes sobre intercambio y comercio. Más tarde, vislumbró el progreso futuro en el desarrollo de las explotaciones mineras. Afortunadamente, Francisco Xavier Salgado, un español afincado en Manila, tomó la iniciativa en lo que respecta a este particular.

Como resultado de la compensación de cuatro millones de pesos que el gobierno español cedió al británico y de la paralización del comercio de los galeones, Salgado se dedicó a invertir en minas, agricultura y en industrias manofactureras, lo cual le proporcionó enormes beneficios. En el transcurso de la invasión británica, se sumó a las fuerzas de la resistencia de Anda y se encargó de los transportes y las comunicaciones. Cuando las hostilidades cesaron, abrió las minas de hierro de Santa Inés en Morong, en el interior de las montañas de Sierra Madre [4].

[3] Constantino, *op. cit.*, p. 115.
[4] Dioramas, *op. cit.*, p. 25.

El progreso económico se activó gracias a la *Sociedad Económica de los Amigos del País*, del gobernador Basco que fue creada el 6 de mayo de 1781 y de la *Real Compañía de Filipinas* que se fundó el 10 de marzo de 1785. La *Sociedad Económica* permitió el desarrollo de los recursos al ofrecer premios e incentivos para todos aquellos que sobresalieran en el cultivo de especies, algodón, azúcar y seda. Asimismo, invirtió en la explotación de minas, fomentó las invenciones, así como el desarrollo de las manufacturas de la porcelana, seda, productos textiles, cáñamo, lino, y algodón. Incluso concedió una serie de premios a las artes y a las ciencias. Con la ayuda del fraile agustino Matías Ocatio, promocionó el desarrollo de la industria del índigo, ya que Ocatio era una autoridad en el cultivo y fabricación de tintes.

La *Sociedad Económica de Basco y Vargas* —sujeta a la autoridad de un decreto de 1789— comprendía a un tiempo a una serie de particulares y a funcionarios gubernamentales. Funcionaba como una sociedad europea ilustrada de siglos anteriores y al mismo tiempo, guardaba ciertas semejanzas con un Consejo de Investigación, que se ocupaba de asumir la promoción y el cultivo del índigo, el algodón, la canela y la pimienta, así como del desarrollo de la industria de la seda. Estaba subvencionada con fondos para premiar a aquellos que obtuvieran éxito en sus experimentos y en el desarrollo de sus invenciones y, finalmente, suscribía los gastos de la publicación de los trabajos científicos y técnicos y el importe de las becas para estudiantes y los sueldos del profesorado.

La *Sociedad Económica* se mantuvo inactiva durante el mandato de Basco, en 1809 fue abolida, pero se reactivó en 1819 con la intervención del gobernador Mariano Fernández de Folgueras, si bien la epidemia del cólera de 1820 hizo que disminuyera su actividad y su incidencia real en el progreso material. Después de 1822 comenzó a emprender una serie de proyectos económicos, uno de los cuales fue el monopolio por parte del gobierno del cultivo, producción y venta del tabaco. Un real recreto de 1780 especificaba que se debían proporcionar incentivos para el desarrollo de la agricultura comercial [5].

De esta manera, se cultivaron grandes extensiones de tierra en los Ilocos, Cagayan, Nueva Ecija y Marinduque produciendo resultados

[5] Constantino, *op. cit.*, p. 114.

económicos que hasta entonces era imposible obtener. Finalmente, las finanzas del gobierno estuvieron casi estabilizadas, lo cual hizo que no tuvieran que depender de los subsidios mejicanos. Los filipinos enviaron ayuda a España por medio de créditos monetarios o bien, a través de la exportación de cigarros y tabaco en rama. Esta vez se habían permutado los papeles.

Mientras la economía filipina permanecía en esta suerte de «paraíso del intermediario», el gobierno sólo hacía promesas en lo que respecta a la producción local. La invasión británica había dejado la economía en estado ruinoso. Entonces se implementaron una serie de planes de acción que debían ser discutidos. Sin embargo, los hombres del gobierno, en general, ponían obstáculos a su puesta en práctica, a pesar de los radicales cambios económicos.

Sólo Basco y Vargas, que llegó a Manila en julio de 1778, trajo consigo nuevas ideas. Tuvo que purgar la Audiencia de personas ultraconservadoras y lanzó su «Plan Económico General», un plan ambicioso que mostraba las ventajas que suponía el favorecer y desarrollar la agricultura, el comercio y la industria. Fundó la *Sociedad Económica*, que se anticipó al real decreto que le permitía conformar una asociación de personas elegidas, capaces de catalizar ideas de corte moderno.

El monopolio del tabaco

El monopolio del tabaco se constituyó como tal debido a la propuesta que Basco y Vargas realizó en este sentido. El 9 de febrero de 1780, el gobierno reglamentó el cultivo, la fabricación y la venta del tabaco.

En un principio sólo se produjo este producto en Cagayan y Gapán, en la provincia de Nueva Écija, que pertenecía al gobierno. El representante gubernamental inspeccionó, calificando cada hoja, pagando por ellas el precio fijado oficialmente y destruyendo otras que no se podían vender. Las hojas que valían se llevaban a las factorías del gobierno para su conversión en cigarros y cigarrillos, con el propósito de exportarlos y venderlos. El monopolio demostró ser lucrativo y el país empezó a contribuir financieramente a las arcas españolas. Sin embargo a pesar del beneficio de 500.000 dólares en 1808 y de 9.000.000 de dólares en 1866, el monopolio del tabaco creó una bu-

rocracia corrupta y lo que es peor, una población que adquirió el hábito de fumar.

Los estímulos dados al cultivo del arroz a escala comercial, también se vieron coronados por el éxito. Para hacer crecer arroz en las regiones que producían tabaco, se procedió a limpiar las tierras de pasto, así como otras tierras de las haciendas. Estos beneficios no alcanzaban a compensar las ganancias insuficientes debido a reglas muy estrictas, por no mencionar los efectos de la extorsión y la corrupción. Los plantadores de tabaco recurrieron al contrabando y al robo para recobrarse de sus pérdidas. En este orden de cosas, el monopolio del tabaco constituyó una flagrante violación del juego limpio en los negocios, así como de la idea de *laissez faire* del siglo de las luces.

El monopolio del gobierno llegó a su fin el 1 de enero de 1883. Posteriormente se dieron una serie de alternativas menos opresivas. La *Real Compañía* que estableció formalmente un comercio directo entre Manila y Cádiz en 1785, comenzó a asumir la fabricación de productos textiles, el cultivo de especias y las plantas de índigo, promoviendo la producción de azúcar y las industrias de la seda. Esta aventura fue financiada por la *Sociedad Económica.*

A pesar de ello, los esfuerzos para conseguir mejoras importantes resultaron obstruidos por la negativa a cooperar de los que habían confiado en el arriesgado comercio entre Manila y Acapulco, así como por la desafortunada dirección de todos aquellos a quienes el comercio con Oriente resultaba una materia poco familiar. Finalmente, la participación de España en las guerras napoleónicas se encargó de dificultar esta cuestión de forma definitiva. Consecuentemente, la *Real Compañía* fue abolida el 6 de septiembre de 1834.

Con la abolición de la compañía, Manila se abrió formal y oficialmente al comercio mundial. Las restrictivas reglas comerciales españolas se habían relajado en un primer momento en 1789, cuando Manila se abrió a los barcos extranjeros a condición de que el comercio estuviera limitado a mercancías orientales. Barcos europeos atracaban en sus puertos y hacían negocios de forma extraoficial, portando una bandera asiática.

En 1809 los negociantes ingleses operaron en primer término en Manila. Sin embargo, fue en 1829 cuando se concedieron más privilegios a los extranjeros, de manera que estuvieron en igualdad de condiciones con los comerciantes españoles.

En 1859, siete ingleses, tres americanos, dos franceses, dos suizos y un alemán se asociaron, formando finalmente la comunidad de negocios internacional de Manila [6].

El estilo de vida colonial del siglo xix

La vida para el *criollo* o el mestizo resultaba, en términos generales, placentera y agradable. Las encomiendas y el beneficio del comercio de los galeones le concedían la posibilidad de poseer una casa elegante, una legión de sirvientes y una villa de recreo en las afueras que le permitía escapar del incómodo calor del verano. Allí, los días solían transcurrir de forma pausada, libres del frenesí caótico que imponían las transacciones comerciales.

Los negocios se resolvían por la mañana, después de desayunar un rico chocolate, que según un huésped alemán hacía que las damas se pusieran pálidas. La siesta ocupaba toda la tarde, ya que hacía demasiado calor para hacer nada. Más tarde, aún siendo de día, el hombre de la casa cogía uno de sus «carruajes» para efectuar el paseo de la tarde, bien en la *calzada*, a lo largo de la bahía de Manila o bien, por la Plaza Mayor. En el arbolado distrito de Sampaloc, había un gran número de hermosas tapias. Dos veces por semana, una banda de música tocaba en la Luneta (o «Lunette», que quiere decir «pequeña luna»).

Las tardes se caracterizaban por las «tertulias» en donde el hombre intercambiaba comentarios galantes con los invitados o bien jugaba una partida de cartas. Se celebraban bailes alegres y suntuosos en los que podía lucir sus elegantes trajes o tener exquisitas conversaciones con las damas. La gente disfrutaba mostrando las joyas y sedas, especialmente en las ocasiones sociales importantes, tales como la llegada del nuevo gobernador general.

Por las mañanas, el hombre se levantaba con la llamada de las *lecheras* o vendedoras de leche que pasaban bajo sus ventanas. Se trataba de jóvenes o mujeres que portaban recipientes sobre sus cabezas. Se oían los gritos de los *zacateros* vendiendo forraje para alimentar a los caballos. Había barberos chinos, limpiadores de nariz y orejas y *sor-*

[6] Bernad, *op. cit.*, pp. 53-55.

beteros (vendedores de helados) que anunciaban sus mercancías. Entonces los caballeros se levantaban y bebían limonada o cerveza alemana. Los criados eran generalmente chicos tagalos vestidos con pantalones blancos y camisa, cuyos faldones tenían diez centímetros de longitud y se llevaban fuera de los pantalones.

Los domingos, los caminos para el paseo se animaban con las *victorias* y las humildes *calesas* para los *hoi poloi*.

La *calesa* era un carruaje tapado con una gran capota, que cuando se echaba protegía del sol al pasajero. El cochero estaba sentado detrás en un asiento pequeño con sus pies apoyados en el estribo. Todo el que tuviera medios tenía su *birlocha*, en cuya parte trasera los pasajeros masticaban nueces de betel o fumaban cigarros —lo cual incluía a las damas [7]. Toda su estructura descansaba sobre dos ruedas, montadas sobre una estructura de acero o bambú. Habitualmente, un caballo escuálido —que era maltratado constantemente— arrastraba el carruaje.

Los teatros también estrenaban obras con artistas italianos. Los espectadores veían a los actores tagalos «que se tomaban a sí mismos muy en serio y se consideraban grandes actores.» El teatro de Binondo fue uno de los primeros.

Atravesando Santa Lucía, se podía respirar una bocanada de aire fresco y contemplar la puesta de sol más maravillosa del mundo, mientras el ardiente sol tropical descendía sobre las islas Corregidor y las montañas de Mariveles. Nuestro hombre quedaba cautivado por las vistas de las islas de La Monja y de El Fraile que jalonaban el horizonte. Las señales del telégrafo podían contemplarse como si fueran barcos navegando a la inverosímil velocidad de 120 millas marinas por hora.

La hora del Angelus resultaba especialmente conmovedora para los visitantes europeos, ya que cesaba toda conversación, el trabajo se detenía, los carruajes y jinetes paraban y sólo se recitaban las oraciones en un susurro. A continuación sonaba una trompeta y los tambores redoblaban. Pasaban algunos minutos más y la vida despertaba de nuevo, mientras los amigos se saludaban unos a otros con el *buenas noches* y el *magandang gabi po*.

Dejando tras sí una gran estela de polvo, cada birlocha iba a la casa de un amigo, así sus ocupantes podían saborear las *jícaras* de cho-

[7] A. Marche, *Luzon and Palawan*, Manila, 1970, pp. 33-35. Ojeda y Castro.

colate castellano, la cocoa Cebú, la leche de Marikina, los bizcochos de Pampanga, o simplemente una taza de té traída de Chincheo por un pequeño sampán. Mientras tanto, en la casa se encendían globos de cristal y velas. Los niños comenzaban a jugar a *sungka*. Las tiendas de la Escolta permanecían abiertas, de forma que los paseantes podían hacer sus compras.

Un visitante comentó: «La simpatía y cortesía de los habitantes de Manila podrían haberla convertido en el sitio más agradable de reunión del mundo si la envidia y la difamación, que se encuentran sin excepción en los pueblos pequeños, no dejara de constituir una amenaza constante». Otro viajero, exclamaba fascinado:

> ¡Encantadora ciudad! ¡Magnífico lugar para residir! Contigo la simpatía, la cordialidad, la dulzura, la franca y noble hospitalidad, la amistad, la alegre libertad y la sincera generosidad, hacen de la casa del vecino su propia casa. Contigo desaparecen las diferencias de rango y fortuna, y la fría etiqueta muere irremisiblemente y se desvanece. ¡Oh Manila, mi último pensamiento será para ti! [8].

Esta vida de placer fue posible incluso hasta 1855, cuando un perfil de la población —según un informe del capitán general Crespo— aún supone hablar de cifras bajas:

	Varones	Mujeres	Total
Europeos y españoles	503	87	590
Nativos	575	798	1.375
Indios y mestizos	3.840	2.497	6.323
Chinos	525	7	5.339

Después de haraganear tras desayunar en sus *longjohn* y antes de ponerse los pantalones, el mestizo tomaba su baño, lo que se traducía en vertir sobre su cuerpo el contenido de jarros llenos de agua. Asimismo, las mujeres se ponían una sobrefalda o un *tapiz* sobre sus sayas y se lavaban el cabello con *gugo bark*. Los indios se bañaban juntos, en

[8] P. De La Gironière, *op. cit.*, p. 89.

baños públicos en donde hombres y mujeres se mezclaban de manera casi inconsciente.

Algunas casas estaban asentadas cerca del río y los baños se tomaban en una choza de bambú situada fuera de la casa. Otras tenían baños móviles. Al baño le seguía el desayuno, que consistía en arroz, *fritada*, jamón, vinagre, jaleas, pescado cocinado y frutas frescas (generalmente mangos).

Después del desayuno, la mujer iba a dar un paseo con el largo cabello suelto para que se secara. Paseaba o iba de compras a la Escolta. Se consideraba escandaloso que una mujer fuera en coche junto a un hombre, a menos que quisiera que se cotilleara sobre ello.

Alrededor de las nueve de la mañana los hombres se vestían para trabajar con trajes ingleses de calicó. El empleado tomaba su desayuno en la oficina y llegaba a casa a las tres de la tarde.

Volvía a su casa para comer los alimentos que había preparado su familia. Parecía como si el reino de la mujer siempre estuviese situado en la cocina, en donde siempre estaba preparando *fritada, tapa, pajos, morisquetas* y *jaleas*. La siesta que seguía a las comidas era otra institución española. Las camas y los colchones se sacaban fuera. Muebles especiales para estar al aire libre —hechos con juncos— y *banigs* bien configuradas, o bien una serie de esteras y mosquiteros, componían todo el mobiliario. Una cierta cantidad de *abrazadores* o almohadas cilíndricas de un metro por veinticinco centímetros, se colocaban alrededor de las piernas y los brazos. Por la tarde se sacaban dobles esteras y toda la familia se echaba sobre ellas con sus propios *abrazadores*. Cada persona se recostaba sobre un lado, con el propósito de permitir la circulación del aire.

A las cinco de la tarde la gente elegante se vestía. Las mujeres lo hacían de forma concienzuda, utilizando bordados de *piña-sinamay* y poniendo flores en su pelo. Entonces se subían a los carruajes para dar un paseo. Las conversaciones se centraban en las noticias que llegaban de España. En las tertulias, las mujeres se convertían en el sujeto del cotilleo social. Más tarde, al anochecer, algunas personas se detenían con el único propósito de intercambiar comentarios galantes y discutir acerca de los últimos acontecimientos. Estas conversaciones nunca alcanzaban un tono trascendente ni causaban problemas entre los propios manileños.

A las once, todos se iban a casa para cenar. Generalmente, la cena estaba compuesta por pollo cocido, guarnecido con calabacines *(tinola)*. Algunos bebían vasos de limonada con azucarillos, lo cual constituía una bebida refrescante de uso habitual. A los invitados se les ofrecía un trozo de betel o bien, un puro. Las mujeres estaban especialmente ansiosas por conocer las costumbres de los peninsulares. Podía vérselas esperar con gesto impaciente la llegada del barco que procedía de Francia, con el propósito de averiguar cuál era la última moda en las capitales de Europa [9].

¿Cómo vivían los extranjeros? Muchos ingleses y americanos tenían su residencia en Binondo. Los escoceses eran muy astutos porque parecían llegar al país con poco dinero y en pocos meses ganaban cantidades considerables, negociando letras sobre el cargamento que vendían en Londres que aumentaban su valor. Las casas de Binondo eran grandes y confortables, perfectamente acordes con los cánones europeos. Los sirvientes civiles españoles que llegaban al país «hambrientos», es decir, pobres y famélicos, se arreglaban perfectamente con 250 francos al mes y se paseaban ostentosamente en carruajes. Incluso los empleados peor pagados *(cabanistas)* recibían 25 piastras al mes, cantidad que gastaban de forma liberal o bien conseguían dinero prestado fácilmente.

Ni un sólo hombre blanco salía a la calle sin un carruaje, hasta para cubrir el trayecto más insignificante. La posición social permitía tener el «correcto» número de casas, de esta manera, los personajes muy poderosos o importantes, tales como el gobernador general o el arzobispo, tenían de cuatro a seis. Los empleados en instalaciones militares y, naturalmente, los soldados, vivían intramuros, mientras que los sirvientes civiles vivían en los suburbios.

Los hijos y familiares de los funcionarios gubernamentales destacados en provincias «ardían de impaciencia» por venir a Manila, en donde se incorporaban al funcionamiento del mecanismo social y se dedicaban a realizar carísimas compras de una manera tan imprudente, que terminaban por arruinarse. Los hijos se veían forzados a servir como cadetes en los regimientos o bien como capitanes de la marina mercante. Por aquel entonces, sólo cabía escoger entre el ejército, el

[9] Ostena, *Manila Studies Inaugural Lectures* (22-24 junio 1989), p. 2.

sacerdocio y unos pocos puestos de trabajo que estaban a disposición de los españoles peninsulares [10].

La organización urbana en el último período colonial español

La primera planificación urbana de Manila se realizó según las órdenes que el Rey español diera al conquistador Legazpi, quien eligió Sulaymán a causa de su posición fácilmente defendible. Legazpi hizo construir inmediatamente una red de calles principales, teniendo la Plaza Mayor como su centro de unión. Posiblemente, las calles no tendrían nombre, siendo estrechas y sin empedrar. Hasta mediados del siglo XIX Manila era una ciudad poco industrial y daba la impresión de tener un gran tamaño. Se ordenó poner letreros en las calles para facilitar su identificación por los servicios postales.

El servicio de correos entre Manila y Cavite se creó oficialmente en 1839. El 1 de febrero de 1839 se emplearon por primera vez sellos de correos [11]. El primero de todos ellos mostraba el perfil de la Reina Isabel II. Finalmente, los servicios postales se hicieron cada vez más frecuentes gracias a los barcos-correo subvencionados por el gobierno que prestaban servicio cada quince días. Un vapor correo iba a las islas Marianas cuatro veces al año.

La primera línea telegráfica se tendió en 1873. Siete años más tarde, se instaló el primer cable que unió Manila con el resto del mundo. El primer teléfono entró en funcionamiento en 1890, pero sus posibilidades estaban muy limitadas.

En determinadas estructuras del siglo XIX –tales como el sistema de aguas de Carriedo, un legado de don Francisco Carriedo, ingeniero y filántropo español (1690-1743)– cabe ver pruebas evidentes de la existencia de un proceso de modernización. Dicha estructura se puso en funcionamiento el 23 de agosto de 1870. Con anterioridad, sólo cabía obtener agua potable de la superficie, de los pozos o la recogida de la lluvia por medio de cisternas llamadas *aljibes*, que estaban insta-

[10] C. Nolasco, «The Creoles in Spanish Philippines», *FEU Faculty Journal*, XV (setiembre 1970) pp. 12-13.

[11] G. Zaide, *op. cit.*, MDRP, p. 17.

ladas en las casas acomodadas. Existía un comercio de agua que transportaban *aguadores* de piel morena en jarras y barriles. Cada jarra de agua costaba cuatro reales. El aljibe de San Fernando advertía que el agua era «muy buena y barata». Los pozos y las fuentes públicas también suministraban agua para cubrir las necesidades de la población. A la vuelta del siglo, había instaladas 300.000 llaves de paso. La reserva de San Juan del Monte abastecía a toda la ciudad [12].

Manila era esencialmente una ciudad cosmopolita con atracciones naturales autóctonas, aunque también se intentaba introducir las comodidades propias de la vida moderna. El teléfono y las líneas de telecomunicación se extendieron al norte hacia Ilocos y hacia el sur, en dirección a Bicol. Los barcos surcaban regularmente las islas y las aguas internacionales semanalmente desde Manila a Hong Kong y con una periodicidad mensual unían Manila y Barcelona. En los muelles de Manila atracaban barcos de Japón, americanos, asiáticos y europeos. Las diversas islas se comunicaban entre sí por medio de veleros, vapores, bateles nativos y *paraos*.

Existían tres faros que guiaban a estas embarcaciones. El faro construido en 1846 o la Farola, aún existe, como legado de este período. Los primeros barcos de vapor fueron el *Magallanes*, *Elcano* y *Reina de Castilla* [13]. Hay que tener en cuenta que la apertura del canal de Suez acortó la ruta Manila-Barcelona en 30 días.

Una compañía británica privada, la Horace L. Hiaggins, puso las bases para la existencia de un sistema de ferrocarriles a partir del 31 de julio de 1887. Pero habría que esperar al 24 de marzo de 1891 para que esto se convirtiera en realidad. Más tarde, el *Ferrocarril de Manila a Dagupán*, que tenía una longitud de 192 kilómetros, se construyó con mano de obra filipina contando con la aprobación del gobierno de la nación. Antes de finalizar la etapa española, ya existían 195 kilómetros de vías férreas y se había construido la gran estación central en el norte de Dagupán [14].

En el interior de la metrópoli, el transporte se efectuaba principalmente mediante el uso de carruajes tirados por caballos llamados *quiles*

[12] *Ibidem*, p. 26.
[13] *Ibidem*, pp. 16-18.
[14] Nolasco, *op. cit.*, pp. 55-57.

y *araña*, ambos tirados por un solo caballo. La *victoria* era un medio de transporte de lujo y estaba tirado por dos caballos. Había cinco líneas de coches que iban de Binondo a Malabón, pero sólo una de ellas estaba impulsada por vapor.

A comienzos de 1878 Leon Monssour realizó un plan detallado para construir un sistema de comunicaciones y en 1880, el dueño de una farmacia en Intramuros, Jacobo Zóbel de Zangróniz, empresario, comenzó a construir una línea con cinco tranvías, con una concesión por 60 años. Al año siguiente, la *Compañía de los tranvías* que dirigía la concesión, se creó bajo los auspicios hispanofilipinos. Asimismo, Zobel también creó la primera línea de tranvías tirados por caballos, con un total de 70 caballos cubriendo la ruta a Malabón [15].

Los gastos devengados fueron cubiertos con una cantidad que ascendía a 1.200.000 pesetas. Al igual que ocurre con el moderno servicio público, un grupo de multinacionales se encargó de supervisar su puesta a punto. Se contrataron obreros chinos y filipinos para construir las terminales de Intramuros, Binondo, Malabón y Sampaloc. Cada *tranvía* transportaba de ocho a diez personas. Un americano realizó el siguiente comentario: «no era cosa infrecuente que en una pendiente o en una curva cerrada los pasajeros descendiesen del vehículo y ayudaran a superar el obstáculo» [16].

Hacia 1885 existía en Manila un sistema de comunicaciones a gran escala, y se oía el grito lejano de los conductores que azuzaban a los animales de los *carros de carabaos*, o las voces de los hombres que se columpiaban en las hamacas desde el comienzo de los tiempos. El caballo fue introducido por los españoles en 1597. Durante el siglo XVII, la *calesa* se convirtió en el símbolo del transporte privilegiado en todo el país, prestando servicio a los manileños hasta la ruptura de hostilidades entre España y los Estados Unidos. En 1892, Charles Duryea de Chicopee, Masachusetts, introdujo un automóvil impulsado a gas [17].

El tráfico en el siglo XIX ya era una pesadilla urbana como lo es ahora, a pesar de la construcción de numerosos caminos y puentes entre los años 1830 y 1840. El gobernador Pascual Enrile, construyó mu-

[15] Dioramas, *op. cit.*, pp. 33-35.
[16] *Ibidem*, p. 34.
[17] Zaide, *op. cit.*, MDRP, pp. 18-19.

chos caminos, con la ayuda de su sobrino, el joven ingeniero José María Peñaranda. Con su esfuerzo conjunto lograron construir unos 1.600 kilómetros de camino en todo el país, que se completaron antes del final de la etapa española. A esta cifra cabe añadir la de 2.600 puentes. En la ciudad, el *Puente colgante* (el primero de su clase) fue construido por el mismo ingeniero que diseñó la famosa torre parisina, Gustave Eiffel.

El propósito del *Puente colgante* consistía en disminuir la congestión del tráfico en la ciudad. Medía 110 metros de longitud y 7 metros de ancho y podía albergar dos carriles para carruajes, mientras que el del medio servía como paseo para peatones. A los paseantes se les cobraba una tarifa mínima de un *kusing*.

Anteriormente, habían sido construidos otros puentes que unían ambas márgenes del río Pasig, entre los cuales destaca el puente de España —ahora puente Jones— y el puente de Aasyala, que sigue teniendo el mismo nombre.

El centro comercial estaba en la Escolta y aquí el tráfico alcanzaba los 5.000 vehículos al día. En el puente de España que unía Intramuros con Binondo, pasaban de 6.000 por día en la década de 1880. Una calle lateral que ahora se llama «La hormiga» quizás constituye un vestigio de las caravanas de coches de aquellos tiempos.

El boom económico de la segunda mitad del siglo XIX se concretó en un mandato para la expansión de Manila en 1886, lo que la convirtió en una provincia con jurisdicción sobre 28 municipalidades, la última de las cuales incluía los *arrabales*. Este boom también trajo una afluencia de visitantes que naturalmente esperaban obtener alojamientos de categoría internacional.

El hotel de Oriente de dos pisos y 83 habitaciones y la fonda de Lala situada en la calle Barraca 37, ofrecían las mejores comodidades en Binondo. La fonda de Lala podía proporcionar hielo a sus 35 huéspedes. El hotel Inglés y el hotel Europa también acomodaban gran cantidad de viajeros, que requerían el empleo de una serie de carruajes y caballos [18].

A comienzos de 1884, el ayuntamiento consideró la instalación de alumbrado público empleando aceite de coco como combustible. Las

[18] *Ibidem*, p. 18.

primeras prioridades de alumbrado eran las calles situadas en el centro comercial, tales como Santa Cruz, Binondo, Quiapo y San Miguel. El aceite de coco se reemplazó finalmente por keroseno.

Las autoridades prohibieron el uso de las lámparas *kingke*, una invención francesa, porque podían causar incendios fácilmente. En 1893 Manila adquirió los beneficios de la electricidad gracias a la creación de la compañía *La electricista*[19].

Los bancos de Manila atendían de manera eficiente a las necesidades financieras de los comerciantes. Así funcionaba el Banco Español Filipino de Isabel II, que fue el primero que emitió papel moneda en 1852. Asimismo, existían el Chartered Bank of India, Australia y China, así como otro banco extranjero, el Banco de Hong Kong y Shanghai. El Monte de Piedad era una institución muy conocida que guardaba con total garantía los ahorros depositados. Había bancos informales que prestaban dinero a los *hacenderos* y a otros hombres de negocios.

La población leía periódicos tales como *El diario de Manila, El Comercio, La Voz de España, La Correspondencia*, el semanario *La Opinión* y el periódico gubernamental llamado *La Gaceta de Manila*[20]. Los teatros (Teatro filipino en Echagüe, teatro de Tondo en San Fernando, teatro de Zorrilla en Azcárraga y Variedades en Arroceros), restaurantes y mucho más tarde los cines (1897) y otras diversiones públicas resultaban muy asequibles para la próspera población[21].

Se construyó el *Jardín botánico*, cerca de lo que hoy en día es la City Hall y el *Museo Biblioteca de Filipinas*. Todos los días durante siete horas —y media jornada en fiestas— la *Biblioteca* proporcionaba libros a unos 30 lectores al día. Tenían títulos sobre antropología y etnología, historia natural, bellas artes, productos filipinos, pero nada acerca de temas «políticos». Se ve claramente que el público tenía cada vez más expectativas y que crecía la sofisticación urbana.

La ciudad tenía sus sistemas de emergencia, de medidas preventivas y de reconstrucción, para afrontar las calamidades comunes tales como incendios, terremotos y epidemias.

[19] *Ibidem*, p. 9.
[20] *Ibidem*, pp. 16-17.
[21] *Ibidem*, p. 26.

La prevención de incendios tenía una gran prioridad para los administradores de la ciudad. El 17 de enero de cada año, se celebraba la fiesta de San Antonio Abad, y de Nuestra Señora de Loreto, patrones de la ciudad y protectores contra los incendios. Se publicaron decretos para prevenir los incendios y ya en 1760 se prohibieron los cohetes y los juegos pirotécnicos. El gobernador Raón decretó la *Ordenanza del buen gobierno* que ordenaba una separación de un metro de distancia entre las casas, las estructuras según las cuales había que plantar los árboles frutales y los plataneros. Finalmente, las casas construidas de nipa y de materiales inflamables se prohibieron en Binondo, el *arrabal* más desarrollado y más rico. Incluso las casas de los suburbios estaban construidas sin separación alguna, por lo que el fuego se extendía de casa en casa.

Había un Departamento de Bomberos con cuatro bombas y un mecanismo de señales que consistía en el tañido de 15 a 20 campanadas. Éstas se tocaban con intervalos de medio minuto. La campana de la iglesia tocaba estas alarmas, de la siguiente manera:

Una campanada quería decir fuego en Intramuros o sus alrededores, 2 en la Ermita o Malate, 3 en Paco, 4 en Arroceros, 5 en Binondo, 6 en Santa Cruz, 7 en Quiapo, 8 en San Miguel, 9 en San Sebastián o Sampaloc y 10 en Tondo.

Calamidades

El país fue asolado por terremotos muy importantes, particularmente en Manila, en los años 1610, 1645, 1658, 1677, 1699, 1796, 1824, 1852, 1863 y 1880. Con un promedio de uno cada diez años, la tierra temblaba con una fuerza de 7,75 en la escala de Richter y cinco veces al año temblaba con una intensidad de 6,0 a 6,9, a consecuencia de los movimientos de la falla Basin de la zona del Pacífico. Dicha falla está localizada al noroeste de Llingayen y cruza el borde norte de la planicie central, prosigue a través de la provincia de Quezón en dirección a Masbate y el alto valle de Agusán situado al noreste de Mindanao. Las estructuras de madera y las paredes de contención siguen siendo las principales formas de prevenir los terremotos, ya que esencialmente actúan como «colchones» capaces de desviar y soportar los impactos verticales y horizontales de los temblores.

El primero de los terremotos registrados ocurrió el día de San Andrés en 1645 y se dice que dejó Manila en ruinas [22].

Cien años después en las *Memories of a Long Life*, Higino Benítez describió el terrible terremoto de 1863, que comenzó hacia las siete de la tarde, justo antes de cenar. Cuenta cómo oyó el sonido de las copas que caían, asustado por la primera y la segunda sacudida. Pero la tercera fue aún peor, «un movimiento circular y muy violento,» tanto, que las casas y edificios se derrumbaron [23].

A partir de 1863, se crearon tres cargos para arquitectos capaces de diseñar estructuras a prueba de terremotos. La corona española se encargaba de pagar a aquellos que pudiesen ayudar a reconstruir los edificios públicos. El 18 de julio de 1880 se produjo otro terremoto, lo que obligó a que los constructores siguiesen un código de construcción redactado por el cuerpo consultor para los trabajos públicos, que regulaba la construcción de las casas de un modo específico.

En primer lugar, las paredes tenían que ser de 13 ó 14 centímetros, pero la base debía levantarse en un pedestal bajo de adobe (zócalo) y la infraestructura real se levantaba un metro por encima, con una anchura de 22 centímetros. Los ladrillos iban unidos pero divididos en paneles por listones de madera, cada uno de 13 por 13 centímetros de ancho. En las regiones tagalas y pampango las casas tenían postes de madera pero levantados no dentro de la pared sino alrededor, dentro del perímetro de la pared de adobe. Las separaciones debían fabricarse con delgadas y ligeras tablillas de bambú prensadas y pegadas unas con otras, para ser recubiertas después con limo o tabique pampango. Los techos se decoraban con tablas pintadas. Conchas de capiz, en vez de espejos no eran nada despreciables. Las tejas curvas del techo fueron reemplazadas por placas de zinc y hojas de hierro galvanizadas, ya que los paseantes no deseaban protegerse o llevar paraguas de hierro para resguardarse de una lluvia de misiles producida por las fuertes vibraciones.

A partir de 1863 comenzaron a tomarse una serie de precauciones contra los terremotos. Además de ofrecer incentivos, el gobierno español otorgaba pasajes gratis a los arquitectos e ingenieros europeos. Un

[22] Laya y Gatbonton, *op. cit.*, p. 100.
[23] Zialcita y Tinio, *op. cit.*, pp. 65-70.

catalán llamado Juan Hervás llegó a ser consejero delegado sobre temas arquitectónicos en la ciudad de Manila desde 1887 hasta 1893, y posteriormente regresó a Barcelona. El conjunto de ordenanzas fue decretado por el cuerpo consultivo instituido para el ordenamiento de los trabajos públicos tras el terremoto del 18 de julio de 1880.

Otras calamidades periódicas venían en forma de tifones que nacían en el océano Pacífico y producían lluvias torrenciales. Estas lluvias, posiblemente de las más fuertes que hay en el planeta, se formaban debido a la colisión de los vientos de los hemisferios norte y sur en un frente que pasaba justo sobre el país. Las fuerzas que desencadenaba dicho frente traían calor, humedad, masas inestables de aire que se conformaban, ascendían y se condensaban rápidamente. De junio a octubre, cuando soplaba el viento del sureste, alrededor de quince tifones causaban la devastación en el país. Rotaban en las islas Marshall y se convertían en un gigantesco remolino. Se movían velozmente por la parte oriental de las Bisayas y Luzón a velocidades que oscilaban entre 160 y 240 kilómetros por hora y provocaban lluvias de hasta 204,8 centímetros por año [24].

En 1865 se construyó un Observatorio para estudiar, predecir y alertar al país de la llegada de tifones. Su primer director fue el padre jesuita Federico Faura. La Corona española la convirtió en una institución estatal y le proporcionaba una subvención anual. Sus famosos científicos contribuyeron al desarrollo de la climatología, tal como el padre Algue que inventó el barciclonómetro, el padre Cirera, que descubrió el magnetismo terrestre y el padre Corona, cuyos trabajos versaron sobre la naturaleza de los tifones. El observatorio de Faura finalmente se convirtió en Oficina Meteorológica (ahora PAGASA) que tiene el mérito de ser la más antigua del lejano oriente, por delante de la de Batavia, Tokyo, Zikawei o Hong Kong [25].

Epidemias del cólera en Manila

Los colonos españoles lo llamaban el *mal*, el temible *cholera morbus asiatico*, que irrumpió en 1817, 1819, 1820-1823, 1830, 1842, 1854,

[24] *Ibidem*, pp. 71-72.
[25] Zaide, MDRP, *op. cit.*, p. 26.

1863-1865, 1882-85, 1888 y 1889. La mortandad provocada por el cólera igualaba a la de una guerra dura y amarga. En un único brote de cólera, tan sólo las muertes producidas en Manila totalizaban cientos de miles de personas.

Además de la medicación, la Dirección General de Administración Civil compró desinfectantes en la farmacia Zobel y en la farmacia Sartorius de R. Boie, en la Escolta. Para mejorar la situación de los servicios sanitarios y combatir eficazmente la plaga, la propia Junta de Sanidad tomó la resolución de designar comités que implantaran programas de salud.

Manila estaba dividida en diez *distritos sanitarios*. Cada uno tenía *regidores*, que compartían la autoridad suprema con la *junta local*. Esta última estaba compuesta por un médico municipal, el párroco y el *gobernadorcillo*.

Se organizaron *Brigadas Sanitarias* para proceder a desinfectar los recintos, trasladar los enfermos de sus casas a los hospitales y distribuir los desinfectantes, alimentos, ropa y combustible. El *inspector de manzanas* o inspector del bloque, se encargaba de realizar esta última tarea. Asimismo, se ocupaba de mantener la limpieza y el envío de la ayuda médica.

Las *juntas locales* estaban a cargo del registro de los acontecimientos diarios relacionados con los casos de cólera, elaborando estadísticas y proporcionando a los hospitales los materiales necesarios.

Entre los esfuerzos oficiales españoles para contener la enfermedad, se encontraban la configuración de informes consulares acerca de la existencia de epidemias de cólera en el extranjero, la adquisición de sofisticadas máquinas, la puesta en práctica de la medicina profiláctica y la utilización de sustancias desinfectantes. Asimismo, publicaban una serie de folletos para difundir las prácticas de higiene.

De estas prácticas españolas para controlar y combatir la plaga cabe colegir que se utilizaban los mismos métodos para proceder a la erradicación de otras plagas que golpeaban la ciudad y el campo tales como la viruela, las enfermedades venéreas y otras. De alguna manera, la eficiencia y el celo del gobierno colonial de Manila controlaron la ola de enfermedades que se abatía sobre la ciudad [26].

[26] C. Bascara, «Notes on Manila Cholera Epidemics (1820-1896)», *Dialogues*, 22 (abril 1988), pp. 28-45.

Cuando llegaron los americanos, se introdujeron en el país los logros médicos en epidemiología. Durante la primera década las epidemias del cólera continuaron asolando al país, pero los eficaces métodos americanos terminaron por controlar las secuelas de las enfermedades.

TERCERA PARTE

MANILA EN EL SIGLO XX

VI

EL PERÍODO NORTEAMERICANO

Demografía y sociedad

En el siglo veinte, y como resultado del conflicto de intereses entre norteamericanos y filipinos, comenzó a dibujarse el perfil de una serie de profundos cambios sociales. Como apunta sarcásticamente Francisco Arriola, no fueron los colores del amanecer en la bahía de Manila —los más suntuosos del mundo— los que atrajeron a los norteamericanos hacia las costas filipinas, sino motivos de índole económica e intereses imperialistas. Sin embargo, no debemos olvidar la eficaz actuación norteamericana en lo que se refiere a las enfermedades mortales, que se tradujo en un descenso considerable de la tasa de mortandad.

A finales del siglo pasado, por ejemplo, Manila y sus suburbios contaban con una población de casi medio millón, concretamente 340.000 habitantes. Sólo 16.000 vivían en la ciudad. Poco después de la guerra filipino-americana y tras las terribles epidemias de cólera que se sucedieron a principios de siglo, la población descendió a 220.000 personas en 1903. En los suburbios habitaban, por aquel entonces, 17.000 personas. Cuarenta años más tarde, el número se había triplicado hasta alcanzar los 633.000. Los suburbios —que habían aumentado en extensión de forma considerable— contaban ya con 225.000 habitantes.

En 1948, tres años después de la guerra del Pacífico, 984.000 habitantes poblaban Manila. En 1958 el número había ascendido a 1.243.000, mientras que en los suburbios había un total de 780.000 personas [1].

[1] McCoy y Roces, *op. cit.*, pp. 40-45.

En estos últimos años, Manila tenía una densidad de población de 49.736 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que la convertía en la ciudad más poblada del país. El censo de 1988 nos da la cifra de 1.835.290 habitantes, sin contar con los millones de residentes en el área metropolitana. Ya desde el comienzo de las hostilidades entre norteamericanos y españoles se adivinaba que las islas Filipinas no iban a resultar tan atractivas como Cuba —por aquel entonces un verdadero «caramelo»— para la economía norteamericana. La aprobación en el Congreso de la Enmienda Teller significó la posibilidad de que los Estados Unidos pudieran quedarse sin Cuba. En este tratado aparecía una cláusula que, supuestamente, rechazaba cualquier

> ...intento de ejercer la soberanía, jurisdicción o control sobre dicha isla, excepto con fines de pacificación de la misma y aún en dicha coyuntura, proclamaba su decisión de entregar el gobierno y el control del territorio a sus pobladores cuando la paz se hubiera consumado [2].

Mientras tanto, Dewey y su flota habían arrinconado a la decrépita escuadra española en la bahía de Manila. El 30 de abril de 1898 y en unas pocas horas, destruyeron a la que en su día fue la poderosa fuerza naval del imperio. Las noticias llegaron a Washington una semana más tarde, ya que Dewey había destruido los cables telegráficos que unían Manila con Hong Kong. La orden de enviar a Dewey a la bahía de Manila es difícilmente justificable en términos militares, a menos que el presidente McKinley se viera presionado por otras fuerzas tales como la que se derivaba de la política proteccionista que afectaba a la industria de la remolacha o lo que, en general, cabría denominar «política azucarera».

Durante la década de 1880, Filipinas se convirtió en el tercer productor de caña de azúcar, después de Cuba y Java. A pesar de que por entonces Filipinas, en comparación con Cuba o Hawai, no se había desarrollado tecnológicamente, ofrecía grandes extensiones de tierra cultivable y mano de obra barata. Esto colocaba en una situación de competencia desigual a los productores de remolacha americanos. Du-

[2] B. Salamanca, *The Filipino Reaction to American Rule*, Ciudad Quezón, 1984, páginas 158-159.

rante algunos meses, McKinley dudó sobre si disponer o no de las islas, aunque afirmó que las «vicisitudes de la guerra» le habían hecho cargar sobre sus espaldas con la administración de 7.100 islas. A pesar de todo siguió enviando tropas al país y alistando filipinos para luchar contra los españoles e incluso engañó al general Emilio Aguinaldo y a sus hombres, quienes prácticamente habían derrocado al gobierno español en su propio país.

McKinley buscó el apoyo popular para su decisión de quedarse con las islas Filipinas en virtud del principio general que consistía en «aferrarse a aquello obtenido mediante un gran esfuerzo». También buscó el apoyo de la corporación industrial para llevar a cabo lo que, en esencia, no era otra cosa que una aventura imperialista. Estaba convencido de que el país era rico en recursos minerales y ya en su primera expedición había enviado a un grupo de geólogos que desembarcaron en las islas junto con los soldados. La economía agraria de Filipinas y los siete millones de habitantes con que contaba, a duras penas podía convertir al país en un mercado prometedor para los grandes negocios norteamericanos.

El presidente norteamericano justificó más tarde el hecho de haber conservado las islas, anunciándolo como el «Hong Kong americano», una anexión que tendía a dar salida a las ambiciones financieras sobre intereses comerciales en China, ya que Manila nunca perdió la ventaja estratégica de ser un puerto comercial situado en el lejano Oriente.

CAMBIOS SOCIALES Y CULTURALES DERIVADOS DE LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA

Como resultado de la educación de las masas filipinas se produjeron cambios sociales que resultaban previsibles. Los primeros en enseñar el abecedario inglés a los filipinos fueron los propios soldados norteamericanos. En mayo de 1898, meses antes de que los españoles se rindieran al ejército de los Estados Unidos —lo cual sucedió en agosto del mismo año— el primer colegio se fundó en Corregidor. William McKinnon, capellán de los Primeros Voluntarios Californianos, prestó sus servicios como primer supervisor escolar (en circunstancias de gue-

rra)[3]. A pesar de todo, los filipinos aceptaron entusiasmados a sus profesores, que a su vez, eran soldados.

En un principio los Estados Unidos emplearon a los mismos profesores que enseñaban bajo el antiguo régimen para dar clases de enseñanza primaria en español. Es importante subrayar que hacia el final de la era colonial española, se habían introducido muchas reformas en la educación, incluyendo la creación de las escuelas normales que servían de seminario para los «religiosos y obedientes». Estas escuelas formaban al profesorado que se pondría al frente de los colegios de enseñanza primaria esparcidos a lo largo de todo el archipiélago. Entre las asignaturas había técnicas de enseñanza, civismo, pedagogía, historia sagrada, religión, aritmética, ciencias naturales, música vocal e instrumental y teoría y práctica de la escritura. Las mujeres también tenían acceso a los puestos de enseñanza, un privilegio de los últimos tiempos del imperio colonial español. Los norteamericanos se apresuraron a crear la enseñanza secundaria, pero el que los contenidos y métodos de enseñanza fueran anglosajones supuso una serie de pros y contras para el país.

La Comisión Taft intentó promover y extender la enseñanza primaria (de primero a cuarto curso), procurando abrir un colegio en cada barrio. Más tarde se crearían en cada *población* los medios necesarios para establecer la enseñanza en los cursos intermedios (de quinto a séptimo curso). Con la aprobación del Decreto 74 en enero de 1901, la Comisión Filipina establecía oficialmente la obligatoriedad de la enseñanza primaria y sentaba las bases de un plan de enseñanza integrado que contemplaba la formación profesional, la enseñanza media y la enseñanza superior a nivel universitario.

La eficiencia de la burocracia norteamericana quedó patente a la llegada de los «tomasinos», quienes, a través de la enseñanza, dejaron la huella de la americanización. Estos 523 profesores norteamericanos viajaron a bordo del *Thomas,* nave del ejército de los Estados Unidos y desembarcaron en las islas en agosto de 1901. Previamente, el *Sheridan* y el *Buford* habían llegado procedentes de San Francisco trayendo un cierto número de futuros profesores de inglés.

A los «tomasinos» se les asignaron los colegios de barrio para que difundieran no sólo los rudimentos de la nueva lengua, sino para que

[3] B. Aldana, *The Educational System of the Philippines,* Manila, 1949, pp. 8-14.

también preconizaran el evangelio del estilo de vida americano. Durante 50 años, hasta que el sistema educativo se reorientó hacia el filipinismo en los años 70 y 80, el entusiasmo con que se enseñó el inglés influyó en todos los aspectos de la vida del pueblo filipino.

En agosto de 1900 se implementaron una serie de nuevas medidas educativas tales como la instauración de un sistema moderno de colegios de enseñanza media, que incluía la obligatoriedad del inglés en todas las clases y de la asistencia a las mismas, la creación de escuelas normales de grado medio, la separación entre el Estado y la Iglesia en materia de educación religiosa y la fundación de escuelas industriales. Las escuelas de artes y oficios tenían en plantilla a 600 profesores. Más tarde se crearon la Escuela de Artes y Oficios de Filipinas y la Escuela de Comercio de Filipinas que se unían a la Escuela Normal de Filipinas como complemento de la política educacional.

La Comisión Filipina precisó que, como parte del *plan de pensionado,* los 300 mejores estudiantes de instituto –muchos de ellos mujeres–, serían becados para continuar sus estudios en el extranjero. La medida supuso una gran novedad, a pesar de que la educación en el extranjero era de rigor ya en los días de la *Propaganda.*

El Plan Faribault aseguró la no intervención de la Iglesia en la educación religiosa de los colegios públicos. Ésta fue una de las singulares medidas del período norteamericano. Para tranquilizar a los católicos no se prohibió la enseñanza del catecismo en los colegios públicos, si bien las clases de religión se reducían a una a la semana, eran de carácter voluntario y se necesitaba para asistir a ellas un permiso por escrito de los padres del alumno.

La propagación de la cultura norteamericana vino acompañada de una nueva política educacional. La imagen de amos coloniales que ofrecían los norteamericanos les fue impuesta a los filipinos «hasta el punto de hacerse molesta». El inglés, que se hablaba, leía y utilizaba en todas ocasiones, se convirtió en la lengua que posibilitaba el ascenso social, la lengua con la que los filipinos eran convenientemente gobernados por los norteamericanos. En otras palabras, el inglés era la lengua tutelar en la cultura norteamericana, por no decir en toda la moderna civilización occidental del siglo XX.

En un principio, su uso en los colegios públicos se debió al intento de economizar en la impresión de libros de texto, que tenían que ser traducidos al español y a las diferentes lenguas vernáculas. A pesar

de las medidas tomadas, la Comisión Monroe informó, tras encuestar a 32.000 filipinos de cuarto curso, que la mayoría tenía un nivel de lectura y escritura equivalente al de los alumnos norteamericanos de segundo curso. Hacia 1925 así estaban las cosas y con los años las medidas educativas fueron disminuyendo [4].

El país fue bombardeado con libros de texto creados para los nativos norteamericanos, con personajes como Dick o Jane que vivían en la calles Elm o Apple. Después llegaron los cómics y libros ilustrados, la radio, las películas y los ideales americanos que recordaban la sinceridad del joven George Washington que cortó el cerezo, la historia y el gobierno de los Estados Unidos, y muchas otras obras de lectura insidiosa y subliminal ideadas para generar una mentalidad colonial que aún hoy constituye una realidad.

Mary H. Fee, autora de un libro sobre su vida y su estancia en Filipinas, fue profesora de inglés en una escuela normal filipina. Afirmaba que la verdadera razón, desde su punto de vista, de que los filipinos desearan educarse, se basaba en su «impaciencia por ensombrecer la deshonra de la incultura y la imposibilidad de progresar que se cernía sobre ellos» [5].

I.V. Mallari, aventajado y temprano escritor en lengua inglesa, rindiendo homenaje a Mary H. Fee y a Lois Steward Osborne, publicó estas palabras en un programa que conmemoraba el 75 aniversario de las escuelas normales filipinas.

I.V. Mallari destaca que el éxito de Lois Osborne y Mary H. Fee se basó no sólo en su profesionalidad sino también en su «convencimiento sobre la capacidad de aprendizaje de los estudiantes». Como especialista en inglés y bibliotecología, estudió en la Universidad de Wisconsin y descubrió que las enseñanzas que había recibido de sus dos excelentes profesores de inglés le habían preparado de sobra para poder realizar estudios universitarios en el extranjero. Sobre su profesor de biología en la escuela normal de Filipinas recuerda no tanto sus clases como sus cualidades: la diligencia, paciencia y esmero que ponía en todo lo que hacía.

[4] M. Francisco y F. Arriola, *The History of the Burgis*, Ciudad Quezón, 1989, páginas 87-90.

[5] *Ibidem*, pp. 91-92.

La política norteamericana contribuyó a elevar la cultura de las masas y a crear opinión pública y libertad de prensa. Esto sucedía a principios del siglo XX a pesar de la existencia de una rigurosa censura y de leyes antisedicionistas. En 1903 el 18 % del pueblo estaba alfabetizado. El porcentaje aumentó hasta el 49 % en 1938, de éstos, el 90 % vivía en Manila. Ya en 1903, el 44,5 % de las personas mayores de diez años sabían leer al menos en una lengua. Los ingresos nacionales se multiplicaron por cinco en el mismo período [6].

Un perfil de los lectores nos muestra también que en 1905 los manileños leían prensa escrita en español o en tagalo, la lengua de la metrópoli. En el mismo año, existían cuatro periódicos en lengua inglesa que sólo eran leídos por los norteamericanos. En 1939 —34 años más tarde— el número total de ejemplares en circulación era de 1,4 millones, dividida como sigue: 722.000 para lectores de inglés, 358.000 escritos en lenguas vernáculas y 81.000 en español. El número de personas capaces de leer y escribir en inglés aumentó un 25 % en menos de 30 años.

En 1935 la tirada de los periódicos se desglosaba de la siguiente manera: el inglés *Herald*, 23.241 ejemplares, el tagalo *Mabuhay*, 21.492, el español *El Debate*, 18.129 y *La Vanguardia*, 13.606 [7].

El período que ocupa las dos o tres primeras décadas de la era norteamericana está marcado por hechos culturales de crucial importancia que se originan como reacción a la conmoción política y social que supuso la presencia de los estadounidenses. Sin embargo los filipinos, sobre todo los manileños, supieron conciliar el carácter propio de su nación con la «atrayente política» norteamericana de pacificación y, sin duda alguna, también de carácter represivo. El contacto con una cultura completamente ajena como la anglosajona dio como resultado el nacimiento de nuevos patrones culturales en teatro, literatura y medios de comunicación y la cultura popular comenzó a dejarse ver.

La sociedad de los manileños era un claro exponente de los cambios sociales y del impulso de esta era. No cabe duda de que los norteamericanos al elevar el nivel cultural, elevaron al mismo tiempo las expectativas de los filipinos. A finales de siglo ya existía un núcleo so-

[6] *Ibidem*, pp. 94-98.
[7] McCoy y Roces, *op. cit.*, p. 17.

cial dominante, el de los criollos o mestizos, los «principales» e «ilustrados», y todos ellos formaban parte de la crema de la sociedad. También constituían la élite intelectual, que leía, pensaba y hablaba en español, que se había formado en esta cultura y que estaba a punto de ser testigo del comienzo de su decadencia.

Sin embargo, por aquel entonces la literatura filipina escrita en español estaba en su máximo apogeo. De hecho, había vivido su momento cumbre con la novelística de Rizal. La literatura en español durante su período de auge dio lugar a una gran producción lírica, poesía épica, historias cortas, polémicas en verso, artículos periodísticos, panfletos políticos, dramas y novelas. Nick Joaquín opina que la literatura filipina en español de esta época está al mismo nivel que la de los grandes escritores españoles.

El creciente empuje de la escritura en español se debió a la relativa libertad de expresión de que disfrutaban los cultos, lo que contrastaba con la rigurosa censura ejercida durante el dominio español en Filipinas. Sus fuertes sentimientos nacionalistas se emplearon al servicio de la politización y a favor de una cruzada a favor de la independencia.

El español era el medio de comunicación de los burócratas y de la élite en los primeros años de la era norteamericana. Continuó utilizándose en los círculos comerciales, sociales, gubernamentales y religiosos. Los literatos hacían uso del espléndido brillo de su herencia cultural hispánica, castellana por la lengua utilizada, pero filipina por sus sentimientos y valores.

Por ejemplo, Fernando María Guerrero fue un poeta cuyos sonoros versos estaban empapados de exuberantes imágenes de su tierra natal. Gustaba de la poesía romántica y aludía en sus poemas a tipos populares como María Makiling. Otro poeta español fue Cecilio Apóstol quien continuó la tradición de Rizal. Uno de sus poemas evoca a pinceladas el encanto bucólico de los mangos, los carabaos, las chozas de nipa y la riqueza natural de su país.

Guerrero, Apóstol, Rafael Palma, Jesús Balmori o Claro M. Recto fueron grandes poetas que supieron expresar la multifacética herencia de los filipinos. Todos ellos fueron dignos del título de bardos «indohispánicos». Colectivamente representaban a la generación «perdida» que podría haber rivalizado con Lorca, Jiménez o el latinoamericano Rubén Darío. Además encaminaban a su joven nación hacia el firme

mantenimiento de su identidad (de la conciencia de su identidad centrada en Rizal) mediante la tierna evocación de un país sereno o el exaltado simbolismo de una bandera solitaria y triunfante.

Con el tiempo, estos poetas de habla hispana fueron ensombrecidos por el continuo flujo de escritores en inglés. En vanguardia estuvieron los imitadores durante el período formativo, también llamado período de aprendizaje literario. La fundación de la Universidad de Filipinas en 1908 fue uno de los factores determinantes de la evolución de los escritores en lengua inglesa. Los profesores norteamericanos de la Universidad de Filipinas y de la Escuela Normal de Filipinas como Fansier, Moore o Shannon fueron los tutores de la primera generación de escritores en lengua inglesa entre los cuales destacan Paz Márquez Benítez, Loreto Paras Sulit, Paz Latorena, Zoilo Galang, Máximo Kalaw, Fernando Maramag, Marcelo de Gracia-Concepción, Jorge Bocobo, Camilo Osías y Vidal Tan.

Maramba comentaba que el inglés se aprendió rápidamente y hubo literatura en inglés numerosa en lo que se refiere a la cantidad, si bien escasa en cuanto a calidad [8]. Sin duda, el tagalo era la lengua marginada y relegada al uso de las masas. Maramba también observó una cierta polarización de las tradiciones literarias. Los escritores en tagalo sintieron la influencia de los cristianos, los europeos y las tradiciones de los balagtas. Los escritores en lengua inglesa bebieron de la tradición romántica y realista de Longfellow, Poe, Irving, Hawthorne, de los victorianos, de Shakespeare, Milton y Chaucer. Estos autores bien pudieron haber sido elegidos por sus profesores por ejercer una influencia tranquilizadora en los ánimos de los filipinos, que por aquel entonces apostaban claramente por la sublevación.

La zarzuela fue la más floreciente de las respuestas culturales a los atropellados acontecimientos que se sucedieron a principios del siglo XX. Ya era popular 50 años antes y no parecía ser el género más apropiado para expresar sentimientos anticolonialistas, por lo que se convirtió en la manifestación cultural más directamente enfrentada a la represión norteamericana. La zarzuela representaba los sentimientos nacionalistas mediante alegorías o ridiculizando situaciones políticas y económicas del país.

[8] D. Maramba, *Outline of Philippine Literature in English*, Manila, 1979, p. 3.

¿Cómo se conseguía esto en la zarzuela? Aurelio Tolentino, Juan Cruz Matapang, Severino Reyes, Mario Martínez o Hermógenes Ilagan estuvieron al frente de esta reacción dramática contra el colonialismo norteamericano. El autor de zarzuelas recurría a escenas camaleónicas para evitar ser detenido. Cuando la independencia de Filipinas se veía aún muy lejana, los personajes representaban escenas realistas de la vida interna del país. La zarzuela destacó entre las otras manifestaciones culturales por su carácter audaz y su valentía.

Kahapon, Ngayon at Bukas de Aurelio Tolentino, está considerada como la más propagandística de las zarzuelas tagalas. Su trama combina realidad y ficción. El simbolismo político se manifiesta en forma de alegoría. La mejor escena es aquella en que la heroína rasga la bandera americana entre los aplausos del público. Después de otra escena en la que se corta la barba al águila sobreviene un motín, lo que atrajo la atención de la policía secreta.

La zarzuela reflejó determinadas actitudes sociales, satirizó el juego, las peleas de gallos, el monopolio chino del comercio, la relación trabajo-capital, la corrupción política y el materialismo. Estos temas fueron tratados en las siempre populares reposiciones de *Walan Sugat* de Severino Reyes, que se representó por vez primera durante este período.

La zarzuela unía declamación y música. Equivaldría a los espectáculos de Broadway, ya que incluía música, baile, canciones (que tenían un carácter ligeramente provocativo), interpretación, burla, comedia y trama (la base de nuestro teatro popular).

La oposición filipina a la colonización norteamericana utilizó manifestaciones artísticas que unieron el genio creador con los préstamos de otras culturas. Estos fueron los instrumentos de protesta contra los excesos y perjuicios que causaba el imperialismo y contra la injusticia social. En manos de los escritores tagalos que habían despertado a la conciencia social, como Lope K. Santos y Faustino Aguilar, la literatura tagala se llenó de un fuerte contenido socio-político. Se trataban temas que aún hoy continúan siendo relevantes: la lucha de clases, la violencia, los disturbios campesinos y las relaciones entre ricos y pobres. No fueron los poetas que escribían en español los que despertaron la conciencia social, ni los cultos, tutelados por la democracia, que escribían en inglés, sino los primeros poetas, novelistas y zarzuelistas que se expresaban en tagalo a principios de este siglo.

A pesar de la tendencia a desacreditar la influencia colonial norteamericana, algunos norteamericanos como Frank Laubach o Dean Otley Beyer fueron pioneros en grabar, preservar e interpretar la herencia colonial filipina, especialmente la de las minorías. También recogieron documentación sobre los cuentos, bailes y canciones populares.

Logros norteamericanos en el campo de la enseñanza pública

La enseñanza pública y privada creció a pasos agigantados. Tanto es así que actualmente los centros educativos regidos por el gobierno han quedado atrás. En 1900 se fundaron el Instituto de Mujeres, el Liceo de Manila y el Colegio Mercantil —hoy Universidad Nacional—, en 1901 el San Beda y el Silliman, en 1903 el Colegio Filipino, en 1904 el Ateneo de Rizal, en 1906 el St. Scholastica's College, en 1907 el Centro Escolar de Señoritas —ahora Universidad Centro Escolar—, en 1911 el Colegio de la Salle —hoy Universidad de la Salle—, en 1912 el Holy Ghost College —hoy College of Holy Spirit—, en 1914 el Instituto de Manila —hoy Universidad de Manila—, en 1915 el St. Theresa's Colleg, en 1919 el Far Eastern College —hoy Universidad Far Eastern—, y en 1920, el José Rizal College y el National Teacher College.

En los colegios ubicados en el original «cinturón universitario» de Intramuros que ya existían desde la época española, se introdujeron reformas radicales. La Universidad de Santo Tomás se trasladó a Sampaloc —su emplazamiento actual— y comenzaron a impartirse nuevos cursos de enseñanza, comercio, civismo, química, ingeniería de minas, arquitectura, enfermería y música.

El Ateneo de Manila, dirigido por los jesuitas, fue pasto de las llamas en 1937 y fue posteriormente trasladado a la calle Faura, cerca de la vieja Universidad de Filipinas, aunque más tarde se ubicó en el campus de Diliman en Quezón. El Letran College, el Santa Isabel, el Santa Rosa y el Santa Catalina modificaron su plan de estudios para satisfacer las demandas de la época y se trasladaron a otras partes de Manila [9].

[9] Alip, *op. cit.*, pp. 118-121.

Hoy día existen en la ciudad miles de fanáticos del deporte que siguen con apasionado interés los partidos de la Asociación Filipina de Baloncesto, que habitualmente «importa» jugadores norteamericanos. El baloncesto, el tenis, el badminton, el baseball, el softball, el volleyball o los bolos son novedades norteamericanas que proporcionaron cierto color al estilo de vida filipino.

Las ventajas de la americanización incluían la reorientación de los hábitos de consumo hacia la utilización de productos norteamericanos, que eran considerados superiores, adecuados y modernos. Santa Claus, las navidades blancas, las películas de Hollywood, las canciones de Broadway, los actores y actrices del país del oropel y los electrodomésticos formaron parte de los regalos del americanismo. Consiguieron encandilar la mente de los filipinos hasta tal punto que, de acuerdo con una encuesta de 1960, la mayoría de los filipinos afirmaba preferir la nacionalidad norteamericana.

Uno de los primeros *pensionados*, Carlos P. Rómulo —que llegó a ser presidente de las Naciones Unidas— expresó la gratitud de los filipinos hacia la «cultura» que habían traído los norteamericanos, la democracia, la enseñanza pública, la defensa, la riqueza, la prosperidad, el liberalismo y la igualdad.

La economía manileña durante el período norteamericano

La economía de mercado en Filipinas durante el régimen norteamericano se basaba en la exportación de materias primas que se enviaban a países industrializados y la importación de bienes manufacturados y productos de consumo. Manila, centro estratégico, basaba su hegemonía en el centralismo comercial, político y religioso que se había asentado durante el período español, desarrollando extraordinarios vínculos entre los mercados internacionales, el sistema colonial y el catolicismo. Estas fuerzas se extendían a lo largo de todo el país, si bien, desde un punto de vista administrativo, la ciudad ejercía el control real sobre las mismas [10].

[10] Doeppers, D. F., *Manila*, 1900-1941, Ciudad Quezón, 1984, pp. 8-14.

Dado que su economía estaba basada en una red de comercio marítimo internacional concentrada en Manila, la ciudad jugaba un papel muy importante. La tendencia al alza de la economía norteamericana hizo aumentar la demanda de bienes de consumo de exportación, mercado que ya había sido creado por los españoles en el siglo XIX. Como resultado de todo ello, aumentó el volumen de exportaciones y el empleo en el sector. Los ingresos crecieron y con ellos la demanda de productos norteamericanos manufacturados. La situación económica no ha cambiado sustancialmente en los últimos 50 años.

Antes de que acabara la primera década de la época norteamericana, el abacá o cáñamo de Manila constituía el grueso de los productos de exportación, situación que de algún modo se vio eclipsada por la exportación de aceite de coco a finales de la Primera Guerra Mundial. Manila contribuyó en gran medida a que las exportaciones aumentaran en el período 1911-1919, entre un 80 % y un 85 %. El período de prosperidad que resultó del «boom de la exportación» provocó un aumento «desproporcionado» del empleo en Manila.

Lo que acabamos de decir refleja que los norteamericanos fomentaron la idea de Horacio Alger acerca de la variedad empresarial. A ello contribuyeron las innovaciones científicas y tecnológicas. Se crearon una serie de empresas privadas y Manila constituyó el lugar escogido por las grandes firmas tales como la Atlantic Gulf and Pacific (A.G. & P.), que se ocupaba de la formación de empleados y directores. También estaba la Meralco, la compañía de inversiones norteamericana en la empresa pública, la Harvester Internacional, que subvencionaba a los agricultores de abacá o la Compañía Ferroviaria Filipina que contribuyó a desarrollar la agricultura. La Alatco y la Benguet Corporation también formaron parte de este variado mundo empresarial.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la industria textil marchaba sobre ruedas y se crearon otras compañías tales como la Lusteveco, el Banco del Pueblo, un banco comercial o la Compañía Filipina de Embalaje, que empaquetaba fruta de todo el país. Más tarde, estas empresas fueron nacionalizadas junto con Meralco, A. G. & P., Lusteveco, Maderas Insulares y la Procter and Gamble Company [11].

El estatus económico de cualquier país está determinado por su realidad política. A partir de 1893, el 37 % de los intercambios comer-

[11] Francisco y Arriola, *op. cit.*, p. 93.

ciales filipinos se realizaban con Inglaterra. El 90 % con China y Hong Kong, el 18 % con España y el 10 % con los Estados Unidos. El cáñamo y el azúcar eran los productos más exportados (constituían el 75 %) junto con la copra, el tabaco, el maíz, el arroz, el índigo, las perlas y otros productos agrícolas. En el artículo IV del Tratado de París de 1898 se prohibía el comercio entre España y Filipinas que pudiera perjudicar a los productos. Tras la expiración del mismo en 1909, se aprobó la Ley Payne-Aldrich, a pesar de la oposición de la élite. Dicha ley abogaba por una política «abierta» con el fin de que los productos norteamericanos pudieran entrar al país a cambio de que productos filipinos como el tabaco, azúcar, abacá o aceite pudieran entrar en los Estados Unidos sin satisfacer ningún arancel aduanero, siempre y cuando no excedieran determinadas cuotas.

La ley, junto con la Ley Arancelaria Filipina, reguló las relaciones mercantiles hasta el final del mandato Taft. Los productos filipinos, exceptuando el arroz, se admitían sin tasas aduaneras mientras no excedieran las cuotas establecidas, en cuyo caso debían pagar aranceles. Las cuotas eran: 300.000 toneladas de azúcar, 300.000 libras de tabaco liado y picadura de tabaco con más del 15 % liado, 1.000.000 de libras de picadura de tabaco y 150.000.000 de puros. Asimismo, los productos podían contener algún material importado, siempre y cuando éste no excediera el 20 % del valor del producto.

La oposición a la ley argüía, según los informes de Salamanca [12], que con el tiempo, sus efectos serían perjudiciales para la economía filipina, ya que convertiría a las islas en un país perpetuamente dependiente de los Estados Unidos. Otro argumento en contra se basaba en la sospecha de que sólo se beneficiarían los grandes intereses económicos de modo que a la larga la economía sería prisionera de las grandes compañías. A pesar de ello, la ley fue aprobada en 1910. Después de un año de libre mercado, las exportaciones de azúcar habían aumentado un 90 % por encima de las previsiones. La industria azucarera experimentó una expansión sin precedentes del 47,2 % dos años después. Lo mismo sucedió con los puros —un 37,20 de incremento— pasando del 0,5 % en 1901 al 56,56 % en 1910 y 63,33 % en 1911.

Las importaciones en Filipinas aumentaron más rápidamente que las exportaciones, produciéndose un fuerte desequilibrio. Salamanca

[12] Salamanca, *op. cit.*, pp. 105-133.

afirma que desde el principio los norteamericanos adoptaron el sistema de Títulos Torrens, documentos que permitían certificar la propiedad de la tierra. También intentaron simplificar los métodos mediante los cuales se podían adquirir propiedades agrícolas públicas. Compraban «los terrenos de los frailes» para entregarlos a los arrendatarios.

Pero quizás debido a lo novedoso del sistema, los filipinos no respondieron tan positivamente como se esperaba, o probablemente porque los granjeros sospecharon que aumentarían los impuestos con la nueva inspección del catastro. Incluso la iniciativa de las granjas, el método más sencillo para adquirir 40 acres de terreno público cultivable, no tuvo mucha aceptación. Lo mismo sucedió con las tierras compradas a los frailes, que no podían ser vendidas a los granjeros por ser demasiado caras.

En 1932 los norteamericanos retuvieron el 50 % de las inversiones para granjas y bienes. También consiguieron el control del 33 % del azúcar de Filipinas. Los puestos de trabajo que se generaron en Manila —importante puerto marítimo— estaban relacionados con los transportes, el marketing y la manipulación de las cargas. La política librecambista, si bien fue causa directa de un determinado grado de prosperidad, estaba controlada por los precios y los criterios norteamericanos. De esta manera, las telas bordadas, uno de los productos que más se exportaba, fue reclasificado como artículo de lujo y la industria se hundió inmediatamente. Los efectos negativos de la política de librecambio aún se dejan notar en la economía actual [13].

Manila importaba y exportaba una gran cantidad de productos de los que carecía la ciudad. No había bienes de consumo nacionales. Los treinta primeros años del siglo presenciaron un rápido desarrollo y decadencia, así como un estancamiento de la industria.

La fábrica de tejidos de algodón Tondo y Malabón, con 220 trabajadores, producía toscas camisetas hechas de algodón norteamericano. Se fundó en 1900, pero tuvo que cerrar en 1913 debido a la mala gestión. Más tarde, Vicente Madrigal volvió a abrirla, pero no producía grandes beneficios y hubo de ser cerrada de nuevo. Existía demanda de productos nacionales tales como las *chinelas*. En 1913 había empleados unos 251 trabajadores en la industria textil. En los años veinte,

[13] *Ibidem*, p. 132.

cuando hubo que modificar la política librecambista debido a las presiones del proteccionismo norteamericano en el extranjero, el comercio europeo y japonés penetraron en Filipinas [14].

Tanto la industria como el mercado sufrieron los problemas derivados de la reducida producción y los escasos beneficios, a pesar de la existencia de muchos factores positivos determinantes: una gran demanda de productos de exportación, materias primas adecuadas, buena mano de obra y un eficaz sistema para dar salida a los productos en el mercado. En 1934 la salvación para la economía nacional llegó de la mano del Proteccionismo Económico Nacional. La comisión estaba encabezada por Don Toribio Teodoro.

El pilar de apoyo y espina dorsal de la economía estaba constituido por el sector de los transportes. En términos generales, los norteamericanos mejoraron dicho sector, contribuyendo a su rápida modernización. El ferrocarril de Manila-Dagupán, empresa perteneciente a Higgins, pasó finalmente a manos filipinas en 1916. La empresa expandió sus líneas de Manila a San Fernando, La Unión. Se construyó desde Manila una línea de ferrocarril en dirección al sur de 474 kilómetros de longitud que llegaba hasta Legazpi y Albay, así como otras líneas desde Manila a Del Carmen, Stotsenburg, Magalang, Arayat, Pampanga; otras de Manila a San Quintín y Pangasinán y por último, líneas que iban de Manila a Cabanatuán y San José, Nueva Écija. Manila también estaba enlazada por ferrocarril con Rizal, Laguna y Batangas. La vía férrea abarcaba en total una distancia de 983 kilómetros [15].

Las carreteras también trajeron el progreso económico. En 1914 el gobernador Forbes anunciaba la existencia de 7.079 kilómetros de carretera que unían Manila con las provincias y 2.091 kilómetros de carreteras costeras y rutas de montaña. En Manila el puente de Santa Ana, el de Ayala, el puente de Quezón y el puente Jones fueron remozados en diversas ocasiones.

Viajar entre las islas resultaba posible gracias a empresas navieras tales como la Compañía Marítima y los ferries y barcos de Yangco. Los Elizalde, una antigua familia criolla, eran propietarios de otras compañías. Fue en esta época cuando se construyó el dique 7, uno de

[14] Oeppers, *op. cit.*, p. 29.
[15] Alip, *op. cit.*, pp. 220-229.

los mejores y más grandes del mundo, reconstruido más tarde con el nombre de dique 13. Manila tenía la reputación de ser un buen puerto natural. Sus muelles, de casi diez metros de anchura, satisfacían las crecientes necesidades de los buques.

El Departamento de Obras Públicas exigía cinco días de trabajo al año de los barrenderos para mejorar el ferrocarril y los servicios portuarios. También se ocupaba de supervisar la construcción de escuelas, mercados públicos y el tendido eléctrico. De 1902 a 1913, los habitantes de la ciudad se beneficiaron de la existencia de 90 kilómetros de tendido.

El primer automóvil apareció en 1903. Las calles de la ciudad eran una jungla de calesas y tranvías, pero muy pronto las estrechos callejones, ideados para el paso de peatones y carros, fueron mejorados con ayuda del cemento. En 1912 se aprobó una ley sobre vehículos de motor [16]. En ella se tenían en cuenta los nuevos medios de transporte. El gobernador Cameron Forbes, sin embargo, afirmó que sólo se construirían carreteras en las zonas que necesitaran transportar los productos de su cosecha. Pero a la gente no le importaba pagar más impuestos si ello contribuía al progreso económico y al proceso de urbanización de la ciudad.

El período de la Commonwealth

Tres jóvenes filipinos —Manuel L. Quezón, Sergio Osmeña y Manuel Roxas— entraron en la escena política a principios de la segunda década de este siglo y se convirtieron en líderes del movimiento independentista filipino [17]. Aunque se educaron en Manila, habían nacido en provincias, Quezón en Tayabas, rebautizada más tarde como provincia de Quezón, Osmeña y Roxas en las provincias de Cebú y Cápiz, respectivamente. Sin embargo, pasaron la mayor parte de su juventud y prácticamente el resto de su vida en Manila, razón por la cual se consideraban manileños.

[16] *Ibidem*, p. 209.

[17] Para un excelente trabajo sobre el movimiento, *vid.* B. Reyes Churchill, *The Philippine Independence Missions to the United States 1919-1934*, Manila, 1983. Los datos empleados en esta sección fueron tomados del libro de Reyes Churchill.

Resulta interesante señalar que los tres —Quezón, Osmeña y Roxas— llegarían a ser presidentes del país por cuya independencia tuvieron que luchar con ahínco. De los tres, probablemente Quezón sea el personaje más impresionante y llamativo.

Manuel L. Quezón (1878-1944) era hijo de mestizos españoles, maestros en Baler, una pequeña ciudad de la provincia de Tabayas. El escaso sueldo que sus padres percibían como maestros, a duras penas servía para cubrir las necesidades básicas de la familia.

Quezón se licenció en artes y leyes en Letrán y Santo Tomás respectivamente. Al tiempo que estudiaba, trabajaba para ganarse la vida. Interrumpió sus estudios para servir en el ejército de Aguinaldo, en donde ascendió del grado de teniente a comandante. Se rindió tras la ocupación norteamericana de Manila el 1 de abril de 1901.

Dos años más tarde, se presentó a los exámenes del foro, que aprobó en abril de 1903. Practicó su profesión en Manila y en su provincia natal ganando dinero y, al mismo tiempo, una considerable reputación como defensor de los pobres frente a la explotación de los ricos. En abril de 1904 obtuvo el cargo de fiscal provincial de Tayabas.

Un año más tarde fue elegido gobernador de su provincia y, en 1907, miembro de la primera Asamblea Filipina. Tras su primer viaje al extranjero, en 1908, en el que conoció Oriente, Europa y América, fue elegido como uno de los dos comisionados de la Asamblea Residentes en Washington. Allí inició su campaña en pro de la independencia de Filipinas [18].

La vida de Sergio Osmeña —colega y amigo de Quezón— fue, hasta cierto punto, paralela a la de éste. Nació en la ciudad de Cebú el 9 de septiembre de 1878 de padres chinos mestizos. Tras estudiar en el colegio local de San Carlos marchó a Manila para proseguir sus estudios.

Al igual que Quezón, Osmeña estudió en Letrán y en Santo Domingo. También la guerra interrumpió sus estudios y, como Quezón, sirvió en el ejército revolucionario. Después de la ocupación norteamericana de Manila regresó a su ciudad natal, Cebú. Allí fundó un periódico, *El Nuevo Día*, para mantener vivos los ideales de la revolución.

[18] Para un extenso trabajo sobre la vida de Quezón, *vid. M. Quezon, The Good Fight*, New York, 1946. Con una introducción del general Douglas McArthur.

Tras aprobar los exámenes del foro en 1903, trabajó como fiscal de su provincia. Tres años después fue elegido gobernador de la misma. Alcanzó gran prestigio en el país al ser elegido presidente de la primera Asamblea Filipina. Al igual que su amigo Quezón, se convirtió en un distinguido líder del movimiento independentista de su país [19].

Aquí terminan las similitudes entre Quezón y Osmeña, ya que en lo que se refiere a sus respectivas personalidades, eran polos opuestos. Quezón era dinámico y enérgico, mientras que Osmeña era reservado y anodino. Mientras que Osmeña se caracterizaba por su serenidad, paciencia y temple metódico, Quezón era impaciente, explosivo y de temperamento acalorado.

Manuel Roxas completaba el triunvirato de líderes del movimiento independentista. Nació en el seno de una familia adinerada en la ciudad de Cápiz (en la actualidad, Roxas), provincia de Cápiz, el 1 de enero de 1892. Aunque de habla hispana, Roxas fue educado siguiendo las pautas del sistema anglosajón creado por los norteamericanos.

Roxas representa la ruptura entre la generación de líderes formados en español, como Quezón y Osmeña y la de los líderes de habla inglesa como él mismo. A pesar de todo les unía el fervor patriótico, un intenso nacionalismo y el sueño de conseguir la libertad para las Filipinas.

Roxas se graduó en derecho en la recién inaugurada Universidad de Filipinas y aprobó los exámenes del foro en 1913. Entró en política en 1917. Dos años después fue elegido gobernador de su provincia. Desde entonces su trayectoria política siguió una línea ascendente. Se le eligió para la Cámara de Representantes de la provincia de Cápiz. Ya en su primer mandato se le nombró presidente, cargo que desempeñó desde 1922 hasta 1933. Fue durante esta época cuando Roxas se interesó en la campaña a favor de la independencia. En 1923 Roxas fue a Washington por primera vez a presentar la solicitud de la asamblea legislativa filipina de destitución del gobernador general Wood, a quien se consideraba perjudicial para los intereses de la independencia filipina. Roxas regresaría a la capital de los Estados Unidos en otras

[19] Para la vida, trabajo y logros de Sergio Osmeña, véase su biografía condensada, Sergio Osmeña: Architect of Filipino Nationality en G. F. Zaide, *op. cit.*, *Great Filipinos in History*, pp. 351-357.

ocasiones para luchar por la independencia de Filipinas, pero el reconocimiento lo consiguió como líder de la delegación Osmeña-Roxas (más conocida como la Misión OS-ROX), cuyas negociaciones fueron las más prolongadas (de 1931 a 1933) de todas aquellas que asumieron los filipinos. También se consiguió la aprobación de la Ley Hare-Hawes-Cutting el 17 de enero de 1933, que supuso el primer paso importante en la consecución de la independencia de Filipinas. Asimismo, se presentaron al Congreso norteamericano muchos otros proyectos de ley que contemplaban la independencia del país.

Desde un primer momento, Quezón, Osmeña y Roxas encabezaron las delegaciones. Éstas fueron promovidas principalmente por el Partido Nacionalista, mayoritario, al que pertenecían Osmeña y Quezón. También algunos líderes del Partido Demócrata, minoritario, formaron parte de las delegaciones, aunque sólo fuera para dar una impresión de representatividad y unidad entre los líderes filipinos.

Los norteamericanos no prometían nada en concreto, sino que sólo garantizaban la independencia en un futuro próximo. Sin embargo, en 1916, se aprobó la Ley Jones, que incluía la premisa de la instauración de un gobierno estable. Esta Ley hizo que los filipinos entendieran que podían obtener la independencia si presionaban políticamente y mantenían una activa campaña pro independencia en Washington. En este sentido, se organizó el Comité de Independencia con el propósito de conseguir la pronta liberación de Filipinas y se enviaron delegaciones parlamentarias a Washington para solicitar directamente la independencia.

Manila se entusiasmó anticipadamente y en el aire flotaba un ambiente festivo y optimista cuando la primera delegación parlamentaria partió hacia los Estados Unidos en 1919. Estaba compuesta por cuarenta filipinos en representación de los partidos políticos y los sectores profesionales, comerciales y agrícolas y al frente de la misma se encontraba el presidente del Senado, Manuel L. Quezón. Por aquel entonces, los Estados Unidos estaban agobiados por los problemas políticos y económicos derivados de la guerra, y no carecían del tiempo necesario para deliberar sobre los asuntos que afectaban a la independencia de Filipinas.

Aunque los funcionarios de Washington estudiaron la petición, no propusieron ninguna solución definitiva para Filipinas, convencidos de que las islas aún no estaban preparadas para la independencia.

Sin embargo, los filipinos no se rindieron y enviaron nuevas delegaciones a Washington en 1923, 1924 y 1925. La administración Coolidge acabó con las esperanzas de los filipinos en 1924 al declarar que la tarea de los Estados Unidos en Filipinas aún no se había completado y que, por lo tanto, la independencia de las islas no era negociable.

En este estado de cosas, fueron ciertos sectores de la sociedad norteamericana —trabajadores, agricultores y el sector azucarero— los que, sin proponérselo, procuraron al movimiento independentista el empuje que necesitaba. Ciertos grupos de trabajadores norteamericanos, preocupados por la llegada incontrolada de mano de obra barata filipina y los agricultores alarmados por la libre entrada de productos filipinos tales como el azúcar o el aceite de coco, unieron sus fuerzas para intentar crear un marco legal para la independencia de Filipinas.

La persistencia de los filipinos se vio recompensada finalmente con la aprobación de la Ley Hare-Hawes-Cutting (llamada así por los responsables del proyecto de ley en ambas Cámaras del Congreso), el 17 de enero de 1933. El logro se debió, fundamentalmente, a los esfuerzos realizados por la delegación Osmeña-Roxas.

El decreto suponía la creación de una Commonwealth de diez años de duración, hasta que le fuera concedida la independencia a Filipinas el 4 de julio de 1946. Después de que el presidente aprobara la constitución, se proclamarían elecciones para elegir a los funcionarios del gobierno de la Commonwealth. Los norteamericanos podrían mantener las bases comerciales, navales y militares en Filipinas incluso después de otorgada la independencia.

Aun a sabiendas de que era la mejor oferta que cabía obtener de los norteamericanos, los legisladores filipinos rechazaron la Ley Hare-Hawes-Cutting debido, como se comentó, a las maquinaciones de Quezón. La Asamblea Legislativa presentó una serie de objeciones. Las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y Filipinas, según se desprendía del proyecto de ley, ponían en peligro las claras pretensiones independentistas de Filipinas. Las cláusulas referidas a la inmigración limitaban el número de inmigrantes filipinos a 100 al año, lo que ofendió su sensibilidad. La presencia militar y comercial, tal y como se contemplaba en el proyecto, resultaba incompatible con la independencia de Filipinas.

El propio Quezón afirmó que podría conseguir un proyecto de ley mejor. En noviembre de 1933 marchó a los Estados Unidos acompañado de una comisión legislativa mixta en busca de mejores condiciones para la independencia. Quezón obtuvo la Ley Tydings-McDuffie (denominada así por los responsables del proyecto de ley en el Congreso), una copia, con distinto nombre, de la antigua Ley Hare-Hawes-Cutting. Esta segunda ley anulaba el abastecimiento de las reservas militares y proponía acabar con los asentamientos de bases navales. Sin embargo, lo más importante fue que «Quezón lo consiguió y fue aclamado como héroe del pueblo».

La Asamblea Legislativa filipina aceptó unánimemente la Ley Tydings-McDuffie en mayo de 1934. Dos meses después, el 10 de julio de 1934, los filipinos eligieron a los 202 miembros de la Asamblea Constituyente encargada de redactar el borrador de la constitución. El 30 de julio se reunió la asamblea por vez primera. El borrador reflejaba la experiencia de los filipinos y estipulaba la separación de Iglesia y Estado, el derecho a veto del presidente, y el poder absoluto para el mismo en tiempos de guerra o en situaciones de emergencia. La constitución era tan flexible que, según apunta un estudioso del tema, «permitía el paso de la república a una dictadura temporal, pero renovable».

El 8 de febrero de 1935 la asamblea aprobó la constitución. Un mes más tarde, el 23 de marzo, lo hizo el presidente Franklin D. Roosevelt. El 14 de mayo de 1935 fue ratificada por plebiscito. Durante las elecciones de septiembre para elegir a los altos funcionarios de la Commonwealth, la facción liderada por Quezón, Osmeña y Roxas derrotó a la encabezada por el general Emilio Aguinaldo y el obispo Gregorio Aglipay.

Manila, sede del poder político: la política de partidos en Filipinas y la lucha por el liderazgo

Los filipinos combatieron la colonización norteamericana desde tres frentes: la literatura, la lucha armada y la política. Algunos intelectuales, ilustrados, gentes de clase media e individuos pertenecientes a la élite optaron por esta última vía, convencidos de que era el método más pacífico para conseguir la independencia.

En un principio, los norteamericanos persiguieron a los partidos políticos, especialmente a los que en sus programas electorales abogaban por la independencia, como el Partido Nacionalista, fundado por Pascual Poblete en 1901, el Partido Demócrata de José María de la Viña y el Partido Independentista.

El Partido Federal (denominado peyorativamente el partido de los «americanistas» o «colaboracionistas» tales como Cayetano Arellano, T. Pardo de Tavera, Benito Legarda, Florentino Torres, etc...) contaba con la bendición de los norteamericanos. Dicho partido proponía en su programa la admisión de Filipinas como un estado más de los Estados Unidos. Posteriormente su programa cambió, asumiendo el creciente sentimiento independentista de los filipinos y orientándose hacia la consecución de la independencia del país.

En 1905, el gobernador general Henry C. Ide levantó la prohibición de los partidos políticos anticipándose a las elecciones de la Asamblea Filipina de 1907, que más tarde se convertiría en la Cámara Baja. Se fundaron muchos partidos proindependentistas como el Comité de la Unión Nacional, el Partido Urgentista o el Partido Independentista Inmediatista que posteriormente se fusionaron con el Partido Nacionalista. En las elecciones, el nuevo partido consiguió la mayoría. Ello ponía de manifiesto el anhelo de independencia de los filipinos, muy a pesar del Partido Federal apoyado por los norteamericanos.

El asambleísta Osmeña fue elegido presidente de la asamblea, mientras que Quezón fue designado Jefe de la mayoría. Sin embargo, el Partido Nacionalista se veía perturbado por las rivalidades personales y la ambición de sus miembros. Quezón abandonó el partido y fundó el Partido Nacionalista-Colectivista acusando a Osmeña de actitud dictatorial. Más tarde, Osmeña fundó el Partido Nacionalista Unipersonalista, convencido de que el poder debe estar centralizado para mantener la disciplina interna.

Los Colectivistas y los Unipersonalistas se unieron de nuevo formando el Partido Nacionalista Consolidado cuando Quezón y Osmeña consiguieron escaños en el Senado. Quezón fue elegido presidente del mismo.

Sin embargo, surgió una amarga enemistad entre Quezón y Osmeña derivada de las negociaciones en Washington respecto al tema de las leyes Tydings-McDuffie y Hare-Hawes-Cutting.

En consecuencia, el Partido Nacionalista Consolidado se dividió entre los pronacionalistas del ala de Osmeña, y los antinacionalistas, pertenecientes al bando de Quezón.

Temiendo Quezón y Osmeña que sus rivales Emilio Aguinaldo y el padre Gregorio Aglipay pudieran vencerles, los dos sectores del partido se unieron para las elecciones presidenciales de la Commonwealth. Finalmente, Quezón fue elegido presidente y Osmeña vicepresidente.

Tras la muerte de Quezón y el final de la Segunda Guerra Mundial, Roxas abandonó el Partido Nacionalista y fundó el Partido Liberal.

De este modo, desde 1946 hasta 1972, la vida política del país ha estado dominada por el Partido Liberal y el Partido Nacionalista [20].

Manila durante el período de la Commonwealth

El 15 de noviembre de 1935 los manileños festejaron la inauguración de la Commonwealth filipina. Medio millón de personas se arremolinaban en los jardines Mehan para presenciar el histórico evento y poder ver a sus líderes Quezón y Osmeña y a otros visitantes extranjeros como el vicepresidente norteamericano John N. Garner y el Secretario de Guerra George Dern, enviados en representación de Roosevelt y el pueblo norteamericano a la ceremonia inaugural. Quezón, Osmeña y los 98 miembros de la Asamblea Nacional prestaron juramento ante los vítores de su pueblo.

Sin embargo, la puesta en práctica del gobierno mancomunado no pudo hacerse bajo peores auspicios. Ya corrían rumores de una posible guerra mundial. Las tropas italianas de Mussolini estaban bombardeando Etiopía, Hitler había subido al poder y los japoneses se enfrentaban a Chiang Kai-Shek en China.

En mayo de 1935, pocos meses antes de la entrada en vigor de la Commonwealth, más de 60.000 campesinos sakdalistas atacaron las provincias que rodean Manila y se temía incluso un ataque sobre la

[20] Para una historia detallada de los partidos políticos de Filipinas, *vid.* McCoy y Roces, *op. cit.*, pp. 255-311.

propia ciudad. Ayudado por Japón, el líder sakdalista Benigno Ramos, que había iniciado su lucha en principio para combatir a Quezón y al Partido Nacionalista, se convirtió en el símbolo liberador de las masas oprimidas por los ricos.

Los sakdalistas, al igual que otros movimientos campesinos, atrajeron a las masas prometiéndoles acabar con la opresión de los terratenientes y hacer pasar a sus manos la propiedad de los grandes latifundios. Pero estos movimientos, incluido el sakdalista, pronto fueron anulados por las tropas gubernamentales. Sin embargo, ejercieron un profundo influjo en los proyectos de justicia social de Quezón, los cuales derivaron en la puesta en marcha de programas para la reforma agraria. Los jornaleros abogaban por un salario decente y, a pesar de los esfuerzos de Quezón, campesinos y trabajadores unieron sus esfuerzos y se sublevaron. Los caciques y propietarios de las grandes haciendas organizaron ejércitos propios para afrontar cualquier eventualidad. A su vez, los líderes de los trabajadores se organizaron para luchar por sus derechos.

Los extranjeros controlaban la economía del país. Los productos filipinos de exportación como el azúcar, aceite de coco, el cordel o el abacá estaban destinados exclusivamente al mercado norteamericano y la minería, los servicios públicos, las telecomunicaciones y la industria estaban controlados por compañías norteamericanas.

Los chinos, por otro lado, controlaban el 70 u 80 % del comercio al por menor, mientras que los intereses japoneses, centrados en la industria del abacá, tenían su base en Davao, provincia de Mindanao. Como era de esperar, se tomaron medidas contra los chinos. En 1941, el consejo de Manila aprobó un decreto prohibiendo toda clase de negocios en los mercados públicos a aquellas personas que no fueran filipinas o norteamericanas.

El gobierno aprobó una ley limitando a quinientos al año el número de inmigrantes que podían entrar a Filipinas. Los chinos y japoneses consideraron discriminatoria dicha ley, ya que ésta no afectaba a los norteamericanos.

Los esfuerzos de Quezón por crear un idioma nacional coincidían con la disposición constitucional de adoptar una lengua común basada en las lenguas nativas existentes. Una lengua nacional proporcionaría unidad e identidad al país.

El 13 de noviembre de 1936 se fundó el Instituto del Idioma Nacional que estudiaría las diferentes lenguas que convivían en Filipinas con objeto de adoptar un idioma nacional elaborado en base a uno de los dialectos del país. En noviembre de 1937 el Instituto sugirió el tagalo como base del idioma nacional. En junio de 1940 se dispuso que en todos los colegios se enseñara esta lengua. Con el tiempo, el tagalo se convertiría en una de las lenguas oficiales del país.

Quezón también dirigió sus esfuerzos hacia la defensa. Empleó al general Douglas McArthur, por aquel entonces oficial norteamericano retirado, para que organizara un ejército filipino. Para el final del período de diez años de la Commonwealth, se había planeado la creación de un ejército regular de 10.000 hombres, incluyendo a la policía filipina y una fuerza en la reserva de 400.000 soldados. La creación de la armada y de unas fuerzas aéreas nacionales también estaban contempladas en el programa de defensa. Estos planes no pudieron llevarse a cabo debido a causas de fuerza mayor: la invasión japonesa.

Mientras tanto, Manila y los manileños vivían tranquilamente, sin darse cuenta de la tormenta que se les venía encima. El centro de la ciudad seguía estando amurallado —una ciudad dentro de otra— pero Manila continuó creciendo. Hacia el norte, creció en dirección a Tondo, el distrito más poblado de Manila, en donde se apiñaban las chozas de bambú. Más allá se encontraba el Katipunan, adecuadamente denominado la «cuna de la revolución».

Muy cerca de todo ello estaba Binondo, el centro comercial de la ciudad con sus tiendas extranjeras ubicadas en el Muelle de la Industria, junto al río en el que atracaban los barcos que realizaban viajes a las demás islas. Los chinos, que prácticamente monopolizaban el comercio al por menor, tenían sus tenderetes en la calle Rosario, aunque la calle principal era Escolta, donde podían encontrarse las tiendas de moda. Casi todas pertenecían a españoles.

Más allá de Escolta estaba el distrito de Santa Cruz, donde empezaban a situarse nuevas tiendas y cuya Avenida Rizal se convertiría en rival de la calle Escolta. Hacia el este quedaba San Miguel, cerca de Malacañang, donde vivían las familias filipinas de rancio abolengo, los españoles ricos y las familias mestizas en sus casas de ladrillo y piedra. Más lejos estaba el distrito de Sampaloc, por entonces zona residencial en cuyos campos inundados flotaban los nenúfares.

En la parte sur de la ciudad estaban Malate y Ermita, donde vivían los mestizos y la élite y al este los distritos de Paco y Santa Ana, con sus campos cubiertos de hierba.

Algunas zonas recuperadas por los norteamericanos se extendían hacia el oeste, fuera de las murallas, mientras que en el cercano parque Luneta estaban el paseo, el edificio Elks Club y el quiosco en donde la banda de la policía municipal daba conciertos por las tardes.

Gracias a los tranvías y autobuses o a las omnipresentes calesas, resultaba posible viajar de un lado a otro de la ciudad. Algunos teatros de variedades aún permanecían abiertos y se construyeron cines para satisfacer las demandas del público.

Vivir en la Manila de preguerra era muy barato. Una comida en Santo Tomás consistente en arroz y dos platos costaba 15 centavos (lo que hoy serían 100 centavos, equivalentes a un peso y un dólar americano equivale a 28 pesos). En un restaurante, una ración de arroz costaba tres centavos y un plato a elegir, cinco centavos. Por cinco centavos se podía tomar un desayuno. Con 20 pesos se podía organizar una fiesta en casa en toda regla.

Reinaban la paz y la seguridad, incluso las jovencitas podían andar por la calle a las ocho de la tarde sin que nadie las molestara. Los ciudadanos confiaban en la administración de justicia y en las fuerzas policiales de Filipinas y Manila, que se merecían el respeto y la confianza que el pueblo había depositado en ellos.

Toda esta paz, seguridad y relativa prosperidad de que disfrutaban los manileños no parecía en absoluto presagiar el caos y el desorden que trajo la guerra que acechaba a la vuelta de la esquina.

Manila y la ocupación japonesa

La invasión japonesa fue súbita y repentina, aunque no inesperada. En Manila y las demás grandes ciudades filipinas se venían practicando simulacros de evacuación. En julio de 1941 se simuló un apagón en Manila y en octubre del mismo año otro a escala nacional [21].

[21] Se han escrito y publicado mucho libros acerca de la ocupación japonesa de las Filipinas. Dos de los mejores son: T. A. Agoncillo, *The Fateful Years: Japan's Adventure in*

Tras el imprevisto ataque a Pearl Harbour, el 8 de diciembre de 1941, los aviones japoneses dejaron caer sus bombas en las instalaciones militares de Baguío y en otros emplazamientos. El aeródromo de Clark, en Luzón y la base aérea Nichols, próxima a Manila, fueron las más afectadas. Mientras tanto, las tropas japonesas aterrizaban en el norte y el sur de Luzón y se apoderaban fácilmente de las bases aéreas y las estaciones de ferrocarril. La fuerza naval y aérea norteamericana, tan necesaria entonces para la defensa de Filipinas, había sido prácticamente aniquilada el 12 de diciembre. Las Fuerzas del Ejército de los Estados Unidos en el Extremo Oriente (USAFFE), comandadas por el General Douglas MacArthur, mal entrenadas y peor equipadas, no tenían nada que hacer frente a los soldados japoneses.

Sucesivamente las tropas japonesas fueron aterrizando en Davao y Jolo —provincias de Mindanao y Lingayén— Baguío y Luzón, desplazándose en dirección a Manila. El 24 de diciembre, con las tropas japonesas a las puertas de la ciudad, Quezón, MacArthur y otros altos cargos filipinos y norteamericanos tuvieron que retirarse hacia Corregidor.

Los aviones japoneses continuaron bombardeando la indefensa ciudad de Manila. El 26 de diciembre, MacArthur declaró a Manila ciudad abierta, pero a pesar de todo los japoneses bombardearon los barcos atracados en la bahía, la iglesia y el convento de Santo Domingo, los colegios Santa Catalina y Santa Rosa y otros edificios de la vieja ciudad amurallada.

Un sexto de la población manileña había sido evacuada a las provincias cercanas al tiempo que camiones enteros cargados de soldados y jóvenes cadetes inexpertos eran enviados a los frentes.

Pronto se descubrió que la guerra era una causa perdida para Filipinas y Estados Unidos. Batán, en donde se habían refugiado las tropas, se rindió a los japoneses el 9 de abril de 1942, y el 6 de mayo la desmantelada USAFFE que defendía su último bastión en la isla de Corregidor, se rindió a los japoneses. Dos días después de que cayera Corregidor, Quezón y su gabinete partían con dirección a Australia, para embarcar luego hacia los Estados Unidos, en donde establecerían el gobierno de la Commonwealth en el exilio.

the Philippines, 1941-45, Ciudad Quezón, 1965, 2 vols., y A. V. H. Hartendorp, *The Japanese Occupation of the Philippines,* Manila, 1967, 2 vols.

Al rendirse las tropas de la USAFFE, surgió el problema de qué hacer con los prisioneros de guerra. Se les hizo marchar desde Mariveles, en la provincia de Batán, hasta el Campo O'Donnell, situado en la provincia de Tarlac. Los prisioneros hubieron de sufrir una serie de innumerables ultrajes. Generales, comisionados, la oficialidad y los soldados rasos –70.000 hombres en total– caminaron juntos en aquella marcha de hacia la muerte. Prácticamente no tenían nada que comer ni beber y tampoco había medicinas para los enfermos. Algunos morían en el camino y eran enterrados precipitadamente, incluso antes de que estuvieran realmente muertos.

De los 70.000 hombres que emprendieron la marcha, sólo 60.000 consiguieron llegar al Campo O'Donnell, número que se redujo considerablemente a causa de los estragos producidos por las enfermedades en el campo de concentración.

Como dijo el general Masaharu Homma, comandante en jefe de las fuerzas imperiales japonesas en las Filipinas, con la rendición de las tropas de la USAFFE la soberanía norteamericana en las islas había concluido. Sin embargo, el general ordenó que se mantuvieran vigentes todas las leyes que funcionaban durante el gobierno de la Commonwealth y que, asimismo, las instituciones ejecutivas y judiciales continuaran desarrollando sus tareas. En este mismo orden de cosas, decretó que todos los funcionarios gubernamentales debían seguir cumpliendo con sus obligaciones.

Se creó una Comisión Ejecutiva presidida por el secretario ejecutivo de la Commonwealth, Jorge Vargas. Con anterioridad, Vargas había sido nombrado por Quezón alcalde de una extensa área geográfica denominada «La Gran Manila», que incluía Manila y los municipios colindantes. Vargas y José P. Laurel, secretario de Justicia y jefe de la Corte Suprema de Justicia en funciones, recibieron instrucciones de Quezón (con anterioridad a su partida hacia Corregidor) para que cooperaran con el enemigo, a fin de evitar que el pueblo continuase sufriendo.

La Comisión Ejecutiva se creó con la intención de convertirse en un departamento que centralizara la administración de las islas. El 25 de enero de 1942, Vargas recibía una orden del comandante en jefe del ejército japonés para que asumiera la presidencia de dicho organismo. La Comisión Ejecutiva estaría compuesta por los Ministerios del Interior, Economía, Justicia, Agricultura y Comercio, Educación, Sanidad

y Bienestar Público y Obras Públicas y Comunicaciones, cada uno de ellos presidido por un comisionado que debía ser nombrado por el comandante en jefe japonés, con el asesoramiento de Vargas. Todos los Ministerios —sobre los que el comandante en jefe tenía autoridad— debían contar, además, con consejeros japoneses. Obviamente, eran éstos los que tenían la última palabra a la hora de gobernar.

Hacia el mes de febrero de 1942 se habían nombrado algunos gobernadores provinciales y parecía haberse restaurado la paz. Los alcaldes elegidos antes de la guerra continuaron en sus cargos. También se constituyeron Asociaciones Vecinales en las ciudades. Éstas, formadas por al menos diez familias, tenían como misión «prevenir las actividades anti-japonesas». A primera vista podría parecer que los ciudadanos aceptaron su labor en estas asociaciones, pero la verdad es que nadie en las ciudades denunció la actividad de las guerrillas filipinas. Por el contrario, las Asociaciones Vecinales contribuyeron a la restauración de la paz y el orden y gracias a ellas se distribuían entre los ciudadanos arroz, manteca, jabón y cerillas.

Durante los primeros días de la ocupación japonesa circulaban por Manila comentarios sobre lo gentiles y amables que eran algunos de los soldados japoneses. Sin embargo, otros se comportaban de manera desconsiderada y brutal.

Un eminente historiador filipino, Teodoro A. Agoncillo, señala que

> ...los centinelas japoneses golpeaban y herían con sus bayonetas a los hombres y mujeres inocentes que se rendían indefensos ante ellos. Cientos de personas, sospechosas de pertenecer a la resistencia o de ser saqueadores, fueron decapitadas durante los primeros meses de la ocupación. No se necesitaban pruebas para ejecutar a ciudadanos inocentes.

A los supuestos comunistas o a aquellos que confesaban haber herido a algún soldado japonés se les ejecutaba. También a los incendiarios, a los ladrones, a los que difundían opiniones anti-japonesas o a los que imprimían o distribuían panfletos subversivos. Entre los ejecutados hubo ciudadanos chinos, mujeres y niños menores de 17 años.

Los prisioneros, sobre todo norteamericanos, fueron concentrados en el campo de internamiento de Santo Tomás, en Los Baños, provin-

cia de Laguna y en Cabanatuán, provincia de Nueva Ecija. Los soldados y oficiales que pudieron escapar de Batán a Corregidor marcharon a las montañas para unirse a las guerrillas. En el caso de que volvieran a ser capturados les aguardaba el pelotón de fusilamiento.

Pero aún quedaban pequeñas luces de esperanza en este panorama tan sombrío. En lo que se refiere a la educación, sólo los filipinos podían ocuparse de las escuelas y eran los únicos autorizados para enseñar su propia historia y el idioma nacional. Con el ánimo de alejar de los filipinos la influencia norteamericana, un comité prohibió en los libros de texto toda referencia a los Estados Unidos, a la Commonwealth y a Quezón y Osmeña, incluso se prohibió el uso del signo dólar en los libros de aritmética.

A pesar de todo, la vida cultural filipina durante la ocupación fue intensa. Los escritores de pre-guerra, tanto los que escribían en inglés como los que lo hacían en español o en lenguas vernáculas, continuaron escribiendo, si bien la censura estaba a la orden del día. Durante la ocupación el teatro fue el arte más aplaudido [22]. Las salas de cine prácticamente no se utilizaban, de modo que las compañías teatrales comenzaron a usarlas para presentar sus espectáculos (canciones, bailes, sátiras). Más tarde también se pusieron en escena piezas originales y adaptaciones teatrales de obras de todo el mundo.

El teatro se profesionalizó: autores, directores, productores, actores y escenógrafos presentaban regularmente sus creaciones en el Avenue, en el Dalisay y en los teatros estatales de Manila. El director Lamberto Avellana y su mujer, la actriz Daisy Avellana, dominaban la escena por entonces, aunque también algunas estrellas del cine de preguerra como Rogelio de la Rosa, Leopoldo Salcedo o Carmen Rosales se dedicaron al teatro durante la ocupación.

Se ha llegado a decir que el teatro de la ocupación forma parte de la edad de oro de la escena filipina.

También se cultivaron otras manifestaciones artísticas durante la ocupación. El joven Nick Joaquín escribió algunas de sus obras más famosas. Jóvenes compositores como Lucrecia Kasilag o Felipe Padilla

[22] Los datos utililizados para esta sección y las siguientes del presente libro han sido tomados de M. A. Foronda, *Cultural Life in the Philippines During the Japanese Occupation, 1942-1945*, Manila, 1975, II, 89 p.

de León, y otros no tan jóvenes como Antonio Molina, compusieron algunas piezas durante esta época. Mientras los pintores veteranos como Fernando Amorsolo continuaban su tarea, si bien, de forma esporádica, y los jóvenes como Carlos Francisco ganaban premios en concursos de pintura. Muchos de ellos llegaron a ser importantes glorias nacionales en el campo pictórico.

Los periódicos ingleses más populares y las revistas semanales dejaron de publicarse. Los japoneses controlaban el diario inglés *Tribune* y el periódico español *La Vanguardia*, los únicos que estuvieron en venta en el transcurso de la guerra. Estaba prohibida la publicación de cualquier otro periódico o revista sin permiso previo de las autoridades militares japonesas.

El ejército japonés controlaba también las emisoras de radio de todo el archipiélago y prohibió escuchar los boletines informativos extranjeros. Los filipinos, sin embargo, se arriesgaban y escuchaban las noticias de San Francisco, California, ya que mantenían su esperanza de que los norteamericanos cumplirían su promesa de regresar.

En febrero de 1942, los transportes ferroviarios que no habían sido afectados durante la guerra volvieron a funcionar, al principio por la zona central de Luzón y después por algunas ciudades del norte. Prácticamente todos los barcos de vapor habían sido destruidos durante la guerra, por lo que los veleros se convirtieron en el medio de transporte habitual para viajar entre islas.

Los que poseían automóviles debían dar cuenta de ello a las autoridades japonesas, si bien resultaba del todo imposible utilizarlos ya que el ejército había confiscado la gasolina y el aceite para los motores. En Manila seguían funcionando los tranvías a pesar de que la mayoría de los ciudadanos se desplazaba en bicicleta y en *dokars*, una especie de carruajes tirados por caballos. Se utilizaban carretillas para el transporte por tierra y barcazas para el traslado de bienes y alimentos a través de canales y ríos.

En febrero de 1943 tres entidades bancarias filipinas volvieron a abrirse por mandato expreso de las autoridades japonesas, pero era necesario un permiso de las mismas para retirar grandes sumas de dinero.

Los japoneses intentaron entablar relaciones con la Iglesia Católica, a la que pertenecían la mayoría de los filipinos. Obispos católicos japoneses, curas y monjas llegaron a Manila con el objetivo de promover relaciones amistosas entre los católicos filipinos y los japoneses. El joven

filipino César María Guerrero —obispo auxiliar de Manila— fue el primer alto cargo eclesiástico que mostró simpatía hacia los japoneses.

Sin embargo, la Iglesia Católica se sintió atacada cuando en 1943 las autoridades japonesas aprobaron la ley del divorcio. Las organizaciones católicas filipinas, encabezadas por la Liga Católica Femenina, se opusieron con fuerza a la aprobación de la ley, aunque sus protestas resultaron vanas.

Por otro lado, los católicos también denunciaban el encarcelamiento de algunos sacerdotes acusados de participar en actividades subversivas. Entre ellos estaba el padre Rufino Santos, prisionero en Fort Santiago, Manila, quien tras la guerra se convertiría en arzobispo de Manila y en el primer cardenal filipino de la Iglesia Católica.

Pero, ¿cómo reaccionaba el filipino de a pie ante la ocupación japonesa? ¿En qué grado afectó la ocupación a su vida cotidiana?

Un testigo de los acontecimientos nos transmite:

> Todo el mundo intentaba volver a la normalidad. Seguían celebrándose muy a menudo bodas, bautizos, presentaciones en sociedad y recepciones [23].

Pero, al mismo tiempo, se cortó la electricidad y se desconectaron todas las líneas telefónicas. Finalmente, se impuso el toque de queda desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana.

A mediados de 1944 entraron en vigor medidas aún más restrictivas [24]. Nadie podía entrar ni salir de la ciudad sin permiso de los militares. Los alimentos que llegaban de las diversas provincias a la ciudad resultaban muy escasos. Los manileños sufrieron terriblemente las consecuencias de las restricciones. El precio de los alimentos aumentó astronómicamente: ahora una ganta de arroz costaba 280 pesos, una ganta de maíz 160 pesos, un coco 10 pesos, el azúcar moreno se vendía a 600 pesos el kilo y no había pollo, ni cerdo, ni pescado. En febrero de 1944 el gobierno racionó el arroz y el maíz imponiendo una cantidad de 220 gramos por familia.

La dieta del manileño consistía en maíz cocido y coco, medio puñado por persona o bien, tapioca cocida y coco. El puñado de arroz,

[23] *Vid.* J. B. Serrano, Poor, *Little City of Manila, 1942-1945*, Manila, 1971, p. 103.
[24] *Ibidem*, p. 104.

si es que se conseguía tal cantidad, se cocía sin más en una olla con agua. Los que más sufrieron fueron los niños y la mortandad infantil creció de manera alarmante.

Circulaba por Manila propaganda anti-japonesa y las guerrillas se atrevían a atacar las guarniciones de la ciudad. Entonces los japoneses descargaban su ira contra los sospechosos de colaborar con la guerrilla, a los que encarcelaban y ejecutaban.

En medio de semejante situación, los japoneses anunciaron su intención de conceder la independencia a Filipinas. En junio de 1942, Tojo prometió conceder la independencia a las islas antes de que finalizara el año.

Sin embargo, esto no habría de ocurrir hasta el 14 de octubre de 1943. Ese mismo día, según informó el diario *Tribune,* entre 500.000 y 800.000 personas se reunieron frente al edificio legislativo de La Luneta para participar en los festejos. Hubo un desfile militar que precedió a las ceremonias y que contó con participantes destacados, como los generales Emilio Aguinaldo y Artemio Ricarte.

En el momento de la proclamación de la independencia se dispararon salvas de 21 cañonazos y las campanas de las iglesias repicaron al unísono. Tras la proclamación, Jorge Vargas afirmó que la administración militar japonesa en Filipinas había tocado a su fin.

Los generales Aguinaldo y Artemio Ricarte izaron la bandera filipina al tiempo que una banda tocaba el himno nacional por vez primera desde que los japoneses ocuparan las islas.

José P. Laurel juró su cargo como presidente de la Segunda República Filipina. El 14 de septiembre habían sido elegidos los delegados de la Asamblea Nacional. Su labor consistía en elegir un presidente y éstos confiaron en Laurel para que dirigiese las flamantes islas Filipinas independientes.

En su discurso inaugural, Laurel habló sobre la paz y el orden que esperaba restaurar con ayuda de las fuerzas policiales. En cuanto al problema de la escasez de alimentos, propuso un amplio plan de desarrollo agrícola.

Como era de esperar, los problemas no se solucionaron. Los japoneses no delegaron su autoridad en los filipinos. Continuaron las atrocidades y la brutalidad japonesas y, por su parte, las guerrillas siguieron atacando Manila y otras ciudades. El hambre y las enfermedades asolaban al país y la solución a tales problemas parecía no llegar nunca. Se

animó a los ciudadanos de Manila a que regresaran a las provincias, en donde los alimentos no resultaban tan escasos. Algunos lo hicieron, pero la mayoría optaron por quedarse y permanecieron atrapados en la ciudad durante los últimos días de la ocupación japonesa.

La incursión aérea norteamericana del 22 de septiembre de 1944 sobre Manila presagiaba el fin de la ocupación. Pero los japoneses no se rindieron fácilmente. El 10 de octubre los hombres de 16 a 60 años fueron llamados a filas y las mujeres de la misma edad se incorporaron a los servicios de retaguardia.

En noviembre muchos manileños ya habían muerto de inanición. Cada mañana, camiones enviados por el gobierno salían a recoger los cadáveres de las aceras y los quemaban.

El general Yamashita, que estaba al mando del ejército japonés, se retiró con sus tropas a las montañas en donde establecería su última línea de resistencia y dejó la maltrecha ciudad en manos del fanático almirante Iwabachi.

El 24 de septiembre de 1944 los norteamericanos ya habían desembarcado en Leyte y el 8 de enero de 1945 llegaron a Lingayén. El 3 de enero de 1945 los destacamentos avanzados del ejército norteamericano habían liberado a los prisioneros de guerra de Santo Tomás. Un testigo presencial refiere lo siguiente:

> Los japoneses lucharon de forma suicida por cada metro de tierra. Se atrincheraron al sur del río Pasig. Comenzaron a incendiar casas, volar puentes y asesinar salvajemente a hombres, mujeres y niños. Día tras día y noche tras noche la ciudad permanecía envuelta en llamas [25].

Y continúa diciendo:

> El 23 de febrero, la ciudad amurallada estaba en ruinas. Iwabachi había ordenado a sus soldados la total y sistemática matanza del pueblo. Los hombres eran colocados en fila y se les ametrallaba sin piedad alguna. Las mujeres y niños eran apiñados en iglesias que luego incendiaban. Cuando por fin los norteamericanos entraron en la ciudad amurallada, japoneses y filipinos yacían muertos sin que quedara

[25] *Ibidem*, p. 106.

nadie para enterrarlos. Los que más padecieron fueron los que vivían en Intramuros, Ermita, Malate y Paco [26].

El 3 de marzo la resistencia japonesa en Manila había cesado.

El 4 de julio de aquel mismo año, la campaña norteamericana para reconquistar Luzón había llegado a su fin. Aun así, la ocupación de Manila no terminó definitivamente hasta que las fuerzas japonesas se rindieron ante el general Douglas MacArthur en la bahía de Tokyo, el 15 de agosto de 1945.

Manila en los tiempos de posguerra

En el transcurso de los primeros años de posguerra, Manila estaba reducida a escombros.

De hecho, de todas las grandes urbes del país, Manila resultó la más castigada. Muchos de sus más majestuosos edificios quedaron convertidos en un amasijo de cemento pulverizado y hierros retorcidos. Los hogares de los distritos de Ermita y Malate, allí donde los japoneses instalaron su último bastión iniciando una terrible e interminable cadena de incendios, saqueos, asesinatos y violaciones, fueron destruidos.

Mientras, en Intramuros, el casco viejo de la Manila colonial fue la parte de la ciudad que más sufrió. La catedral y las iglesias construidas por los jesuitas, franciscanos y dominicos quedaron reducidas a una montaña de escombros. El fuego de los morteros y los incendios mantenían iluminada la ciudad vieja.

Ningún edificio de la zona amurallada, exceptuando la eterna e inexpugnable iglesia de San Agustín, sobrevivió al holocausto. Sus casas e iglesias fueron asoladas en primer lugar por los bombardeos de los invasores japoneses y más tarde, por los de los libertadores norteamericanos. La ciudad amurallada fue prácticamente borrada del mapa.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Manila y sus alrededores se convirtieron en una interminable extensión de chabolas. En las calles principales se amontonaban, junto a las ruinas de los grandes edificios, las casas, las tiendas, las tabernas del mercado negro, los restaurantes y las

[26] *Loc. cit.*

barracas de feria de donde emanaba la música ronca de las trompetas de jazz desde la mañana hasta bien entrada la noche [27].

Una variopinta muchedumbre compuesta por marineros y soldados norteamericanos, combatientes del ejército filipino, ex-guerrilleros de uniforme, rateros, ladrones y enfermos se arremolinaba en las calles. Manila, en un tiempo bella y acogedora, presentaba ahora el aspecto de un carnaval infernal, cuyo telón de fondo no era otro que la devastación y la ruina de un espacio necesitado de reconstrucción social, moral, económica, cultural y religiosa [28].

Como en muchas otras partes del país, en Manila los alimentos resultaban escasos y difíciles de conseguir. Las ayudas del gobierno y de los sectores público y privado consiguieron, aunque sólo temporalmente, alejar la miseria del pueblo.

Se distribuyeron gratis entre los maltratados manileños alimentos enlatados, arroz, maíz, atún, salmón, sardinas, huevos y leche en polvo. Incluso el ejército de los Estados Unidos acudió al rescate de los desventurados filipinos bajo los auspicios de la Unidad Filipina de Actividades Civiles, más conocida como PCAU.

Con todo, continuó existiendo el problema del suministro de alimentos. Había que reconstruir las fábricas, las tiendas, las empresas y los Ministerios. Los funcionarios pronto volvieron a realizar las mismas tareas que realizaban durante la guerra. Asimismo, se montaron tiendas improvisadas en muchas zonas de la ciudad.

La Iglesia norteamericana y algunos grupos cívicos enviaron dinero, libros, material escolar y de laboratorio para empezar a reconstruir los centros escolares. Poco después se reabrieron algunos colegios públicos y privados, lo que, en cierto modo, restableció la sensación de normalidad.

Sin embargo, los tiempos eran difíciles. Innumerables víctimas sufrieron en sus propias carnes las consecuencias devastadoras tanto del ataque enemigo como del de los aliados, durante el holocausto que supuso la denominada «liberación de Manila». Esta situación provocó un estado de ansiedad y terror en los filipinos de tal magnitud, que

[27] *Manila Since Independence*, preparado bajo el patrocinio del Departamento de Historia de *Pamantasan ng Lungsod ng Maynila*, Manila, 1974, p. 97.

[28] *Loc. cit.*

sus efectos se prolongaron hasta mucho tiempo después de que cesaran los tiroteos. Hubieron de pasar años para que estas heridas cicatrizaran.

Los valores como la dignidad, el honor, la integridad, la *delicadeza* y el respeto a uno mismo, tan apreciados por los manileños antes de la guerra del Pacífico, se olvidaron durante la contienda, época en la que se consideraba patriótico matar y mutilar al enemigo o robarle para contribuir a debilitar su posición.

Pero estos hechos no sólo condujeron a la pérdida de valores morales, sino también al deterioro de la paz y el orden en el país.

Como resultado de la devastación causada por la guerra, la industria se estancó, puesto que las fábricas de Manila y de las demás ciudades industrializadas habían sido destruidas. Los planes para solucionar el problema de la escasez resultaban insuficientes y el desempleo era una de las trabas primordiales para el desarrollo.

La industria anterior a la guerra (maderas, pesca, cáñamo y coco) casi había desaparecido debido a la falta de materia prima y de animales de carga.

A ello se añadía el problema de los transportes, ya que el ejército japonés había requisado los barcos, ferrocarriles, camiones y autobuses. Por si esto fuera poco, la miseria asolaba al pueblo, sobre todo en las zonas más devastadas, como ocurría con la zona de Manila.

El presidente Sergio Osmeña, y más tarde Manuel A. Roxas y los demás presidentes de la posguerra, hubieron que enfrentarse con problemas tales como el deterioro de la paz y el orden, el desempleo, una economía en franca decadencia y la pérdida de los valores morales.

También los alcaldes de Manila que ejercieron su cargo tras la guerra intentaron hallar una solución a este estado de cosas.

Para comprender el alcance de estos problemas es menester analizarlos —aunque sea brevemente— en el contexto global de la Filipinas de posguerra y en el marco particular de la administración de cada uno de los presidentes.

El análisis se hace necesario, ya que los problemas de todo el país estaban inexorablemente vinculados a los de Manila.

Muchos de los acontecimientos que tuvieron lugar en el país tenían relación o se vieron directamente influidos por lo que sucedía allí.

Los presidentes de las Filipinas de posguerra

Osmeña, convertido en presidente de la Commonwealth tras la muerte de Quezón (acaecida en Norteamérica durante la guerra), regresó al país en 1944 acompañado de MacArthur. Aunque ya era un hombre de avanzada edad, Osmeña se entregó a la tarea de reconstruir y rehabilitar las Filipinas. En 1946, las primeras elecciones presidenciales que se celebraron tras el conflicto, otorgaron la victoria a Manuel A. Roxas sobre Osmeña.

Manuel Roxas fue nombrado presidente de la Tercera República de Filipinas proclamada el 4 de julio de 1946, fecha que coincide con la de la restauración, con el beneplácito de los Estados Unidos, de la independencia nacional.

La administración Roxas estuvo plagada de problemas. El mayor y más acuciante era el de la reconstrucción. Los Estados Unidos ampliaron sus ayudas, aunque muy pronto resultó obvio que dichas ayudas exigían una serie de compromisos. Las dos naciones firmaron un tratado que permitía a los norteamericanos mantener sus bases militares en Filipinas (principalmente la base aérea de Clark y la estación naval de Olopango) con posterioridad a la declaración de independencia de las islas. Dicho tratado, según se dijo, suponía un pacto de protección mutua entre ambos países.

Los filipinos llegaron al punto de reformar su Constitución con el fin de garantizar a los norteamericanos la igualdad de derechos en lo que se refiere a la explotación de los recursos naturales de Filipinas, un derecho originalmente reservado a los nacidos en el territorio nacional.

En marzo de 1948, Roxas murió de un ataque al corazón en la base aérea de Clark, donde había sido invitado a anunciar públicamente la lealtad de los filipinos hacia los Estados Unidos.

Elpidio Quirino, vicepresidente del gobierno de Roxas, asumió la jefatura de la nación tras la muerte de éste. Quirino se propuso abordar los problemas del país que había heredado de Roxas. Continuó la tarea de reconstrucción y restauración de la paz, el orden y la confianza del pueblo en las instituciones.

Al mismo tiempo, procuró agilizar el proceso de industrialización y resolver la situación de desempleo masivo.

Solucionar el problema del denominado Hukbalahap (o Huk) resultaba una tarea muy compleja. Durante la guerra se crearon los Huks,

grupos que lucharon persistentemente contra los japoneses. Acabada la misma, los Estados Unidos reconocieron a todos los comandos de la guerrilla —exceptuando a los Huks— y les pagaron sus sueldos atrasados. La gota que colmó el vaso fue la negativa del gobierno filipino de acceder a que Luis Taruc y otros congresistas electos apoyados por los Huks ocuparan sus respectivos escaños, alegando que en su elección se habían mezclado el fraude y el terrorismo. La verdadera razón era que sentando a aquellos hombres en el Congreso se corría el riesgo de que el proyecto de ley sobre la igualdad de derechos que favorecía a los norteamericanos no alcanzara la mayoría.

El líder Huk, Luis Taruc, y sus seguidores pasaron a la clandestinidad, huyendo a las montañas y negándose a entregar las armas.

A medida que se prolongaba la rebelión Huk, aumentaban los deseos de que éstos se rindieran y Quirino tuvo que dialogar con sus líderes. Les prometió el perdón si se rendían. También les prometió readmitir a los congresistas expulsados. Pero sólo unos pocos Huks aceptaron.

Ramón Magsaysay, el secretario de Defensa de Quirino, consiguió dominar la rebelión Huk con la ayuda de los norteamericanos. Magsaysay, dinámico y vivaz, atrajo la atención de su pueblo y alcanzó prestigio ante la comunidad internacional. En las elecciones presidenciales de 1953 derrotó a Quirino.

Tras asumir la presidencia, Magsaysay hizo cuanto estaba en su mano para conseguir que los filipinos volviesen a creer en sus gobernantes. El éxito coronó dicha tarea debido, principalmente, a la proyección de su imagen de amigo del *tao*, las masas oprimidas que habían vivido oprimidas durante años.

Además de ocuparse de los asuntos internos, Magsaysay estableció relaciones internacionales con los países vecinos y reestableció los contactos con Japón.

En esta época se constituyó la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) que comprendía a las Filipinas, Pakistán, Tailandia, Australia, Francia, Nueva Zelanda, el Reino Unido y los Estados Unidos. La labor principal de la SEATO consistía en mejorar las relaciones políticas y económicas entre sus países miembros y proceder a defender a los mismos en caso de conflicto armado.

En 1957, Magsaysay murió en un accidente aéreo y Carlos P. García —vicepresidente y secretario de Asuntos Exteriores— asumió la presidencia.

En 1957, Carlos P. García fue elegido presidente en las urnas. En líneas generales continuó con la política de Magsaysay, pero también enunció y puso en práctica la teoría de «primero los filipinos», dando trato preferente a los nativos de las islas sobre los extranjeros, en materia de comercio e industria.

Durante el mandato de García el período de permanencia de las bases norteamericanas se redujo de 99 a 25 años. A pesar de todo, el gobierno de García se caracterizó por la corrupción, que adquirió un carácter central en las elecciones de 1961. El que fuera vicepresidente durante el mandato de García, Diosdado Macapagal, ganó las elecciones y se convirtió en presidente.

Macapagal se enfrentó a la corrupción en todos los órdenes y, en este sentido, hizo que se investigaran las actividades de algunos altos funcionarios del gobierno.

Nacido en el seno de una humilde familia campesina, Macapagal mejoró las condiciones de vida de los más pobres. También se ocupó de las relaciones de Filipinas con sus países vecinos. Con el propósito de mejorar dichas relaciones, se formó el Maphilindo (Malasia, Filipinas e Indonesia), organización que contribuyó a la unificación de los pueblos malayos. El Maphilindo no duró demasiado debido a la existencia de conflictos fronterizos entre Indonesia y Malasia y a desavenencias entre Filipinas y Malasia acerca de Sabah, territorio reclamado por los filipinos.

Con objeto de atraer capital inversor extranjero, Macapagal emprendió relaciones con otros países asiáticos y europeos. Sin embargo, las relaciones con Estados Unidos se enfriaron debido a la negativa del Congreso norteamericano a conceder las indemnizaciones de guerra que reclamaba Filipinas. Macapagal canceló su visita de estado al gigante norteamericano y cambió el Día de la Independencia de Filipinas del 4 de julio de 1946 —fecha en que los Estados Unidos devolvieron la independencia a las islas— por el 12 de junio de 1898, fecha en que Aguinaldo proclamó la independencia en Kawit, provincia de Cavite.

En las elecciones de 1965, Macapagal se enfrentó a Ferdinand E. Marcos y cayó derrotado.

Marcos, perspicaz político y hábil estratega, asumió la presidencia de Filipinas causando una gran expectación.

Fusionó ministerios que realizaban las mismas labores perfeccionando así la maquinaria de gobierno y ahorrando dinero. Mejoró las

relaciones de su país con Malasia y entabló conversaciones diplomáticas con la República Popular China y otros países socialistas, reduciendo de este modo las tensiones en la zona y fomentando el desarrollo de las relaciones de Filipinas con otros países del mundo.

Sin embargo, el paro seguía creciendo y aumentaban los precios de los productos básicos. El crimen y la corrupción se extendieron, haciendo que la administración Marcos, que en un principio resultaba convincente y bien organizada, se tambaleara.

Los estudiantes de enseñanza media y superior, convencidos de su fuerza, denunciaron la ineficacia del gobierno, la injustificada pleitesía de su país hacia los Estados Unidos y la corrupción tanto del sector público como de los sectores privados.

Se manifestaron por las calles de Manila con pancartas y carteles denunciando el imperialismo, el colonialismo y el fascismo, la participación filipina en Vietnam, la brutalidad policial, la subida de las tasas de matrícula y el defectuoso sistema educativo, etc.

Más tarde se les unieron los campesinos, los granjeros, los obreros de las fábricas, los squatters sin empleo y los habitantes de los barrios pobres.

Este estado de cosas produjo un choque inevitable con las fuerzas de orden público y hubo muchos heridos. Manila estaba en el punto propicio para que Marcos procediera a imponer la ley marcial.

Todos los alcaldes de la Manila de posguerra hubieron de enfrentarse con esta situación política, económica y social. Tras la guerra, las estructuras políticas de Manila cambiaron. En 1949 se aprobó un nuevo fuero que otorgaba un gobierno autónomo a la ciudad. Un año antes, en 1948, se había incrementado la nómina de funcionarios con el nombramiento de un vicealcalde [29].

Con la aprobación del fuero, el 18 de junio de 1949, se produjeron movimientos que reclamaban aún más autonomía para el gobierno de Manila. El documento estipulaba que se eligiera a un alcalde y un vicealcalde para la ciudad, cuyos mandatos se prolongarían por espacio

[29] EL desarrollo de la ciudad de Manila después de la guerra puede haber sido recogido a partir de varios informes de los alcaldes de la ciudad. Una monografía titulada *Manila Since Independence*, anteriormente citada, es una buena síntesis de la historia política, económica cultural y social de Manila entre 1946 y 1963. A partir de esta monografía se han tomado los datos empleados en el presente libro.

de cuatro años. Quedarían, sin embargo, sujetos a la supervisión del ministro del Interior, y más tarde, del secretario ejecutivo del presidente de Filipinas.

Asimismo, se disponía que los 10 concejales aumentaran a 12, que dichos funcionarios serían elegidos por distritos para representar a Manila en el Congreso Nacional y que la ciudad se dividiría en cuatro distritos (sin embrago, en aras de una administración más efectiva, más tarde se crearon 12 distritos).

El documento fue revisado varias veces. En 1955, el vicealcalde se convirtió en presidente de la Junta Municipal. En 1956, una nueva revisión disponía que aumentara el número de miembros de la Junta de 12 a 20.

En 1951 —cuando se celebraron los primeros comicios municipales bajo el nuevo régimen— Arsenio H. Lacson y Bartolomé Gatmaitan fueron elegidos alcalde y vicealcalde respectivamente.

Los alcaldes de Manila

Valeriano E. Fugoso (junio de 1946-diciembre de 1947)

Valeriano E. Fugoso, que fue el primer alcalde de Manila después de la guerra, ocupó su cargo desde junio de 1946 hasta diciembre de 1947. Fue nombrado directamente por el presidente de la nación, Manuel A. Roxas. A Fugoso se le encomendó la tarea de reconstruir la ciudad, que estaba totalmente devastada por la guerra. Tuvo que luchar contra una situación de caos y desorden que empeoraba por momentos (el departamento de policía fue reorganizado con la ayuda del ejército de los Estados Unidos). Asimismo, tuvo que solucionar los acuciantes problemas sanitarios construyendo letrinas y organizando el servicio de recogida de basuras.

Cuando a Fugoso se le encomendaron otras tareas en el gobierno, le sucedió en el cargo Manuel de la Fuente.

Manuel de la Fuente (enero de 1948-diciembre de 1951)

De la Fuente, uno de los viejos políticos de Manila, había sido concejal desde 1925, y en cierta ocasión ocupó el puesto de presidente

de la Junta Municipal. De la Fuente también se dedicó con ahínco a la reconstrucción, la restauración de la paz y el orden y la recuperación económica de la ciudad. Además de los problemas internos en Manila, tuvo que resolver otros conflictos con los líderes políticos del país.

A pesar de las dificultades, De la Fuente reconstruyó el City Hall, las carreteras y calles, los puentes y las oficinas centrales de la policía.

También llevó a cabo proyectos de su propia autoría: construyó centros de salud, la Ciudad de los Niños y el mercado central para los vendedores ambulantes. De la Fuente expulsó a los squatters del centro de la ciudad y los realojó en el Barrio Roxas.

A pesar de todos los proyectos que puso en práctica en beneficio de los habitantes de la ciudad, De la Fuente fue derrotado por Arsenio H. Lacson en las primeras elecciones a la alcaldía de Manila, celebradas en noviembre de 1951.

Arsenio H. Lacson (1951-1955, 1955-1959, 1959-1962)

Probablemente fue el alcalde más brillante y emprendedor que nunca haya tenido la ciudad de Manila. Famoso por su mordacidad, Lacson ocupó el sillón de la alcaldía durante tres mandatos, 1951-55, 1955-59 y 1959-62. En su primer mandato hizo que se recuperaran las menguadas arcas de la ciudad, contribuyó a restaurar la paz y el orden y se ocupó del problema de los squatters, que en número creciente llegaban a Manila desde las provincias en busca de trabajo y de mejor calidad de vida —aunque sólo conseguían pasar a engrosar las filas de los parados y terminar, normalmente, viviendo en suburbios entre maleantes y delincuentes.

La policía también estaba corrompida debido a los miserables sueldos que recibían y a la pérdida de valores morales. Para solventar el problema, Lacson mejoró sus salarios y limpió el cuerpo de elementos indeseables.

Antes de que Lacson se dedicara a la política, había sido un controvertido periodista y locutor. Su programa radiofónico semanal denunciaba supuestos delitos de funcionarios del gobierno, políticos y destacados ciudadanos. Nadie se libraba del hacha de Lacson, ni tan siquiera el propio presidente. Éste fue acusado de calumnias en numerosas ocasiones, pero siempre consiguió solventar la cuestión.

Al mismo tiempo, Lacson era un hombre de acción: construyó nuevos colegios públicos, más carreteras, centros de salud, mercados y parques públicos para los niños.

Hizo de Manila un lugar más agradable para vivir y nunca se le pudo acusar de albergar la intención de enriquecerse de manera ilícita.

El segundo mandato de Lacson coincidió con la Presidencia de Magsaysay. Aunque Lacson pertenecía al mismo Partido Nacionalista que Magsaysay, fue muy crítico con la política de su partido, actitud que provocó las iras de los líderes nacionalistas. Por su parte, sus colegas de partido en la Junta Municipal también se oponían a la política y a los proyectos de Lacson.

La eficacia de Lacson para resolver la problemática situación de Manila sirvió para que en la Asamblea de Alcaldes Norteamericanos de 1957 se citara a Manila como una de las diez ciudades mejor gobernadas del mundo, convirtiéndose en la única ciudad asiática que mereció tal honor.

En 1959, Lacson venció con holgura a los otros siete candidatos a la alcaldía. Sin embargo, el candidato nacionalista a ocupar el puesto de vicealcalde fue derrotado por Antonio J. Villegas. El tercer mandato de Lacson como alcalde de Manila se caracterizó por los roces con sus propios compañeros de partido y por los pactos con la oposición. Lacson demostró ser un gran conocedor de los entresijos gubernamentales al pactar con políticos de cualquier ideología, siempre que estos pactos sirvieran a sus propósitos y a los intereses de la ciudad.

Lacson murió el 16 de abril de 1962, después de ocupar durante diez años el cargo de alcalde de Manila. Hemos de destacar, además de su récord de permanencia en el cargo, la reputación de ser uno de los mejores alcaldes que ha tenido la ciudad. «Consiguió cancelar la deuda que habían contraído las administraciones anteriores, que por entonces ascendía a 21 millones de pesos», apunta el autor de la monografía *Manila Since Independence.*

El mismo autor continúa afirmando que Lacson, al mejorar el sistema de recaudación de impuestos, también aumentó los ingresos de la ciudad. Este dinero fue utilizado para mejorar los servicios públicos. Lacson modernizó el Departamento de Policía de Manila, construyó el zoo y el paso inferior de Quiapo, fundó la Ciudad de las Niñas y remodeló el sistema de alcantarillado de la ciudad.

Sus proyectos de construcción de un hospital y una universidad para la ciudad y de recuperación del área de la playa de Tondo no se efectuaron en vida del alcalde, pero sí se convirtieron en realidad de forma póstuma, bajo los mandatos de sus sucesores. Tras la muerte de Lacson, el joven vicealcalde Antonio J. Villegas ocupó el cargo de éste.

Antonio J. Villegas (1962-1963, 1963-1972)

Tras asumir el cargo, Villegas anunció su intención de llevar a cabo los proyectos inconclusos de Lacson, tales como la construcción del hospital, el matadero y los corrales de Tondo. Villegas también tenía planes propios: pavimentar las calles de la ciudad e iniciar la construcción de un instituto de segunda enseñanza. También propuso un programa de enseñanza gratuita en los centros de educación básica y secundaria y en las escuelas nocturnas, así como un proyecto que contemplaba la gratuidad de los libros de texto.

Sin embargo, Villegas sería recordado por haber conseguido demoler la colonia de squatters, instalada en el Intramuros hacía ya 18 años, y que constituía un reducto de vicio y delincuencia. Con ayuda del gobierno y de algunos grupos cívicos, los squatters fueron realojados en Sapang Palay, en las afueras de Manila.

En las elecciones de 1963 obtuvo la victoria sobre sus cuatro oponentes.

En aquellas mismas elecciones también fueron elegidos el candidato a vicealcalde del partido de Villegas y la mayoría de los miembros de la Junta, que pertenecían también al partido. Pero durante este mandato Villegas se enfrentó repetidamente con su segundo de a bordo y con los miembros de la Junta. Las continuas disputas, aparentemente sobre pequeñeces, provocaron conflictos innecesarios y pérdidas de tiempo y dinero.

A pesar de todo, Villegas se hizo famoso por su adhesión al filipinismo. Utilizaba el tagalo (también llamado «filipino») en sus discursos públicos.

En 1963, en el centenario del nacimiento del fundador de Katipunan, Villegas nombró a Andrés Bonifacio héroe de Manila.

El 24 de junio de 1963 se celebró por primera vez el «Araw ng Maynila» (el Día de Manila), que desde entonces se festeja anualmente.

Se otorgaron condecoraciones para premiar a algunos ciudadanos destacados que habían contribuido de forma significativa al desarrollo de la cultura filipina. El filipinismo de Villegas llegó muy lejos. Se prohibió la utilización de carteles o letreros en caracteres chinos y éstos fueron reemplazados por textos en tagalo o en inglés.

Villegas fue reelegido en 1967 y continuó en el cargo hasta 1971, en vísperas de la instauración de la ley marcial. Su segundo mandato como alcalde resultó aceptable, si bien no llegó a ser brillante.

Realizó el proyecto de escolarización gratuita eliminando el pago de tasas en la escuela primaria, la secundaria y la Universidad. La creación de la Pamamtasan ng Lungsod ng Maynila (Ciudad Universitaria de Manila) fue una idea revolucionaria cuando la propuso Lacson, pero Villegas, al materializarla, demostró su viabilidad. La Universidad era «libre» a la hora de ofrecer sus programas en arte, educación, ingeniería, leyes y medicina. Los estudiantes no pagaban tasas y, por tanto, eran becarios. Como contrapartida, la selección de estudiantes (que debían residir en Manila) se realizaba conforme a normas muy estrictas.

Villegas se ocupó de la educación para los ciegos, sordos y los discípulos problemáticos y a tales efectos creó una escuela especial. Los alumnos aventajados también fueron objeto de especial atención y se fundó para ellos un Instituto de Ciencias.

También se crearon orfanatos para los niños abandonados y hogares de acogida para los ancianos. Al mismo tiempo, se construyeron clínicas infantiles.

Villegas había previsto el «Libreng Pilipino» para los manileños, un programa que contemplaba la asistencia gratuita para los naturales de la ciudad de todas las edades. Sin embargo, dicho programa no pudo ponerse en práctica debido a ciertas leyes gubernamentales y a la escasez de fondos.

Ramón Bagatsing (1972, reelegido en 1980)

Ramón Bagatsing asumió la alcaldía de Manila en junio de 1972, tras haber sido elegido aquel mismo año [30]. En 1980, durante el régi-

[30] Para un informe de la administración de Bagatsing, *vid.* «Manila», informe preparado bajo los auspicios de la Oficina del Alcalde, n. imp., 34 p.

men de Marcos, cuando la ley marcial ya estaba en vigor, fue reelegido para el cargo.

Ex-policía y representante de Manila en el Congreso Filipino durante cuatro mandatos, Bagatsing estaba familiarizado con los problemas de la ciudad. Ocupó su cargo en una época en que Manila estaba agobiada por graves dificultades que necesitaban urgente solución. Sabía que había que efectuar una serie de cambios si se quería que la agonizante ciudad de Manila sobreviviese.

En aquella época, Manila tenía reputación de ser como una ciudad fronteriza del lejano oeste, regida por la ley del revólver [31]. La delincuencia aumentó sobremanera, provocando temor y perplejidad. La situación se complicaba aún más con las revueltas estudiantiles. Dichas manifestaciones provocaban frecuentemente estallidos de violencia que, en ocasiones, terminaban produciendo muertes.

Estos problemas, que se habían intensificado de forma considerable durante el mandato de Bagatsing, constituían un factor altamente desestabilizador para la propia República.

En 1968 —cuatro años antes de que Bagatsing llegara a la alcaldía— Manila vivió su prueba de fuego. El índice de criminalidad aumentó vertiginosamente. Un diputado fue asesinado, y el presidente del Congreso, otro diputado y un comentarista de radio fueron tiroteados. La situación empeoró al año siguiente y la delincuencia seguía aumentando. La insurrección estalló y las protestas y manifestaciones tomaron las calles [32].

A pesar de todos estos problemas, Bagatsing consiguió hacer progresar la ciudad en lo relativo a infraestructura y educación, gratuita para los pobres y para los alumnos aventajados en el Pamantasan ng Lungsod ng Mainyla. Se proporcionó asistencia sanitaria, aumentaron los planes de bienestar social y se fomentaron otros servicios de carácter primordial para los habitantes de Manila.

Bagatsing tenía en mente otros proyectos para la ciudad, cuando se proclamó la ley marcial que afectó no sólo a la ciudad de Manila, sino a todo el país.

[31] *Ibidem*, p. 14.

[32] Para un resumen de los antecedentes del régimen de la ley marcial, *vid.* pp. 226-238 de H. R. Tubangui, L. E. Bauzon, F. Foronda, Jr. y L. U. Ausejo, *The Filipino Nation, a Concise History of the Philippines*, Nueva York y Manila, 1980, 345 p.

Las clases sociales y la vida en sociedad

En 1941, antes de que la Segunda Guerra Mundial llegase a territorio filipino, la población de Manila era de 681.000 habitantes. Tras la guerra, a pesar de la brutalidad japonesa, de las privaciones y de las muertes que se produjeron durante la ocupación, la población aumentó a 780.000. En 1950 se alcanzó el millón y en julio de 1954, la cifra había subido hasta 1.096.750.

Existen varias causas que explican este aumento de la población. Manila acogió a muchas de las personas que huyeron de las zonas ocupadas por el Ejército Comunista del Pueblo a los que cabe sumar los miles de estudiantes deslumbrados por las oportunidades educativas que ofrecía la ciudad. También llegaron a Manila muchas personas procedentes de las provincias en busca de empleo y de una mejora en su nivel de vida [33].

A esta variopinta multitud de manileños, nativos o de adopción, pertenecían un creciente número de trabajadores y emigrantes de clase baja, comerciantes, funcionarios y la clase alta formada por terratenientes, industriales y hombres de negocios. Obviamente, existía gran disparidad entre las clases sociales y el desarrollo de las mismas resultaba muy desigual.

Esto condujo al descontento entre los pobres y provocó problemas sociales muy graves tales como el aumento de la delincuencia juvenil, de la inmoralidad, la corrupción y el tráfico de influencias en el gobierno y la expansión de las colonias de squatters en diversos puntos de Manila.

No sólo los pobres estaban implicados en la delincuencia juvenil, también lo estaban las clases medias y altas. La pobreza y la inseguridad económica engendraron, obviamente, delincuencia entre los menos favorecidos. Pero lo más grave era la delincuencia juvenil entre los miembros de la clase media y acomodada.

Debido a la negligencia de los padres, estos jóvenes, que intentaban huir del aburrimiento y la frustración, salieron a la calle, provocaron peleas y robaron, buscando experimentar nuevas sensaciones.

[33] Éste y los siguientes párrafos han sido tomados de *Manila Since Independence*, pp. 79 *et seq*.

Las colonias de squatters, formadas por improvisadas chabolas, se localizaban en el Intramuros, la zona del puerto, Tondo y otros distritos de Manila. Las enfermedades estaban a la orden del día, debido a un deficiente sistema de recogida de basuras, a la falta de ventilación y a las pobres condiciones sanitarias. La pobreza engendró delincuencia, cuyo índice aumentó de forma alarmante tras la guerra.

La gente deseaba hacerse rica de la noche a la mañana, ya que ser rico suponía ser respetado y envidiado, y ello se conseguía por medio de la corrupción y el tráfico de influencias. La corrupción ya existía antes de la guerra, pero tras la misma alcanzó proporciones exageradas.

Habiendo probado la amarga experiencia de la pobreza, algunos se dedicaron al fraude y se vieron involucrados en asuntos escandalosos. Otros optaron por comprar privilegios y puestos en el gobierno.

Economía

Después de la guerra, la situación económica era muy poco esperanzadora. En 1946 la actividad industrial resultaba escasa. «La única industria de Manila estaba formada por una fábrica de cerveza, dos plantas de embotellado de bebidas sin alcohol, unas cuantas fábricas de jabón y manteca de cerdo, algunos molinos y fábricas de cigarrillos» [34].

Pero los manileños se sirvieron del indestructible espíritu filipino para reconstruir la ciudad devastada por la guerra.

De esta manera, unos años después de haber conseguido la independencia, Manila emergió de las ruinas «más grande y fuerte» de lo que era antes de la guerra.

A finales de los años 60 y principios de los 70, la industria y el comercio de Manila vivieron un período de expansión. Entonces la ciudad se convirtió en uno de los puertos más importantes, en un centro de negocios, de comercio al por mayor y manufacturero, al tiempo que se consolidaba como punto estratégico fundamental del transporte por vía marítima.

[34] *Manila Since Independence*, p. 29.

VII

MANILA EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

MANILA BAJO LA LEY MARCIAL

A principios de los años 70 las manifestaciones constituían un hecho prácticamente cotidiano. Pero la del 26 de enero de 1970, que tuvo lugar tras el discurso sobre el estado de la nación pronunciado por Ferdinand Marcos en el Congreso, fue una de las más graves.

Marcos y su mujer, Imelda, salían del palacio legislativo cuando fueron agredidos con piedras por los estudiantes que se manifestaban para reclamar que se convocara la Asamblea Constituyente. La pareja no resultó herida, pero cuando la policía intentó dispersar a los manifestantes, comenzaron los disturbios, que causaron un gran número de heridos y detenidos [1].

Los incidentes suscitaron protestas y supusieron el inicio de una serie de manifestaciones posteriores. Los mítines y protestas involucraban a estudiantes, profesores de instituto y universidad, profesionales, obreros y campesinos. El 20 de enero de 1970, los manifestantes tomaron por asalto Malacañang, residencia habitual de los Marcos. El enfrentamiento de los manifestantes con las fuerzas policiales manileñas y filipinas produjo varios muertos y numerosos heridos de pronóstico reservado.

Las numerosas —y en ocasiones sangrientas— manifestaciones que tuvieron lugar en Manila durante 1970 y 1971 iban dirigidas contra el

[1] M. A. Caoili, *The Origins of Metropolitan Manila: A Political and Social Analysis*, Ciudad Quezón, 1988, p. 131.

presidente, el Congreso y la Embajada de los Estados Unidos en protesta por la corrupción, la pasividad del gobierno, el deterioro de la economía y el neo-colonialismo imperialista [2].

Los movimientos de protesta se extendieron, alentados por la precariedad económica que produjo la devaluación del peso. Las manifestaciones interrumpieron las clases y, en términos generales, la vida normal de toda la ciudad. La violencia y la destrucción de la propiedad constituyó un denominador común. En Luzón y Mindanao aumentaron los desórdenes, la disidencia y la conflictividad social. Ante este estado de cosas, Marcos convocó la Asamblea Constituyente [3].

La Asamblea Constituyente se reunió en Manila en junio de 1971 despertando una gran expectación. Los empresarios nacionalistas renovaron su campaña en pro de la filipinización del comercio y la industria. Marcos, por el contrario, favoreció el aumento de las inversiones extranjeras en sus planes de desarrollo económico. Fernando López (entonces vicepresidente de la nación) y su hermano, Eugenio, propietarios de grandes holdings comerciales e industriales, apoyaron a la facción anti-Marcos. Por su parte el gran enemigo político de Marcos, el senador Benigno Aquino hijo, acusó a Marcos de fomentar el militarismo y la intervención de los extranjeros en la vida económica del país [4].

Los movimientos de protesta continuaron, orientándose cada vez más hacia el «radical-nacionalismo, el anti-americanismo y el anti-elitismo». La peligrosa situación en que se encontraba la ciudad se agravó aún más cuando, en agosto de 1971, los terroristas colocaron una bomba en el mítin del Partido Liberal —el partido de la oposición— que se celebraba en el centro de Manila. En este atentado resultaron heridos varios candidatos a senadores. Entonces, Marcos decidió suspender el recurso de *habeas corpus,* aunque ello no sirviera para prevenir otros atentados ni para conseguir la captura de los terroristas [5]. La opinión pública condenó el atentado. En las siguientes elecciones, los candidatos de la oposición vencieron de forma aplastante.

Pero no había unidad en la oposición y ésta no fue capaz de realizar cambios radicales. Incluso la Asamblea Constituyente, sobre la

[2] *Ibidem.*
[3] *Ibidem.*
[4] *Ibidem*, pp. 146-147.
[5] *Ibidem*, p. 147.

cual el pueblo había depositado todas sus esperanzas, resultó un fracaso, puesto que su labor estuvo plagada de enfrentamientos por el control del poder y de multitud de pequeños e insignificantes problemas que contribuyeron a que se perdiera la fe en la Asamblea.

El 21 de septiembre de 1972, aproximadamente 30.000 miembros de organizaciones religiosas, cívicas, laborales y estudiantiles asistieron a un mitin en Manila organizado por grupos que defendían los derechos civiles. El senador Aquino, entre otros, acusó a Marcos de fomentar la intervención extranjera en el terreno económico, de aumentar los precios y de crear un clima de miedo e inseguridad al instigar una serie de atentados y acusar a los comunistas para imponer, sin más, la ley marcial [6].

Aquella misma noche se decretó la ley marcial y los militares entraron en Manila para cerrar los periódicos y emisoras de radio y televisión, exceptuando las cadenas públicas. A ello le siguió la detención de muchos líderes de la oposición —diputados, periodistas, delegados de la Asamblea Constituyente, profesores, estudiantes y líderes obreros y campesinos. Al día siguiente, Marcos proclamó la entrada en vigor del estado de excepción [7].

La Nueva Sociedad creada por Marcos tenía como propósito limar las diferencias existentes entre ricos y pobres y luchar contra la oligarquía y la élite que manipulaba e intimidaba a los líderes políticos. Por eso, con objeto de debilitar el poder de la vieja oligarquía, la primera medida del gobierno consistió en anular los medios de comunicación privados y suprimir las actividades del Congreso.

A pesar de la disolución del Congreso la Asamblea Constituyente continuó reuniéndose. El 30 de noviembre de 1972 los delegados firmaron la nueva Constitución que contemplaba el establecimiento de un gobierno parlamentario encabezado por un primer ministro fuerte. Ello permitió a Marcos continuar manteniendo como presidente los mismos poderes que le atribuía la Constitución de 1935, al tiempo que podía convocar elecciones a la Asamblea Nacional Provisional y elegir al primer ministro y al presidente interino. En enero de 1972 la Constitución fue ratificada en todo el país por las Asambleas Populares [8].

[6] *Ibidem*, p. 149.
[7] *Ibidem*.
[8] *Ibidem*, p. 151.

La imposición de la ley marcial hizo que la ley y el orden retornaran a la ciudad. Las brigadas de limpieza eliminaron escombros, blanquearon paredes y libraron a la ciudad de la suciedad y las inmundicias que la ahogaban. Poco a poco, ésta volvió a adoptar la pulcra apariencia de los días pasados. Este hecho simbolizó el comienzo de la recuperación de la ciudad.

Además de mejorar su apariencia, también mejoró su economía. De hecho, el superávit en los fondos públicos permitió que la ciudad pudiera costearse coches-patrulla, camiones de recogida de basura y coches de bomberos. El índice de criminalidad, aunque aún resultaba importante, descendió, probablemente como consecuencia del toque de queda impuesto por el gobierno.

La mejora de las condiciones hizo que algunas empresas extranjeras se establecieran en Manila. La situación parecía tan prometedora que el gobierno propagó la idea de que las Filipinas se convertirían en «el próximo milagro económico del continente asiático». Verdaderamente la situación económica parecía halagüeña, ya que se crearon nuevas industrias locales, se construyeron hoteles, edificios de oficinas y viviendas, aumentó la exportación de productos nacionales y descendió el índice de desempleo. Sin embargo, este período de bonanza se vio seriamente afectado por la recesión económica que sacudió al mundo entero a mediados de los años 70. Dicha situación se agravó aún más con la subida de los precios del petróleo. El consiguiente descenso de los precios de los productos tradicionales de exportación tales como el azúcar, el cobre, contrachapados, aceite de coco y maderas provocó un déficit comercial.

El régimen de la ley marcial continuó luchando contra el Ejército Nacional del Pueblo (NPA) y el Frente Moro de Liberación Nacional (MNLF) en Mindanao.

Sin embargo, en aquel sombrío panorama cabía entrever algunos destellos esperanzadores. Marcos puso en práctica un significativo programa de reforma de la tierra. Inculcó la disciplina al pueblo, a los funcionarios del gobierno y al ejército. Ello significaba hacer que la gente se concienciara de la responsabilidad que tenía para con su gobierno.

En cuanto a las relaciones internacionales, Marcos mantuvo los lazos ya tradicionales con los Estados Unidos, pero también entabló relaciones con la República Popular China, la Unión Soviética y otros países del área socialista. Asimismo, vinculó a las Filipinas con otros países

del Tercer Mundo situados en los continentes asiático y africano. Ni que decir tiene que todos estos progresos afectaron, de un modo u otro, a Manila.

Tal vez, el período de la ley marcial será recordado por las mejoras que se implementaron en el terreno cultural y artístico. Se crearon museos, galerías de arte y filmotecas. Se encargó la composición de nuevas piezas musicales y ballets, aunque también se representaban espectáculos de corte tradicional.

Los compositores utilizaban instrumentos filipinos y orientales en sus puestas en escena y basaban sus argumentos en la mitología y la historia de Filipinas. Los mejores pintores y escultores tenían encargos que tardarían años en terminar. Las exposiciones, la ópera, los conciertos, el ballet y el teatro contribuyeron a entretener al pueblo. Asimismo, se otorgaron premios nacionales a los artistas que colaboraron significativamente en el desarrollo de la cultura y el arte.

Ramón Bagatsing, el último alcalde electo anterior a la imposición de la ley marcial, volvió a ocupar dicho cargo en junio de 1972. Más tarde, Bagatsing afirmaría que gracias a la ley marcial, Manila pudo alcanzar importantes objetivos. El índice de criminalidad fue el más bajo de toda su historia. El espíritu de la reforma parecía haber calado en un pueblo que, hasta entonces, nunca había sido tan cooperativo (probablemente debido al temor a las detenciones y encarcelamientos practicados por los militares).

Este estado de cosas presagiaba los cambios que estaban por venir. Muy pronto, la ciudad se recuperó económicamente. Gracias a ello, pudieron realizarse obras importantes, tales como la construcción de colegios y puentes, reformas en los mercados y el sistema de iluminación de algunas calles. Comenzó a ponerse en práctica la campaña de embellecimiento de la ciudad.

También se produjeron cambios en las estructuras políticas y de gobierno en Manila. Un año después del referéndum de 1975, se creó la Comisión Metropolitana de Manila que gobernaría el área denominada la Gran Manila, compuesta por cuatro ciudades y trece municipios [9].

[9] *Vid.* R. de Jesús y A. Hila, *Metropolitan Manila: Towards the City of Man: Total Human Resources Development*, Manila, 1985. Para una semblanza de estas ciudades y mu-

La comisión metropolitana de Manila

No era la primera vez que se creaba una entidad administrativa de este tipo. Después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, el 1 de enero de 1942, se creó la Gran Manila. Con el secretario ejecutivo Jorge Vargas como alcalde, la nueva entidad administrativa estaba compuesta por ocho gobiernos locales: Manila, Quezón, Caloocán, Pasay, San Juan, Mandaluyong, Makati y Parañaque. A los alcaldes de estas localidades se les nombró alcaldes auxiliares de la Gran Manila. Asimismo, el presidente Quezón creó una Fuerza Policial Metropolitana dirigida por Vargas. Más tarde, durante la ocupación, los japoneses utilizaron el gobierno metropolitano para asentar el control militar en la zona, dividiéndola en doce distritos, según el modelo administrativo japonés.

En 1976, la Manila Metropolitana estaba compuesta por las ciudades de Manila, Pasay, Quezón y Caloocán y trece municipios: Las Piñas, Makati, Malabón, Mandaluyong, Marikina, Muntinlupa, Navotas, Parañaque, Pateros, Pasig, San Juan, Taquig y Valenzuela.

Manila

Situada en la desembocadura del río Pasig, tiene una población de 1.620.000 habitantes y una densidad de población de 44.528 habitantes por kilómetro cuadrado.

Manila se dedica a industria manufacturera, la reparación de barcos, el montaje de automóviles y la elaboración de productos derivados del petróleo, acero y contrachapado.

Asimismo, es el centro cultural y educativo del país. Sus institutos y universidades están ubicados en el cinturón universitario del centro de la ciudad. Manila también cuenta con un Centro Cultural que incluye teatros, museos y galerías de arte.

nicipios, véanse pp. 65-102. Los datos empleados en el presente libro son de 1980, y han sido tomados de Metropolitan Manila..., *Cf. infra.*

Véase también, M. A. Caoili, *The Origins of Metropolitan Manila...*, citado anteriormente y R. C. Cruz, *Metro Manila: A Radical Creation in the Philippines: Land and People*, Handog 2, Manila, 1986, pp. 437-450.

En Manila nacen las carreteras que conducen a las provincias y tiene comunicación por vía aérea con el resto del mundo.

Pasay

Ubicada al sur de Manila, tiene una población de 286.497 y una densidad de 208 habitantes por hectárea. En la ciudad abundan las empresas relacionadas con la industria del ocio aunque también se dedica al comercio al por menor.

En Pasay se encuentran la Philcite (sala de exposiciones de productos de fabricación filipina) y la Escuela para Sordos y Ciegos.

Ciudad Quezón

Ocupa 153,6 kilómetros cuadrados y se sitúa al oeste de Manila. Tiene una población de 1.165.990 habitantes y una densidad de 76 habitantes por hectárea. La manufactura, las financieras, los bienes raíces, la construcción y los servicios públicos constituyen sus principales industrias. El mayor centro comercial se encuentra en Cubao, donde están instalados los bancos y los grandes almacenes. Ciudad Quezón es la sede de la Universidad de Filipinas y la Universidad del Ateneo de Manila.

Ciudad Caloocán

Está a tres kilómetros de la bahía de Manila, en dirección al interior del territorio y tiene una extensión de 53,33 kilómetros cuadrados. Tiene una población de 471.289 habitantes y una densidad de 88 habitantes por hectárea. Caloocán vive del comercio al por mayor y al por menor, de la industria manufacturera y de las compañías de bienes raíces. Sus tres universidades cubren las necesidades educativas de Caloocán y las zonas vecinas.

Municipios que conforman la Manila Metropolitana

Las Piñas

Municipio en donde se encuentra el famoso órgano de bambú que atrae, para la temporada anual de conciertos, a los mejores organistas del mundo. Ubicada en el suroeste de Manila, Las Piñas ocupa 41,54 kilómetros cuadrados. Cuenta con una población de 113.882 habitantes y una densidad de 3.222,96 habitantes por kilómetro cuadrado. En la ciudad existen industrias manufactureras, bienes raíces, financieras y bancos rurales. En Las Piñas hay una fuerte presencia de ciudadanos de clase media.

Makati

Situada a un kilómetro aproximadamente del sur de Manila, ocupa 29,86 kilómetros cuadrados. Tiene una población de 372.204 habitantes y una densidad de población de 125 habitantes por hectárea. En Makati se encuentran las mayores compañías comerciales y financieras del país. Asimismo, en dicha ciudad están situadas las principales empresas oficiales. También hay oficinas, bancos y más de 100 de los mejores establecimientos de la nación.

Malabón

Al norte de Manila, ocupa un área de 23,37 kilómetros cuadrados. Asimismo, sus viveros suponen una superficie de 38,85 hectáreas. Malabón cuenta con una población de 189.803 habitantes y una densidad de población de 144 habitantes por hectárea.

Además de la pesca, la mayoría de las industrias están relacionadas con las manufacturas, la construcción, la electricidad, el gas, los servicios sanitarios, los transportes, las comunicaciones y el comercio. También hay varias plantas químicas instaladas en Malabón.

Mandaluyong

Situada al este de Manila, cubre una superficie de 27 kilómetros cuadrados, la mitad de los cuales están ocupados por zonas residenciales. Tiene una población de 210.843 habitantes y una densidad de 7.809 habitantes por kilómetro cuadrado. El municipio se dedica al comercio al por mayor y al por menor, las financieras, los seguros, los bienes inmuebles, las manufacturas y la industria de la construcción. Mandaluyong está a la cabeza del país en lo que se refiere a productos farmacéuticos, maquinaria industrial, molinos de harina y establecimientos comerciales.

Marikina

Principal ciudad productora de zapatos de Filipinas, se encuentra ubicada a unos 16 kilómetros al este de Manila. Ocupa 38,9 kilómetros cuadrados. Tiene una densidad de población de 55 habitantes por hectárea. Marikina depende fundamentalmente de sus zonas agro-industriales. Industria: zapatos, minería, seguros y bienes inmuebles, servicios públicos, privados y materiales de construcción.

Muntinlupa

El municipio más meridional de la provincia de Rizal, ocupa 46,7 kilómetros cuadrados y tiene una densidad de población de 29 habitantes por hectárea. Allí se encuentra el complejo penitenciario de Bilibid. Hay barrios de clase alta y clase media. Comienza a desarrollarse la industria y se están construyendo fábricas.

Navotas

Pequeña localidad de pescadores compuesta por cuatro islas, se extiende a lo largo de la ribera nororiental de la bahía de Manila, ocupa 9,4 kilómetros cuadrados y cuenta con una población total de 124.169 habitantes, con una densidad de población de 13.209 habitantes por

kilómetro cuadrado. Se dedica a la pesca de altura, aunque algunas compañías ya han instalado allí sus fábricas.

Parañaque

Situada a 9,7 kilómetros de Manila, ocupa una superficie de 38,32 kilómetros cuadrados. Tiene una población de 207.514 habitantes y una densidad de población de 15 habitantes por kilómetro cuadrado. Se han instalado en la ciudad algunas fábricas y abundan los barrios de clase media.

Pateros

Al norte del río Pasig, ocupa 2,1 kilómetros cuadrados. Tiene una población de 42.096 habitantes y una densidad de 209 habitantes por hectárea. Conocido por su industria del «balut» (huevos de pato), Pateros también cuenta con industrias manufactureras y un desarrollo del sector servicios.

Pasig

Se encuentra ubicada al sureste del río Pasig, ocupa 31 kilómetros cuadrados. Tiene una población de 568.586 habitantes y una densidad de 207 habitantes por hectárea. Es la capital de la provincia de Rizal. Pasig cuenta con empresas y fábricas manufactureras.

Taguig

En la ribera noroccidental de la bahía de Laguna y a unos 15 kilómetros al este de Manila, ocupa 33,7 kilómetros cuadrados. Su población de 134.348 habitantes supone una densidad de 40 habitantes por hectárea. Los transportes, comunicaciones, comercios, pesca, agricultura, comercio al por mayor y al por menor, manufacturas y construcción, constituyen la base de la economía del municipio.

Valenzuela

Se trata del municipio más septentrional de la Manila Metropolitana, ocupa 44,4 kilómetros cuadrados. Cuenta con una población de 212.408 habitantes y con una densidad de población de 45 habitantes por hectárea. En dicha zona hay fábricas e industrias manufactureras.

Éstas son las ciudades y municipios diseminados en un área de 1.636 kilómetros cuadrados que cuentan con abundante población e importantes recursos. Todas ellas fueron reestructuradas e integradas para configurar la Manila Metropolitana.

La Comisión Metropolitana de Manila estaba compuesta por un alcalde, un vicealcalde y tres miembros de la junta nombrados por el presidente, cuya labor consistía en planear, financiar y poner en práctica los diversos proyectos [10].

Dividida en cuatro distritos geográficos por cuestiones administrativas, la Manila Metropolitana estaba gobernada por una Comisión de cuatro funcionarios dirigida por el alcalde.

Los jefes de departamento, los funcionarios y el personal subordinado eran nombrados por el alcalde. Éste y el vicealcalde desempeñaban las tareas de administrador general y administrador general suplente, respectivamente. La Comisión actuaba como gobierno central de la Manila Metropolitana. Las ciudades y municipios conservaron sus formas de gobierno, a los miembros del *Sanggunian Bayan* (el Consejo de la Ciudad) y a los jefes de barangay [11].

En su intento por conseguir los ansiados objetivos para la Manila Metropolitana, se puso en práctica todo un programa de desarrollo. Dicho programa estaba orientado hacia cuatro ejes fundamentales: 1) el hombre y su entorno, 2) el desarrollo socio-cultural, 3) el crecimiento económico y 4) el desarrollo de la metrópoli. El proyecto estaba presidido por el siguiente lema: «La Manila Metropolitana: Hacia la Ciudad del Hombre» [12].

La falta de control con que se acometieron en su día los proyectos de urbanización había provocado perjuicios tanto a los habitantes

[10] Cruz, Metro Manila: A Radical Creation, p. 442.

[11] *Ibidem.*

[12] De Jesús e Hila, *op. cit.*, pp. 27-35.

como al entorno. Por esa razón, la Comisión intentó solucionar problemas tales como la escasez de servicios básicos, la utilización poco racional de los terrenos a urbanizar, la distribución de la población, la salud pública, la recogida de basuras, el tráfico, los transportes, el sistema de alcantarillado y la prevención y control de las riadas.

En lo concerniente al desarrollo socio-cultural, la Comisión acometió proyectos y programas destinados a solucionar los problemas relacionados con la vivienda, la educación, el fomento de la cultura, los servicios sociales, la seguridad ciudadana, la información y los avances en las comunicaciones.

En cuanto a la economía, la Comisión dirigió sus esfuerzos a fomentar el empleo, a proporcionar a la población medios para su sustento y a aprovechar los recursos humanos y crear empresas.

Por su parte, los planes de crecimiento de la metrópoli incluían, entre otras cosas, programas de creación de empleo y aumento de los ingresos familiares. La infraestructura y los servicios son importantes al hablar de crecimiento, por eso la Comisión procuró mejorar los transportes, el suministro de agua, el alcantarillado, los desagües, la higiene medioambiental, la energía y las telecomunicaciones.

Los programas eran amplios y cubrían prácticamente todos los aspectos de la vida moderna de la Manila Metropolitana. Para ponerlos en práctica se necesitaba, además de fondos, visión y dedicación absoluta de todos los implicados y un lapso de tiempo prudencial para que cuajaran y maduraran. Sólo de ese modo se conseguiría una eficaz implantación de los mismos.

Como la mayoría de los proyectos ambiciosos, los elaborados para la Manila Metropolitana eran buenos en teoría, pero difíciles de poner en práctica debido a la existencia de muchos impedimentos. Si se les hubiera dado tiempo, quizá décadas, podrían haberse llevado a cabo.

Sin embargo, pronto comenzaron a oírse voces que se oponían al régimen de Marcos. Se convocaron huelgas y manifestaciones en las que se acusaba a las empresas de comportarse de forma desleal con los trabajadores. En los mítines se condenaba la corrupción del gobierno, el amiguismo y hasta al propio Marcos. A sus allegados y amigos se les acusaba de amasar grandes fortunas que luego depositaban en entidades bancarias suizas y pertenecientes a otros países extranjeros. También se protestaba contra las torturas infringidas a aquellos que se oponían al régimen de Marcos.

Cambios en la fisonomía de Manila

Cuarenta y cinco años después de la liberación de Manila, la ciudad había sido urbanizada, si bien, en ella convivían la alta tecnología y la pobreza total —contrastes propios de las ciudades tercermundistas. En general la topografía había sufrido transformaciones, pasando de las adustas construcciones de la época norteamericana a los enormes rascacielos de oficinas, los hoteles de cinco estrellas y los costosos distritos del aeropuerto. El Wall Street del país había pasado de Biondo y Escolta a las modernas Makati, Alabang y Cubao. Por todas partes surgían galerías comerciales, incluso en los barrios de clase media y alta situados en Las Piñas, Marikina, Cubao y Antipolo.

Luneta, escenario de los paseos *fin-de-siècle* de las clases acomodadas de la colonia, se había convertido en el cuidadísimo Parque Rizal que dominaba la bahía de Manila. Aún sigue siendo lugar de encuentro para presenciar los monumentales desfiles, las Asambleas Nacionales o los conciertos musicales. Es motivo de orgullo para los manileños, ya que tanto ricos como pobres pueden disfrutar del extenso parque, de su suave brisa y de la delicada paleta de colores que ofrece el amanecer.

Los cines, restaurantes, galerías de arte, museos, night-clubs y discotecas, junto con los grandes almacenes, coliseos, zoos, un aquárium y varios parques de recreo componen la oferta de ocio. También se construyó, conjuntamente con un grupo de ingenieros belgas, una importante vía de transporte urbano a lo largo de la Avenida Taft llamada la «LRT» o Light Railway Transit. Este monorraíl, construido a finales de los años 70, ha demostrado ser el sistema de transporte público más eficaz .

Todavía pueden verse en la ciudad barrios densamente poblados, el resultado de los proyectos *Bliss Housing* y las construcciones para todos los niveles económicos. Por todas partes cabe observar el fuerte contraste que existe entre las casas de los ricos y las chabolas de los pobres. Las comunidades de ocupantes ilegales aumentan su número noche tras noche. Los enclaves de los pudientes son Bel-Air, Magallanes, Dasmariñas y Alabang. El resto de los distritos está ocupado por gentes de clase media. La clase trabajadora vive en apartamentos, *entresuelos, accesorias* y largas hileras de casas de vecinos en Pandacán, Santa Ana, Sampaloc, Malate, Quiapo, Santa Cruz y Binondo.

El más famoso reducto de pobreza es la Smokey Mountain (Montaña humeante) situada en la franja occidental de Manila, cerca de Tondo y frente a la Bahía de Manila. Allí se apilan monstruosas montañas de basura eternamente «humeantes», ya que son incineradas de manera continua. La Smokey Mountain ofrece cobijo a los manileños «más pobres de entre los pobres». La mayor parte de ellos son gente de paso que llega de las provincias en busca de oportunidades y subsiste gracias a las sobras que escarba en las basuras y luego vende. A lo único que aspiran es a comer una vez al día —cosa que muchos no logran— y a conseguir un plato decente de arroz con pescado para celebrar el Día de Navidad.

Normalmente, los habitantes de los suburbios son personas jóvenes, con escasos ingresos y sin apenas estudios. Ocupan los empleos más duros y menos remunerados. En la actualidad Manila cuenta con una población de un millón de indigentes, ocupantes ilegales, vendedores ambulantes y personas que viven de lo que encuentran rebuscando entre las basuras [13].

Por el contrario, los ricos habitan en casas de estilo americano, colonial o europeo. Los ricos de vieja estirpe continúan levantando las tradicionales construcciones denominadas *bahay na bato* (casas de piedra). Son casas pensadas para durar siglos, con un diseño especial para soportar tifones, riadas y terremotos. Las más modernas tienen cavernosos cuartos de estar, elegantes arañas colgadas de sus techos y comedores de paredes enmoquetadas que conducen a lujosas piscinas. Las criadas de uniforme y las limousinas con chófer privado forman parte de los privilegios copiados de las familias pudientes del mundo desarrollado.

Los en su día pintorescos jeepneys y los triciclos dejan constancia de la innovación tecnológica que experimentó Manila en el campo de los transportes. El jeep Willys fue en su día un vehículo de uso común que, gracias al ingenio de los filipinos, ha pasado a ser una de las curiosidades de su arte popular. Construido a semejanza de una calesa, con forma de caja y de dimensiones estrechas, tiene capacidad para sentar a veinticuatro personas en sus dos bancos colocados uno frente al otro. Cada una de las partes que componen este invento genuina-

[13] Callanta, *Poverty: The Philippine Scenario,* Makati, 1981, pp. 99-119.

mente filipino es un desafío para la imaginación creativa. El jeep es pintoresco y ostentoso, pero al mismo tiempo su interior hace que los usuarios se sientan como en casa.

«Abundante como los mosquitos, ruidoso y peligroso como los políticos de la posguerra e insolente como los ocupantes ilegales», así define Nakpil al omnipresente jeepney. Eric Torres escribe «el jeepney es un vehículo multisensorial— sus componentes visuales, táctiles, cinéticos y auditivos proporcionan una atmósfera de cultura popular contemporánea» [14].

El Honda dos ruedas se convirtió en el ruidoso triciclo que transportaba viajeros por las calles no utilizadas por los jeepneys y los depositaba en la puerta de sus casas. Mucho se ha escrito sobre ellos, incluso que en su interior «el conductor revivía los roles familiares y sociales ya desaparecidos». La última innovación es el ferry denominado «Metroferry» que transporta a los manileños de oeste a este de la ciudad. El barco navega por el Pasig, que ahora queda lejos de ser aquel legendario río donde en un tiempo se pensó que moraba una diosa.

Manila está conectada con el resto del mundo por cable, onda corta y un satélite de comunicaciones. El DOMSAT (Domestic Satellite) es una sociedad privada que cubre trescientos kilómetros y conecta la metrópoli con el resto del mundo a través del Pacífico y del Océano Índico. Opera como «circuito de mensajes con el Teléfono Filipino de Larga Distancia (PLDT), una suerte de "portadora de portadora"» (N. del T.: se refiere a los sistemas digitales de telefonía por modulación de frecuencia). El DOMSAT fue creado para establecer e instalar cualquier tipo de servicio de telecomunicaciones. Su gran antena parabólica ubicada cerca de Antipolo cumple las funciones de estación en tierra emitiendo mensajes y retransmitiéndolos hacia lugares tan al norte como Baguío o tan al sur como Ozamis, Dumaguete o Ciudad Pagadián.

El servicio telefónico, aunque necesitado de mejoras, trata de acercarse a los sistemas que ya están implantados en el resto del mundo

[14] Los jeepneys han inspirado gran número de libros, siendo el de E. Torres uno de los muchos artículos sociológicos sobre el tema. La última tendencia de los jeepneys apunta hacia una uniformidad y simplicidad de aspecto.

introduciendo la marcación directa computerizada, los teléfonos celulares y la fibra óptica en los tendidos de ultramar.

Servicios humanos y concentración de la población

Más allá de la tan criticada actuación de la primera dama, Imelda Marcos, Manila supo atender las necesidades básicas de los pobres durante los años ochenta. Cerca de 40.000 familias indigentes vieron mejorar sus hogares gracias a los programas de vivienda como el de las casas de vecinos de la parte noroeste de la ciudad. Otros fueron alojados en las cercanías.

Los servicios sanitarios de la ciudad, aunque aún propios de un país en vías de desarrollo, pudieron aliviar el sufrimiento físico proporcionando asistencia sanitaria básica y vacunando gratuitamente a los niños. En ello trabajaban organismos oficiales tales como el principal hospital de la ciudad, el Hospital General de Filipinas —ubicado en el corazón mismo de Manila— que atendía a enfermos de todo el país y también se vieron implicados los grandes hospitales públicos y privados. Los centros de salud prestaron asistencia médica a las clases bajas con tanta eficacia, que el índice de mortalidad descendió y la sanidad mejoró considerablemente.

Los servicios de abastecimiento de alimentos cubrieron las necesidades de casi dos millones de manileños residentes en los cuatro distritos de la ciudad. Hay 17 mercados públicos, cientos de tiendas de ultramarinos y *sari-sari* (pequeñas tiendas de venta al por menor). Los pobres disfrutaban de descuentos en los productos de primera necesidad como el arroz, azúcar, leche y sardinas en determinadas tiendas, mediante la aplicación de un sistema de rotación.

El eterno problema de Manila sigue siendo la basura cuya velocidad de acumulación supera la capacidad de los camiones de recogida. Las riadas, las calles plagadas de baches, el tráfico —que empeora durante el curso escolar— la estrechez de las calles que dificulta el acceso de los coches de bomberos y la delincuencia —cuyo índice fluctúa— constituyen otros problemas de la ciudad de carácter acuciante. Sin embargo, como la mayoría de las ciudades modernas del tercer mundo, Manila cuenta con recursos para enfrentarse con el reto que supone entrar en el siglo XXI con la carga de unas tradiciones que se remon-

tan a los siglos XVIII y XIX. Los parques, los complejos deportivos, las zonas de recreo que se mezclan con las tradicionales plazas (herencia de la colonización española) con sus iglesias católicas, constituyen una muestra de las inquietudes «humanistas» del gobierno. La gente celebra las ceremonias sociales de la fiesta y otros ritos religiosos.

El índice de alfabetización en Manila (95,42 % en 1982) testimonia la eficacia del sistema educativo, al tiempo que señala la influencia de los medios de comunicación. El número de colegios, institutos y universidades de la ciudad supone la mayor proporción de escuelas per cápita del país. Los centros públicos se reparten en 79 de educación básica y 28 institutos, a los que hay que añadir los colegios públicos de enseñanza superior. Sin embargo, según las estadísticas, los centros privados y religiosos demuestran tener el nivel más alto.

En el terreno cultural, los teatros, museos y galerías de arte están a la altura de los mejores del mundo, si bien constituyen dominio exclusivo de la élite. Para las masas se reservan la televisión, la radio y el cine. Las películas nacionales con argumento melodramático, que se proyectan en los más de 50 cines dispersos entre galerías y centros comerciales, sirven de entretenimiento para las clases bajas. Asimismo, las películas extranjeras tienen gran aceptación, sobre todo las de acción.

MANILA DESPUÉS DE LA LEY MARCIAL

El hecho de que la gente estuviese desencantada del régimen de la ley marcial queda fuera de toda discusión. Algunos líderes eclesiásticos y la Unión de Libertades Civiles, entre otros, acusaron a Marcos de violación de los derechos humanos. Los habitantes no sólo de Manila, sino también de otras áreas más extensas, temblaban de miedo al enfrentarse a los soldados. Los abusos cometidos les hacían temer los secuestros, detenciones, encarcelamientos y asesinatos de civiles inocentes practicados por la policía y el ejército. Las manifestaciones estudiantiles, a las que después se sumaron los campesinos y obreros, fueron seguidas de agresiones cometidas contra inocentes en muchas partes del país. Más tarde, los empresarios de clase media, trabajadores y profesionales —que vivían y trabajaban en las inmediaciones de Makati— se sumaron a las filas de los opositores a Marcos y participaron

en desfiles y mítines en el transcurso de los cuales llovía confeti desde los enormes rascacielos de oficinas del pequeño municipio.

Los motivos del desencanto del pueblo eran muchos. La lucha contra los comunistas, los miembros del NPA y los rebeldes musulmanes, la subida de los precios de los productos básicos, el desempleo y la pobreza. Por su parte, el deterioro de la economía había provocado pérdidas de billones de dólares, cifra equivalente a la deuda del país. Todo el mundo culpaba a Marcos y reclamaba un cambio en la situación.

La gota que colmó el vaso fue el asesinato del ex-senador Benigno Aquino, rival de Marcos, el 1 de agosto de 1983. Una bala asesina le derribó cuando bajaba de un avión en el Aeropuerto Internacional de Manila. Acababa de regresar de su exilio voluntario en los Estados Unidos. Mucha gente admiraba la valentía con que Aquino se había enfrentado con Marcos y siempre le habían considerado un posible libertador del país.

La muerte de Aquino dio origen a una serie de sucesos que terminarían con la caída de Marcos y forzarían su exilio a Hawaii, en donde moriría. También harían salir a la luz pública la figura de su esposa Corazón, «Cory» Aquino. Los diez millones de filipinos que durante diez horas acompañaron el féretro de Aquino hasta su última morada indicaban el grado de la popularidad que había alcanzado el senador muerto y la abrumadora simpatía y apoyo que el pueblo experimentaba hacia su viuda.

Sin embargo, habrían de pasar algunos años hasta que este apoyo rindiera sus frutos. Debido a las presiones de los Estados Unidos y a su erróneo convencimiento de que el pueblo aún le apoyaba, Marcos convocó a elecciones de forma repentina, el 7 de febrero de 1986. Con el apoyo del arzobispo de Manila, el cardenal Jaime Sin, y de otros importantes personajes filipinos, «Cory» Aquino presentó su candidatura para la presidencia. «Cory» Aquino atrajo a grandes multitudes durante su campaña, señal de la extraordinaria popularidad y apoyo masivo que le brindaba el pueblo. Pero los leales seguidores de Marcos anunciaron que éste había ganado las elecciones. Sin embargo, muchos filipinos —incluyendo al propio ministro de Defensa de Marcos, Juan Ponce Enrile— afirmaron que los hombres de Marcos habían cometido fraude e invitaban a éste a que renunciase a la presidencia. Cuando Marcos se negó, «Cory» Aquino animó al pueblo a la desobediencia

civil y a boicotear aquellas empresas que eran propiedad del gobierno y de las amistades de Marcos. Por su parte, el gobierno de los Estados Unidos envió funcionarios que recomendaron como solución el compartir el poder. Pero «Cory» Aquino no habría obtenido nada en dicho «reparto».

Las negociaciones entre Marcos y «Cory» se estancaron, hasta que el 22 de febrero de 1986 comenzaron a celebrarse nuevas manifestaciones en contra del gobierno. Más tarde, ante la posibilidad de ser detenidos por los hombres de Marcos, el ministro de Defensa Ponce Enrile y el vicepresidente del Estado Mayor, Fidel Ramos, reunieron a algunos de sus hombres y buscaron refugio en dos campamentos del ejército situados en Ciudad Quezón.

Desde allí, entre el 22 y el 25 de febrero, dirigieron a las tropas rebeldes contra el ejército de Marcos. Era obvio, como apunta un observador, que Marcos ya había perdido el apoyo de la Iglesia y de la clase media, y ahora iba a perder el de los militares, que habían constituido el pilar fundamental que le había mantenido en el poder.

Incitados por el cardenal a proporcionar ayuda a los rebeldes,

> ...primero cientos, luego miles y más tarde decenas de miles de ciudadanos desbordaron las calles (se refiere a la Avenida Epifanio de los Santos (EDSA), por lo que a la sublevación se la ha denominado, a menudo, la Revuelta (EDSA) para ofrecer alimentos, apoyo y protección, si era necesario arriesgando sus propias vidas, a los soldados disidentes y a los partidarios de Aquino... Cuando los ciudadanos que tan sólo portaban banderas y flores tomaron posiciones para defenderse de los militares, el mundo entero supo que se trataba de algo más que una protesta electoral...

La misma crónica continúa:

> Los tanques de Marcos se dirigían hacia la multitud y sólo las monjas arrodilladas en su camino pudieron detenerlos. Las mujeres mayores se acercaban a los soldados y los desarmaban con abrazos maternales. Las niñas ofrecían flores a los combatientes veteranos. Ante este pacífico heroísmo, miles de partidarios de Marcos se rindieron; los hombres simplemente se echaban a llorar.

Así fue como nació el Poder del Pueblo, cuando los acontecimientos fueron presenciados en todo el mundo a través de la televi-

sión. El pueblo consiguió la victoria para «Cory» y sus seguidores. «Cory» Aquino juró el cargo de presidente en un chalet de las afueras de Manila el 25 de febrero. Aquella misma noche, Marcos juraba también el cargo en Malacañang, aunque veinticuatro horas más tarde, enfermo y desconcertado, partió, junto con su familia y alguno de sus más fieles seguidores, al exilio en Hawaii, en donde moriría poco después [15].

La euforia que acompañó el ascenso de «Cory» Aquino se vio pronto sustituida por la realidad de los problemas con que el país tenía que enfrentarse. La situación económica era caótica. El miedo al comunismo y a los insurgentes musulmanes y la falta de paz y orden eran problemas que había que solventar. Asimismo, el desempleo y la pobreza también acapararon los esfuerzos de Aquino.

Hasta ahora, los muchos intentos de desestabilizar su gobierno han podido ser controlados. «Cory» ha probado al mundo entero que ya no es la tímida ama de casa que era antes de llegar al poder y que se ha convertido en un carismático líder nacional e internacional para su pueblo. Sin embargo, su administración aún tiene que enfrentarse con los acuciantes problemas que asolan el país.

Retos similares, aunque en escala más reducida, son los que tiene que afrontar Gemiliano «Mel» López hijo, actual alcalde de Manila. Nacido en el seno de una antigua familia manileña, «Mel» López conocía profundamente la ciudad. Había sido concejal y miembro de la oposición durante los días de la ley marcial e interpuso un recurso ante la Corte Suprema cuestionando la decisión de Marcos de crear la Manila Metropolitana. Ello provocó la ira de Marcos aunque a la vez le convirtió en héroe de la oposición. Durante la Revuelta EDSA, «Mel» López corrió la misma suerte que Ramos y Ponce Enrile, de hecho, estuvo con ellos en uno de los campamentos militares en el transcurso la rebelión.

Después de la revuelta, el 31 de marzo de 1986, «Mel» López fue nombrado alcalde de Manila. En las elecciones de 1988, López se presentó como el candidato oficial y consiguió la alcaldía de Manila.

[15] Para unas buenas fuentes sobre el Poder del Pueblo y la Revolución EDSA, *vid.* L. Komisar, *Corazon Aquino: The Story of a Revolution,* Nueva York, 1987; C. Arillo, *Breakaway: The Inside Story of the Four Day Revolution in the Philippines,* Mandaluyong, 1986 y *People Power-An Eyewitness History,* Manila, 1986.

Como alcalde heredó los mismos problemas que afectaron a las anteriores administraciones: escasez de fondos en las arcas de la ciudad, pobreza, desempleo, los ocupantes ilegales, el tráfico, las riadas, las basuras y el aumento de la criminalidad y el vicio.

«Mel» López asumía la gravedad de estos problemas y las grandes dificultades que tenía la administración para resolverlos. Sin embargo, la obra ya está en marcha. Las finanzas de la ciudad han mejorado mucho durante su mandato, no a costa de aumentar los impuestos sino implantando un sistema de recaudación más sistemático.

«Mel» López ha construido complejos deportivos para los jóvenes y en cuanto a la Smokey Mountain, ha planeado construir en ella un complejo industrial y residencial autosuficiente.

También se propone erradicar el vicio (drogas y prostitución) arrestando a los traficantes y clausurando los locales sospechosos de dedicarse a esta actividad degradante. Todo ello, sin violar los derechos constitucionales.

López no ha olvidado a las víctimas de los desastres naturales como los incendios y los tifones, ocupándose de la asistencia a los damnificados.

Realmente, administrar una ciudad de más de dos millones de habitantes no es tarea fácil. Pero «Mel» López cuenta con una gran imaginación y con la energía que da la juventud. No se educó en los moldes de los viejos políticos tradicionales y por eso, no teme, por ejemplo, sacar de los suburbios a casi 50.000 ocupantes ilegales para realojarlos en otro sitio, aunque ello suponga la pérdida de votos en las elecciones locales.

«Mel» López ha demostrado tener el entusiasmo, energía y visión de futuro que los manileños de hoy en día exigen (y están en su derecho) de sus alcaldes, acometiendo proyectos cuya finalidad consiste en mejorar el grado de habitabilidad de Manila.

VIII

MANILA MIRA HACIA EL FUTURO (PERSPECTIVA URBANA)

MANILA EN EL AÑO 2000

«En la actualidad, Manila es la capital de todo», apunta McPhelin.

> Las figuras más importantes influyen —desde la ciudad principal— incluso en la élite china, en los españoles, en los norteamericanos y en los demás extranjeros. Es el punto desde el cual las decisiones tomadas influyen a nivel nacional y desde donde las fuerzas operan de forma efectiva sobre el resto del país [1].

McPhelin continúa afirmando que Manila:

> ...no sólo es la capital política, sino también la capital empresarial, financiera, comercial, industrial, la capital de la educación, la prensa y las comunicaciones, los transportes, la medicina, el arte, la arquitectura, la moda y el ocio. Sin ninguna duda, domina la República [2].

Ciudad Quezón se convirtió legalmente en la capital de Filipinas y en la sede del gobierno nacional el 17 de julio de 1948. Pero el 29 de mayo de 1978, un decreto presidencial devolvió a Manila la capitalidad de las islas y la convirtió en sede permanente del gobierno, tal como había sido siempre.

[1] *Vid.* M. McPhelin, «Manila: the Primate City», *Philippine Studies*, 17 (4 octubre 1969), p. 782.
[2] *Loc. cit.*,

> «Como ciudad principal», continúa McPhelin, Manila es un símbolo de la nación. Transmite cierto sentido de unidad nacional, es la fuente de la lengua nacional y el único lugar del país que, antes o después, es visitado por todos los filipinos.

Al mismo tiempo, Manila posee un carácter claramente cosmopolita, sin ser una localidad puramente asiática. En prensa, educación, negocios e incluso en la administración de su gobierno, Manila utiliza una lengua extranjera para comunicarse. Es una ciudad cosmopolita en estilo y en apariencia por su música, su arquitectura, su medicina, sus hoteles y tiendas e incluso por la clase de electrodomésticos que utilizan sus habitantes. La verdad es que Manila no es sustancialmente asiática, lo cual es fácil de comprobar si uno observa el perfil de la ciudad, la afluencia del tráfico, su policía o sus organismos municipales [3].

Si exceptuamos posibles tumultos —que podrían hacer que Manila se tambalease hasta sus cimientos y que cambiase sustancialmente de aspecto—, la marcha de los acontecimientos parece presagiar que la Manila Metropolitana se mantendrá sin cambios importantes hasta el año 2000.

Realizando una proyección, Manila será en el año 2000 una de las megaciudades del mundo. Dicha afirmación apareció en un reciente reportaje del United Nations Population Fund (UNFPA), en el que se enumeraban las ciudades cuya población ya había alcanzado los diez millones o los había superado y aquellas que esperaban alcanzar dicha cifra a comienzos del siglo XXI [4].

Para entonces, la Manila Metropolitana, que ahora cuenta con una población aproximada de 7,9 millones, tendrá 11,1 millones de habitantes, convirtiéndose en la decimoctava ciudad más grande del mundo y superando a otras megaciudades como Los Ángeles, Londres, Moscú, etc. Sin embargo, en 1985 la Manila Metropolitana ocupaba el número 23 en dicha lista [5].

La directora del UNFPA, la doctora Nafie Sadik, indica que en todo el mundo se ha dado un fenómeno de rápida urbanización, en

[3] *Ibidem*, p. 783.

[4] Paguio, «Metro Manila: Mega City by Year 2000», en *The New Record*, XLVIII, 44 (20 octubre 1990), pp. 3-4.

[5] *Ibidem*.

parte provocado por la emigración de la población rural a las ciudades debido a la pobreza que reina en el campo. La experiencia filipina no constituye una excepción. De hecho, la doctora Sadik cita la Manila Metropolitana como ejemplo de ciudad con una floreciente población urbana producto de la emigración de las provincias. Afirma que el 55 % del crecimiento de la ciudad entre 1970 y 1980 fue producto de la emigración.

«Los emigrantes son atraídos por la ciudad con la esperanza de poder acceder a la educación, a la asistencia sanitaria y a un empleo. La pobreza les obliga a abandonar su tierra». Si las ciudades como la Manila Metropolitana continúan creciendo a este ritmo, se teme que los transportes, las comunicaciones y la asistencia sanitaria pudieran verse desbordados y ello podría hacer tambalearse a los regímenes políticos.

La urbanización supone concentración de personas y ello deriva en la urgencia de cubrir ciertas necesidades básicas tales como la alimentación, los sistemas de suministro de energía, agua potable y vivienda. También puede crear otros muchos problemas como pueda ser la polución y el deterioro del medio ambiente.

Manila ya está plagada de problemas de ese tipo aún sin ser esa megaciudad que ya comienza a entreverse. «Sus calles están llenas de basura sin recoger, los ríos y los canales están obstruidos y el aire contaminado por encima de los niveles aceptables» se asegura en un informe [6].

Debido al flujo de emigrantes procedentes de las provincias —muchos de los cuales no encuentran empleo— tres millones de personas, o lo que es igual, el 38 % de la población de Manila, vive en la miseria; la mayoría en suburbios o en comunidades de ocupantes ilegales. La mayor parte de los barrios pobres están ubicados en canales y basureros, lo que provoca la contaminación de ríos y canales. La contaminación es tan fuerte que el río Pasig se considera que está «biológicamente muerto».

Anticipándose a estos problemas y a otros similares, la Comisión Metropolitana de Manila, en previsión de las necesidades que tendrá

[6] *Vid.* R. M. Pinga, «Metro Manila: Now a City of Wastes», *Manila Bulletin* (8 mayo 1991), p. B-8.

la ciudad en el año 2000, estructuró un programa integrado que cubría distintos aspectos del desarrollo de la Manila Metropolitana.

Teniendo en cuenta la experiencia de la década pasada (1975-1985), se sugirió la necesidad de tener «visión de futuro» para analizar cómo será la Manila Metropolitana [7].

El programa prevé el papel que desempeñará la Manila Metropolitana como principal complejo urbano, que se verá fortalecido cuando se estabilice la rápida urbanización del corazón de la ciudad, caracterizado por su gran variedad de construcciones y servicios orientados hacia las actividades más diversas. Aumentará no sólo el número de viviendas, sino también el de empleos.

La zona intermedia entre el núcleo urbano y las afueras es lo suficientemente amplia como para permitir la expansión y de ese modo, controlar el ritmo de la urbanización. Se prevé que las zonas que rodean la metrópoli puedan absorber gran parte del crecimiento urbano. Se hará especial énfasis en la elección de los centros de actividad que se localicen cerca de las carreteras importantes. En el norte, el este y el sur se ubicarán núcleos urbanos que sean capaces de proporcionar vivienda, empleo y servicios y cubrir las necesidades educativas y culturales.

El desarrollo gradual de la zona *Lungsod Silagan* (el este de la ciudad) servirá para descongestionar la Manila Metropolitana y proporcionar otras alternativas. Para más tarde se prevé convertir la zona de Infanta Real en un complejo urbano que posibilitará las pretensiones expansionistas de la Manila Metropolitana desde el Mar del Sur de China, al oeste, hasta el Océano Pacífico, situado al este.

Convencidos de las posibilidades que ofrece su magnífica ubicación geográfica, los filipinos están acometiendo planes de urbanización relacionados con sus actividades internacionales.

Obviamente, el reto y la oportunidad es para la Manila Metropolitana. Por esta razón, Manila proyecta urbanizar no sólo el norte y el sur, como es tradicional, sino también el este, creando así accesos directos al Océano Pacífico. Se planea intensificar el comercio internacional abriendo accesos a la Manila Metropolitana por la zona este. De

[7] *Vid. The Visions of the Future, Metropolitan Manila: Towards the City of Man*, pp. 55-62.

este modo, Manila también podrá acomodarse al aumento de la población y a las tentativas filipinas de reforzar su rol en lo que respecta a la comunidad internacional.

Los planes y programas iniciados por la Comisión Metropolitana de Manila durante la ley marcial han sufrido desde entonces muchos reveses políticos. Los planes de desarrollo arriba mencionados, que cualquier observador imparcial consideraría bien pensados y factibles si van acompañados de los fondos necesarios, tuvieron que ser arrinconados para dar paso a otros más actualizados.

Sin embargo, el futuro de la Manila Metropolitana —en tanto que unidad política— y el de la Comisión Metropolitana de Manila —como su organismo de gobierno— no está demasiado claro. De hecho, la legalidad de su existencia ha sido cuestionada nada menos que por el alcalde actual de Manila, Gemiliano López hijo.

En enero de 1980, López interpuso un recurso ante la Corte Suprema cuestionando la legalidad y validez de la Comisión.

Desafortunadamente, dice López, la Corte Suprema lo rechazó.

Sin embargo, el alcalde sigue creyendo que el sistema de la Manila Metropolitana es defectuoso porque fue creado por el gobierno dictatorial de Marcos [8].

Los alcaldes de las cuatro ciudades y trece municipios son miembros de la Comisión encargados de aprobar las leyes que afectan a la Manila Metropolitana y asumen, por turnos, la alcaldía de la misma.

«Pero fuimos elegidos para desempeñar labores ejecutivas», dice López, «no legislativas», y añade que los alcaldes deberían emplear mejor su tiempo resolviendo los problemas de sus propios municipios, en lugar de actuar como legisladores.

Además, como también puntualiza López, existe el problema de la desigualdad en lo que respecta a la representación popular.

Pateros, por ejemplo, con sus 30.000 votantes, cuenta con un representante en la Comisión y Manila, con más de un millón de votantes, también cuenta con uno. Tampoco el reparto de los fondos de la Comisión resulta equitativo, ya que Manila y las otras localidades más

[8] Entrevista efectuada por el autor principal con el alcalde de Manila, Gemiliano López, Jr., Manila City Hall, 13 de mayo de 1991. Otras afirmaciones de López que aparezcan en las siguientes secciones han sido tomadas de esta entrevista.

desarrolladas reciben más apoyo económico que las pequeñas, como Valenzuela o Taguig.

¿Cuál es, entonces, el futuro de la Manila Metropolitana y cuál es el objeto de la Comisión? ¿Conseguirá sobrevivir? El dinero es uno de los pilares, quizá el más necesario, sobre los que se asienta su existencia. Manila aporta la mayor parte del presupuesto, el 15 % del total de sus ingresos, lo que traducido a cifras supone millones. Si Manila decidiera retirar su contribución económica, la Manila Metropolitana se hundiría inexorablemente.

Hasta ahora, Manila no se ha desligado de la Manila Metropolitana, aunque se prepara para entrar en el siglo XXI.

¿Cómo será Manila en el siglo XXI? El alcalde López pinta un panorama bastante prometedor: tierra, ríos y aire descontaminados, las riadas controladas, nada de niños sin nada que hacer rondando por las calles, atención para los ancianos, la *Pamantasan ng Lungsod ng Manyla* convertida en uno de los principales centros educativos del país, empleo para la mayoría de los manileños en las fábricas y complejos industriales de las zonas que rodean la megalópolis, pasos elevados para solucionar el problema del tráfico, vigilancia en las calles para prevenir la delincuencia, patrulleras en el río, realojo de los ocupantes ilegales e indigentes y suburbios como la Smokey Mountain convertidos en zonas residenciales e industriales.

¿Un cuadro demasiado optimista? Probablemente, pero el alcalde López afirma orgulloso que la tarea ya se ha puesto en marcha. Para resolver el problema de los niños indigentes, la vieja Ciudad de los Niños ha sido rehabilitada, se han remodelado los antiguos edificios y se han construido otros nuevos para acomodar a tres mil niños y niñas. Para prevenir la delincuencia, la ciudad ha tenido que costear helicópteros y lanchas rápidas.

Con objeto de convertir a Manila en un importante centro de enseñanza superior ha tenido que incrementarse el presupuesto anual de la *Pamantasan* en más del 500 % . De este modo se ha conseguido que la Universidad se modernizara y pudiera contar con los sistemas de ordenadores más avanzados. Los hospitales de Tondo y Sampaloc —actualmente en construcción— contribuirán a solucionar los problemas de la sanidad y la salud. Dichos centros contarán, entre otros elementos, con los más modernos equipos de detección de enfermedades cardiovasculares. En cuanto a las escuelas primarias y secundarias, la crecien-

te preocupación por el tema ha hecho que se crearan aulas adicionales. Asimismo, se investiga sobre nuevos programas de alimentación.

En todos estos temas, la cooperación entre las ciudades y municipios podría haber conseguido que los proyectos fueran más útiles y significativos. Sin embargo en estos aspectos se ha venido trabajando por separado.

De hecho, los conceptos de la Manila Metropolitana y de la Comisión Metropolitana de Manila han de ser revisados, opina López, y añade que el concepto de la Manila Metropolitana ha funcionado bien como organismo coordinador y pone como ejemplo el caso del Tokyo Metropolitano. Problemas como los complicados atascos de tráfico, las riadas, los suburbios y las comunidades de ocupantes ilegales, la delincuencia y el vicio (drogadicción y prostitución), por mencionar sólo algunos, podrían haberse solucionado, o cuando menos, minimizado.

Pero la verdad es que estos problemas persisten e incluso se han intensificado. Es fácil imaginar cuál será el panorama en el año 2000. Ni que decir tiene que es necesario encontrar soluciones factibles si Manila quiere sobrevivir a los retos, a las vicisitudes y a los cambios de los nuevos tiempos.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

Período Terciario (hace 130-70 millones de años). Se forma Manila a partir de un cataclismo geológico.

Edad del Metal. Manila comienza a poblarse.

Siglo IX a. de C. Comerciantes árabes llegan a Manila.

8 de mayo de 1570. Comienza el asentamiento de Manila.

16 de mayo de 1571. Legazpi reclama Manila y Luzón.

24 de junio de 1571. Legazpi funda la ciudad de Manila.

24 de junio de 1574. Un decreto real otorga a Manila el título de *Insigne y Siempre Leal Ciudad de Manila.*

29 de noviembre de 1574. Li Mahong ataca Manila.

6 de febrero de 1578. El Papa Gregorio XIII establece la diócesis de Manila.

1580. Comienza la construcción de la Ciudad Amurallada.

1600. Oliver van Noort pone sitio a la bahía de Manila.

14 de setiembre de 1762. Los británicos atacan Manila.

Abril, 1774. Manila es devuelta por los británicos a los españoles.

7 de julio de 1892. Se funda el movimiento Katipunan.

24 de agosto de 1896. Estalla la revolución en Manila, dirigida por el manileño Andrés Bonifacio.

1 de mayo de 1898. Se libra la batalla de la bahía de Manila entre España y los Estados Unidos. Los españoles caen derrotados.

13 de agosto de 1898. Comienza la ocupación de Manila por las tropas del ejército de los EE.UU.

14 de agosto de 1898. Los españoles capitulan y ceden Manila a los estadounidenses.

4 de febrero de 1899. El ciudadano americano Willie Grayson mata de un disparo a un ciudadano filipino, señalando el comienzo de la revolución filipino-americana.

1907. Se celebran elecciones para la Asamblea Filipina, la Cámara Baja de la Legislación Filipina.

15 de noviembre de 1935. Manileños jubilosos celebran la inauguración de la Commonwealth de las Filipinas, con la elección de Quezón como presidente y de Osmeña como vicepresidente.

Julio, 1941. Anticipándose al inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial, Manila lleva a cabo simulacros de incendios y apagones.

Diciembre, 1941. Las fuerzas japonesas dejan caer bombas sobre el Nichols Field, en Pasay, si bien se efectúan más bombardeos durante los últimos días de diciembre en el área portuaria y en los muelles.

26 de diciembre de 1941. El general Douglas McArthur declara a Manila «Ciudad abierta».

2 de enero de 1942. Los japoneses ocupan Manila.

Febrero, 1945. Manila es destruida por los fuertes bombardeos de las fuerzas de liberación de los EE.UU., así como por la desesperada defensa de las fuerzas japonesas batiéndose en retirada.

Junio, 1946. El presidente Manuel Roxas nombra a Valeriano Fugoso como el primer alcalde de Manila tras la guerra, con la misión de reconstruir la devastada ciudad.

18 de junio de 1949. Se aprueba la Revisión de Carteras para Manila, convirtiendo los cargos de la alcaldía y vicealcaldía, en posiciones electas.

1951. Se celebran las primeras elecciones en Manila, siendo elegido primer alcalde, Arsenio Lacson.

1963. El alcalde manileño Villegas proclama a Andrés Bonifacio como héroe nacional.

24 de junio de 1963. Se declara la inauguración de la fundación de Manila por Legazpi como «Araw ng Maynila» o («Día de Manila»), por el alcalde Antonio J. Villegas.

21 de septiembre de 1972. El presidente Ferdinand Marcos declara la Ley Marcial, al tiempo que el ejército se desplaza a Manila para clausurar periódicos y estaciones de radio y arrestar a los líderes de la oposición contra Marcos.

1976. La Comisión de la Manila Metropolitana organiza cuatro áreas en la Manila Metropolitana, compuesta por cuatro ciudades (Manila, Pasay, Quezón City y Caloocan City más trece municipios).

29 de mayo de 1978. Un decreto presidencial restablece Manila como la capital de Filipinas y sede permanente del gobierno (el 17 de julio de 1948, Quezón City había sido nombrada capital de las Filipinas y sede del gobierno nacional).

Agosto de 1983. El senador Benigno Aquino, Jr., es asesinado en el Aeropuerto Nacional de Manila.

1986. La Revuelta del Poder Popular catapulta a Corazón Aquino al poder y obliga a la salida de Marcos a Hawaii.

BIOGRAFÍAS

Andrés Bonifacio nació el 30 de noviembre de 1863 en Tondo, Manila. Hombre hecho a sí mismo, Bonifacio fue uno de los fundadores de la sociedad revolucionaria Katipunan, cuyo objetivo era acabar con el régimen español en las Filipinas. Fue condenado a muerte por un tribunal militar, acusado de planear un golpe contra un gobierno que él había ayudado a crear. Murió el 10 de mayo de 1897.

Damián Domingo, eminente pintor filipino, nació en Tondo, Manila, en 1795. Mestizo hispano-filipino, fue nombrado director de la Escuela de Dibujo donde decía admitir a cualquier estudiante de cualquier origen racial.

Edilberto Evangelista nació en Santa Cruz, Manila, el 24 de febrero de 1862. Estudió en Madrid y en Bélgica, donde aprendió táctica militar. Durante la Revolución de 1896 aplicó lo aprendido en la escuela militar, construyendo trincheras en Cavite. Fue muerto en febrero de 1897 mientras defendía Zapote Bridge de los españoles.

Padre Mariano Gómez, nacido en Santa Cruz, Manila, el 2 de agosto de 1799. A raíz de su apoyo incondicional a la filipinización de las parroquias seculares, fue ejecutado el 15 de febrero de 1872 bajo falsos cargos de instigación al Motín de Cavite.

Fernando María Guerrero nació el 1 de junio de 1873 en Ermita, Manila. Conocido como el «poeta de la Revolución de 1896», escribió poemas patrióticos como *Mi patria, La Bandera*, etc. Asimismo, se unió a la junta editorial de *La independencia*, órgano de la Revolución. Murió el 12 de junio de 1929.

Félix Resurrección Hidalgo, el renombrado pintor filipino que adquirió fama y honor internacional para su país, nació en Binondo, Manila, en 1863. Entre sus obras más preciadas, se hallan «Vírgenes expuestas al populacho», «La barca de Aqueronte», etc. Murió en Barcelona, en marzo de 1913.

Emilio Jacinto, el cerebro de Katipunan, nació el 15 de diciembre de 1875 en Tondo, Manila. Escribió el *Kartilya*, manifiesto de Katipunan. Fundó también el órgano del movimiento revolucionario, el *Kalayan* (o Libertad). Jacinto murió en la provincia de Laguna, en abril de 1899, durante una escaramuza militar.

Lakandula, el rajá de Tondo, que dio la bienvenida a los españoles, convencido de que cualquier tipo de resistencia armada era inútil. Luchó junto con los españoles contra Li Mahong, el pirata chino.

Benito Legarda, vicepesidente del Congreso de Malolos durante el gobierno revolucionario del presidente Emilio Aguinaldo. Fue también miembro de la Comisión Filipina que actuó como Cámara Alta antes de la creación del Senado filipino, siendo designado para dirigirse a Washington, D.C., como Comisionado Residente. Legarda nació en setiembre de 1853 en Binondo, Manila, y murió en Agosto de 1915.

General Antonio Luna, el estratega de la revolución filipino-americana, nació el 29 de octubre de 1866 en Binondo, Manila. Se doctoró en farmacia por la Universidad de Madrid. Estuvo exiliado en España después de ser arrestado durante la Revolución de 1896. Fue asesinado el 5 de junio de 1899 en la provincia de Nueva Écija.

Pedro Paterno estudió filosofía, teología y leyes canónicas en la Universidad de Salamanca. Hizo de mediador entre el gobernador general de Primo de Rivera y el general Emilio Aguinaldo, resultando en un cese de hostilidades y la firma del Pacto de Biak-na-Bato.

Magat Salamat fue el último rey de Maynila e hijo del rajá Suleimán. Su odio hacia los españoles le hizo establecer un complot junto con los japoneses para echar a los españoles de las islas Filipinas. Sin embargo, la rebelión fue descubierta y fue ejecutado.

Padre Jacinto Zamora, miembro del triunvirato Gom-Bur-Za (Gómez-Burgos-Zamora), que defendían la filipinización de las parroquias. Nació en Pandacan, Manila el 14 de agosto de 1835. Acusado de liderar el Motín de Cavite junto con los padres Gómez y Burgos, fue ejecutado por los españoles el 17 de febrero de 1872.

Rajá Suleimán, el jefe de Maynila y sobrino del rajá Lakandula, protagonizó diversas revueltas contra el asentamiento español en Manila, debido a nuevas sanciones económicas españolas. Sin embargo, Suleimán fue sosegado por las promesas españolas, las cuales le exoneraban, tanto a él como a otros líderes, del pago de los impuestos.

GLOSARIO

Awit, versión filipina del romance europeo, en donde el autor adaptaba los personajes dramáticos y los escenarios a partir del original, pero los cambiaba. Un ejemplo puede encontrarse en la obra de Francisco Baltazar, *Florante at Laura.*

Bandala, venta obligada de los bienes del pueblo al gobierno a un precio fijado por este último.

Boletas, tarjeta expedida por el gobierno a los inversores en galeones como prueba de su derecho a invertir en el comercio.

Corrido, versión filipina del romance europeo en el que el autor nativo copiaba la historia a partir del original y la escribía en la lengua vernácula.

Delicadeza, sentido filipino de vergüenza o propiedad.

Polo y servicio, expropiación forzada de los servicios al gobierno.

Gugo, polvo de corteza de ciertos árboles de la montaña empleado como champú por las nativas.

Ilustrado, filipino educado.

Indio, término insultante empleado por filipinos españoles para referirse a los filipinos nativos.

Islas del Poniente, término que se refiere a la Filipinas debido a la creeencia de que la isla podía ser alcanzada navegando hacia el oeste desde Europa Occidental.

Sepoy, mercenarios hindúes llevados por los ingleses cuando invadieron Manila en 1762.

Tausug, un grupo étnico de Sulu y Jolo, en el sur de las Filipinas.

BIBLIOGRAFÍA

Bernad, M.A., *The Western Community of Manila: A Profile*, Manila, National Historical Commission, 1974. Semblanza muy bien documentada sobre la Ciudad Amurallada. Las detalladas descripciones de los desfiles y fiestas son de gran valor.

Caoili, M., *The Origins of Metropolitan Manila: A Political and Social Analysis*, Ciudad Quezón, New Day Publishers, 1988. Libro bien documentado y erudito con numerosas notas y una extensa bibliografía.

Cruz, R.V., *Metro Manila: A Radical Creation in The Philippines, Land and People, Hangod 2*, Manila, Kalinangan Group, 1986. Cruz efectúa una síntesis acerca de los orígenes, crecimiento y desarrollo del concepto y la realidad de la Manila Metropolitana, así como una proyección de su presente y futuro.

Cushner, N.P, *Spain in the Philippines from Conquest to Revolution*, Ciudad Quezón, Institute of Philippine Culture, Ateneo de Manila University, 1971. El mejor libro sobre la Manila española. Materiales y resultados de una investigación cuidadosa en Europa.

De Jesús, R. e Hila, A., *Metropolitan Manila: Towards the City of Man*, Manila, National Media Production Center, 1985. Narración con buenas bases de estudio, bien escrita y con hermosas ilustraciones sobre la creación de la Manila Metropolitana.

De la Costa, H.S.J, «The Siege and Capture of Manila by the British, sept.-oct., 1762», en *Philippine Studies*, vol. 10, No. 4 (octubre 1962), Loyola Heights: Ateneo de Manila University, 1962. Un antiguo artículo muy detallado sobre la invasión británica de Manila con notas de archivo.

De la Gironiere, P.P., *Adventure of a Frenchman in the Philippines (1832-1858)*, Manila, The Filipiniana Book Guild, 1974. El autor permaneció durante

veinte años en el país, fundando Jala-Jala, en Laguna. El libro incluye una vívida narración sobre la masacre de los europeos en 1820.

Doeppers, D.F., *Manila, 1900-1941*, Ciudad Quezón, Ateneo Manila University Press, 1984. Un excelente trabajo sobre los cambios sociales que acontecieron en Manila como consecuencia de los cambios económicos ocurridos en la ciudad entre 1900 y 1941.

Foronda, M.Jr., *Insigne y Siempre Leal: Essays on Spanish Manila*, Manila, De la Salle University Research Center, 1986. Ensayos que se centran en los ritos, rituales, imágenes y sonidos, así como en el surgimiento y la caída de Intramuros.

Joaquín, N. (Editor), *Intramuros*, Philippine Daily Inquirer, Incorporated, 1988. Este libro atrapa fielmente la memoria del Intramuros anterior a la guerra. Joaquín compila las cartas al lector de Small Beer (Pequeña cerveza), su columna periodística.

Jocano, L.F., *Philippine Prehistory*, Ciudad Quezón, Philippine Center for Advance Studies, UP, 1975. Libro que trata sobre los comienzos de la sociedad y cultura filipinas.

Laya, J. y Gatbonton, E.B, *Intramuros of Memory*, Manila, Intramuros Administration, 1983. Libro repleto de fotografías raras de la Ciudad Amurallada. Traza la historia de la ciudad desde que comenzó con una empalizada, con el rajá Suleimán, hasta su destrucción durante la Segunda Guerra Mundial.

Mallat, J., *The Philippines*, Traducido al inglés por Castrence, Manila, National Historical Institute, 1983. Registro enciclopédico y detallado de todas las facetas de un país poco conocido en Europa.

Manuel, E.A., *The Dictionary of Philippine Biography*, Ciudad Quezón, Filipiniana Publications, 1955, I. Este libro contiene biografías bien redactadas y autorizadas, con un buen trabajo de investigación, acerca de los *dramatis personnae* de la historia contemporánea de Filipinas, dentro de las distintas situaciones políticas, sociales, económicas y culturales de todas las épocas.

Martínez, Joaquín de Zúñiga, padre, *Status of the Philippines in 1800*, Traducido por John Maves, Manila, The Filipiniana Book Guild, 1966. Discurso político y económico sobre el siglo XIX, período de transformación.

McCoy, A. y Alfredo R., *Philippine Cartoons: Political Caricature of the American Era, 1900-1941*, Ciudad Quezón, Vera-Reyes, Incorporated, 1983. Valiosa fuente de historias sociales y políticas que dieron forma al pensamiento popular en el período americano.

Nakpil, C.G., *The Philippines and the Filipinos*, vol. I, Ciudad Quezón, Vibal Publishing House, 1977. El notable columnista incluye sus ideas sobre la prehistoria de Filipinas, el comercio con los países asiáticos y los primeros indios cristianizados.

Patanne, E.P., «Manila: Cultural Geography», en *Intramuros and Beyond*, Manila, UST Press, 1974. Lúcida narración sobre Intramuros, incluyendo la historia geológica del terreno.

Peralta, J.T. y Salazar, L.L., *Pre-spanish Manila*, Manila, National Historical Commission, 1974. El estudio geológico más detallado sobre Manila y sus alrededores.

Zaide, G., *Manila During the Revolutionary Period*, Manila, National Historical Commission, 1973. El autor describe diversos detalles sobre la vida sociocultural de Manila antes de que la tormenta estallara sobre la ciudad.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.